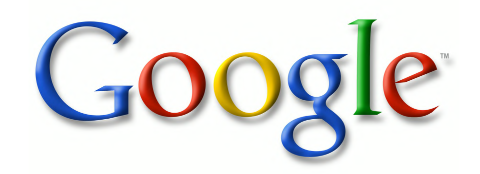






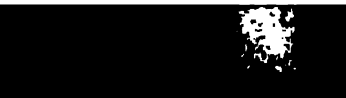








# HISTORIA
# DEL NUEVO MUNDO



SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

# HISTORIA
# DEL NUEVO MUNDO

POR

## EL P. BERNABÉ COBO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

PUBLICADA POR PRIMERA VEZ

CON NOTAS Y OTRAS ILUSTRACIONES

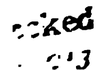
DE

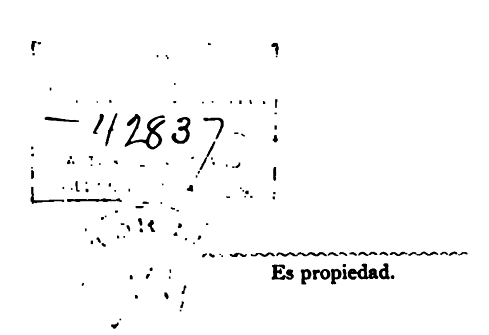
D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA




TOMO IV

SEVILLA
Imp. de E. RASCO, Bustos Tavera, 1
1893





## CAPÍTULO XII

*De los templos y adoratorios del Perú; descríbese en particular el templo principal de la ciudad del Cuzco.*

DICHO habemos ya cómo á todos los lugares sagrados diputados para oración y sacrificios, llamaban los indios peruanos *Guacas,* así como á los dioses é ídolos que en ellos adoraban. Déstos había tanta multitud y diversidad, que no es posible escribirlos todos; porque, fuera de los adoratorios comunes y generales de cada nación y provincia, había en cada pueblo otros muchos menores; y sin éstos, cada parcialidad y familia tenía los suyos particulares. Mas, porque los adoratorios generales de los pueblos principales y cabeceras de provincias, dado que no eran tantos en número como los que había en el Cuzco, estaban dispuestos por la misma orden y con las mismas vocaciones (lo cual se averiguó después por los españoles, y verificó en más de cien pueblos, algunos dellos muy distantes), pondré aquí todos los de la dicha ciudad, y de lo que servía cada uno, los ofrecimientos que les hacían y el efecto para que se sacrificaban; y estos serán no más de los generales, porque lo que cada uno tenía en particular de ídolos y adoratorios, ya he dicho que no tenía número. Ni tampoco haré mención de más que de los que eran propios de la ciudad del Cuzco; porque sin ellos había en aquella ciudad, por ser el santuario universal de todo el reino, otras muchas *Guacas* extranjeras, que eran las principales de todas las provincias que obedecían al Inca; las cuales hacía él traer al Cuzco, teniendo por cierto que na-

[redacted]



die se le podía rebelar sin que fuese castigado severamente de su dios; porque estando los de todos sus vasallos en su poder, ellos lo habían de ayudar y defender. Estos dioses eran muchos, los cuales estaban de por sí en poder de los de la familia y *ayllo* del Rey que conquistó la provincia de cada uno, que los tenían en guarda y recebían los sacrificios que les traían sus naturales. Estas *Guacas*, pues, extranjeras no se ponen en esta relación, sino las propias del Cuzco, porque, conocidas éstas, se podrá sacar lo que había en otras partes, pues todas, á imitación del Cuzco, guardaban un mismo orden. Allende destas *Guacas* naturales de la dicha ciudad, describiré otras dos ó tres del reino, que eran templos muy suntuosos, ricos, y como santuarios de general devoción, á donde de todas las partes del Perú iban en romería, al modo que los cristianos suelen visitar el Santo Sepulcro de nuestro Redentor, el templo de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y el célebre santuario de Santiago de Galicia.

Estos templos y adoratorios, así del Cuzco como de las otras partes del reino, estaban unos en poblado y otros por los campos, sierras y montañas agrias; unos en los caminos, y otros apartados dellos; en los sembrados y tierras de labor, y en *punas* y desiertos y donde quiera, en tanto número, que apenas caminamos una jornada por cualquiera parte, que no topemos rastros y ruinas de muchos. No todos los adoratorios eran templos y casas de morada; porque los que eran cerros, quebradas, peñas, fuentes y otras cosas á este tono, no tenían casa ni edificio, sino cuando mucho un *buhio* ó choza, en que moraban los ministros y guardas de las dichas *Guacas*. Pero todos tenían bastantes rentas y servicio, y especialmente los templos de mayor suntuosidad y devoción, era incomparable la riqueza que tenían de oro y plata; porque todos los vasos y piezas del servicio dellos eran destos metales, con todo el aderezo y adorno para celebrar sus fiestas. Era también muy grande

el número de sacerdotes y ministros que residían en ellos continuamente, los cuales se sustentaban de las rentas de los mismos templos. Para dedicar de nuevo cualquiera templo déstos, hacían grandes fiestas y ceremonias, después de las cuales era la última asperjarlo con un hisopo de ramos verdes y sangre de los corderos que aquel día solemnemente sacrificaban.

El templo más rico, suntuoso y principal que había en este reino era el de la ciudad del Cuzco, el cual era tenido por cabeza y metrópoli de su falsa religión y por el santuario de más veneración que tenían estos indios, y como tal era frecuentado de todas las gentes del imperio de los Incas, que por devoción venían á él en romería. Llamábase *Coricancha*, que quiere decir «casa de oro» (1), por la incomparable riqueza de este metal, el que había enterrado por sus capillas y en las paredes, techo y altares. Era dedicado al Sol, puesto caso que también estaban colocadas en él las estatuas del *Viracocha*, del Trueno, de la Luna y otros ídolos principales; porque era tenido como el Panteón de Roma; y en un tiempo estuvieron en él todos los principales dioses de las provincias que estaban debajo del dominio de los reyes Incas; á los cuales, después, porque fuesen mejor servidos, pusieron á parte en distintos templos; y allí acudían los naturales de las dichas provincias á venerarlos y ofrecerles sacrificios.

El edificio deste gran templo era de la mejor fábrica que se halló en estas Indias; todo por dentro y fuera de curiosas piedras sillares, asentadas con gran primor sin mezcla, y tan ajustadas, que no lo podian estar más; si bien es fama que en lugar de mezcla había puestas en las junturas planchas delgadas de plata. Hoy está fundado en el mismo sitio el convento de Santo Domingo; y ahora cuarenta años que yo estuve en aquella ciudad, duraban en pie muchas

(1) Más propiamente patio, corral ó cercado de oro.

[redacted]



paredes deste edificio; y en una esquina que estaba entera, se vía parte de una delgada lámina de plata en la juntura de dos piedras, la cual ví yo hartas veces; donde se colige, que puede ser que algunas paredes tuviesen asentados los sillares sobre planchas de plata. Su sitio era la parte más llana de la ciudad, al cabo della, donde ya se han acabado las laderas de los cerros en que la mayor parte de la ciudad está fundada, y al principio del valle, orilla del riachuelo que corre por aquella parte de la ciudad. Su forma y traza era desta suerte: estaba hecho en este sitio un cercado cuadrado de paredes altas vistosas de cantería; un lienzo dél corría á lo largo del arroyo, otro salía á una plaza, donde se celebraban las fiestas y sacrificios del Sol; el tercero miraba á lo largo del valle y el otro al barrio de *Pomachupa*. La mayor parte desta cerca alcancé yo en pie, por donde se sacaba su grandeza y labor. Y fuera de estas paredes exteriores, duraban todavía dentro del convento otros pedazos del edificio antiguo del *Coricancha*. Cogía cada acera ó lienzo deste cercado de cuatrocientos á quinientos pies, que venían á ser los de toda la fábrica como dos mil en cuadro. Las paredes eran de piedra parda y fuerte, derechas y sacadas á plomo, de muy grandes y vistosos sillares, con algunos huecos por junto al suelo á manera de nichos. Dentro desta cerca había muchos edificios; los principales eran cuatro piezas grandes puestas en cuadro y bien labradas, que eran como capillas para el *Viracocha*, para el Sol, Luna, Trueno y los demás dioses principales. Una destas piezas era el recogimiento de las *Mamaconas* que servían en el templo, y el demás edificio para morada de los muchos sacerdotes y sirvientes que aquí residían. La pieza principal, ó (como si dijésemos á nuestro modo) la capilla mayor en que estaba el altar del Sol y de los otros grandes dioses, tenía increible riqueza; porque, en lugar de tapicería, estaba toda ella por dentro, techo y paredes, vestida y aforrada de láminas de oro; de donde se puede

colegir la gran riqueza deste templo, que era la mayor que se ha hallado en ninguno otro de todo este Nuevo Mundo. Fuera de muchas imágenes y estatuas que había de oro y plata, no tenía suma la vajilla y piezas destos ricos metales y cantidad de finísima ropa que en él habían recogido los Reyes Incas y aplicado al culto y servicio del Sol; de adonde hizo sacar *Atauhualpa* la mayor parte del gran rescate que en *Caxamarca* ofreció por su libertad al Marqués don Francisco Pizarro.

La pared de la frontera deste templo, por la parte de afuera, tenía en lugar de cornisa una cinta hecha de planchas de oro, encajadas ó clavadas en las piedras, de ancho de una tercia. En esta acera caía la puerta, que era sola una é iba á dar á un patio pequeño, en el cual asentaban la estatua del Sol de día, cuando no la sacaban á la plaza, y de noche la metían en su capilla, donde dormían en su compañía muchas *Mamaconas,* hijas de Señores, que decían ser mujeres del Sol y fingían que el Sol se ayuntaba con ellas. Delante desta capilla tenían hecha una huerta, en la cual, los días que se hacía fiesta del Sol, hincaban cañas de *Maiz* con sus hojas y mazorcas hechas de oro finísimo, las cuales tenían guardadas para este efecto.

## CAPÍTULO XIII

### *De los adoratorios y Guacas que había en el camino de Chinchaysuyu.*

DEL templo del Sol salían, como de centro, ciertas líneas, que los indios llaman *Ceques* (1); y hacíanse cuatro partes conforme á los cuatro caminos reales que

(1) *Zeqque,* raya, línea, término, rumbo, en quíchua.

[redacted]



salían del Cuzco; y en cada uno de aquellos *Ceques* estaban por su orden las *Guacas* y adoratorios que había en el Cuzco y su comarca, como estaciones de lugares píos, cuya veneración era general á todos; y cada *Ceque* estaba á cargo de las parcialidades y familias de la dicha ciudad del Cuzco, de las cuales salían los ministros y sirvientes que cuidaban de las *Guacas* de su *Ceque* y atendían á ofrecer á sus tiempos los sacrificios estatuídos. Comenzando, pues, por el camino de *Chinchaysuyu,* que sale por el barrio de *Carmenga,* había en él nueve *Ceques,* en que se comprehendían ochenta y cinco *Guacas,* por este orden.

El primer *Ceque* se decía *Cayao:* estaba á cargo de la parcialidad y *ayllo* de *Goacaytaqui,* y tenía las cinco *Guacas* siguientes:

La primera se llamaba *Michosamaro,* estaba arrimada á la falda del cerro de *Totocache,* y decían ser uno de aquellos que fingieron haber salido con el primer Inca *Mancocápac* de la cueva de *Pacaritampu,* al cual refieren que una mujer de las que salieron con ellos de la dicha cueva le mató, por cierto desacato que con ella tuvo, y se tornó piedra; y que su ánima se apareció en este mismo lugar y mandó que le sacrificasen allí; y así fué el sacrificio desta *Guaca* muy antiguo; el cual se hacía siempre de oro, ropa, conchas de la mar y otras cosas, y solían hacer por buenos temporales.

La segunda *Guaca* deste *Ceque* se decía *Patallacta:* era una casa que diputó *Inca-Yupanqui* para sus sacrificios y murió en ella; y los Incas que después le sucedieron hicieron aquí sacrificio ordinario. Ofreciánsele generalmente todas las cosas que consumían en sacrificio por la salud y prosperidad del Inca.

La tercera *Guaca* se llamaba *Pilcopuquio:* es una fuente junto á la casa sobredicha, de la cual sale una acequia; y cuentan los indios, que habiendo hecho *Inca-Yupanqui* aquella casa para los sacrificios, mandó que saliese de allí

aquel agua, y después decretó que se le hiciese sacrificio ordinario.

La cuarta *Guaca* se decía *Cirocaya:* es una cueva de piedra, de la cual tenían creído que salía el granizo; por lo cual, al tiempo que se temían dél, iban todos á sacrificar en ella, por que no saliese y les destruyese los sembrados.

La quinta y postrera *Guaca* deste *Ceque* tenía por nombre *Sonconancay:* es un cerro donde era muy antiguo ofrecer sacrificios por la salud del Inca.

El segundo *Ceque* deste mismo camino de *Chinchaysuyu* se decía *Payan;* en el cual había ocho *Guacas* del *ayllo* y familia de *Vicaquirao*. La primera *Guaca* se decía *Guaracince,* la cual estaba en la plaza del templo del Sol, llamada *Chuquipampa* (suena llano de oro); era un pedazuelo de llano que allí estaba, en el cual decían que se formaba el temblor de tierra. Hacían en ella sacrificios para para que no temblase, y eran muy solemnes; porque, cuando temblaba la Tierra, se mataban niños, y ordinariamente se quemaban carneros y ropa, y se enterraba oro y plata.

La segunda *Guaca* se llamaba *Racramirpay:* ésta era una piedra que tenían puesta en una ventana que estaba un poco más abajo de donde ahora es el convento de San Agustín, cuya historia refieren desta manera: que en cierta batalla que dió *Inca-Yupanqui* á sus enemigos, se le apareció un indio en el aire y le ayudó á vencerlos, y después de alcanzada la victoria, se vino al Cuzco con el dicho Inca, y sentándose en aquella ventana, se convirtió en piedra; la cual desde aquel tiempo adoraban y le hacían sacrificio ordinario; y particularmente se le hacía solemne cuando el Inca iba personalmente á la guerra, pidiéndole que ayudase al Rey como había ayudado á *Inca-Yupanqui* en aquella guerra.

La tercera *Guaca* era un ídolo de oro macizo, llamado *Intiillapa,* que quiere decir trueno del Sol; el cual estaba puesto en unas ricas andas de oro. Hízolo *Inca-Yupanqui,* y

tomólo por *Guauque* ó hermano. Tenía casa en el barrio de *Totocache*, y hacíanle gran veneración; y en la misma casa ó templo estaba el cuerpo del dicho *Inca-Yupanqui*. Hacían á este ídolo muy ordinario sacrificio de niños y de todo lo demás, rogándole se conservasen las fuerzas del Inca y no se disminuyese su imperio.

La cuarta *Guaca* se decía *Viroypacha:* es un caño de razonable agua, que estatuyó por *Guaca Inca-Yupanqui;* rogábasele por la quietud del Inca.

La quinta *Guaca* era un llano llamado *Chuquibamba*, que está junto á la fortaleza; sacrificábanle como á las otras.

La sexta *Guaca* se decía *Macasayba:* era una piedra grande que *Inca-Yupanqui* puso junto al llano de *Chuquibamba*, y mandó le hiciesen veneración y sacrificios por la salud del Rey.

La sétima *Guaca* era una cantera llamada *Guayrangallay*, que está encima de la fortaleza, en la cual hacían sacrificios por diversos respetos.

La octava y última *Guaca* deste *Ceque* se decía *Guayllaurcaja:* es un portezuelo que se hace enmedio de un cerro, adonde *Viracocha Inca* se sentó muchas veces á descansar, subiendo el dicho cerro; y desde aquel tiempo y por su mandado fué tenido por adoratorio.

El tercer *Ceque* deste camino se decía *Collana:* tenía diez *Guacas*, y la primera se llamaba *Nina*, que era un brasero hecho de una piedra donde se encendía el fuego para los sacrificios, y no podían tomarlo de otra parte; estaba junto al templo del Sol, y teníasele grande veneración y hacíanseles sacrificios solemnes.

La segunda *Guaca* se decía *Canchapacha:* era una fuente que estaba en la calle de Diego Maldonado (1), á la cual hacían sacrificio por ciertas historias que los indios cuentan.

---

(1) Apodado *el rico*, por su mucha riqueza. Era natural de Salamanca.

La tercera *Guaca* era otra fuente llamada *Ticicocha*, que estaba dentro de la casa que fué del dicho Diego Maldonado. Fué esta fuente de la *Coya* ó Reina *Mama Ocllo*, en la cual se hacían muy grandes y ordinarios sacrificios, especialmente cuando querían pedir algo á la dicha *Mama Ocllo*, que fué la mujer más venerada que hubo entre estos indios.

La cuarta *Guaca* se decía *Condorcancha*, y fué la casa en que vivió *Inca-Yupanqui*.

La quinta *Guaca* era otra casa dicha *Pomacorco*, y no dan otra razón de sacrificar en ella más que haber sido de *Guaynacápac*.

La sexta *Guaca* se llamaba *Molloguanca*: era cierta piedra que estaba enmedio de un llano que llaman *Calispúquio*, la cual mandó poner allí y tenerla por adoratorio *Inca-Yupanqui*.

La sétima *Guaca* era la casa que fué del Rey *Tupa Inca*, llamada *Calispúquioguaci*, en que se ofrecían sacrificios al dicho *Tupa Inca*.

La octava *Guaca* era una fuente que se decía *Calispúquio*, que estaba abajo de la dicha casa de *Tupa Inca*, y se iban á lavar en ella todos los que se hacían orejones en la fiesta del *Raymi*. Traíase desta fuente el agua para el Inca con muchos cántaros, hechos para sólo esto, y eran doncellas las que la traían.

La novena *Guaca* se llamaba *Cugiguaman*: era una piedra á manera de Halcón, que dijo *Inca-Yupanqui* habérsele aparecido en una cantera, y mandó que se pusiese en este *Ceque* y se le hiciesen sacrificios.

La décima *Guaca* deste Ceque era una fontezuela dicha *Quinoapúquio*, que señaló por adoratorio *Inca-Yupanqui*: ofrecíansele sacrificios por la salud del Inca.

Al cuarto *Ceque* llamaban *Payao*: tenía ocho *Guacas*, de las cuales la primera se decía *Araytampu*; era una piedra grande con otras cuatro pequeñas, que estaban junto á la

casa que fué de Benito de la Peña, y eran de los *Pururaucas.*

La segunda *Guaca* se llamaba *Púñui:* estaba en un llano pequeño junto á la casa de Diego Maldonado. Fué adoratorio muy solemne, porque era tenido por causa del sueño; ofreciánle todo género de sacrificios, y acudían á él por dos demandas: la una á rogar por los que no podían dormir, y la otra que no muriesen durmiendo.

La tercera *Guaca* se llamaba *Curiocllo:* era una casa de *Curi Ocllo,* mujer que fué de *Amaro Topa Inca,* la cual estaba en *Colcapata;* y adoraban también una fuente que estaba junto á ella.

La cuarta *Guaca* se llamaba *Colcapata,* y era la casa de *Paullu Inca,* donde estaba una piedra por ídolo, que adoraba el *ayllo* de *Andasaya;* y el origen que tuvo fué haberla mandado adorar *Pachacútic Inca,* porque dijo que cierto Señor se había convertido en la dicha piedra.

La quinta *Guaca* se decía *Guamancancha,* la cual estaba cabe la fortaleza en un cerrillo deste nombre. Era un cercado dentro del cual había dos *buhios* pequeños diputados para ayunar cuando se hacían orejones.

La sexta *Guaca* era una piedra grande llamada *Collaconcho,* que estaba en la fortaleza, la cual afirman que, trayéndola para aquel edificio, se les cayó tres veces y mató algunos indios; y los hechiceros, en preguntas que le hicieron, dijeron haber respondido, que, si porfiaban en querella poner en el edificio, todos habrían mal fin, allende de que no serían parte para ello; y desde aquel tiempo fué tenida por *Guaca* general, á la cual ofrecían por las fuerzas del Inca.

La sétima *Guaca* se decía *Chachacomacaja:* eran ciertos árboles puestos á mano, junto á los cuales estaba una piedra á quien hacían sacrificio porque el Inca no tuviese ira.

La octava y última *Guaca* deste *Ceque* era un cerro alto llamado *Chuquipalta,* que está junto á la fortaleza, en

el cual estaban puestas tres piedras en representación del *Pachayachachic, Intiillapa* y *Punchau;* y en este cerro se hacía sacrificio universal de niños y niñas y figuras pequeñas de lo mismo hechas de oro; y quemábase ropa y carneros, porque era éste tenido por adoratorio muy solemne.

El quinto *Ceque* deste mismo camino y rumbo de *Chinchaysuyu* se decía *Cayao:* contenía diez *Guacas:* la primera, llamada *Cusicancha,* era el lugar donde nació *Inca-Yupanqui,* frontero del templo de *Coricancha;* y por esta razón ofrecían allí los del *ayllo Inacapanaca.*

La segunda *Guaca* era un templo llamado *Pucamarca,* que estaba en las casas que fueron del licenciado de la Gama (1); en el cual estaba un ídolo del Trueno, dicho *Chucuylla.*

La tercera *Guaca* se decía *Cuzcocalla:* estaba en la calle que sale á la plaza yendo por esta raya ó *Ceque,* y era buena cantidad de piedras, que todas decían ser de los *Pururaucas.*

La cuarta *Guaca* era la plaza principal, llamada *Aucaypata,* que al presente también lo es. En ella se hacía el sacrificio universal para el Sol y las demás *Guacas,* y se repartían y llevaban á las otras partes del reino, y era lugar muy venerado.

La quinta *Guaca* era un *buhio* llamado *Coracora,* en que dormía *Inca-Yupanqui,* que es donde ahora están las casas de Cabildo. Mandó el dicho Inca adorar aquel lugar y quemar en èl ropas y carneros, y así se hacía.

La sexta *Guaca* se llamaba *Sabacurinca:* era un asiento bien labrado, donde se sentaban los Incas; el cual fué muy venerado, y se le hacían solemnes sacrificios; y por respecto deste asiento se adoraba toda la fortaleza, que debiera de estar dentro ó junto á ella.

La sétima *Guaca* se llamaba *Chacaguanacauri;* la cual

(1) Antonio de la Gama.

es un cerrillo que está camino de *Yucay,* á donde iban los mancebos que se armaban orejones por cierta paja que llevaban en las lanzas.

La octava *Guaca* era una sepultura pequeña, llamada *Guamanguachanca,* de un hermano de *Guaynacápac,* la cual estaba de la otra parte de la fortaleza. Hiciéronla adoratorio por haber muerto pequeño el hermano del Inca, diciendo que por la veneración que le daban, no morirían más de aquella edad.

La novena *Guaca* era un cerro que está camino del Valle de *Yucay,* llamado *Cinca,* en que había una piedra que adoraban los indios de *Ayamarca,* teniendo por opinión que procedían délla.

La décima *Guaca* era un *púquio* ó manantial llamado *Corcorpúquiu,* en el cual se ofrecían niños y todo lo demás.

El sexto *Ceque* se decía *Collana,* como el tercero, y tenía once *Guacas:* la primera se decía *Cantonge,* y era una piedra de los *Pururaucas,* que estaba en una ventana junto al templo del Sol.

La segunda *Guaca* se llamaba *Pucamarca:* era una casa ó templo diputado para los sacrificios del *Pachayacháchic,* en el cual se sacrificaban niños y todo lo demás.

La tercera *Guaca* se decía *Ñan,* que quiere decir camino: estaba en la plaza donde se tomaba el camino para *Chinchaysuyu;* hacíase en ella sacrificio universal por los caminantes y por que aquel camino estuviese siempre entero y no se derrumbase y cayese.

La cuarta *Guaca* tenía por nombre *Guayra,* y estaba en la puerta de *Cajana:* en ella se hacían sacrificios al viento para que no hiciese daño; y estaba hecho un hoyo en que se enterraban los sacrificios.

La quinta *Guaca* era el Palacio de *Guaynacápac* llamado *Cajana,* dentro del cual había una laguna nombrada *Ticcicocha,* que era adoratorio principal y adonde se hacían grandes sacrificios.

La sexta *Guaca* era una fuente llamada *Capipachan*, que estaba en *Capi*, en la cual se solía bañar el Inca; hacíanse en ella sacrificios, y rogaban que el agua no le llevase la fuerza ni le hiciese daño.

La sétima *Guaca* se decía *Capi*, que significa raíz: era una raíz muy grande de *Quinua*, la cual decían los hechiceros que era la raíz de donde procedía el Cuzco, y que mediante aquélla se conservaba. Hacíanle sacrificios por la conservación de la dicha ciudad.

La octava se llamaba *Quisco:* estaba encima del cerro de *Capi*, donde se hacía sacrificio universal por la misma razón que á la raíz sobredicha.

La novena *Guaca* era un cerro llamado *Quiangalla*, que está en el camino de *Yucay*, donde estaban dos mojones ó pilares que tenían por señales que, llegando allí el Sol, era el principio de Verano.

La décima era una fontezuela que se decía *Guargua Illapúquiu*, y está junto á este cerro, en que echaban el polvo que sobraba de los sacrificios de las *Guacas* deste *Ceque*.

La undécima y postrera *Guaca* se decía *Illacamarca:* estaba en una fortaleza que había edificada en una peña, camino de *Yucay*, y en ella se acababan las *Guacas* deste *Ceque*.

El sétimo *Ceque* se decía *Callao*, y era del *ayllo* de *Capacayllo:* tenía las ocho *Guacas* que se siguen: la primera se llamaba *Omanaman*, y era una piedra larga que decían ser de los *Pururáucas*, la cual estaba á la puerta de la casa que fué de Figueroa (1). Hacíasele sacrificio universal por la salud del Inca.

(1) Juan de Figueroa, vecino del Cuzco de los más principales. Fué muy amigo de los Pizarros hasta que Gonzalo se alzó contra el virey Blasco Núñez. Estuvo con Gasca en Xaxahuana y fué de los primeros en participar de los 135.000 pesos de encomiendas que éste distribuyó después de la derrota de Pizarro por el repartimiento fechado en Huaina-rímac á 14 de Agosto de 1548.

La segunda *Guaca* eran dos *buhios* pequeños, llamados *Sancacancha* el uno, y el otro *Hurinsanca,* donde tenían cantidad de Leones, Tigres, Culebras y de todas las malas sabandijas que podían haber. En estos *buhios* metían á los prisioneros que traían de la guerra, y el que moría aquella noche, comíanle las dichas fieras, y á el que quedaba vivo, sacábanlo. Y esto tenían por señal de que tenía buen corazón y propósito de servir al Inca.

La tercera *Guaca* se decía *Marcatampu:* eran unas piedras redondas que estaban en *Carmenga,* donde ahora es la parroquia de Santa Ana, las cuales señaló por adoratorio principal *Inca-Yupanqui.* Ofrecíansele niños por la salud y conservación del Inca.

La cuarta se llamaba *Toxanamaro:* eran cinco piedras redondas que *Viracocha-Inca* mandó poner en el cerro de *Toxan,* que está encima de *Carmenga.* La ofrenda que le daban era solamente de conchas partidas. Rogábase á esta *Guaca* por la victoria del Inca.

Á la quinta *Guaca* deste *Ceque* llamaban *Urcoslla amaro:* eran muchas piedras juntas puestas en un cerrillo que está encima de *Carmenga;* hacíansele sacrificios por la salud del Inca.

La sexta se decía *Callancapúquiu:* es el manantial de *Ticatica,* al cual ofrecían conchas porque siempre manase.

La sétima *Guaca* se decía *Churuncana:* es un cerro redondo que está encima de *Carmenga,* donde se parte el camino Real de *Chinchero* del de *Yucay.* Desde este cerro se hacían los sacrificios á *Ticciviracocha,* pidiéndole que venciese el Inca por toda la tierra hasta los confines de la Mar. Ofrecíanle de todas las cosas, especialmente niños.

La octava y última *Guaca* deste *Ceque* era una fuente llamada *Muchaylla púquiu,* que está cerca de *Guarguailla.* Ofrecíanle conchas partidas para ciertos efectos.

El octavo *Ceque* deste camino se decía *Payan,* como el segundo, y había en él trece *Guacas.* La primera era una

casa pequeña junto al templo del Sol, llamada *Illanguarque*, en que se guardaban ciertas armas que decían haberlas dado el Sol á *Inca-Yupanqui*, con que venció á sus enemigos. Hacíasele á esta *Guaca* sacrificio universal.

La segunda se decía *Mancochuqui:* era una *chácara* de *Huanacáuri*, y lo que della se cogía le sacrificaban.

La tercera *Guaca* era una fuente llamada *Aacaipata*, que estaba junto á donde ahora es la Casa de Cabildo, en la cual decían los sacerdotes de *Chuncuilla* que se bañaba el Trueno, y fingían otros mil disparates.

La cuarta *Guaca* se decía *Cugitalis:* era un llano donde se edificó la casa de Garcilaso (1). El origen cuentan haber sido que durmiendo allí *Huayna-Cápac*, soñó que venía cierta guerra; y porque después acaeció así, mandó que aquel lugar fuese venerado.

La quinta *Guaca* era una *chácara* llamada *Chaquaytapara*, que estaba en *Carmenga* y fué de *Amaro-Tupa-Inca:* ofrecíanle solas conchas; y no habían de parar en el sacrificio, sino ofrecerlo de paso.

La sexta era un manantial llamado *Orocotopúquiu*, que estaba en *Carmenga*, al cual se daban conchas molidas.

La sétima se decía *Sucanca*. Era un cerro por donde viene la acequia de *Chinchero*, en que había dos mojones por señal que cuando llegaba allí el Sol, habían de comenzar á sembrar el *Maiz*. El sacrificio que allí se hacía se dirigía al Sol, pidiéndole que llegase allí á tiempo que fuere buena sazón para sembrar, y sacrificábanle carneros, ropa y corderillos pequeños de oro y plata.

La octava *Guaca* era una casa dicha *Mamararoy*, en

---

(1) Padre del historiador Garcilaso Inca de la Vega. Dice éste en la primera parte de los *Coment. reales*, describiendo el gran barrio de Carmenga ó Carmenca de la ciudad del Cuzco: «Las casas que estaban al mediodía de las de Alonso de Mesa, calle en medio, fueron de Garcilaso de la Vega, mi señor, y antes de Francisco de Oñate, muerto en la batalla de Chupas.»

que eran veneradas ciertas piedras que decían fueron mujeres de *Ticci-Viracocha*, y que andando de noche, se habían vuelto piedras; y que hallándolas en aquel lugar, les hicieron aquel templo.

La novena *Guaca* se decía *Urcoscalla*. Era el lugar donde perdían de vista la ciudad del Cuzco los que caminaban á *Chinchaysuyu*.

La décima *Guaca* se decía *Catachillay*. Es una fuente que está en el primer llano que abaja al camino de *Chinchaysuyu*.

La undécima era otra fuente junto á la de arriba, que se dice *Aspadquiri*, á la cual mandó sacrificar *Inca-Yupanqui*, porque dijo que su agua quitaba el cansancio.

La duodécima era otra fuente llamada *Poroypuquiu*, que está junto al molino que fué de Juan Julio (1). Ofrecíanle conchas muy molidas.

La postrera *Guaca* deste *Ceque* se decía *Collana Sayba*: era un mojón que está en un cerro al principio de *Sicllabamba* por fin y término de las *Guacas* deste *Ceque*.

El noveno y último *Ceque* de este dicho camino de *Chinchaysuyu* se llamaba *Cápac*, y tenía doce *Guacas*. La primera era una fuente dicha *Aypanospacha*, que estaba en la calle de Pedro Alonso Carrasco.

La segunda era una casa pequeña que estaba en *Piccho*, heredad que ahora es de la Compañía de Jesús, en la cual mandó *Guayna-Cápac* que hiciesen sacrificio, porque solía dormir allí su madre *Mama-Ocllo*.

La tercera era un cerro llamado *Quinoacalla*, que estaba en *Carmenga*, adonde se estatuyó que en la fiesta del *Raymi* reposasen los orejones.

La cuarta *Guaca* era una fuente llamada *Pomacucho*, que estaba algo apartada deste *Ceque*: ofrecíanle conchas.

La quinta se decía *Vicaribi*: era una sepultura bien la-

(1) Juan Julio de Hojeda, vecino fundador del Cuzco.

brada, que estaba en *Piccho,* que fué de un Señor principal así llamado, del *ayllo* de *Maras.*

La sexta *Guaca* era una piedra llamada *Apuyavira,* que estaba sobre el cerro de *Piccho:* tenían creído que era uno de aquellos que salieron de la tierra con *Huanacauri,* y que después de haber vivido mucho tiempo, se subió allí y se volvió piedra; á la cual iban á adorar todos los *ayllos* en la fiesta del *Raymi.*

La sétima era un llano dicho *Cutirsacpampa,* en que alcanzó el Inca cierta victoria, y por sólo esto fué este lugar hecho adoratorio.

La octava era otro llano cerca déste, llamado *Queachili,* el cual está entre dos cerros á manera de puerta, en que se acabó de conseguir la victoria dicha, y por eso era venerado.

La novena *Guaca* se decía *Quishuarpúquiu:* era un manantial en que decían haber bebido la gente del Inca acabada la batalla de arriba.

La décima se llamaba *Yuyotuyro:* eran cinco piedras juntas que estaban junto al cerro de arriba.

La undécima era una piedra dicha *Pillolliri,* que cuentan los indios haber saltado de otro cerro á aquel que se llama así, y por esta imaginación que tuvieron la adoraron.

La duodécima y postrera *Guaca* deste *Ceque* era una fuente llamada *Totorgo aylla:* aquí se acababan las *Guacas* de los nueve *Ceques* del camino de *Chinchaysuyu,* que por todas venían á ser ochenta y cinco.

---

## CAPÍTULO XIV

### *De los adoratorios y Guacas que había en el camino de Antisuyu.*

TENÍA el camino de *Antisuyu* nueve *Ceques* y en ellos setenta y ocho *Guacas,* por este orden. El primer *Ceque* se llamaba *Collana,* y estaba á cargo del *ayllo* de *Çubçupañacaayllu.* La primera *Guaca* se decía *Chiquinapampa:* era un cercado que estaba junto al templo del Sol, en el cual se hacía el sacrificio por la salud universal de los indios.

La segunda *Guaca* se decía *Turuca:* era una piedra casi redonda que estaba junto al dicho templo del Sol, en una ventana, la cual decían que era *Gubuque* de *Ticciviracocha.* Hacíasele sacrificio universal por todas las necesidades que ocurrían.

La tercera *Guaca* era una piedra grande llamada *Chiripacha,* que estaba en el principio del camino de *Collasuyu:* ofrecíanle cuantos pasaban por el dicho camino, porque les sucediese bien el viaje.

La cuarta se decía *Antuiturco:* era una cueva grande que está en la quebrada abajo de *Patallacta,* de la cual tenían opinión que habían nacido los indios del pueblo de *Goalla:* el sacrificio era rociarla con sangre de *Llamas,* que son los carneros de la tierra.

La quinta era una fuente llamada *Pacha,* que está en la quebrada de *Patallacta,* en que el Inca se lavaba cierto tiempo.

La sexta era otra fuente dicha *Corcorchaca,* que está en la misma quebrada que la sobredicha: ofrecíanle conchas molidas.

La sétima *Guaca* se decía *Amaromarcaguaci:* ésta era casa de *Amaro-Tupa-Inca,* que estaba en el camino de los *Andes.*

La octava *Guaca* tenía por nombre *Timpucpúquiu:* era una fuente que está cerca de *Tambomachay.* Llámase así porque mana de modo que hierve el agua.

La novena se llamaba *Tambomachay:* era una casa de *Inca-Yupanqui,* donde se hospedaba cuando iba á caza. Estaba puesta en un cerro cerca del camino de los *Andes.* Sacrificábanle de todo, excepto niños.

La decima *Guaca* se decía *Quinoapúquiu:* era una fuente cabe *Tambomachay* que se compone de dos manantiales. Haciásele sacrificio universal, fuera de niños.

La postrera *Guaca* deste *Ceque* se decía *Quiscourco:* era una piedra redonda no muy grande, que servía de término y mojón destas *Guacas.*

El segundo *Ceque* del dicho camino de *Antisuyu* se decia *Payan,* y tenía diez *Guacas.* La primera era un lugar llamado *Vilcacona,* donde se edificó la casa que fué de Juan Salas. Á este adoratorio llevaban en cierto tiempo del año todas las *Guacas* é ídolos de la ciudad del Cuzco, y allí juntas les sacrificaban, y luego las volvían á sus lugares: era *Guaca* muy solemne; ofrecíanle cestos muy pequeños de *Coca.*

La segunda *Guaca* deste *Ceque* se llamaba *Pachatosa:* era una piedra grande que estaba junto á la casa de *Cayo* (1). Quemábase encima della el sacrificio, y decían que lo comía.

---

(1) Este *Cayo* no puede ser otro que D. García Cayo Túpac, hijo de Huaina-Cápac. Cuando su hermano Manco-Inca cercaba el Cuzco y estaban los sitiados próximos á perecer de hambre, abandonóle con otros diez y seis incas de los más principales y socorrió de bastimentos á la plaza, con lo cual, rehechos los españoles, obligaron á Manco á refugiarse en la fortaleza de Tambo ú Ollantay Tampu, en el valle de Yucay. Desde entonces mostróse siempre amigo de los nuevos señores de su tierra, y por los años

La tercera *Guaca* se decía *Chusacacchi:* es un cerro grande, camino de los *Andes,* encima del cual estaban ciertas piedras que eran adoradas.

La cuarta se llamaba *Curovilca:* era una cantera de donde sacaban piedra. Sacrificábanle por que no se acabase ni se cayesen los edificios que dellas se hacían.

La quinta *Guaca* era llamada *Sunchupúquiu:* era un adoratorio que estaba junto á la ladera de un cerro así llamado. Ofrecíanle carneros y ropas.

La sexta era un manantial dicho *Ancapapirqui,* que está en un llano cerca del dicho camino.

La sétima se llamaba *Caynaconga:* era un descansadero del Inca, que estaba en un llano cerca de *Tambomachay.*

La octava *Guaca* se decía *Púquiu:* era una fuente que está de ese cabo de *Tambomachay.* Ofrecíanle carneros, ropa y conchas.

La novena se llamaba *Cascasayba:* eran ciertas piedras

---

de 1542, á imitación de su otro hermano Paullu-Túpac, sucesor en la borla *honoraria* del *rebelde* Manco, se bautizó con el nombre de García. Asesinado Manco, el presidente Pedro Gasca trató de reducir á su heredero é hijo Sayri-Tupac, y obtuvo de su tío Cayo-Túpac que mediase en las negociaciones, que presentaron buen aspecto á los principios; pero Sayri-Tupac era entonces muchacho de trece á catorce años, y dependiendo de capitanes y tutores el resultado definitivo del negocio, fracasó por sus rivalidades y encontradas ambiciones.

Cieza de León, al capítulo VI de la segunda parte de su *Crónica,* que trata, como es sabido, del señorío de los Incas, sus hechos y gobernación, dice: por escribirla «con más verdad, vine al Cuzco (1550)...., donde hice juntar á Cayu-Túpac, que es el que hay vivo de los descendientes de Huaina-Cápac...... y á otros de los orejones, que son los que entrellos se tienen por más nobles, y con los mejores intérpretes y lenguas que se hallaron, les pregunté estos Señores Incas qué gente era y de qué nacion, etc.»

Flórez Ocáriz nombra en sus *Genealogías* á un Juan Cayo, que llama gran Inga, hermano de Pedro, otro gran Inga, padre de una Angelina con quien tuvo que ver, y una hija además, el licenciado Juan Bautista Monzon, natural de Madrid, Oidor de Lima dos veces (de 1561 á 67). Añade que Juan Cayo murió en Santa Fe dé Bogotá. ¿Es éste otro Cayo, ó el mismo con el nombre equivocado? Me inclino á lo primero.

que estaban en el cerro de *Quisco*. Era *Guaca* principal y tenía cierto origen largo, que los indios cuentan. Ofrecíanle de todas las cosas, y también niños.

La décima se llamaba *Macaycalla:* es un llano entre dos cerros, donde se pierde de vista lo que está destotra parte y se descubre la otra de adelante, y por sola esta razón lo adoraban.

El tercero *Ceque* se llamaba *Cayao,* y tenía diez *Guacas*. La primera era una puente dicha *Guarupancu (?),* que pasaba del templo del Sol á una plaza que llamaban de Peces (1): sacrificábanle por muchas razones que ellos daban, y en especial por pasar por ellos los sacrificios que se ofrecían en la coronación del Rey.

La segunda *Guaca* era una pared que estaba junto á la *chácara* de Bachicao (2), que tenía una barriga hacia afuera, cuyo origen decían haber sido que, pasando por allí el Inca, había salido á hacerle reverencia; y desde entonces la adoraban ofrendándole conchas de colores.

La tercera era una fuente llamada *Ayacho,* que está en la misma *chácara*. Ofrecíanle conchas de todos colores no muy molidas.

La cuarta se decía *Chuquimarca:* era un templo del Sol en el cerro de *Mantocalla,* en el cual decían que bajaba á dormir el Sol muchas veces; por lo cual, allende de los demás, le ofrecían niños.

La quinta *Guaca* se decía *Mantocallaspa:* era una fuente de buen agua, que está en el cerro sobredicho, donde los indios se bañaban.

La sexta se decía *Mantocalla,* que era un cerro en gran veneración, en el cual, al tiempo de desgranar el *maíz,* hacían ciertos sacrificios; y para ellos ponían en el dicho ce-

(1) Por tener en ella sus casas Francisco Peces, vecino fundador del Cuzco.

(2) Hernando Bachicao, natural de Sanlúcar de Barrameda, que se hizo famoso sirviendo á Gonzalo Pizarro.

rro muchos haces de leña labrada vestidos como hombres y mujeres y gran cantidad de mazorcas de *maiz* hechas de palo; y después de grandes borracheras, quemaban muchos carneros con la leña dicha, y mataban algunos niños.

La sétima *Guaca* se llamaba *Caripúquiu:* era una fuente que está en la falda del cerro dicho. Ofrecíanle conchas.

La octava se decía *Yuncaypampa:* era un llano que está en el camino de los *Andes* y tiene una fontezuela.

La novena *Guaca* se nombraba *Yuncaycalla:* es una como puerta donde se ve el llano de *Chita* y se pierde la vista del Cuzco: allí había puestas guardas para que ninguno llevase cosa hurtada. Sacrificábase por los mercaderes cada vez que pasaban, y rogaban que les sucediese bien en el viaje; y era *coca* el sacrificio ordinario.

La última *Guaca* deste *Ceque* era una fuente dicha *Urcomilpo,* que está en el llano grande de *Chita:* ofrecíanle solos carneros.

El cuarto *Ceque* deste dicho camino se decía *Collana:* era del ayllo y familia de *Aucailli panaca* y tenía siete *Guacas.* La primera se llamaba *Cariurco,* y era un cerro que está cerca de *Mantocalla,* encima del cual había ciertas piedras que eran veneradas y les ofrecían ropa y carneros manchados.

La segunda *Guaca* se llamaba *Chuquiquirao púquiu:* era una fuente que nace en una quebrada en la falda del cerro sobredicho; el sacrificio era de carneros y ropas.

La tercera *Guaca* se decía *Callachaca:* eran ciertas piedras puestas sobre el dicho cerro.

La cuarta era una cantera que está allí junto, llamada *Viracocha:* en ella había una piedra que parecía persona, la cual refieren que, cortando de allí piedra para una casa del Inca, salió así y mandó el Inca que fuese *Guaca.*

La quinta se llamaba *Aucompúquiu:* era una fuente que está cerca de la quebrada de *Yancacalla.*

La sexta *Guaca* se decía *Illansayba:* era cierto cerro

encima del cual había unas piedras á que sacrificaban por la salud de los que entraban en la provincia de los *Andes*.

La postrera *Guaca* deste *Ceque* era una piedra llamada *Maychaguanacauri*, hecha á manera del cerro de *Huanacauri*, que se mandó poner en este camino de *Antisuyu* y le ofrecían de todo.

El quinto *Ceque* tenía por nombre *Payan*, en que había diez *Guacas*. La primera era una piedra llamada *Usno*, que estaba en la plaza de *Hurinaucaypata:* era ésta la primera *Guaca* á quien ofrecían los que se hacían orejones.

La segunda *Guaca* era el manantial llamado *Cachipúquiu*, que está en las *Salinas*, de que se hace mucha y muy fina sal. Ofrecíanle de todo, excepto niños.

La tercera se decía *Sauaraura:* era una piedra redonda que estaba en el pueblo de *Yaconora*, y era adoratorio muy antiguo.

La cuarta era una fuente dicha *Pachayaconora*, que estaba en el dicho pueblo de *Yaconora:* ofrecíanle sólo conchas, unas enteras y otras partidas.

La quinta *Guaca* se decía *Oyaraypúquiu:* era una fontezuela que está algo más arriba. Ofrecíanle conchas de todos colores, conforme á los tiempos.

La sexta era otra fuente llamada *Arosayapúquiu*, que está en *Callachaca:* ofrecíanle sólo conchas.

La sétima se decía *Aquarsayua:* era *Guaca* de gran veneración, y tenían por opinión que cualquiera cosa que le ofrecían la recibían todas las *Guacas*.

La octava era un manantial llamado *Susumarca*, que está en *Callachaca*, y le ofrecían lo ordinario.

La novena se decía *Rondoya [Runtuyan]:* eran tres piedras que estaban en el cerro así llamado; púsolas allí el Inca *Pachacútic* y mandó las adorasen.

La décima y última *Guaca* deste *Ceque* era otra piedra llamada *Pomavrco*, que estaba puesta por fin y término de las *Guacas* deste *Ceque*.

El sexto *Ceque* se llamaba *Cayao*, y en él había siete *Guacas*. La primera se decía *Auriauca:* era como un portal ó ramada que estaba junto al templo del Sol, donde se ponía el Inca y los Señores.

La segunda *Guaca* era una piedra corva llamada *Comovilca*, que estaba cabe *Callachaca:* ofrecíanle solas conchas.

La tercera se llamaba *Chuquicancha:* es un cerro muy conocido, el cual tuvieron que era casa del Sol. Hacían en el mismo solemne sacrificio para alegrar al Sol.

La cuarta era una piedra pequeña dicha *Sanotuiron [Sahuasirai?]*, la cual estaba sobre un cerrillo. Ofrecíanle por la salud del Príncipe que había de heredar el reino; y cuando lo hacían orejón ofrecían á esta *Guaca* un solemne sacrificio.

La quinta se decía *Viracochapúquiu:* era una fuente que está en un llano camino de *Chita*.

La sexta era una casa dicha *Pomamarca*, la cual estaba en el dicho llano. En ella se guardaba el cuerpo de la mujer de *Inca-Yupanqui*, y ofrecíanse niños con todo lo demás.

La sétima se decía *Curavacaja:* es un altozano, camino de *Chita*, donde se pierde de vista la ciudad, y estaba señalado por fin y mojón de las *Guacas* deste *Ceque*. Tenían allí un León muerto y contaban su origen, que es largo.

En el sétimo *Ceque*, llamado *Yacanora*, había otras siete *Guacas*. La primera se decía *Ayllipampa:* era un llano donde está la *chácara* que fué de Mesa (1). Decían que era la diosa Tierra llamada *Pachamama*, y ofrecíanle ropa de mujer pequeña.

La segunda *Guaca* era una fontezuela junto á esta *chácara*, llamada *Guamantanta:* ofrecíase en ella lo ordinario.

La tercera era otra fuente nombrada *Pacaypúquiu*, que está un poco más abajo de la sobredicha. Ofrecíanle conchas molidas.

---

(1) Alonso de Mesa, de los primeros conquistadores del Perú.

La cuarta era una plaza grande llamada *Colcapampa*, donde se hizo la parroquia de los Mártires, al cabo de la cual estaba una piedra que era ídolo principal á quien se ofrecían niños con lo demás.

La quinta *Guaca* se decía *Cuillorpúquiu:* era un manantial pequeño que está más abajo. Ofrecíanle sólo conchas.

La sexta se llamaba *Unugualpa:* ésta era una piedra que estaba en *Chuquicancha*, la cual cuentan que sacando piedra la hallaron como en figura humana; y desde allí por cosa notable la adoraron.

La sétima y última era una fuente llamada *Cucacache*, á donde se hacen unas salinas pequeñas.

El octavo *Cèque* se decía *Ayarmaca*, el cual tenía once *Guacas*. La primera era un manantial dicho *Sacasayllapúquiu*, que está junto al molino de Pedro Alonso (1). Ofrecíanle sólo conchas.

La segunda *Guaca* era otro manantial llamado *Pirquipúquiu*, que está en una quebrada más abajo. Ofrecíanle corderillos pequeños hechos de plata.

La tercera se llamaba *Cuipanamaro:* eran unas piedras junto á este manantial, y eran tenidas por *Guaca* principal. Ofrecíanle ropa pequeña y corderillos hechos de conchas.

La cuarta era un manantial dicho *Avacospúquiu*. Ofrecíanle sólo conchas.

La quinta se decía *Sauaraura:* eran tres piedras que estaban en el pueblo de *Larapa*.

La sexta se llamaba *Urcopúquiu*, y era una piedra esquinada que estaba á un rincón del dicho pueblo. Teníanla por *Guaca* de autoridad, y ofrecíanle ropa de mujer pequeña y pedazuelos de oro.

La sétima era una fuente dicha *Pilcopúquiu*, que estaba cerca del pueblo de *Corcora*. Ofrecíansele conchas y ropa de mujer pequeña.

(1) Vecino fundador del Cuzco.

La octava se llamaba *Cuipan:* eran seis piedras que estaban juntas en el cerro así llamado. Ofrecían á esta *Guaca* sólo conchas coloradas, por la salud del Rey.

La nona era un manantial que llamaban *Chora,* el cual estaba cabe *Andamarca.* Ofrecíanle conchas molidas y pedazuelos pequeños de oro.

La décima se decía *Picas:* era una pedrezuela pequeña que estaba en un cerro encima de *Larapa,* á la cual tenían por abogada del granizo. Ofrecíanle demás de lo ordinario pedazuelos de oro pequeños y redondos.

La undécima y última *Guaca* deste *Ceque* se llamaba *Pilcourco:* era otra piedra á quien hacían gran veneración, la cual estaba en un cerro grande cerca de *Larapa.* Cuando había Inca nuevo le sacrificaban demás de lo ordinario una muchacha de doce años abajo.

El postrero *Ceque* deste camino de *Antisuyu* se decía *Cayao:* era del *ayllo* y parcialidad de *Cari* y tenía las cinco *Guacas* siguientes. La primera se decía *Lampapúquiu:* era una fuente que estaba en *Undamarca.* Sacrificábanle conchas de dos colores, amarillas y coloradas.

La segunda *Guaca* era otra fuente llamada *Suramapúquiu,* que estaba en una quebrada en *Acoyapuncu.* Ofrecíanle no más que conchas.

La tercera se decía *Corcorpúquiu:* era otro manantial que está en la *puna* encima de la Angostura.

La cuarta *Guaca* eran unas piedras llamadas *Churucana,* que estaban encima de un cerro, más abajo.

La quinta y última deste *Ceque* y camino se decía *Ataguanacauri:* eran ciertas piedras puestas junto á un cerro; era adoratorio antiguo, y ofrecíasele lo ordinario.

---

## CAPÍTULO XV

### *De los Ceques y Guacas del camino de Collasuyu.*

HABÍA en este tercero camino nueve *Ceques*, y en ellos ochenta y cinco adoratorios ó *Guacas*. El primer *Ceque* se decía *Cayao* y tenía cuenta con él la familia de *Aquiniaylla*, y comprendía nueve *Guacas*. La primera se nombraba *Pururauca*. Estaba donde fué después la casa de Manso Serra (1). Ésta era una ventana que salía á la calle y en ella estaba una piedra de los *Pururaucas*. Ofrecíanle lo ordinario, excepto niños.

La segunda se decía *Mudcapúquiu*. Era una fontezuela que sale debajo de las casas que fueron de Antón Ruiz (2). Ofrecíanle sólo conchas.

La tercera *Guaca* se decía *Churucana*. Es un cerro pequeño y redondo que está junto á San Lázaro, encima del cual estaban tres piedras tenidas por ídolos. Ofrecíaseles lo ordinario y también niños, para efecto que el Sol no perdiese sus fuerzas.

La cuarta era un llano dicho *Caribamba*, que está en el pueblo de *Cacra*. Sacrificábansele de ordinario niños.

La quinta se decía *Micayapúquiu*. Es una fuente que está en la ladera del cerro de *Guanacauri*.

La sexta se llamaba *Alpitan*. Eran ciertas piedras que estaban en una quebrada donde se pierde la vista de *Guanacauri*. Cuentan que fueron hombres hijos de aquel cerro, y que en cierta desgracia que les acaeció, se tornaron piedras.

---

(1) Su verdadero nombre era Mancio Sierra de Leguízamo.

(2) Antonio Ruiz de Guevara.

La sétima, *Guamansari,* era una piedra grande que estaba encima de un cerro junto á la Angostura. Á esta *Guaca* sacrificaban todas las familias por las fuerzas del Inca, y ofrecíanle ropa pequeña, oro y plata.

La octava, *Guayra,* es una quebrada de la Angostura, adonde contaban que se metía el viento. Hacíanle sacrificio cuando soplaban recios vientos.

La nona y última deste *Ceque* se decía *Mayu.* Es un río que corre por la Angostura. Sacrificábanle en ciertos tiempos del año en agradecimiento porque venía por la ciudad del Cuzco.

El segundo *Ceque* deste camino se llamaba *Payan.* Estaba á cargo del *ayllu* de *Haguayni* y tenía ocho *Guacas.* La primera era un llano dicho *Limapampa,* donde se hizo la *chácara* de Diego Gil: hacían aquí la fiesta cuando cogían el *maiz* para que durase y no se pudriese.

La segunda *Guaca* se decía *Raquiancalla.* Es un cerrillo que está en aquella *chácara,* en el cual estaban muchos ídolos de todos cuatro *suyus.* Hacíase aquí una célebre fiesta que duraba diez días, y ofrecíase lo ordinario.

La tercera se llamaba *Sausero.* Es una *chácara* de los descendientes de *Paullu-Inca,* á la cual, en tiempo de sembrar, iba el mismo Rey y araba un poco. Lo que se cogía della era para sacrificios del Sol. El día que el Inca iba á esto, era solemne fiesta de todos los Señores del Cuzco. Hacían á este llano grandes sacrificios, especialmente de plata, oro y niños.

La cuarta era una *chácara* que se decía *Omatalispacha,* que después fué de Francisco Moreno. Adoraban á una fuente que está en medio della.

La quinta era un llano dicho *Oscollo,* que fué de Garcilaso. Ofrecíanle lo ordinario.

La sexta se nombraba *Tuino Urco.* Eran tres piedras que estaban en un rincón del pueblo de *Cacra.*

La sétima era un manantial por nombre *Palpancaypú-*

*quiu*, que está en un cerro junto á *Cacra*, y sólo le ofrecían conchas muy molidas.

La octava y postrera *Guaca* deste *Ceque* se decía *Collocalla*. Es una quebrada donde estaba un padrón junto al camino, para los ofrecimientos.

El tercero *Ceque* tenía por nombre *Collana*, y en él había nueve *Guacas*. La primera se llamaba *Tampucancha*. Era parte de la casa de Manso Sierra, en que había tres piedras adoradas por ídolos.

La segunda *Guaca* era una piedra llamada *Pampasona*, que estaba junto á la sobredicha casa. Ofrecíanle sólo conchas molidas.

La tercera era una fuente nombrada *Pirpoyopacha*, que está en la *chácara* de Diego Maldonado, en la cual se lavaban los Incas ciertos días.

La cuarta se llamaba *Guanipata*. Era una *chácara* más abajo, donde estaba un paredón que decían había hecho allí el Sol. Sacrificábanle niños y todo lo demás.

La quinta se nombraba *Anaypampa*. Era una *chácara* de la *Coya-Mama-Ocllo*.

La sexta se decía *Suriguaylla*. Era una fuente que nacía en un llano así llamado. Ofrecíanle conchas molidas.

La sétima, *Sinopampa [Sanopampa?]*, eran tres piedras redondas que estaban en un llano en medio del pueblo de *Sano*. Sacrificábanle niños.

La octava, *Sanopúquiu*, era cierta fuente que estaba en una quebrada del dicho pueblo. Ofrecíanle carneros y conchas.

La novena y última *Guaca* deste *Ceque* era un cerro llamado *Llulpacturo*, que está frontero de la Angostura; el cual estaba diputado para ofrecer en él al *Ticciviracocha*. Sacrificábase aquí más cantidad de niños que en ótras partes. Así mismo le ofrecían niños hechos de oro y plata y ropa pequeña; y era sacrificio ordinario de los Incas.

El cuarto *Ceque* deste dicho camino se decía *Cayao*, y

era del *ayllu* de *Apumayta*, y tenía diez *Guacas*. Á la primera llamaban *Pomapacha*. Era una fuente donde se bañaban los Incas, con una casa junto á ella en que se recogían en saliendo del baño. Estaba donde fueron después las casas de Sotelo (1).

La segunda *Guaca* se llamaba *Tancaray*. Era una sepultura que estaba en la *chácara* de Diego Maldonado, donde tenían creído que se juntaban en cierto tiempo todos los muertos.

La tercera era una fuente dicha *Quispiquilla*, que está en la dicha heredad de Diego Maldonado.

La cuarta era un cerro, por nombre *Cuipan*, que está destotra parte de *Guanacauri;* encima del cual estaban cinco piedras, tenidas por *Guacas*. Sacrificábanles todas las cosas, especialmente niños.

La quinta se decía *Allavillay*. Ésta era una sepultura donde se enterraban los Señores del *ayllu* deste nombre.

La sexta se llamaba del mismo nombre que la de arriba. Eran ciertas piedras juntas puestas en un cerro que está enfrente de *Cacra*.

La sétima se decía *Raraoquirau*. Es un cerro grande que adoraban por su grandeza y por ser señalado.

La octava, *Guancarcaya*, es una quebrada como puerta que está junto al cerro de arriba. Estaba dedicada al Sol, y ofrecíanle niños en ciertas fiestas que allí hacían.

La novena *Guaca* es un cerro grande llamado *Sinayba*, que está destotro cabo de *Quispicanche*.

La décima y última se decía *Sumeurco*. Es un cerro que tenían puesto por límite de las *Guacas* deste *Ceque*. Está junto á el de arriba, y ofrecíanle conchas.

El quinto *Ceque* se llamaba *Payan*, y tenía diez *Guacas*. Á la primera nombraban *Catonge*. Era una piedra que

(1) Cristóbal Sotelo, amigo entusiasta de Almagro el mozo, y uno de los jefes de su partido.

estaba cabe la casa de Juan Soria. Adorábanla como á *Guaca* principal, y ofrecíanle de todo, particularmente figuras de hombres y mujeres pequeñas de oro y plata.

La segunda era una fuente llamada *Membillapúquiu,* de donde bebían los del pueblo de *Membilla.* Ofrecíanle sólo conchas partidas.

La tercera se decía *Quintiamaro.* Eran ciertas piedras redondas que estaban en el pueblo de *Quijalla.*

La cuarta se decía *Cicacalla.* Eran dos piedras que estaban en el mismo pueblo de arriba. Ofrecíanle conchas pequeñas y ropa quemada.

La quinta *Guaca* se nombraba *Ancasamaro.* Eran cinco piedras que estaban en el mismo pueblo.

La sexta, *Tocacaray,* era un cerro que está frontero de *Quijalla.* Había en él tres piedras veneradas: sacrificábanle niños.

La sétima era una fuente dicha *Mascaguaylla,* que está en el camino de *Guanacauri.*

La octava se llamaba *Intipampa.* Era un llano junto á *Cacra,* en medio del cual estaban tres piedras. Era adoratorio principal, en que se sacrificaban niños.

La novena era otro llano dicho *Rondao,* que está junto al camino Real de *Collasuyu* frontero de *Cacra.*

La décima y última era un cerro pequeño llamado *Omotourco,* que está enfrente de *Quispicanche* en la *puna* ó páramo. Encima dél estaban tres piedras á las cuales ofrecían sacrificios.

Al sexto ceque llamaban *Collana,* y había en él diez *Guacas.* La primera era un *buhio* dicho *Tampucancha,* que estaba en el sitio de la casa de Manso Sierra, el cual fué morada de *Manco-Cápac Inca.* Ofrecíanle lo ordinario, excepto niños.

La segunda *Guaca* se llamaba *Mamacolca.* Eran ciertas piedras que estaban en el pueblo de *Membilla.*

La tercera era una casa dicha *Acoyguaci,* que estaba en

*Membilla,* en la cual se guardaba el cuerpo del *Inca Cinchiroca.*

La cuarta se decía *Quirarcoma.* Era una piedra grande, con cuatro pequeñas, que estaban en el llano de *Quicalla.*

La quinta se llamaba *Viracochacancha.* Eran cinco piedras que estaban en el pueblo de *Quijalla.*

La sexta se decía *Cuipan,* y eran tres piedras puestas en el llano de *Quicalla.*

La sétima se llamaba *Huanacauri,* la cual era de los más principales adoratorios de todo el reino, el más antiguo que tenían los Incas después de la ventana de *Pacaritampu* y donde más sacrificios se hicieron. Ésta es un cerro que dista del Cuzco como dos leguas y media por este camino en que vamos de *Collasuyu,* en el cual dicen que uno de los hermanos del primer Inca se volvió piedra, por razones que ellos dan, y tenían guardada la dicha piedra, la cual era mediana, sin figura y algo ahusada. Estuvo encima del dicho cerro hasta la venida de los españoles, y hacíanle muchas fiestas. Mas luego que llegaron los españoles, aunque sacaron deste adoratorio mucha suma de oro y plata, no repararon en el ídolo, por ser, como he dicho, una piedra tosca; con que tuvieron lugar los indios de esconderla, hasta que, vuelto de Chile *Paullu Inca,* le hizo casa junto á la suya; y desde entonces se hizo allí la fiesta del *Raymi,* hasta que los cristianos la descubrieron y sacaron de su poder. Hallóse con ella cantidad de ofrendas, ropa pequeña de idolillos y gran copia de orejeras para los mancebos que se armaban caballeros. Llevaban este ídolo á la guerra muy de ordinario, y particularmente cuando iba el Rey en persona; y *Guayna Cápac* lo llevó á *Quito,* de donde lo tornaron á traer con su cuerpo. Porque tenían entendido los Incas, que había sido gran parte en sus victorias. Poníanlo para la fiesta del *Raymi* ricamente vestido y adornado de muchas plumas encima del dicho cerro de *Huanacauri.*

La octava *Guaca* era una fuente, llamada *Micaypúquiu*, en el camino de *Tambo*.

La novena se decía *Quiquijana*. Es un cerrillo pequeño donde estaban tres piedras. Ofrecíanles sólo conchas y ropa pequeña.

La postrera *Guaca* deste *Ceque* era una fontezuela llamada *Quisquipúquiu*, que estaba en un llano cabe *Cacra*.

El sétimo *Ceque* tenía por nombre *Cayao* y había en él ocho *Guacas* á cargo del ayllo de *Uscamayta*. La primera se llamaba *Santocollo*. Era un llano más abajo de la *chácara* de Francisco Moreno. Ofrecíanle ropa muy fina y pintada.

La segunda *Guaca* era una piedra dicha *Cotacalla*, que estaba en el camino Real cerca del pueblo de *Quicalla*, la cual era de los *Pururaucas*.

La tercera era otra piedra llamada *Chachaquiray*, que estaba lejos de la de arriba.

La cuarta era un llano que llamaban *Vircaypay*, donde se poblaron después los indios *Chachapoyas*.

La quinta se decía *Matoro*. Es una ladera cerca de *Guanacáuri*, donde había unos edificios antiguos, que cuentan fué la primera jornada donde durmieron los que salieron de *Guanacáuri* después del Diluvio; y en razón desto refieren otros disparates.

La sexta es una fuente llamada *Vilcaraypúquiu*, que está cabe la dicha cuesta, á donde dicen que bebieron los que partieron de *Guanacáuri*.

La sétima es un llano grande cerca de *Guanacáuri*, llamado *Uspa*.

La octava y última deste *Ceque* era una fuente llamada *Guamancapúquiu*, que está en una quebrada.

El octavo *Ceque* se decía *Payan*, y tenía ocho *Guacas*. La primera era una cárcel llamada *Sancacancha*, que hizo *Mayta Cápac*, la cual estaba en el solar que fué de Figueroa.

La segunda *Guaca* era una *chácara*, dicha *Guanchapa*-

*cha,* que fué después de Diego Maldonado. Ofrecíase de todo, excepto niños.

La tercera se decía *Mudca.* Era un pilar de piedra que estaba en un cerrillo cerca de *Membilla.* Ofrecíanle sólo conchas molidas.

La cuarta era un cerrillo llamado *Chuquimarca,* que está junto á *Guanacáuri.* Ofrecíanle conchas molidas.

La quinta se decía *Cuicosa.* Eran tres piedras redondas que estaban en un cerro llamado así, junto á *Guanacáuri.*

La sexta era cierta fuente llamada *Coapapúquiu,* que está junto al mismo cerro de *Guanacáuri.*

La sétima era otra fuente dicha *Púquiu,* junto á la de arriba.

La postrera *Guaca* deste *Ceque* era una quebrada que está junto á *Guanacáuri.* Ofrecíase en ella todo lo que sobraba, cumplido con las demás deste dicho *Ceque.*

El noveno y último *Ceque* deste camino que traemos se llamaba *Collana,* y tenía trece *Guacas.* La primera era un asiento llamado *Tampucancha,* donde decían que solía sentarse *Mayta Cápac,* y que sentado aquí concertó de dar la batalla á los *Acabicas[Allcahuizas];* y porque en ella los venció, tuvieron el dicho asiento por lugar de veneración, el cual estaba junto al templo del Sol.

La segunda *Guaca* se decía *Tancarvilca.* Era una piedra pequeña y redonda que estaba en el solar que fué de D. Antonio (1); decían ser de los *Pururaucas.*

La tercera era un llano dicho *Pactaguañui,* que fué de Alonso de Toro. Era lugar muy venerado; sacrificábanle para ser librados de muerte repentina.

La cuarta se decía *Quicapúquiu.* Es un manantial que está más acá de *Membilla.* Ofrecíanle conchas molidas.

La quinta se nombraba *Tampuvilca.* Era un cerro redondo que está junto á *Membilla,* encima del cual estaban

(1) D. Antonio Pereira, hijo del portugués Lope Martín.

cinco piedras que cuentan haber aparecido allí, y por eso las veneraron. Ofrecíanles lo ordinario, especialmente cestos de *Coca* quemados.

La sexta se llamaba *Chacapa*. Es un llano de aquel cabo de *Membilla*. Ofrecíanle conchas molidas.

La sétima era dicha *Chinchaypúquiu*. Es una fuente que estaba en un pueblo deste nombre.

La octava, *Guarmichacapúquiu,* es otra fuente que está más arriba en una quebrada junto á *Guanacáuri*.

La novena, *Cupaycha-agiripúquiu,* era otra fuente junto á la de arriba, y le ofrecían sólo conchas.

La décima, *Quillo,* eran cinco piedras puestas encima de un cerro deste nombre, cerca de *Guanacáuri*.

La undécima *Guaca* se decía *Cachaocachiri*. Eran tres piedras que estaban en otro cerrillo llamado así; era adoratorio antiguo, en el cual y en el de arriba se sacrificaban niños.

La duodécima era una piedra grande llamada *Quiropiray,* que estaba encima del cerro deste nombre; decían ser de los *Pururaucas*.

La postrera *Guaca* deste camino era un cerro llamado *Puncu,* á donde ofrecían lo que sobraba de las *Guacas* deste *Ceque*.

## CAPÍTULO XVI

### *De los Ceques y Guacas del camino de Cuntisuyu.*

EL camino de *Cuntisuyu,* que nosotros llamamos Condesuyo, tenía catorce *Ceques* y ochenta *Guacas,* como aquí van puestas. Al primer *Ceque* llamaban *Anaguarque,* y tenía quince *Guacas*. La primera era una piedra dicha

*Subaraura*, que estaba donde ahora es el mirador de Santo Domingo, la cual tenían creído era un principal de los *Pururaucas*.

La segunda *Guaca* era otra piedra como ésta llamada *Quinquil*, que estaba en una pared junto á *Coricancha*.

La tercera se decía *Pomachupa* (suena cola de León). Era un llano que estaba en el barrio así llamado, y desde allí se ofrecía á aquellos dos riachuelos que por allí corren.

La cuarta se nombraba *Uxi*. Era el camino que va á *Tampu;* sacrificábase al principio dél por ciertas causas que los indios dan.

La quinta, *Guaman*, es una quebrada, donde estaba una piedra pequeña redonda, que era ídolo.

La sexta, *Curipaxapúquiu*, es otra quebrada, junto á la de arriba, en el camino de *Membilla;* ofrecíanle lo ordinario y niños en ciertos días.

La sétima, *Anaguarque*, era un cerro grande que está junto á *Guanacauri*, donde había muchos ídolos, que cada uno tenía su origen é historia. Sacrificábanse de ordinario niños.

La octava, *Chataguarque*, era cierta piedra pequeña que estaba en un cerrillo junto á esotra.

La novena, *Achatarquepúquiu*, era una fuente junto al cerro de arriba; ofrecíanle no más de ropas y conchas.

La décima, *Anahuarqueguaman*, era una piedra que estaba en un cerro, junto á el de arriba; ofrecíanle niños.

La undécima *Guaca* era una fuente llamada *Yamarpúquiu*, la cual estaba en una quebrada en la falda del cerro de arriba.

La duodécima era otra fuente dicha *Chicapúquiu*, que sale cerca de la de arriba.

La décima tercia se decía *Incaroca*. Era una cueva que estaba más adelante de las fuentes sobredichas, y era adoratorio principal. Ofrecíanle niños.

La décima cuarta era cierta piedra llamada *Puntuguan-*

*ca*, que estaba encima de un cerro deste nombre cerca del cerro de *Anaguarque*.

La postrera *Guaca* se decía *Quiguan*. Eran tres piedras que estaban en un portezuelo camino de *Pomacancha*.

El segundo *Ceque* deste dicho camino de *Cuntisuyu* era del *ayllo* de *Quisco*. Llamase *Cayao* y tenía cuatro *Guacas*. La primera era un llano grande dicho *Cotocari*, que después fué *chácara* de Altamirano (1).

La segunda se decía *Pillochuri*. Era una quebrada camino de *Tambo*, en que había una piedra mediana y larga tenida en veneración.

La tercera, *Payllallauto*, era cierta cueva en la cual tenían creído que se entró una Señora deste nombre, madre de un gran Señor por nombre *Apucurimaya*, la cual nunca más pareció.

La cuarta se decía *Ravaraya*. Es un cerro pequeño donde los indios acababan de correr la fiesta del *Raymi*; y aquí se daba cierto castigo á los que no habían corrido bien.

El tercero *Ceque* se nombraba *Payan*, y tenía otras cuatro *Guacas*. La primera era una fuente llamada *Chuquimatero*, de donde beben los indios de *Cayocache*.

La segunda se decía *Caquiasavaraura*. Es un cerro frontero de *Cayocache*, encima del cual estaban cinco piedras tenidas por ídolos.

La tercera, *Cayascasguaman*, era una piedra larga que estaba en el pueblo de *Cayascas*.

La cuarta, *Chucuracaypúquiu*, es una quebrada que está camino de *Tambo*, donde se pierde de vista el valle del Cuzco.

Al cuarto *Ceque* llamaban *Collana*, y tenía cinco *Guacas*. La primera se decía *Pururauca*. Era una piedra de aquellas en que decían haberse convertido los *Pururaucas*, la cual estaba en un poyo junto al templo del Sol.

---

(1) Antonio Altamirano, vecino fundador del Cuzco.

La segunda se decía *Amarocti.* Eran tres piedras que estaban en un poblezuelo llamado *Aytocari.*

La tercera, *Cayaopúquiu,* era una fuente que estaba frontera de *Cayaocache,* en la ladera del río.

La cuarta, *Churucana,* era cierta piedra grande que estaba en un cerro junto á el de *Anaguarque;* ofrecíanle niños.

La quinta se llamaba *Cuipancalla.* Es una quebrada que está camino de *Tambo,* donde echaban lo que sobraba de las ofrendas deste *Ceque.*

El quinto *Ceque* se decía *Cayao.* Estaba á cargo del *ayllo* de *Chimapanaca,* y tenía otras tantas *Guacas* como el pasado. Á la primera nombraban *Caritampucàncha.* Era una plazuela que está ahora dentro del convento de Santo Domingo, la cual tenían por opinión que era el primer lugar donde se asentó *Manco Cápac* en el sitio del Cuzco, cuando salió de *Tampu.* Ofrecíanse niños con todo lo demás.

La segunda *Guaca* se decía *Tincalla.* Eran diez piedras de los *Pururáucas,* que estaban en *Cayocache.*

La tercera, *Cayallacta,* eran ciertas piedras que estaban en un cerro cabe *Choco,* pueblo que fué de Hernando Pizarro.

La cuarta, *Churupúquiu,* es una fuente que está encima del dicho pueblo de *Choco.*

La quinta se decía *Cumpuguanacáuri.* Es un cerro en derecho de *Choco,* encima del cual había diez piedras que tenían creído había enviado allí el cerro de *Guanacáuri.*

El sexto *Ceque* deste mismo camino se llamaba *Payan,* y tenía cinco *Guacas.* La primera tenía por nombre *Apian.* Era una piedra de los *Pururáucas* que estaba en el sitio que hoy tiene Santo Domingo.

La segunda *Guaca* se decía *Guaman.* Era una piedra que estaba en *Cayocache.*

La tercera, *Ocropacha,* eran unas piedras de los *Pururáucas* que estaban en *Cayocache.*

La cuarta, *Pachapúquiu*, era una fuente que está hacia *Pomapampa*.

La quinta se decía *Intirpucancha*. Era un *buhio*, que estaba enmedio del pueblo de *Choco* y había sido del primer Señor dél.

El sétimo *Ceque* se llamaba *Coyana*, y tenía otras cinco *Guacas*. La primera era una casa pequeña dicha *Inticancha*, en que tuvieron por opinión que habitaron las hermanas del primer Inca que con él salieron de la ventana de *Pacaritampu*. Sacrificábanle niños.

La segunda *Guaca* se llamaba *Rocramuca*. Era una piedra grande que estaba junto al templo del Sol.

La tercera, *Carvincacancha*, era una casa pequeña que estaba en *Cayocache*, que había sido de un gran Señor.

La cuarta, *Sutimarca*. Ésta es un cerro de donde dicen que salió un indio, y que, sin tener hijos, se volvió á meter en él.

La quinta, *Cotacotabamba*, era un llano entre *Choco* y *Cachona*, á donde se hacía una fiesta en ciertos días del año, en la cual se apedreaban.

El octavo *Ceque* se llamaba la mitad, *Callao*, y la otra mitad, *Collana*, y todo él tenía quince *Guacas*. Á la primera nombraban *Tanancuricota*. Era una piedra en que decían que se había convertido una mujer que vino con los *Pururáucas*.

La segunda era una sepultura de un Señor principal, llamada *Cutimanco*; sacrificábanle niños.

La tercera se decía *Cavas*. Era otra sepultura que estaba en *Cachona*.

La cuarta se llamaba *Econconpúquiu*. Era una fuente que está en *Cachona*.

La quinta, *Chinchaypúquiu*, era otra fuente que está en una ladera de la *puna*.

La sexta, *Mascataurco*, es un cerro donde se pierde la vista del Cuzco por este *Ceque*.

La sétima, *Cachicalla,* es una quebrada entre dos cerros á modo de puerta; no le ofrecían otra cosa que la *coca* que echaban de la boca los que pasaban.

La octava, *Quiacasamaro,* eran ciertas piedras que estaban encima de un cerro más allá de *Cayocache.*

La novena, *Managuañuncaguaci,* era una casa de una de las *coyas* ó reinas, que estaba en el sitio que ahora tiene el convento de la Merced.

La décima, *Cicui,* era una sepultura que estaba en la ladera de *Cachona.*

La undécima, *Cumpi,* es un cerro grande que está camino de *Cachona,* sobre el cual había diez piedras tenidas por ídolos.

La duodécima, *Pachachiri,* es una fuente que está en la *puna* de *Cachona.*

La décima tercia, *Pitopúquiu,* es otra fontezuela que estaba junto á la sobredicha.

La décima cuarta, *Cavadcalla?* era una como puerta entre dos cerros, que está hácia *Guacachaca.*

La última *Guaca* deste *Ceque* se decía *Lluquirivi.* Es un cerro grande junto á la quebrada de arriba.

El noveno *Ceque* tenía por nombre *Callao,* y abrazaba tres *Guacas.* La primera se decía *Colquemachacuay* (suena culebra de plata). Es una fuente de buen agua muy conocida, que está en la falda del cerro de *Puquin,* junto á la ciudad del Cuzco.

La segunda se llamaba *Micayurco.* Es un cerro grande que está encima de *Puquin.*

La tercera, *Chaquira,* es un cerro que está cerca del camino de *Alca,* encima del cual había diez piedras tenidas por ídolos.

Al décimo *Ceque* llamaban *Payan,* y tenía cuatro *Guacas.* La primera era una fuente dicha *Pilcopúquiu,* que está en la güerta de Santo Domingo.

La segunda se decía *Puquincancha.* Era una casa del

Sol que estaba encima de *Cayocache*. Sacrificabanle niños.

La tercera tenía por nombre *Cancha*. Ésta era la cerca de la casa de arriba, donde también ofrecían.

La cuarta, *Viracochaurco*, es un cerro que está encima de *Puquin*.

El undécimo *Ceque* se llamaba *Collana*, y en él había cuatro *Guacas*. La primera era una fuente dicha *Matarapacha*, que está camino de *Cayocache*.

La segunda se llamaba *Cuchiguayla*. Es un pequeño llano que está más abajo de la dicha fuente.

La tercera, *Puquinpúquiu*, es una fuente que está en la ladera del cerro de *Puquin*.

La cuarta, *Tampuurco*, es otro cerro que está á un lado del de *Puquin*.

El duodécimo *Ceque* se llamaba *Cayao*, y tenía tres *Guacas*. Á la primera pusieron *Cunturpata*. Era un asiento en que descansaba el Inca cuando iba á la fiesta del *Raymi*.

La segunda se decía *Quilca*. Era una sepultura antiquísima de un Señor que se llamaba así.

La tercera, *Llipiquiliscacho*, era otra sepultura que estaba detrás de *Choco*.

El décimo tercio *Ceque* se nombraba *Cayao*, y tenía cuatro *Guacas*. La primera era un *púquiu* ó fuente llamada *Chilquichaca*.

La segunda se decía *Colcapúquiu*. Era otra fuente que está en una quebrada que baja de *Chilquichaca*.

La tercera, *Chinchincalla*, es un cerro grande donde estaban dos mojones, á los cuales, cuando llegaba el Sol, era tiempo de sembrar.

La cuarta, *Pomaguaci*, es un cerrillo al cabo deste *Ceque*, que estaba por fin y término de las *Guacas* dél.

El último *Ceque* deste camino de *Cuntisuyu* se decía *Collana*, y tenía cuatro *Guacas*. La primera era una piedra no muy grande, llamada *Oznuro*, que estaba en la *chácara* de los *Gualparocas*.

La segunda *Guaca* deste *Ceque* se decía *Otcuropúquiu*. Era una fuente cerca de *Picho*, heredad de la Compañía de Jesús.

La tercera se llamaba *Ravaypampa*. Era un terrado donde se aposentaba el Inca, el cual estaba en la falda del cerro de *Chinchincalla*.

La cuarta, *Pantanaya*, es un cerro grande partido por medio, que divide los caminos de *Chincha* y *Condesuyo* ó *Cuntisuyo*.

Las cuatro *Guacas* siguientes pertenecen á diversos *Ceques*, las cuales no se pusieron por el orden que las demás, cuando se hizo la averiguación. La primera se decía *Mamacocha*. Es una lagunilla pequeña más arriba de la fortaleza.

La segunda es una fuente dicha *Tocoripúquiu*, de donde sale un arroyo que pasa por la ciudad (1).

La tercera se llamaba *Chinchacuay*. Es un cerro que está frontero de la fortaleza.

La cuarta y última de todas se decía *Quiquijana*. Es otro cerro que está detrás del de arriba.

Estas eran las Guacas y adoratorios generales que había en el Cuzco y sus alrededores dentro de cuatro leguas, que con el templo de *Coricancha* y las cuatro postreras que no van puestas en los *Ceques*, vienen á ser trescientas y treinta y tres, distribuídas por cuarenta *Ceques*; á las cuales, añadiendo los pilares ó mojones que señalaban los meses, vienen á cumplir el número de trescientas y cincuenta, antes más que menos; sin las cuales había otras muchas particulares adoradas no de todos, sino de aquellos á quienes pertenecían; como las de las provincias sujetas al Inca, que eran adoratorios sólo de sus naturales, y los cuerpos muertos de cada linaje, á los cuales reverenciaban solos sus descendientes. Las unas y las otras tenían sus guardas y

(1) El *Huatanay*?

[redacted]



ministros, que á sus tiempos ofrecían los sacrificios que estaban establecidos; y de todas tenían estos indios sus historías y fábulas de cómo y por qué causas fueron instituídas, qué sacrificios se le hacían, con qué ritos y ceremonias, á qué tiempos y para qué efectos; que si de todo se hubiera de hacer historia particular, fuera gran prolijidad y cansancio; antes estuve en punto de dejar de referir, aun con la brevedad que van, las *Guacas* contenidas en estos capítulos; y lo hubiera hecho, si no juzgara por necesario el contarlas, para dar mejor á entender la condición tan fácil desta gente, y cómo, aprovechándose el Demonio de su facilidad, la vino á poner en una tan dura servidumbre de tantos y tan desatinados errores como se habían apoderado de ella.

## CAPÍTULO XVII

### *Del famoso templo de Pachacama.*

DESPUÉS del soberbio templo del Sol tenía el segundo lugar en grandeza, devoción, autoridad y riqueza el de *Pachacama;* al cual, como á santuario universal, venían en peregrinación las gentes de todo el imperio de los Incas y ofrecían en él sus votos. Estaba este célebre templo en un valle marítimo, ameno y fértil, que dista cuatro leguas desta ciudad de *Los Reyes;* en el cual durante el reinado de los Incas hubo una grandiosa población, que era cabeza de provincia. Pegado á ella estaba este edificio, desviado de la mar, que le cae á el Poniente, quinientos pasos, y del río que riega el dicho valle trescientos, á la parte del Norte dél, junto á una pequeña laguna, que parece haberse antiguamente comunicado con la mar. Su sitio es un cerrillo pequeño que señorea todo el valle, por ser muy llano, el

cual parece artificial y hecho á mano para fundamento desta fábrica; cuya forma es en cuadro, algo más larga que ancha. Compónese de seis cuerpos unos sobre otros en disminución, todos macizos, hechos de adobes y tierra, y encima dellos estaba labrado el templo y muchos aposentos; por manera que este gran terraplén sólo parece haber sido hecho, por grandeza, para cimiento del templo.

Aunque al presente no queda en pie desta obra más que las ruinas y algunas paredes del dicho templo y aposentos, todavía por ellas y por los seis cuerpos del terrapleno que están enteros, aunque desportillados por partes y con algunos socavones que en ellos han hecho españoles buscando tesoros, pude muy bien yo, viéndolo y considerándolo atentamente, sacar la traza y grandeza de todo el edificio con la medida y disposición de todas sus partes, que es desta manera.

El primer cuerpo tiene de largo de esquina á esquina seiscientos pies, y de ancho quinientos y diez y seis; por manera que viene á tener de ruedo en los cuatro lienzos dos mil y doscientos y treinta y dos pies. De alto no se levanta más de un estado sobre el cerrillo ó mogote en que está fundado, porque parece haber sido hecho este primer cuerpo por bajo de todo el edificio, para igualar y poner á nivel el plan dél. Sobre este primer cuerpo se forma un releje y terrado de cuarenta pies de ancho, que es como una gran calle que ciñe y rodea el segundo cuerpo que nace del primero, tanto menor que él cuanto es lo que se embebe el edificio en el dicho releje; y así tiene de frente el segundo cuerpo quinientos veinte piés de largo, cuatrocientos y treinta y seis de ancho, y de alto veinticuatro. Entre la pared deste segundo cuerpo y la del tercero se hace otro releje ó descanso de treinta y dos pies de ancho, que es una calle ó terrado llano como el primero que rodea en torno el tercero cuerpo, el cual sale del segundo, y tiene doce pies de alto. Fórmase encima dél otro releje

de veinte y seis pies de ancho. El cuarto cuerpo tiene de alto quince pies, y en su remate se embebe el edificio veinte y cuatro. El quinto cuerpo sólo parece estribo del último, y así no se levanta sobre el cuarto más que cinco pies, y el ancho de su releje es de diez. El sexto y último cuerpo deste gran terrapleno tiene de alto sobre el quinto doce pies. De suerte que la altura que hay desde el suelo hasta la azotea ó plaza que se forma sobre el último cuerpo, viene á ser de setenta y cuatro pies; y es tan capaz esta plaza, que tiene de largo trescientos y treinta y seis pies y de ancho doscientos y cincuenta. Á los lados della estaban dos aceras de edificios, que hoy se ven arruinados con algunos pedazos de paredes que permanecen en pie con la misma altura y labor que tenían.

Cada lienzo ó acera destos edificios estaba arrimado á los lados de la dicha plaza ó patio; de manera que el largo dellos venía prolongando el anchor della, quedando á las espaldas del dicho edificio una calle de diez y seis pies de ancho, que era el espacio que había entre la pared postrera del dicho edificio y la del último cuerpo del terrapleno. Por la parte de la mar quedaba un espacio entre el testero del dicho edificio y el bordo del último cuerpo de los macizos, de cincuenta y seis pies, y por la parte de tierra otro de treinta. De forma que cada lienzo de los dichos edificios tenía de largo ciento y sesenta pies y de ancho setenta y cinco. Estaban el uno enfrente del otro en igual distancia y proporción, y no más ni menos apartado el uno que el otro de la orilla del terrapleno por las espaldas y lados. Entre la una y otra acera quedaba la plaza ó patio de ciento y sesenta pies de ancho, y por los otros dos lados estaba descubierta y escombrada todo el ancho del último cuerpo, que era, como queda dicho, de doscientos y cincuenta pies. Por los cuales lados la bañaba el viento fresco y marea que á todos tiempos corre en esta costa, y desde allí se gozaba de una muy extendida y hermosa vista; por-

que por la una parte alcanzaba muchas leguas de mar y por las otras se descubría todo el valle, el cual en todos los tiempos del año está verde y deleitoso. Subían los indios á este gran patio á ofrecer los sacrificios y celebrar sus fiestas, bailes y borracheras.

Estos dos lienzos de edificios que se levantaban sobre el último cuerpo de los macizos, tenían veinte y cuatro pies de alto, las paredes eran de adobes, como las otras de los seis cuerpos de terraplenados, con gran ventanaje al rededor, al talle que las otras fábricas suntuosas de los indios peruanos, que no es más que el hueco de una ventana del grueso de la pared, tapada con un tabique por la parte de adentro, y por defuera parece alacena ó nicho. Déstas, pues, tenía un orden en torno cada acera de los dichos edificios, y entre una y otra no había más espacio que el anchor de cada una. Había en estos edificios muchas piezas, aposentos y retretes, que eran como capillas en que estaban los ídolos y vivían los sacerdotes y ministros. Así las paredes destos aposentos como las de los terraplenos y del demás edificio que abrazaba esta máquina, estaban enlucidas de tierra y pintura de varios colores, con muchas labores curiosas á su modo, si bien al nuestro toscas, y diversas figuras de animales mal formadas, como todo lo que estos indios pintaron.

Fuera del edificio dicho, que estaba sobre la plaza del terrapleno, había otros muchos aposentos al rededor de los cuerpos macizos de la fábrica; especialmente en el segundo, tercero y cuarto cuerpo; parte dellos estaban metidos y embebidos en los mismos cuerpos macizos y parte arrimados á ellos en los relejes que había, que por ser tan anchos y capaces, había espacio bastante para ello. Pero donde había más edificado era en la frontera que miraba á la mar desde el cuarto cuerpo hasta el postrero, la cual parece ser la frente ó delantera de toda la fábrica. Porque, primeramente, corría una plaza angosta como callejón por todo el

largo del edificio, llenas las paredes de ambos lados por la parte de dentro de huecos de puertas al modo que queda dicho arriba eran las ventanas; delante desta plaza estaba un corredor ó galería de doce pies de ancho, cuya pared también tenia un orden de huecos de puertas que parecían alacenas, con una danza de pilares delante labrados de adobes toscamente. El techo desta plaza y galería era un terrado blanco que venía á igualar con el suelo del patio, de modo que, andando por el dicho patio ó plaza, no se echaba de ver esta obra hasta que, pisando su cubierta, se conocía estar debajo hueco, diferenciándose del resto de la dicha plaza, cuyo suelo era sólido y macizo. El cuerpo terraplenado que estaba inmediatamente más abajo de la galería dicha, tenía también un orden de huecos de ventanas; porque esta obra era la mayor hermosura y ornato que estos indios ponían en la frontera y fachada de sus edificios, como ponemos nosotros columnas, cornijas y otras raras molduras y labores. Eran todos estos aposentos vivienda de los sacerdotes, ministros y guardas del templo; y las *Mamaconas* tenían casa aparte junto á él. Algo más desviado se ven unas ruinas de muchas y muy grandes casas, las cuales dicen que eran hospedería para los muchos peregrinos que frecuentaban este santuario.

Aunque se ven por los lienzos y paredes exteriores deste gran templo muchas puertas llenas de varias pinturas, para subir á él no había más de una sola, con una larga escalera de piedra tosca y sin mezcla, con las gradas tan bajas, que aunque era bien larga se subía sin trabajo. Caía esta puerta á la banda de tierra, que es al Oriente, y la escalera iba dando diez ó doce vueltas con sus descansos y puertas muy pintadas á cada vuelta. Respecto de estar al presente desbaratada la mayor parte della, no se puede contar puntualmente el número de escalones que tenía; en sola una vuelta della, que está entera, conté yo veinte; por donde me parece que en proporción, atenta la altura del

edificio, debiera de tener toda ella de ciento y cincuenta para arriba.

No era este gran templo obra de los Reyes Incas, sino mucho más antiguo, como los indios cuentan y se echa de ver en la forma y calidad de su fábrica, que es muy diferente de las otras de los Incas, que casi todas eran de piedra labrada, y si ésta lo fuera, pudiera competir con los más soberbios edificios del mundo. Llámase *Pachacama,* nombre del ídolo ó dios falso á quien era dedicado, que quiere decir Hacedor del Mundo: el cual era labrado de palo con una figura fiera y espantable, y con todo eso muy venerado; porque hablaba por él el Demonio y daba sus respuestas y oráculos á los sacerdotes, con que traían embaucados al simple pueblo, haciéndole entender que tenía poder sobre todas las cosas. Cuando los ministros y hechiceros le ofrecían sacrificio delante de la multitud del pueblo y llegaban á consultarlo, iban las espaldas vueltas al dicho ídolo, con los ojos bajos, llenos de turbación y temblor, y haciendo muchas humillaciones, se ponían á esperar el oráculo en una postura indecente y fea. Sacrificábanle cantidad de animales, plata, oro y de las demás cosas parecidas que tenían, y también alguna sangre humana.

Como los Incas compelían á todas las naciones que sujetaban á recebir sus dioses, ritos y cultos de su falsa religión, al tiempo que ganaron el valle de *Pachacama,* viendo la grandeza, antigüedad y veneración deste templo y la devoción que las provincias comarcanas le tenían, considerando que no fácilmente lo podrían quitar, por ser extraordinaria la autoridad que con todos tenía, cuentan que trataron con los *caciques* y Señores naturales del dicho valle y con los sacerdotes de su dios ó demonio, que se quedase este templo con la majestad y servicio que se tenía, con tal que se hiciese en él otra pieza ó capilla y en ella se pusiese y fuese adorada la estatua del Sol. Lo cual se puso por obra como los Incas lo mandaron; y entonces

se edificó también el monasterio de las *Mamaconas*, que estaba junto al templo. No le pesó al Demonio deste concierto, antes afirman que de allí adelante mostraba gran contento en sus respuestas, porque no perdió en esto sus ganancias; porque con lo uno y con lo otro él era servido destos desventurados, y quedaban sus ánimas presas en su poder. Creció mucho más desde aquel tiempo la autoridad deste templo, por la gran estima en que lo tuvieron los Incas, los cuales lo ilustraron y acrecentaron con tanto adorno y riqueza, que vino á ser el más celebrado y venerado de todo su imperio después del de *Coricancha* del Cuzco. La suma de oro y plata que en él se había recogido, era increible; porque allende de que estaban las paredes y techos de la capilla del ídolo *Pachacama* cubiertas de chapas destos metales, toda la vajilla y vasos del servicio del templo eran de lo mismo; y sin esto había muchas figuras de animales por las paredes labradas destos ricos metales, que eran ofrendas y votos del pueblo ciego: y por los terrados altos y bajos de todo el edificio estaba enterrada gran suma de oro y plata.

El primer capitán español que entró en este templo fué Hernando Pizarro, el cual sacó dél muy gran riqueza, dado que sabida de los indios su venida, escondieron antes que llegase muchas cargas de plata y oro, que hasta hoy no ha parecido, ni se sabe adonde está. Echó por tierra este capitán sus ídolos y hizo pedazos al principal, en quien hablaba el Demonio, con espanto indecible de los indios, que atónitos y pasmados estaban como fuera de sí de ver el atrevimiento de los españoles en ultrajar así á los dioses á quienes ellos tanto respetaban. Por la virtud de la Santa Cruz que se enarboló en este templo y predicación del Santo Evangelio, enmudeció el Demonio y no dió más respuestas en público; puesto caso que dicen los indios que hablaba en lugares secretos con los viejos hechiceros; porque como vía que iba perdiendo su crédito y autoridad, y que

muchos de los que le solían servir, conociendo sus errores, lo habían dejado y abrazado la verdad de nuestra Santa Fe, procuraba estorbar que los demás no recibiesen el agua del Santo Bautismo con nuevos embustes y engaños que pretendía persuadirles, diciendo que el dios que los cristianos predicaban y él eran una misma cosa. Mas no bastaron sus mañas y astucias para que no se acabase de todo punto la veneración deste gran templo, cuyas ruinas están hoy desiertas y hechas moradas de sabandijas, y los pocos indios que han quedado naturales del sobredicho valle de *Pachacama* tan quitados de hacer algún caso deste santuario de sus antepasados, que aun es raro el que vive ahora que tenga memoria de lo que fué.

## CAPÍTULO XVIII

### *Del célebre templo de Copacavana.*

TENÍA este santuario el tercero lugar en reputación y autoridad cerca destos indios peruanos, el cual (dado caso que tratamos dél como si fuera solo uno) comprehendía dos magníficos templos, puestos en dos islas distintas de la laguna de *Chucuito;* y por estar ambas cerca del pueblo de *Copacavana,* le damos el nombre sobredicho. La una destas islas se decía *Titicaca,* y la otra *Coatá;* aquélla era dedicada al Sol y ésta á la Luna. Entrambas, con la costa de la tierra firme que les corresponde, que es término de *Copacavana,* caen en la provincia de *Omasuyo,* diócesis de *Chuquiabo.* Está el dicho pueblo de *Copacavana* en un promontorio que hace la tierra firme hasta el estrecho de *Tiquina,* una legua el promontorio adentro, y es la entrada á él por el pueblo de *Yunguyo,* donde las dos

playas que ciñen esta punta de tierra la estrechan tanto, que viene á ser un istmo de una milla de ancho poco más ó menos. Está asentado en la ribera de dos ensenadas apacibles á la vista que hace la laguna, entre dos altos y empinados cerros; en el uno de los cuales se ve hoy el lugar del suplicio donde castigaba el Inca á los rebeldes. Dista deste dicho pueblo de *Copacavana* la isla de *Titicaca,* consagrada al Sol, una legua; la cual era poblada antiguamente de indios *Collas*, y de la misma nación eran los naturales de *Copacavana*. La isla de *Coatá,* dedicada á la Luna, está de la de *Titicaca* hacia la parte del Oriente legua y media; es más pequeña que la otra y del mismo temple, pero sin agua más que la de la laguna que la ciñe; por lo cual, antes que se consagrase á la Luna, estaba yerma y despoblada de hombres y animales.

El adoratorio del Sol que estaba en la isla de *Titicaca,* era una grande y firme peña, cuya veneración y motivo porque la consagraron al Sol, tiene por principio y fundamento una novela bien ridícula, y es, que los antiguos afirman, que habiendo carecido de luz celestial muchos días en esta provincia, y estando todos los moradores della admirados, confusos y amedrentados de tan obscuras y largas tinieblas, los que habitaban la isla sobredicha de *Titicaca* vieron una mañana salir al Sol de aquella peña con extraordinario resplandor, por lo cual creyeron ser aquel peñasco la casa y morada verdadera del Sol ó la más acepta cosa á su gusto de cuantas en el mundo había; y así se lo dedicaron y edificaron allí un templo suntuoso para en aquellos tiempos, aunque no lo fué tanto como después que los Incas lo engrandecieron é ilustraron.

Otros refieren esta fábula diferentemente y dicen, que la razón de haberse dedicado al Sol esta peña, fué porque debajo della estuvo escondido y guardado el Sol todo el tiempo que duraron las aguas del Diluvio, el cual pasado, salió de allí y comenzó á alumbrar al Mundo por aquel lu-

gar, siendo aquella peña la primera cosa que gozó de su luz. Como quiera que haya sido el principio y origen deste santuario, él tenía muy grande antigüedad y siempre fué muy venerado de las gentes del *Collao*, antes que fueran sujetadas por los Reyes Incas.

Pero después que ellos se enseñorearon destas provincias del contorno de la laguna y de sus islas, y tomaron á su cargo el acrecentamiento deste adoratorio, creció más su devoción en los que antes la tenían, y se extendió á todas las provincias del reino. El camino por donde vino á noticia del Inca y ser tan celebrado, fué éste: como los Incas se habían hecho señores de toda la tierra, creciendo cada día más en autoridad y poder, en tanto extremo habían ya introducido en los indios espíritu de respeto y temor, que los que antes defendían sus tierras y haciendas comarcanas, las habían tan de voluntad rendido á estos sus Reyes, que juzgaban por aleve y traidor al que les ocultase cosa alguna que de importancia ó gusto les pudiese ser; y como esta isla (al parecer desta gente), por el gran santuario que tenía, fuese digna de toda reputación y estima, uno de los viejos que desde su puericia servía en el ministerio dél, movido del celo que con el nuevo mando de los Incas no descaeciese la veneración de su adoratorio, sino que se acrecentase y fuese más ennoblecido y estimado, y también queriendo por este medio grangear la gracia del Inca *Tupacyupanqui*, décimo rey desta tierra, que á la sazón gobernaba, se puso en camino para la ciudad del Cuzco, corte donde los Reyes residían, y presentándose ante él con las ceremonias y sumisiones que suelen usar, le dió cuenta larga del origen y veneración deste santuario, de que el Inca hasta entonces no había tenido noticia; y diciéndole cómo los indios *Collas* injustamente lo poseían, le representó cuán digno era de su grandeza el que tomase sobre sí su protección, para que con ella creciese con sus vasallos la autoridad y devoción dél. Inclinóse el Inca de

modo á darle crédito, que partiéndose con brevedad á visitar las provincias del *Collao*, quiso llegar á ver lo que este templo y adoratorio era. Entró en la isla de *Titicaca*, y halló el altar y templo á sus dioses dedicado, donde, conocida la reverencia que á aquel lugar sagrado tenían los naturales, y considerada su disposición y que era adoratorio dedicado al Sol, por las razones ya dichas y preciarse tanto los Incas de decendientes y reverenciadores del Sol, se holgó de haber hallado lugar tan á su propósito para promover entre sus súbditos la adoración y reverencia del Sol.

Y como hubiese quedado muy pagado del santuario, determinó emplear sus fuerzas, cuidados y poder en procurar celebrarlo con todas veras, teniéndolo por empresa digna de su grandeza y majestad. En conclusión, él tomó este negocio de magnificar este adoratorio tan á pechos, que en razón de sustentarlo, engrandecerlo é ilustrarlo, hizo lo posible á sus fuerzas. Ante todas cosas, para dar muestras de su devoción y acreditar esta romería, ayunó aquí muchos días, absteniéndose de sal, carne y *ají*, conforme á su usanza; y las veces que después vino á este santuario, que no fueron pocas, acostumbró descalzarse doscientos pasos antes de llegar á él; y juzgando los indios éste por acto de devoción ejemplar, hicieron en el mismo lugar una puerta, que se llamó *Intipuncu*, y quiere decir puerta del Sol. Demás desto, hizo este Inca labrar muchos edificios para engrandecer y autorizar este adoratorio, acrecentándose el templo antiguo con nuevas y grandiosas fábricas, y mandando edificar otras para otros ministerios, como fueron, un monasterio de *Mamaconas* que aquí puso, muchos y suntuosos aposentos y cuartos para morada de los sacerdotes y ministros, y un cuarto de legua antes de llegar al templo, un grandioso *tambo* ó mesón para hospedaje de peregrinos, para el aviamiento de los cuales hizo en el contorno de *Copacavana* grandes depósitos así de mantenimientos como de ropas y otras cosas de provisión,

cuyas ruinas duran hasta hoy, y yo las he visto, y aún en ellas se muestra la magnificencia de la obra y cuán republicano era el que atinó con semejante prevención, mediante la cual nunca se sintió hambre en la tierra; que cierto, considerada la multitud que aquí acudía y la esterilidad de los campos de su comarca, admira mucho.

Por comenzar á ser tenido por lugar sagrado desde que se pasaba el estrecho de tierra ó istmo, que arriba dije estar entre *Yunguyo* y *Copacavana,* hizo el Inca cerrar esta entrada con una cerca que sacó de la una playa á la otra, y poner en ella sus puertas, porteros y guardas que examinasen á los que en romería venían á este santuario; y según los indios cuentan, tuvo el Inca voluntad de abrir la tierra y que el agua de una parte y otra cercase ó cerrase este promontorio, y que hiciese el efecto que la cerca. Y por ser el pueblo de *Copacavana* la entrada más apropósito, fácil y quieta (en cuanto á la agua) para entrar á la isla del santuario, lo pobló de indios *mitimaes* escogidos de todas las provincias de su reino y de gran número de incas, y lo acrecentó mucho en vecindad y edificios; adonde, como en los otros pueblos de su dominio que eran cabeceras de provincias, mandó labrar templo para el Sol y demás dioses principales. La gente que habitaba la isla de *Titicaca* era natural de *Yunguyo,* á la cual envió el Inca á su pueblo, reservando algunos viejos que diesen razón y enterasen en los secretos de la isla á los que de nuevo hizo la habitasen. Porque, en lugar de aquella gente desposeída, metió otra traída del Cuzco, de quien tenía la satisfacción y crédito que la gravedad del caso requería. De los *mitimaes,* que la mayor parte eran de la sangre y linaje de los Incas, formó un moderado pueblo media legua antes del templo, y en él mandó labrar casa de su habitación.

Y pareciéndole al Inca que sólo faltaba aquí para ornato y grandeza deste solemne templo y adoratorio la planta llamada *Coca,* que era de las más estimadas ofrendas que

ellos tenían, acordó plantarla en la misma isla; y para contrastar la repugnancia que hacía el ser tierra muy fría, se resolvió de hacerla cavar en tanta distancia de hondura, que en ella estuviese el aire más templado. Pero al poner en ejecución tan ardua empresa, no fué posible ahondar mucho, porque, respecto de estar cercada de agua la isla y ser como es pequeña, se halló presto humedad que atajó su intento. Con todo eso, se hizo tan grande cava ó zanja, que la *Coca* fué plantada y prendió no con pequeña dificultad; pero nació tan desmedrada y de ruín hoja, que manifestó bien la esterilidad de la tierra y frialdad de su región. Y ciertamente fué grande hazaña poner en tales términos esta planta, siendo como es la que más caliente tierra pide; mas, como el artificio fué tan violento, nunca permaneció, porque, demás de serle tan contrario el temple, viniendo abajo lo alto de la barranca, fué la *Coca* enterrada y con ella muchos indios que entendían en cultivarla, con lo cual el Inca cesó de su dificultosa demanda.

Pero, no contento con lo hecho para ornamento y lustre deste santuario, juzgando todavía que no satisfacía enteramente á su obligación y que no acudía con prudencia al servicio del Sol si no le señalaba mujer, y aun mujeres, para su uso y servicio, acordó de hacerlo; y estando en esta determinación, halló una buena comodidad para efectuarla, que fué la isla de *Coatá*, ó *Coyatá*, denominado de *Coya*, que es tanto como Reina, y labró en ella un suntuoso templo, donde puso una estatua de mujer, de la cintura para arriba de oro y de la cintura para abajo de plata, la cual era de la grandeza de una mujer y representaba ser imagen de la Luna. De manera que demás de las mujeres vivas que en *Titicaca* estaban dedicadas al Sol para su servicio, lo era este ídolo con nombre de esposa suya, en representación de la Luna. Aunque otros quieren que esta figura y estatua se llamaba *Titicaca*, y dicen que representaba á la madre de los Incas. Sea lo uno ó lo otro, la

estatua fué llevada á la ciudad del Cuzco por el Marqués D. Francisco Pizarro, que envió á tres españoles por ella.

Finalmente, magnificó el Inca este santuario cuanto le fué posible; acrecentólo de costosos edificios; señaló gran número de personas que lo sirviesen; puso en él sacerdotes y confesores á su modo; multiplicó los sacrificios de animales y sangre humana, con las demás cosas de precio y estima que usaban ofrecer á sus falsos dioses; enriqueciólo grandemente de vasos de oro y plata, y entre otras le dió una pieza digna de su real magnificencia, que fué un brasero muy grande de oro puro con cuatro leones que lo sustentaban, los dos de plata, y los dos de oro. Demás de los sacerdotes y ministros que contínuamente asistían al servicio y culto deste santuario, puso en él dos mil indios reservados de todo tributo, que sólo servían de tener limpios y reparados los dos templos de las dos islas y de *Copacavana;* á los cuales y á los sacerdotes y *Mamaconas* tenía señaladas rentas suficientes para su sustento, porque de ninguna manera faltasen de sus ministerios. Con estos medios consiguió el Inca su pretensión de introducir en todo su imperio la veneración deste antiguo adoratorio; la cual fué tan grande, que de todas partes acudían en peregrinación á él, donde era muy extraordinario el concurso que siempre había de gentes extranjeras; con que vino á ser tan célebre y famoso, que vivirá su memoria entre los indios todo lo que ellos duraren.

En las puertas de la cerca que había entre *Yunguyo* y *Copacavana* estaban, como queda dicho, puestas guardas que examinaban á los peregrinos, y enterados que sólo venían en romería sin otro intento, los entregaban á los confesores y penitenciarios que allí residían para este efecto; los cuales, según la calidad de las culpas que confesaban, les imponían la penitencia, que, después de haberles dado algunos golpes con una piedra en las espaldas, todas se resumían en abstinencia de sal, carne y *ají;* y hecha esta

ceremonia, pasaban al pueblo de *Copacavana,* á donde se volvían á confesar para entrar con más pureza en la isla de *Titicaca,* en la cual no ponían los pies sino los que venían en romería y los que de la tierra firme acudían á la labor de algunas sementeras que en ella se hacían. Pero á ninguno era permitido llegar á vista de la peña sagrada con las manos vacías, ni menos que muy aprobados por los confesores que para esto había en los lugares referidos. Ni tampoco llegaban cerca de la peña, sino á sólo darle una vista desde la puerta llamada *Intipuncu,* y en ella entregaban las ofrendas á los ministros que allí residían. Acabada su oración y sacrificios en este santuario de *Titicaca,* pasaban á la isla de *Coatá,* que tenían por segunda estación; y como se les vendía tan cara la visita destos santuarios, era causa de que fuesen tenidos en mayor estima.

La grandeza, traza y disposición del de *Titicaca* después que lo acrecentó y lo ilustró el Inca, era desta manera. La peña tan venerada estaba descubierta, y junto á ella el templo, con tal disposición, que venía á caer la dicha peña como en su cimenterio, ó, por mejor decir, en la capilla mayor dél, aunque descubierta, pues era el lugar de más veneración. Tiene su frente que mira al Norte, y las espaldas al Sur; lo cóncavo della, que es lo que se veneró, no es mucho; estaba dentro el altar del Sol. El convexo es de peña viva, cuyas vertientes llegan á comunicarse con el agua en una ensenada que la laguna hace. El adorno que tenía era que la parte convexa estaba cubierta con una cortina de *cumbi,* el más sutil y delicado que jamás se vió; y todo lo cóncavo della cubierto de láminas de oro. Delante de la dicha peña y altar se ve una piedra redonda al modo de bacía, admirablemente labrada, del tamaño de una piedra de molino mediana, con su orificio, que ahora sirve al pie de una cruz, en que echaban la *chicha* para que el Sol bebiese.

Á la parte del Oriente, como cuarenta pasos de la peña,

estaba el templo, en que eran adoradas juntamente con la imagen del Sol, la del Trueno y de los otros dioses que tenían los Incas; y en las ventanas, alhacenas ó nichos que por las paredes había, estaban puestos muchos ídolos, unos con figura de hombres, otros de carneros y otros de aves y de otros animales, hechos todos de cobre, plata y oro, unos grandes y otros chicos. Y cerca del templo se ven ruinas de la despensa del Sol, cuyos retretes imitan al laberinto de Creta. En los paredones y rastros que hoy quedan en pie se echa de ver el primor que tuvo todo el edificio deste superticioso adoratorio; y asimismo se ve la traza de un verjel que hubo con su alameda de alisos, á la sombra de los cuales estaban unos baños de piedra bien labrada, que el Inca mandó hacer, diciendo eran para que el Sol se bañase.

Fuera déstos hay otros edificios arruinados que no hay memoria de qué sirviesen; á todos los cuales se entraba por aquella puerta dicha *Intipuncu*, doscientos pasos distante de la peña. Entre esta puerta y los edificios dichos estaba una peña viva, por la cual pasa el camino que va al santuario, y en ella están ciertas señales que parecen del calzado de los indios, grandísimas, las cuales creían los indios viejos ser pisadas milagrosas que allí quedaron de aquellos más que tenebrosos tiempos de su gentilidad, siendo como son aguajes (1) de la misma peña. Á un lado de la puerta sobredicha se ven ciertos edificios viejos, que, según los indios cuentan, eran aposentos de los ministros y sirvientes del templo; y al otro lado hay señales de un gran edificio, que era el recogimiento de las *Mamaconas*, mujeres consagradas al Sol, las cuales servían de hacer los brevajes y telas de curiosidad que en aquel ministerio del adoratorio se gastaban. Estaba esta casa de las *Mamaconas* en el mejor lugar de la isla. Contaban los indios viejos que

(1) Hoyos ó excavaciones producidos por el agua lluvia.

[redacted]



era guardado ese santuario por una sierpe ó culebra grande; y pudo ser haberles hecho el Demonio ese engaño para cebarlos más en el que les hacía en lo principal; mas, lo que yo entiendo, es que el decir que cercaba toda la isla una culebra entendieron, y se debe entender, por el agua de la laguna que ciñe la isla, la cual en los días claros retocada con los rayos del Sol, hace que en la playa las olas parezcan culebras pintadas de varios y diversos colores.

Los sacerdotes y ministros deste adoratorio y del de *Coatá* tenían muy grande comunicación, y había muchas y muy frecuentes misiones de la una isla á la otra con grandes retornos, fingiendo los ministros del un santuario y del otro que la mujer del Sol, así como lo pudiera á su parecer hacer la Luna, le enviaba sus recaudos; los cuales el Sol le retornaba con caricias de tierna afición y recíproco amor; y en esto gastaban mucho tiempo, ocupando en su ministerio gran cantidad de balsas, que iban y tornaban de una isla á otra; y para representar esto al vivo, se componía en el un adoratorio el ministro mayor, que representaba la persona del Sol, y en el otro una india, que hacía el personaje de la Luna. Brindábanse el uno al otro, y la que representaba á la Luna acariciaba al que figuraba al Sol, pidiéndole con caricias se les mostrase cada día claro y apacible y que nunca ocultase sus rayos, para que fertilizasen los sembrados hasta el tiempo en que fuesen necesarias las lluvias. Demás desto, le pedía que conservase en vida, salud y reposo al Inca y á los demás que con tanta fe y devoción se ocupaban en su servicio y culto; y el que en nombre del Sol se fingía, respondía con regaladas palabras, suficientes á satisfacer; y en este devaneo y locura gastaban los miserables el tiempo de su ciega y ociosa vida, y todo paraba en beber, que era su mayor felicidad. También los sacerdotes del templo de *Titicaca* respetaban á la principal de las *Mamaconas* que había en su isla, como á mujer del Sol; á la cual, vestida y ataviada con la riqueza

y gala que les era posible, la sacaban en público, y poniéndola en medio de la multitud, le ofrecían presentes y dones, como á esposa de su dios.

Los sacrificios que en este adoratorio se hacían eran muy frecuentes y costosos, derramando tanta sangre de inocentes y ofreciendo tan grandes tesoros, que pone admiración; y era tanta la puntualidad que se tenía en esto y en que las personas que se ofrecían no tuviesen fealdad ni mancha en todo su cuerpo, como se echará de ver por este caso. Habiendo traído á esta isla una muchacha de catorce años para el sacrificio, la excluyó el ministro como á víctima indigna de su dios, porque, haciendo diligente escrutinio, le halló un pequeño lunar debajo de uno de los pechos. Vivía esta mujer cuando los españoles entraron en la tierra, y andando el tiempo trabó amistad con uno dellos, á quien dió cuenta del trance riguroso en que se había visto, lo que allí le había valido, y del gran tesoro que antiguamente se ofrecía en este templo. No lo dijo á sordo, ni tampoco se ocultó esto á los indios que aquí vivían; porque, estando un día en gran fiesta y regocijo, cuentan que oyeron unas tristes voces, y de ahí á un rato se metió por entre ellos un ciervo á todo correr, de lo cual los agoreros pronosticaron la noticia que los españoles tenían de su santuario y tesoros que en él había y la breve venida que habían de hacer á él, como en efecto pasó; y se dieron tan buena maña en esconderlos, que nunca han parecido. Presúmese que los trasladaron á otras islas; aunque otros dicen que los ministros que á la sazón aquí estaban, ó los enterraron ó echaron en la laguna, porque no los gozasen los españoles. La fama que yo oí estando en esta provincia el año de mil y seiscientos y diez y siete, es que hay gran riqueza en la isla de *Coatá;* á la cual fueron entonces ciertos españoles en un barco y no pudieron hallar cosa.

## CAPÍTULO XIX

### *Del templo y edificios de Tiaguanaco.*

AUNQUE el templo de *Tiaguanaco* fué *Guaca* y adoratorio universal, con todo eso, no le hicieron tanta veneración los indios como á los tres referidos; estimábanlo principalmente por la grandeza y antigüedad de sus edificios, que eran los más suntuosos y para ver que había en todo este reino. Su sitio es en un llano frío del segundo grado de Sierra, cuya longitud corre muchas leguas, si bien de ancho tendrá no más de una y media, porque lo cercan por los lados dos pequeñas sierras. En esta sabana y llano está asentado el pueblo de *Tiaguanaco*, á la orilla de un pequeño río, que cuatro leguas adelante desagua en la laguna de *Chucuito*, en el camino real que viene de la ciudad del Cuzco á la de *Chuquiabo*, nueve leguas antes de llegar á ella. Los naturales son *Pacages* de nación, porque cae en los términos de la provincia deste nombre. La antigualla y ruinas destos soberbios edificios están como doscientos pasos del pueblo al Mediodía, en el cual y debajo de un mismo nombre parece haberse comprehendido antiguamente los dichos edificios. El nombre que tuvo este pueblo antes que fuese señoreado de los Incas, era *Taypicala*, tomado de la lengua *aymará*, que es la materna de sus naturales, y quiere decir «la piedra de enmedio»; porque tenían por opinión los indios del *Collao*, que este pueblo estaba enmedio del Mundo, y que dél salieron después del Diluvio los que lo tornaron á poblar. Llamóse *Tiaguanaco*, por la razón que ahora diré: cuentan sus moradores, que hallándose aquí el Inca, le llegó un correo del Cuzco con

extraordinaria brevedad, al cual (sabida por el Inca la brevedad con que había corrido la posta), en llegando, le dijo: *Tiay, guanacu,* que en su lengua quiere decir «siéntate y descansa, *guanaco.*» Dióle nombre de *Guanaco,* que es un animal desta tierra muy ligero, por la brevedad con que había llegado, y ese nombre se le quedó al pueblo desde entonces, el cual pronunciamos nosotros mudadas algunas letras.

Lo que del rastro y ruinas, que todavía duran; destos edificios he podido sacar, las veces que los he visto y considerado, acerca de su grandeza, forma y traza, es desta manera. Lo principal de la fábrica se llama *Pumapuncu,* que es tanto como «puerta de león»: es un terrapleno ó mogote hecho á mano, de altura de dos estados, fundado sobre grandes y bien labradas piedras, que tienen forma de las losas que nosotros ponemos sobre las sepulturas. Está el terrapleno puesto en cuadro, con los cuatro lienzos iguales, que cada uno tiene cien pasos de esquina á esquina; remátase en dos andenes de grandes losas, muy parejas y llanas; entre el primero y segundo andén hay un espacio como una grande grada de seis pies de ancho, y eso tiene menos el segundo cuerpo que el primero. La haz ó frente deste edificio es el lienzo que mira al Oriente y á otras grandes ruinas que luego diré. Deste lienzo delantero sale la obra con la misma altura y paredes de piedra, veinticuatro pies de ancho y sesenta de largo, formando á los lados dos ángulos; y este pedazo que sobresale del cuadro parece haber sido alguna gran pieza ó sala puesta en medio de la frente del edificio. Algo más adentro de aquella parte que está sobresaliente, se ve entero el suelo enlosado de una muy capaz y suntuosa pieza, que debió ser el templo ó la parte principal dél. Tiene de largo este enlosado ciento y cincuenta y cuatro pies, y de ancho cuarenta y seis; las losas son todas de extraña grandeza; yo las medí, y tiene la mayor treinta y dos pies de largo, diez y seis de ancho

y de grueso ó canto seis; las otras son algo menores, unas de á treinta pies y otras de á menos, pero todas de rara grandeza; están tan lisas y llanas como una tabla bien acepillada, y con muchas labores y molduras por los lados. No hay al presente paredes levantadas sobre este enlosado; pero de las muchas piedras bien labradas que hay caídas al redondel, en que se ven pedazos de puertas y ventanas, se colige haber estado cercado de paredes muy curiosas. Solamente está en pie sobre la losa mayor una parte que mira al Oriente cavada en una gran piedra muy labrada, la cual piedra tiene de alto nueve pies y otros tantos de ancho, y el hueco de la puerta es de siete pies de largo, y el ancho en proporción. Cerca desta puerta está también en pie una ventana que mira al Sur, toda de una sola piedra muy labrada.

Por la frente deste edificio se descubren los cimientos de una cerca de piedra labrada, que, naciendo de las esquinas deste lienzo delantero, ocupa otro tanto espacio cuadrado como tiene el terrapleno y cimiento de toda la fábrica. Dentro desta cerca, como treinta pies de la frontera del edificio, hacia la esquina del Sur, se ven los cimientos de dos piezas pequeñas cuadradas que se levantan del suelo tres pies, de piedras sillares muy polidas, las cuales tienen talle de ser estanques ó baños ó cimientos de algunas torres ó sepulturas. Por medio del edificio terraplenado, á nivel del suelo de fuera dél, atraviesa un acueducto de caños y tajeas de piedra de maravillosa labor: es una acequia de poco más de dos palmos de ancho, y otro tanto de alto, de piedras cuadradas bien labradas y ajustadas, que no les hace falta la mezcla; la piedra de encima tiene un encaje sobre las paredes de la dicha acequia, que sobresale de sus bordes un dedo, y eso entra en el hueco della. Á la parte oriental deste edificio, como cuatrocientos pasos, se ven unas ruinas de otro no menos grande y suntuoso; no se puede averiguar si era distinto del primero ó ambos

eran uno, y su fábrica se continúa por alguna parte, de que ya no queda rastro; á lo menos los indios lo llaman con distinto nombre, que es *Acapana*.

Este es un terrapleno de cuatro ó cinco estados en alto, que parece collado, fundado sobre grandes cimientos de piedra; su forma es cuadrada y tiene á trechos como traveses ó cubos de fortaleza; cincuenta pies al Oriente dél ha quedado en pie una portada grande de solas tres piedras bien labradas, á cada lado la suya, y otra encima de ambas. No ha quedado desta fábrica más obra sobre la tierra que el terrapleno y algunas piedras labradas que salen de los cimientos, por donde se muestra su forma y planta. Cerca deste terrapleno está otro también cuadrado; divídelos una calle de cincuenta pies de ancho, y así parece ser ambos una misma obra. Las paredes deste último edificio eran admirables, dado que ya está por tierra. De un pedazo de muralla que todavía se conserva en pie por la buena diligencia y cuidado de un cura que hubo en *Tiaguanaco*, llamado Pedro del Castillo, que murió de mucha edad el año de mil y seiscientos y veinte (hombre curioso y que tenía bien considerada la grandeza y antigüedad de los edificios, por los muchos años que fué cura del dicho pueblo), se puede sacar su labor y traza. Es pues esta muralla de piedras cuadradas sin mezcla y tan ajustadas unas con otras, como ajustan dos maderos acepillados. Las piedras son de mediana grandeza y puestas á trechos otras muy grandes á modo de rafas; de suerte, que como en nuestros edificios de tapias ó adobes se suelen entremeter rafas de ladrillos de alto á bajo, así esta pared y muralla tiene á trechos, en lugar de rafas, unas piedras á manera de columnas cuadradas de tan excesiva grandeza, que sube cada una del cimiento hasta lo alto y remate de la pared, que es de tres ó cuatro estados, y no se sabe lo que dellas entra en la tierra en que están hincadas. Por los rastros que desta muralla se descubren, se echa de ver que era una gran

cerca que, saliendo deste edificio último, corría hacia el Oriente y ocupaba un grande espacio. Aquí se hallan rastros de otra acequia de piedra como la primera, y ésta parece venir de la Sierra que está enfrente y distante una legua.

Dos cosas hallo yo en estos edificios dignas de que no se pasen de corrida y sin ponderallas: la primera, la grandeza admirable de las piedras y de toda la obra; y la segunda, su grande antigüedad. Porque, ¿á quién no pondrá admiración la extraña grandeza de las piedras que he pintado y hará reparar cómo siendo tan disformes, bastaron fuerzas humanas á cortarlas de las canteras y traerlas á donde las vemos; mayormente siendo cosa averiguada que no se hallan rocas y canteras en muchas leguas al rededor, y habiendo carecido todas las gentes deste Nuevo Mundo de invención de máquinas, ruedas y tornos y también de animales que las pudiesen tirar? Yo confieso que no entiendo ni alcanzo con qué fuerzas se pudieron traer ni qué instrumentos ni herramientas bastaron á labrarlas, donde no se conocía el hierro; y habemos de confesar que antes que las labrasen y pusiesen en perfección, eran mucho mayores, para venir á quedar después de labradas con la forma y tamaño que las vemos. Son todas estas piedras de dos ó tres especies, unas amoladoras (1), rojas y blandas de labrar, y otras pardas ó cenicientas y muy duras. Las labores que tienen son varias y todas muy diferentes de las nuestras. En lo que mas se muestra el primor de la obra es en estar tan lisas y llanas, que no lo pueden ser mas.

Por haber carecido de letras los indios, no podemos averiguar muchas de sus cosas, y así en las mas vamos a tiento y por conjeturas, como nos acaece en esta, al querer investigar el principio desta antigualla, qué hombres hicieron estos edificios y cuanto tiempo ha pasado por ellos.

---

(1) [illegible]

Lo cierto es que no hay memoria desto entre los indios, porque todos confiesan ser obra tan antigua, que no la alcanza su noticia. En lo que conforman es en que muchos siglos antes que los Incas comenzasen á gobernar, estaban ya edificados; antes es fama entre los mismos indios, que los Incas hicieron las grandes fábricas del Cuzco y de las otras partes de su reino por la forma y modelo déste. De su grande antigüedad tuvieron origen algunas fábulas que se introdujeron entre ellos, afirmando unos que oyeron á sus antepasados haber remanecido en una noche hecha esta obra; otros que las piedras grandes que aquí vemos fueron traídas por el aire al sonido de una trompeta que tocaba un hombre, y otros sueños y desvaríos semejantes. Varias son las opiniones que yo he oído á hombres de buen juicio, y no falta entre ellos quien sienta ser obra ésta de antes del Diluvio, y que debió ser alguna gran ciudad edificada por gigantes. No me atrevo yo á dar parecer resueltamente en cosa tan dudosa; pero, si conjeturas valen, saco por las que aquí hallo (y no son tan livianas que no tengan harto peso), que es obra de notable antigüedad: y sea la primera, la que las mismas piedras del edificio muestran, que no pueden dejar de haber pasado largos tiempos, pues han bastado las lluvias á gastarlas y consumirlas en gran parte; porque por donde va el rastro de la muralla sobredicha, se ven hincadas en tierra de aquellas piedras grandes que servían de rafas; y con haber sido todas de la grandeza que he dicho y labradas de cuatro esquinas, algunas dellas están tan disminuídas y gastadas, que no tienen de alto más de un estado, y otras menos; y eso que dellas queda fuera de tierra, está casi sin rastro de haber sido labradas, porque parecen toscas y puntiagudas; y se echa de ver claramente que las lluvias las han desfigurado y consumido, porque por la parte alta están mucho más gastadas, y hacia el cimiento se descubre la labor y forma que tuvieron; y no puede ser menos sino que han pasado por ellas

muchísimos siglos, que de otra manera no hubieran podido las aguas hacerles tanta mella.

El segundo argumento que yo hallo de su antigüedad aún me hace más fuerza, y es, la multitud de piedras labradas que hay debajo de la primera; porque es así, que ultra de las que se ven sobre la superficie, así de las que se han caído de los edificios como otras muy grandes que están apartadas dellos, pone admiración ver las que se sacan de debajo de la tierra y el modo como se hallan; porque estando como está el suelo de todo aquel campo, llano, parejo y cubierto de yerba, sin señal alguna de barrancas ni derrumbaderos, en cualquiera parte que caven la tierra por más de media legua en torno de las ruinas sobredichas, á uno y á dos estados de hondo se halla el suelo lleno destas piedras labradas, y entre ellas muy grandes y hermosas losas, que parece estar enterrada aquí alguna gran ciudad. Después que pasé yo la primera vez el año de mil y seiscientos y diez por estos edificios, desenterraron una piedra labrada tan grande, que mostrándomela otra vez que torné á pasar por aquí, la medí yo mismo y tenía veinte pies de largo y quince de ancho, tan polida y lisa como la que más; y tratando y confiriendo yo este punto con el cura de *Tiaguanaco* de quien arriba hice mención, me certificó, que haciendo cavar en el patio de su casa para hacer un estanque por adorno y ostentación para recibir al primer obispo que venía á *Chuquiabo,* á poco trecho que ahondaron, hallaron algunas destas piedras labradas; y más me contó, que estando á su cargo la fábrica de la iglesia de aquel pueblo, que se iba edificando, mandó al artífice hacer dos bultos de piedra de San Pedro y San Pablo, que hoy están colocados sobre la puerta principal de la Iglesia; y como se quisiese excusar el maestro con que no había piedras de que labrarlos, le dijo el dicho cura que no era excusa aquélla, habiendo tantas piedras labradas de todos tamaños donde quiera que cavasen, y que para prueba desto

hiciese luego cavar en aquel mismo lugar donde acaso se hallaban cuando estaban hablando desto; lo cual se hizo así, y antes de ahondar mucho, hallaron piedras de bastante grandeza, de que se hicieron los Santos dichos. También es cosa rara el haberse hallado en estos edificios tan grandes ídolos de piedra, cuya estatura conocidamente es de gigantes.

La causa principal de tener los indios la veneración que tenían á este adoratorio, debió ser su grande antigüedad. Adorábanlo los naturales desde tiempo inmemorial antes que fuesen conquistados de los Reyes del Cuzco, y lo mismo hicieron los dichos Reyes después que fueron Señores desta provincia, que tuvieron por tiempo célebre el sobredicho edificio de *Pumapuncu*, y lo ilustraron y enriquecieron, acrecentando su ornato y el número de ministros y sacrificios; y edificaron junto á él palacios Reales en que dicen nació *Manco-Cápac*, hijo de *Guayna-Cápac*, cuyas ruinas se ven hoy; y era edificio muy grande y de muchas piezas y apartamientos.

Por la fama que corre en este reino de haber gran riqueza enterrada en los edificios, se han movido algunos españoles á cavar en ellos, buscándola, y hanse hallado en diferentes tiempos muchas piezas de oro y plata, si bien no tanto como se presume que hay. Y á la verdad, esta codicia de haber los tesoros que la fama publica estar aquí escondidos, ha sido quien más ha desbaratado y arruinado esta fábrica; si bien la han deshecho también para aprovecharse de las piedras; porque dellas se ha edificado la iglesia de *Tiaguanaco*, y los vecinos de la ciudad de *Chuquiabo* han llevado muchas para labrar sus casas, y hasta los indios del dicho pueblo de *Tiaguanaco* hacen sus sepulturas de muy lindas losas que sacan destas ruinas; y yo tengo por sin duda que si estuvieran cerca de alguna de las ciudades principales deste reino, hubieran sido de muy grande utilidad y no hubieran ya dejado sobre la tierra ni

una sola piedra. Mas, por estar, como están, en un páramo lejos de las poblaciones de españoles, hay todavía tantas que no las acabarán en muchos años.

No me pareció pasar en silencio una cosa muy notable que aconteció en estos edificios, y fué así: El primer encomendero del pueblo de *Tiaguanaco* fué un vecino de *Chuquiabo* llamado el capitán Juan de Vargas (1); el cual, habiendo sido enviado á España en tiempo de las guerras civiles de esta tierra por ocasión dellas, hallandose muy congojado en la Corte porque sus negocios no llevaban camino de tener tan buen despacho como él quisiera, estando un día en el patio de palacio, se llegó á él un hombre no conocido y le dijo, que por qué estaba triste siendo Señor del pueblo más rico del Mundo, que era *Tiaguanaco*? y dióle una memoria de la disposición destos edificios y en qué parte dellos y cómo hallaría la riqueza que le decía. Vuelto á este reino el dicho capitán después de concluídos los negocios porque había ido á España, hizo cavar en el dicho edificio conforme á la relación que le había dado aquel hombre ó demonio en figura humana (que tal se pensó haber sido), y por las muestras y señales que descubría, fué hallando la memoria que traía muy puntual y verdadera en todo.

Sacó al principio muchas tinajas llenas de ropas muy finas de *cumbi*, *tianas* y cántaros de plata, cantidad de *chaquira* y bermellón; desenterró un esqueleto ó armazón de un cuerpo humano de grandeza de gigante, y prosiguiendo en su descubrimiento muy contento, por ir topando todas las señales que traía por memoria, un día halló una cabeza humana muy grande de oro, cuyo rostro era muy semejante á los ídolos de piedra sobredichos. Codicioso con esto de hallar mayor riqueza, no cabía de placer; mas, duróle poco, porque la noche siguiente le atajó los pasos la

(1) Tío del cronista Garcilaso Inca de la Vega.

muerte, que le sobrevino, habiéndose acostado bueno y sin achaque alguno. Caso que atemorizó mucho y quitó la codicia á los que la tenían de proseguir cavando en demanda de los tesoros que se presumen estar enterrados en los dichos edificios.

## CAPÍTULO XX

### *Del templo de Apurima.*

EN la ribera del río de *Apurima* había un templo muy pintado, que era adoratorio célebre. Dentro dél estaba hincado un palo del grosor de un hombre, muy ensangrentado de los sacrificios que le hacían. Tenía ceñido un cinto de oro del anchor de una mano, con dos pechos de mujer, de oro macizo, y estaba este palo ó ídolo vestido en hábito de mujer con vestiduras de oro muy delicadas, y con muchos *topos* ó alfileres grandes de los que usaban las indias. Á los lados deste ídolo había otros pequeños de una parte y otra, que tomaban el ancho del aposento; los cuales también estaban bañados en sangre y vestidos con hábito de mujeres.

Por el ídolo mayor, que se decía *Apurimac,* solía hablar el Demonio á los indios. Era guarda deste ídolo y templo una Señora que se decía *Sarpay,* del linaje de los Incas, la cual se despeñó desde una muralla ó muy alta laja, que se baja para llegar al río, al cual se arrojó desde lo alto, tapándose la cara y llamando á su dios *Apurima;* lo cual hizo de pena de que viniese, como vino, á poder de españoles. Era tan ordinario el hablar el Demonio en este ídolo á los indios, que cuando *Manco-Cápac* estaba alzado, hizo que le hablase delante de un español que tenía preso, llamado Francisco Martín, el cual afirmó después haber

oído la voz del Demonio, que respondía á lo que *Manco-Inca* le preguntaba; y que el mismo Inca le dijo á él: «Mira como me habla mi Dios.»

Otros muchos templos famosos había en todo el reino, pero estos que he referido eran tenidos por los mayores santuarios.

## CAPÍTULO XXI

### *De los sacrificios que hacían á sus dioses.*

DE lo que arriba dijimos contando las *Guacas* del Cuzco y las ofrendas que les ofrecían, se habrá entendido algo de la materia deste capítulo; por lo cual y porque adelante he de escribir por extenso los sacrificios ordinarios y extraordinarios que por el discurso del año estos indios hacían en la celebración de sus fiestas, sólo contaré aquí las cosas que ofrecían en sacrificio y el modo como las consumían en honor de sus falsos dioses.

No todos los sacrificios eran oblaciones voluntarias, porque, como unos eran generales y solemnes y otros particulares, así para cada cual había su manera de ofrecer diferente. De los sacrificios solemnes y generales unos se hacían de la hacienda de la Religión y de la del Inca, y otros de lo que contribuía el común en las derramas que para esto se echaban en las necesidades ocurrentes, que era cuando se usaba este género de sacrificios.

Para los unos y los otros eran compelidos á contribuir los pueblos y no estaba en mano de nadie dejarlo de hacer; porque para los primeros eran los pechos y tributos ordinarios que pagaban, y para los segundos otro linaje extraordinario de imposición ó tributo, al modo que entre nosotros se usa pagar la sisa ó cualquiera otra derrama

para alguna obra pública; y así, aunque lo que se gastal en estos sacrificios generales en cierta manera se podía ll mar ofrenda voluntaria, considerándolo después de rec gido y cobrado del común y respeto del Rey y de los otr por cuya mano pasaba, con todo eso, absolutamente y re peto de los que para ello contribuían, más era de fuer que de grado.

Hacíanse los primeros sacrificios solemnes á cada di de su propia hacienda, y al *Viracocha* de la de todos; pc que fuera de los sacrificios que dirigían á cada uno de l dioses particulares y segundas causas, que eran de la h cienda que para este efecto se les aplicaba de la grues de la que se beneficiaba y recogía por cuenta y en nomb de la Religión, de esa misma hacienda ofrecían los mism dioses particulares al *Viracocha* como á Señor univers de todo; los cuales le hacían los sacerdotes de cada ui en nombre de su dios. Así mismo eran tenidos por sacri cios generales y solemnes los que el Inca hacía de sus bi nes así al *Viracocha* como al Sol y á los otros dioses pa ticulares; los cuales eran tan ordinarios y costosos, que co sumían en ellos la mayor parte de sus rentas.

En el segundo género de sacrificios solemnes había mi grande variedad acerca de la materia y cantidad; porqu como las necesidades y ocasiones eran diferentes, así eran también los sacrificios. La elección desto pendía ( la voluntad de los sortílegos y agoreros; porque antes ( cualquiera sacrificio destos que se hacían por las necesic des y trabajos que suelen ofrecerse, echaban suertes l dichos agoreros y por ellas elegían el sacrificio que les p recía conveniente, para el cual contribuía luego todo el pu blo, y lo que se juntaba lo entregaban á los sacerdotes cuyo cargo estaba el ofrecerlo. Los sacrificios particular y privados que cada uno hacía por voto y devoción suy eran propiamente oblaciones voluntarias, de las cuales par se consumía en honra de sus dioses y parte se ofrecía pa

el sustento de los sacerdotes y ministros; y esto era lo que daban por vía de paga á los sacerdotes por su trabajo, especialmente á los médicos y sortílegos y hechiceros juntos.

Estaba tan establecida y asentada la forma que se había de guardar en los sacrificios, con los ritos y ceremonias señaladas para cada uno, que á nadie era lícito ni permitido mudar, añadir ó quitar á su albedrio cosa de lo estatuído, particularmente en los sacrificios generales y públicos. No á todos los dioses y adoratorios ofrecían de una manera ni unas mismas cosas ni para unos mismos efectos, sino que en todo había gran cuenta y razón. Ni se entremetían los sacerdotes de una *Guaca* con los de la otra, ni se confundían los oficios y ministerios; porque en cada pueblo y *Guaca* tenían diputados ministros para cada sacrificio y tiempos en que se había de hacer, forma y manera cómo se había de efectuar, diferente género de cosas para ello, segun la cantidad de la *Guaca* y adoratorio y el fin por que se sacrificaba.

También diferenciaban en las palabras que decían al tiempo de ofrecer; porque, aunque dirigiesen el sacrificio á cualquiera dios de los particulares, hablaban primero con el *Viracocha,* que tenían por Criador; pongamos ejemplo, cuando sacrificaban á las fuentes, que allende de hablarle primero, le decían: «Á tí, Señor, que criaste todas las cosas y entre ellas tuviste por bien de criarme á mí y á esta agua desta fuente para mi sustento, te suplico hagas que no se seque, sino que salga como lo ha hecho otros años, para que cojamos el fruto que tenemos sembrado.»

Después desto, enderezaban las palabras á la misma fuente, y le hablaban desta manera: «¡Oh nacimiento de agua que tantos años há que me riegas mi heredad y mediante este beneficio que me haces yo cojo mi comida, haz lo mismo este año, y antes acrecienta más agua, para que la cosecha sea más copiosa!» Dicho esto ofrecían el sacrificio que llevaban.

La misma forma y orden guardaban cuando sacrificaban al Sol para que criase, al Trueno para que lloviese y no granizase ni helase, y á los demás dioses particulares y causas segundas, que primero hablaban con el *Viracocha* y después con los dioses particulares; y á todas las *Guacas* universalmente rogaban en sus sacrificios por la salud del Inca.

Las cosas que sacrificaban eran de cuantas poseían y podían alcanzar; porque se preciaron de tan religiosos y tuvieron tanta curiosidad en ello, que todo cuanto tenían, criaban y cogían y cuanto pretendían, era su principal intento para dedicarlo y ofrecerlo á sus dioses y *Guacas;* y así les daban desde el hijo que engendraban, hasta las legumbres que cogían.

Primeramente, el sacrificio de más autoridad é importancia era el de sangre humana, el cual no solía ser tan común como los demás, porque no se ofrecía sino á los principales dioses y *Guacas* y para algunos efectos importantes y en diferentes tiempos. Cuando conquistaban y sujetaban alguna nación, escogían cantidad de los más hermosos que había entre ellos, y los traían al Cuzco, á donde los sacrificaban al Sol por la victoria que decían haberles alcanzado. Mas este sacrificio no era tan ordinario, por no serlo la ocasión en que se ofrecía. En los que más frecuentemente hacían de hombres, sacrificaban los niños que por vía de tributo recogía el Inca de todo su reino, y otros que voluntariamente mataban sus mismos padres, por graves necesidades que se les ofrecían.

Los primeros destinados para este cruel é inhumano sacrificio, parte eran varones y parte hembras, y déstas era mayor el número que se mataban. Los varones eran niños de diez años para abajo, y las mujeres eran admitidas al sacrificio así niñas de la misma edad, como doncellas hasta de quince ó diez y seis años, de las que se guardaban para esta carnicería en los recogimientos ó monasterios de las

*Mamaconas*. Los unos y los otros no habían de tener mancha ni lunar en todo su cuerpo. Dábanles bien de comer y beber antes de quitarles la vida, y á los chiquitos que no tenían edad para comer, les daban sus madres el pecho, diciendo que no llegasen con hambre ni descontentos á donde estaba el Hacedor. Á los de mayor edad comúnmente procuraban emborracharlos primero. Daban con todos dos ó tres vueltas al rededor del ídolo, y sacrificábanlos ahogándolos con un lazo ó degollándolos; y á otros sacaban los corazones vivos, y así con ellos palpitando, los ofrecían al dios á quien se enderezaba el sacrificio.

Con la sangre déstos y de los que degollaban, untaban el rostro de los ídolos y de los cuerpos embalsamados de los Señores y Reyes, cuando á ellos se ofrecían, haciéndoles una raya de la una oreja á la otra por medio de la nariz. Otras veces daban con la misma sangre á los ídolos por todo el cuerpo, y también solían derramarla en tierra, por ceremonia.

Últimamente, los enterraban con oro y plata y otras cosas y con particulares supersticiones. No se podía hacer el hoyo con cobre ni con otro metal, sino con unos palos muy agudos y haciendo juntamente ciertos visajes y ceremonias.

Deste género de sacrificios había también unos ordinarios y otros extraordinarios: los extraordinarios sólo se hacían para cosas de grande importancia, como en tiempo de peste, hambre, guerra y otras calamidades grandes, si bien los más comunes solían ser por negocios que importaban al Inca, como cuando tomaba la corona y cetro del reino, en la cual solemnidad se solían matar doscientos niños; cuando iba en persona á la guerra; cuando enfermaba, para alcanzar la salud, y en otras semejantes. Cuando algún indio estaba enfermo y en peligro, ora fuese noble ora plebeyo, si el agorero ó hechicero le decía que de cierto había de morir de aquella enfermedad, sacrificaba su pro-

pio hijo al *Viracocha* ó al Sol, pidiéndole recibiese la vida dél en cambio de la suya, y contento con aquella muerte del hijo, no quitase la vida al padre.

Después del sacrificio de los hombres tenía el segundo lugar en valor y estima el de animales mansos y domésticos, que eran de los que sólo sacrificaban, y no de los bravos y monteses, dando por razón, que no se había de ofrecer sacrificio sino de aquellos animales que criaban y no de los otros que se nacían y criaban ellos; porque aquello que se daba por la salud y negocios de los hombres, había de ser adquirido y habido con algún trabajo suyo (razón bien insuficiente, pues también cuestan trabajo, y de ordinario más, los animales que se cazan; demás que con ella misma se les podía redargüir, si de sus disparates quisiéramos echar mano para convencerlos, pues también sacrificaban aves silvestres y otras mil cosas que cría Naturaleza, sin industria humana). Como no tenían más que dos especies de animales mansos, conviene á saber, *Llamas,* que nosotros llamamos Ovejas y Carneros de la tierra, y *Guanacos* ó *Cuies,* que todo es uno (1), así los sacrificios todos de animales se resumían en estas dos suertes dellos. El más acepto y principal era el de Carneros y de que más cantidad se gastaba.

Había en este sacrificio mucha orden y observancia, así en el número de reses, como en el color y otras señales, conforme al dios á quien se ofrecía, á la fiesta y efecto por qué se sacrificaba. Porque á cada uno de los dioses estaban señalados distintos colores y diferencias deste ganado.

Los Carneros pardos de color de *Guanacos* se ofrecían al *Viracocha;* los blancos al Sol, y déstos le ofrecían los rasos para unos fines y con diferentes ceremonias, y los

---

(1) *Llamas* y *Guanacos* puede «ser todo uno»; pero no *Guanacos* y *Cuies;* porque éstos son roedores y aquéllos rumiantes.

lanudos con otros, para que alumbrase y criase. Matábanle al Sol en la ciudad del Cuzco un Carnero rojo cada día, el cual se quemaba vestido de una camiseta colorada, y á ésta llamaban ofrenda del Sol; y cuando la quemaban, echaban en el fuego ciertos cestillos de *Coca*. Y para sólo este sacrificio tenían gente diputada y ganado que no servía de otra cosa, y en él mezclaban un mundo de disparates. Hacíanle así mismo todas las mañanas un fuego de leña muy labrada, y en saliendo en el cielo, le pegaban fuego, y le traían allí su comida guisada como al Inca, y parte echaban en el fuego, diciendo: «Come desto, *Apu-Inti*, en reconocimiento que somos tus hijos»; y lo demás, que era en mucha cantidad, comían los sacerdotes y demás personas de su servicio, que era mucha gente. Sin estos sacrificios cuotidianos, le hacían otros generales á ciertos tiempos, plegarias y ayunos. Particularmente le ofrecían cada mes el suyo, cuando llegaba á las señales ó pilares que señalaban los meses. Los provechos que resultaban desto, decían que eran dos, el uno agradecelle el cuidado que tenía de alumbrar la tierra y ayudarle á criar los mantenimientos de los hombres, y el otro darle fuerza para que siempre lo hiciese; y así lo rogaban al *Viracocha;* y al mismo Sol, cuando le ofrecían el sacrificio, le decían que siempre fuese mozo y que saliese cada día alumbrando y resplandeciendo. Al Trueno sacrificaban Carneros pintados, para que no faltase el agua; y á otros dioses con otras diferencias.

El modo que tenían en matar cualquier animal chico ó grande, en especial Carneros, era, que después de haber dado con ellos algunas vueltas al rededor del ídolo, los tomaba el sacerdote encima del brazo derecho, y volviendo los ojos para el dios á quien dirigía el sacrificio, se lo ofrecía con ciertas palabras acomodadas al propósito, las cuales acabadas, degollaba la víctima.

## CAPÍTULO XXII

*De las demás cosas que ofrecían en los sacrificios.*

EL sacrificio de los *Cuies* tuvieron también por muy acepto. Destos animalejos se aprovechaban muy ordinariamente para ver el suceso de las cosas futuras, abriéndolos y mirando en ellos ciertas señales, y para otros muchos efectos que son largos de contar. De lo mismo servían también los Carneros en negocios de más importancia.

Poco usaban el sacrificar aves, y sólo en una suerte de sacrificio hallo que usasen dellas, y era cuando querían ir á la guerra y en otras dos ó tres ocasiones. Para esto cazaban muchos pájaros del campo, y juntos, hacían un gran fuego de cierta leña espinosa y los echaban en él, andando al rededor los ministros del sacrificio con ciertas piedras redondas y esquinadas en las manos, en que estaban pintados sapos, culebras, tigres y leones, diciendo en su lengua: «Hayamos vitoria, y piérdanse las fuerzas de las *Guacas* de nuestros contrarios.» Tras esto sacaban ciertos Carneros negros que tenían en prisión y sin comer algunos días antes, y los mataban, diciendo que así como estaban desmayados los corazones de aquellos animales, así desmayasen sus enemigos; y si acaso en estos Carneros hallaban que cierta carne que está detrás del corazón no estaba gastada después de haberlos tenido ayunos en aquella prisión, lo tenían por mala señal, y traían ciertos perros negros, los cuales mataban y echaban en un llano, cuya carne hacían que comiese cierto género de gente con particulares ceremonias y supersticiones.

También hacían este mismo sacrificio para que el Inca no fuese ofendido con ponzoña, y cuando lo habían de ha-

cer, no comían desde la mañana hasta la noche al salir de la estrella ó lucero, y entonces se hartaban; y tuvieron éste por el sacrificio más importante y eficaz para contra las fuerzas de los dioses de sus enemigos.

Item, ofrendaban á sus dioses de sus comidas y bebidas, teniendo entendido que las comían ellos donde quiera que estaban; las cuales comidas llevaban á los cerros, y allí las quemaban y derramaban la *Chicha;* y los que tenían cuidado de los cuerpos muertos de los Señores, no dejaban ningún día de darles de comer de la misma suerte que cuando eran vivos, quemando los manjares y derramando las bebidas. Porque tenían creído, que donde el alma estaba recebía aquello y lo comía; y generalmente la forma de sacrificar las comidas era quemarlas y derramar en tierra la *Chicha;* pero la que el Inca brindaba y ofrecía al Sol en las fiestas solemnes, la echaban en un vaso grande de oro, que tenía delante de sí la estatua del Sol, y de allí la tomaba el sacerdote y la echaba en aquella piedra aforrada de oro por de dentro que ponían para esto en la plaza. Cuando quemaban la comida del Sol, se levantaba un indio, y en alta voz avisaba al pueblo; á cuya voz, cuantos indios había en la plaza y fuera della, se asentaban y se estaban quedos sin hablar ni toser hasta que se consumía el sacrificio, que no tardaba mucho, por ser el fuego grande y la leña muy seca.

Demás desto sacrificaban algunas harinas hechas de ciertas legumbres, como á la Mar, que le echaban en ofrenda harina de *Maiz* blanco y almagre, con otras cosas. De las dichas harinas con otras mixturas hacían cierta masa ó confección, que sacrificaban. Entre otras hacían una de harina de *Maiz,* sebo y lana, que ofrecían quemándola; y también el sebo por sí acostumbraban quemar en sacrificio, y era muy usado. Entre los sacrificios de las plantas, legumbres y frutos de la tierra ninguno llegaba en estimación á el que se hacía de *Coca,* la cual ofrecían de muchas maneras:

unas veces la quemaban entera, y otras, después de haberla mascado y chupado su zumo. Sacrificaban á la Tierra derramando en ella *Coca, Chicha* y otras cosas, y hacíanle ordinarios sacrificios al tiempo de ararla, sembrarla y de coger sus frutos, con muchos bailes y borracheras. Al pasar por las *Apachitas* y algunas otras *Guacas,* les solían echar por ofrenda *Coca* mascada, plumas de varios colores, y cuando no se hallaban con otra cosa, les arrojaban el calzado viejo, un trapo ó una piedra; y destas piedras así ofrecidas vemos hoy muchos montones en los caminos. Hacían esta ofrenda cuando iban camino, porque las dichas *Guacas* los dejasen pasar y les diesen fuerzas; y así decían que las cobraban con esto; y cuando otra cosa no tenían, les daban otra ofrenda tan ridícula como las referidas, y era, que, arrancándose las pestañas ó cejas, las ofrecían.

Otrosí ofrendaban muy de ordinario plata y oro, unas veces en pedacillos de diferentes formas y tamaños, y otras figuradas destos metales imágenes pequeñas y grandes de hombres y animales; y la manera como hacían el sacrificio desto, era enterrándolos en las *Guacas* y lugares consagrados á los dioses en cuya honra los sacrificaban, ó poniéndolos por las paredes de sus templos, al modo que nosotros ofrecemos los votos en nuestros santuarios y lugares de devoción.

No era menos común y estimada que la que más de las referidas, la ofrenda de ropa fina, pues apenas había sacrificio principal en que no entrase. Hacíanla para este efecto con algunas ceremonias y de diferentes maneras. Parte eran vestidos de varón, y parte de mujer; unos grandes y otros pequeños. Vestían desta ropa á los ídolos y cuerpos muertos de los Señores con vestiduras dobladas, de suerte que sin la que tenía puesta cada ídolo, le ponían otra vestidura doblada junto á él. Pero era mucho mayor sin comparación la cantidad que quemaban; en lo cual también había diversidad, porque unas veces la quemaban

sola y de por sí, y otras hechos de leña labrada bultos de hombres y mujeres, á los cuales, vestidos desta ropa, daban fuego, y así los quemaban. Usaban así mismo estos indios sacrificar conchas de la Mar, especialmente cuando ofrecían á las fuentes, diciendo que era sacrificio muy apropósito, por ser las fuentes hijas de la Mar, que es madre de las aguas; y conforme tenían el color, las ofrecían para diferentes intentos, unas veces enteras, otras muy molidas, otras solamente quebrantadas y partidas, y también, formadas de sus polvos y masa, algunas figuras.

Ofrecían estos sacrificios á las dichas fuentes en acabando de sembrar, para que no se secasen aquel año, sino que corriesen abundantemente y regasen sus sembrados, como lo habían hecho los otros años. Ofrecían también en sus sacrificios madera labrada y olorosa, *chaquira,* y en suma, de cuantas cosas la Tierra produce. Y no se ha de entender que los sacrificios de cada una destas cosas eran simples y de solas las de un género, que no eran de esa suerte, sino que en casi todos entraban de todas estas cosas; de modo, que los sacrificios de sangre humana iban acompañados de Carneros, ropas, oro, plata y de las otras cosas, y por el mismo tenor los demás.

El fuego para los sacrificios que se hacían en el Cuzco, se encendía en un brasero de piedra que estaba junto al templo del Sol, y no se podía tomar de otra parte; el cual no se encendía y cebaba con cualquiera leña, sino de cierto género della, olorosa y muy labrada y muy pintada.

## CAPÍTULO XXIII

*De los actos exteriores con que adoraban y hacían reverencia á sus dioses; y algunas de las oraciones que decían mientras les ofrecían los sacrificios.*

COMO era tan cuidadosa y solícita esta gente en el culto y veneración de sus dioses, mostraban su devoción y afecto por todos los caminos y maneras posibles; y así, demás del reconocimiento que les hacían en ofrecerles contínuamente sacrificios, era muy grande la reverencia y sumisión con que los respetaban. Sus actos de adoración exterior y común modo de reverenciarlos era éste: vuelto el rostro para ellos ó para sus templos y *Guácas,* inclinaban la cabeza y cuerpo con una humillación profunda, y extendiendo los brazos para adelante, igualmente distante el uno del otro desde el principio hasta el cabo, con las manos abiertas y levantadas en alto un poco más que la cabeza, y las palmas hacia fuera, hacían con los labios cierto sonido como quien besa, y llegando tras esto las manos á la boca, las besaban por la parte de dentro, hacia las extremidades de los dedos. Hacían esta señal de adoración á todos sus dioses y *Guacas,* salvo que cuando oraban al *Viracocha,* al Sol, y al Trueno, se ponían una como manopla en las manos; y con esta postura les ofrecían sus dones y sacrificios y pedían lo que habían menester. Con la misma forma de reverencia respetaban y hacían acatamiento á sus Reyes y Señores, y nunca tuvieron uso de hacer veneración hincados de rodillas, como nosotros.

Verdad es que también tenían algunos modos de venerar y saludar á particulares *Guacas* que no eran comunes

á todas, ni para todos tiempos, como cuando iban camino, que solían al pasar los ríos beber dellos un trago de agua por vía de salutación, y lo mismo hacían con las fuentes, pidiendo á aquéllos que los dejasen pasar en salvo y no los llevasen con su raudal, y á éstas que no los dañasen. Así mismo era por vía de salutación el sacrificio ligero que en el capítulo precedente queda dicho que ofrecían á las *Apachitas,* cuando por ellas pasaban, á las sepulturas y á otros adoratorios, arrojándoles *Coca* mascada, *Maíz* y otras cosas, pidiéndoles los dejasen pasar en paz, les quitasen el cansancio del camino y diesen fuerzas para acabarlo. Cuando bebían, asperjaban con los dedos la *Chicha* del vaso que tenían para beber hacia el Sol ó hacia la Tierra ó hacia el Fuego, pidiéndoles paz, vida y contento. También era acto de religión la forma que tenían de jurar, que era tocar la tierra con la mano y mirar al Sol, como que ponían por testigo de su verdad á estos dos dioses, Sol y Tierra, que eran de los principales que ellos adoraban.

En sus necesidades y tribulaciones tenían recurso á la penitencia y oración; hacían largas vigilias en sus *Guacas,* velando de noche; oraban así mental como vocalmente; no tenían oraciones vocales determinadas para todos; por lo cual eran diferentes las palabras con que oraba cada uno. Lo ordinario era encomendarles sus negocios y pedirles que tuviesen buen suceso: como cuando habían de hacer algún largo camino, ó enfermaban, y ni más ni menos en todos sus trabajos; en los cuales, no sólo se encomendaban ellos á las *Guacas,* sino que también pedían á los sacerdotes hiciesen oración por ellos, y lo mismo á sus mujeres, parientes y amigos.

Para el tiempo de ofrecer los sacrificios, tenían los sacerdotes muchas oraciones señaladas, que recitaban; las cuales eran diferentes, conforme al dios á quien sacrificaban, la ofrenda que le hacían y el intento á que iba enderezado el sacrificio. Estas oraciones compuso el Inca *Pachacútic,*

y aunque carecía esta gente de letras, las conservaba por tradición aprendiéndolas los hijos de los padres. Algunas dellas me pareció poner aquí, para que se vea el estilo y devoción que mostraban en ellas. Cuando sacrificaban al *Viracocha* por la salud y bien común del pueblo, decían la oración siguiente: «¡Oh Hacedor que estás en los fines »del Mundo, sin igual, que diste ser y valor á los hombres, »y diciendo sea éste hombre, y á las mujeres, sea ésta mu- »jer, los hiciste, formaste y diste ser; guarda, pues, y am- »para á estos que criaste y diste ser, para que vivan sanos »y salvos, en paz y sin peligro! ¿Adónde estás? ¿Habitas por »ventura en lo alto del Cielo ó en lo bajo de la Tierra ó en »las nubes y tempestades? Óyeme, respóndeme y concede »mi petición, dándonos perpetua vida y teniéndonos de tu »mano, y recibe ahora aquesta ofrenda doquiera que estu- »vieres, ¡oh Hacedor!»

Al mismo dios y para el mismo intento decían también esta oración: «¡Oh Hacedor dichosísimo, venturosísimo, Ha- »cedor que has misericordia y te apiadas de los hombres! »Cata aquí á tus hombres, criaturas tuyas, pobres, mal- »aventurados, á quienes tú hiciste y diste ser; apiádate de- »llos, y concédeles que vivan sanos y salvos con sus hijos »y decendientes; guíalos por camino de salud y no los de- »jes entender ni pensar en cosas malas y dañosas; vivan »largo tiempo y no mueran en su juventud; coman y be- »ban en paz.»

Cuando sacrificaban al Sol por la conservación y acre- centamiento del Rey, decían así: «¡Oh Sol, padre mío, que »dijiste: *¡haya Cusco!* y por tu voluntad fué fundado y se »conserva en tanta grandeza! sean estos tus hijos los Incas »vencedores y despojadores de todas las gentes. Á tí te »adoramos y ofrecemos este sacrificio, porque nos conce- »das lo que te suplicamos; prospéralos y hazlos dichosísi- »mos y no permitas sean vencidos de gente alguna, sino »que siempre sean vencedores, pues para esto los hiciste.»

Ofreciendo á las *Guacas* niños y cuerpos de sus antepasados, hacían la oración que se sigue: «Oh padres, *Guacas* y *Vilcas*, agüelos y antepasados nuestros: favoreced á estos pequeñuelos hijos vuestros, para que sean dichosos y bien afortunados, como vosotros lo sois; interceded por ellos con el *Viracocha*; acercaldos a él, para que les dé el favor que á vosotros.» Item, decían también al mismo *Viracocha*: «Sed siempre mozo y nunca os envejezcáis; todas las cosas estén en paz y multipliquen las gentes; haya abundancia de comidas, y todas las cosas vayan siempre en aumento.»

Á este modo tenían otras muchas oraciones para los demás dioses y *Guacas*, que decían solos los sacerdotes al tiempo que ofrecían sacrificio. Por fin deste capítulo es de notar, que así en los sacrificios públicos y generales como en los privados y particulares, y cuando hacían oración pública ó cada uno de por sí, acompañaban perpetuamente sus sacrificios y oraciones con banquetes y borracheras, bebiendo y holgándose con bailes, juegos y cantares que tenían á propósito de cada *Guaca* y fiesta que hacían.

## CAPÍTULO XXIV

### *De la opinión que tenían acerca de los pecados; cómo los confesaban, y penitencias y ayunos que hacían.*

COSA es que pone gran admiración ver que hubiese introducido el Demonio en estos indios el uso de la confesión vocal tan universalmente, que viniese á ser una de las ceremonias más bien recebidas dellos y que con más devoción ejercitaban. Confesaban enteramente cuanto entendían ser pecado; si bien andaban muy errados en el jui-

ción que hacía el hechicero le parecía haber faltado el penitente á la entereza y claridad debida, allí luego lo castigaba, dándole con una piedra cierto número de golpes en las espaldas, y hacíale se tornase á confesar hasta que al dicho confesor le parecía que la confesión era buena; y hecho esto, le daba la penitencia conforme á la gravedad de los pecados; y algunas veces eran estas penitencias bien ásperas, especialmente si era hombre pobre el que hacía el pecado y no tenía qué dar al confesor.

Á todos después de la confesión se les mandaba se fuesen á lavar á algún río, como queda dicho que lo hacían los de la casta de los Incas; porque estos lavatorios eran generales así para los que decían sus pecados al Sol, como para los que se confesaban en la forma ordinaria; y sobre los lavatorios imponían otras penitencias, que casi todas se resumían en algunos días de ayuno á su usanza. Cuando el confesor juzgaba ser el penitente muy gran pecador, cual era tenido á el que se le morían sus hijos, le agravaba la penitencia en esta forma: que buscaban una persona que hubiese nacido contrahecha y señalada de naturaleza, y ésta iba con el penitente al río á donde había de hacer el lavatorio acostumbrado, y en acabándose de lavar con la ceremonia arriba dicha, le azotaba con hortigas aquella persona monstruosa; y para sólo esto había de ordinario en el Cuzco ciertos indios pequeños y quebrados por la mitad del cuerpo, con unas corcovas muy grandes, que habían nacido desta manera. Finalmente, había puestas en este rito y ceremonias otras muchas órdenes y reglas, todas bien de burla.

Así para cumplir la penitencia impuesta en la confesión, como cuando por devoción ó para impetrar de sus dioses alguna cosa que deseaban se querían afligir y darse á obras penales y de aspereza, no tenían más rigurosa penitencia que el ayuno, el cual era muy diferente del nuestro; porque no consistía en abstenerse por tiempo señalado de

[redacted]



todo manjar, ó en comer menos veces de las acostumbradas ni en menos cantidad, sino solamente en abstenerse por todo el tiempo que ayunaban de sal y *Ají*, que eran sus especias y más regaladas salsas; y como se abstuviesen destas cosas, aunque en lo demás largasen la rienda cuanto quisiesen, no entendían que quebrantaban su ayuno. Verdad es que también á veces y en ciertas ocasiones graves añadían el abstenerse por algunos días de comer carne, beber *Chicha* y de llegar á sus mujeres, lo cual tenían por rigor exquisito; pero el ayuno común y ordinario era el sobredicho, que no pedía más rigurosa abstinencia que de sal y *Ají*.

## CAPÍTULO XXV

### *De la fiesta llamada Capac-Raymi, que hacían los Incas el primer mes del año.*

TENÍAN los Incas dos maneras de fiestas y solemnidades, unas ordinarias y otras extraordinarias; las primeras estaban estatuídas en ciertos tiempos del año, cada mes la suya, por su orden, para diversos efectos y con particulares ritos y sacrificios; y las segundas no tenían tiempo determinado, porque sólo se hacían por causas ocurrentes: como cuando faltaban las aguas, cuando se comenzaba alguna guerra de importancia, en la coronación del Rey, y en otras ocasiones semejantes.

La fiesta más solemne de las ordinarias se llamaba *Cápac-Raymi*, que quiere decir «Fiesta rica ó principal»; y era entre ellos como la Pascua entre nosotros. Celebrábanla el primer mes del año, llamado *Raymi*, y en ella se dedicaban los muchachos Incas y armaban caballeros; los cuales eran deudos y descendientes por línea recta de los Re-

yes Incas, hasta el Príncipe que había de suceder en la corona y sus hermanos, si los tenía; y no se daba esta insignia de nobleza á otros. Donde principalmente y con más concurso y aparato se hacía esta fiesta y ceremonia, era en la ciudad del Cuzco; porque el número de los que se armaban caballeros era grande. Hacíanla también al mismo tiempo todos los gobernadores de la sangre Real que estaban en el gobierno de las provincias, cada uno donde se hallaba, armando caballeros á sus hijos y demás mancebos nobles de su generación. Recebían este grado y orden de caballeros los muchachos de edad de doce á quince años, y las ceremonias sustanciales con que se les daba, eran horadarles las orejas y ponerles las *Guaras* y pañetes que usaban por zaragüelles ó calzones. Empezábanse á hacer mucho antes grandes prevenciones de vestidos, galas y lo demás necesario para tan solemne fiesta. Ante todas cosas cogían un buen número de doncellas nobles desde doce hasta trece ó catorce años, que, vestidas ricamente, sirviesen en ella; las cuales, algunos días antes, se estaban en el cerro de *Chacaguanacauri* hilando el hilo para los rapacejos de las *Guaras* que se habían de poner los muchachos que se armaban orejones ó caballeros; y ellos también iban al dicho cerro por cierta paja que habían de llevar en los bordones; y la que sobraba de la que traían, repartían sus parientes entre sí; y todo el tiempo que las dichas doncellas gastaban en esta ocupación en aquel cerro, estaba puesta en él la *Guaca* ó ídolo de *Guanacauri*. Lo demás que para esta solemnidad era menester prevenían los padres y parientes de los mancebos, como era el sacrificio que habían de ofrecer, los dones que les habían de presentar, la *Chicha* para los bailes y regocijos, y los vestidos é insignias con que habían de salir, que eran desta suerte: por calzado unas *Ojotas* hechas de cierta paja muy delgada y de color de oro, llamada *Coya;* las camisetas eran cortas, de lana leonada fina, con rapacejos negros, largos

palmo y medio, de lana también, que parecía seda; mantas blancas de dos palmos de ancho y largas hasta las espinillas; éstas ataban al cuello con un ñudo, y de allí salía un cordón grueso de lana con una borla colorada al cabo; *Llautos* negros en las cabezas, y unas hondas en las manos, de *Cabuya* y nervios de Carneros; porque decían, que sus antepasados, cuando salieron de la cueva de *Pacaritampu*, las traían de aquella manera. También sus padres y parientes salían de particular traje y librea, con mantas leonadas y plumajes negros.

Llegado el primer día del mes, se juntaban todos los principales Incas en el templo del Sol, y allí concertaban la fiesta y todo lo que se había de hacer en ella. Mandaban salir fuera de la ciudad todos los forasteros, y ninguno entraba en ella hasta el fin de la fiesta. Señalábaseles, así á los que salían como á los que venían á la Corte, cierto lugar en la entrada del camino que estaba diputado para esto, y en cada uno de aquestos lugares estaba la gente de aquel *Suyu* para donde iba el dicho camino. Allí se iban juntando y recogiendo los tributos y hacienda de la Religión, que en esta sazón traían de todas las provincias del reino, esperando los que las traían hasta que los ministros del Rey y de las *Guacas* los iban á recebir. Este mismo día traía cada uno de los nobles los muchachos que tenía para hacer orejones, y presentábanlos en el templo del Sol; en cuya plaza se ponían las estatuas del *Viracocha*, Sol, Luna y Trueno en unos escaños bajos adornados con muchas plumas, los cuales afirman algunos que eran de oro. Sacaban así mismo á la dicha plaza todos los cuerpos embalsamados de los Señores muertos los que los tenían á cargo; y esto de poner en público los dichos ídolos y cuerpos embalsamados hacían todos los días solemnes así deste como de los otros meses. El fin para que sacaban estos cuerpos muertos, era para beber con ellos sus descendientes como si estuvieran vivos; y en esta ocasión particular-

mente, para que los que se armaban caballeros les pidiesen que los hiciesen tan valientes y venturosos como ellos habían sido.

Hecho esto, salía el Inca de su casa muy acompañado, y llegando adonde las estatuas estaban, se asentaba junto á la del Sol y cerca dél los grandes Señores y caballeros que se hallaban en la Corte, puestos en rueda y muy cerrados. Luego traían con gran solemnidad cien Carneros grandes escogidos entre todos los que se habían recogido aquel año, que fuesen sanos y sin lesión alguna y tuviesen la lana larga y las colas muy empinadas y derechas. Levantábase á este tiempo el sacerdote principal del Sol, y haciendo reverencia primero al *Viracocha* y luego á las demás estatuas, hacía dar con los Carneros cuatro vueltas al rededor déllas, y tras esto, los ofrecía de parte del Sol al *Viracocha*, y ofrecidos, los entregaba á treinta indios que estaban diputados para esto, y cada día sacrificaban tres; de manera que al cabo del mes se venían á consumir todos, sacrificando algunos días á cuatro; y hacíase el sacrificio desta manera: encendían una gran hoguera de leña de *Quínoa*, muy limpia y labrada, y partido el Carnero en cuatro cuartos, sin perderse nada de la sangre ni de otra cosa, lo echaban en el fuego y esperaban á que se quemase muy bien; los huesos que quedaban por quemar los molían muy bien y tomaba cada uno un poco de aquel polvo y lo soplaba diciendo ciertas palabras, y lo que sobraba lo llevaban á un *buhio*, que estaba en el barrio de *Pomachupa*, donde estaba el depósito desto muchos años guardado con gran veneración; y al tiempo que se quemaba el dicho Carnero, echaban en el fuego *Maíz* blanco, *Ají* molido y *Coca*.

El segundo día del mes traían seis Carneros muy viejos, que llamaban *Aporucos*, á los cuales llevaban de cabestros seis indios cargados con *Maíz* y *Coca*, cada uno el suyo, diciendo que era comida para ellos; y traíanlos cuatro días con cierta solemnidad, y al quinto salían á la plaza

todos los que se habían de armar caballeros, acompañados de sus padres y parientes; y hecha reverencia á los ídolos y al Inca, que ya estaban puestos en sus lugares por el orden que queda dicho, pedían al Inca licencia para ir á hacer los sacrificios y ceremonias que en esta fiesta se acostumbraba hacer. Habida la licencia, se partían para el cerro de *Guanacauri* con el mismo acompañamiento que habían traído de sus deudos. Llevaban delante de toda la gente las insignias Reales, que eran un Carnero y el estandarte ó guión, llamado *Sunturpáucar*. El Carnero era muy blanco, vestido de una camiseta colorada y con unas orejeras de oro, y con él dos *Mamaconas* diputadas para esto con dos cántaros de *Chicha* á cuestas; porque tenían enseñado á este Carnero á beberla y á comer *Coca*, y decían que significaba el primero de su especie que había salido después del Diluvio, y figurábanle así blanco. Tenían siempre depósitos destos carneros para este efecto, y á éste nunca lo mataban, antes, cuando se moría, lo enterraban con solemnidad. Y junto con este Carnero iban los *Aporucos*. Cada uno de los mancebos llevaba en la mano izquierda una honda de las que habían prevenido, y en la derecha una bedija de *Cabuya*, que era su cáñamo. Dormían aquel día al pie del cerro, y el siguiente, al salir del Sol, subían á lo alto, donde estaba el templo y *Guaca*, á cuyos ministros entregaban las hondas, los cuales se las volvían otro día, diciéndoles que la *Guaca* se las daba, con que peleasen; y luego sangraban aquellos *Aporucos* de cierta vena que está arriba del brazo derecho, y sin tocar la mano, paraban los muchachos al rostro y untábanse con aquella sangre; y cuando todos lo habían hecho, cerraban las heridas á los Carneros y vestíanlos con camisetas y orejeras. Quemaban la ropa y demás cosas que se habían llevado para el sacrificio, juntamente con seis corderos que llevaban del ganado del Sol y otros que los muchachos llevaban para este efecto. No mataban luego estos seis corderos, sino sangrábanlos de cierta

vena y dejábanlos desangrar, trayéndolos al derredor del cerro; y donde caían muertos, allí los quemaban; y antes de matallos, arrancaban los sacerdotes una poca de lana de cada uno, y repartíanla entre los mozos que se armaban caballeros y los principales que los acompañaban; y ellos la soplaban al aire mientras se ofrecía el sacrificio, rogando al ídolo de *Guanacauri* por la salud y prosperidad del Inca, y que á ellos los favoreciese y tuviese de su mano.

Item daba el Inca seis orejuelas pequeñas de plata y oro para este sacrificio, las cuales enterraban en la *Guaca* sobredicha. Hecho esto, se volvían con los *Aporucos* é insignias Reales del Carnero y *Sunturpáucar*, y en una quebrada que está en el camino, sus padres y deudos, quitándoles las hondas que llevaban en las manos, con ellas los azotaban en los brazos y piernas, diciéndoles: «Sed hombres de bien y valientes como nosotros, y recibid esta virtud y gracia que nosotros tenemos, para que nos imitéis.» Luego les tornaban á dar las hondas y hacían un baile cantando, llamado *Guari*: el cual acabado, se venían al Cuzco con el mismo acompañamiento y solemnidad con que habían salido. Llegados á la plaza principal, dicha *Aucaypata*, hacían reverencia á las *Guacas*, y sus padres y parientes los volvían á azotar con las hondas como antes.

Tras esto, hacía toda la gente que allí se hallaba el dicho *Taqui* ó baile llamado *Guari*, tocando unos caracoles grandes de la Mar, al cual se seguía el dar los mozos de beber á sus padres y deudos. Acabado el baile y bebida, mataban los sacerdotes con ciertas ceremonias los carneros *Aporucos*, y repartían su carne entre los dichos mancebos, dando á cada uno una pequeña parte, la cual comían cruda, diciendo que con ella recebían fuerza para siempre. Concluído con esto, se iban todos á sus casas y los sacerdotes volvían á sus lugares los ídolos del Sol y demás dioses.

Los seis días siguientes no entendían en cosa más que en holgarse en sus casas y los muchachos en descansar de

[redacted]



los trabajos pasados y aparejarse para los venideros. Á mediado el mes, tornaban á la plaza con sus padres y parientes como la primera vez, y puestos en la presencia del Inca, les daba el sacerdote del Sol ciertas vestiduras: camiseta bandeada de colorado y blanco y manta blanca con cordón azul y borla colorada, y los parientes las *Ojotas* dichas de la paja llamada *Coya*. También daba el sacerdote del Sol otro vestido colorado y blanco á cada una de las doncellas señaladas para servir en esta fiesta; y toda esta ropa que se daba á los unos y á los otros era de la que se hacía de tributo para la Religión, y por eso la repartía el sacerdote en nombre del Sol. Vestidos desta librea los mancebos, tomaban en las manos unos bordones de palma llamados *Yauri*, que en lo alto tenían unas cuchillas de cobre, y algunos de oro, á manera de hacha, de los cuales colgaba una poca de lana, las *Guaracas* ó hondas y la paja que arriba dijimos; y teniéndolos derechos como pica, hacían adoración á las *Guacas* y el acatamiento acostumbrado al Inca, y se partían con sus parcialidades y deudos al cerro de *Anaguarque*, que está cerca del de *Guanacauri*.

En este acompañamiento iban las doncellas que habían recebido los vestidos, cargadas de unos cantarillos pequeños de *Chicha*, para dar de beber á la gente dél, y las insignias Reales sobredichas del *Sunturpáucar* y Carnero vestido, con otros seis *Aporucos* como los de arriba, y hacían con ellos lo mismo, y otros seis corderos pequeños que sacrificaban como en *Guanacauri*. La razón por que iban á este cerro y adoratorio, era, porque se habían de probar en correr, y hacían aquí esta ceremonia, porque contaban que esta *Guaca* quedó tan ligera desde el tiempo del Diluvio, que corría tanto como volara un Halcón. Llegados á la dicha *Guaca*, los muchachos ofrecían un poco de lana y los sacerdotes hacían las mismas ceremonias y sacrificios que en el primer cerro. Tornábanlos á azotar con las hondas los viejos sus parientes, diciéndoles que no fuesen perezo-

sos en el servicio del Inca, avisándoles que serían castigados por ello, y trayéndoles á la memoria la causa por que se hacía aquella solemnidad y las victorias que habían habido los Incas mediante el esfuerzo de sus padres. Lo cual acabado, se asentaba toda la gente y hacían el *Taqui* llamado *Guari;* y mientras se hacía, estaban en pie los caballeros noveles con sus bordones en las manos, que eran las armas que les daban.

Después del dicho *Taqui,* se levantaban todas las doncellas y bajaban corriendo hasta el pie del cerro, y allí esperaban con sus cántaros de *Chicha* á los mancebos, para darles de beber; á los cuales empezaban á llamar á voces, diciendo: «Venid presto, valientes mancebos, que aquí os estamos esperando»; y luego ellos se ponían en muchas hileras, unos en pos de otros, y detrás de cada hilera de los dichos mozos otra de hombres mayores, que servían de de apadrinarlos, cada uno de los cuales tenía cuenta con el caballero á quien había de ayudar, si se cansase. Delante de todas las hileras se ponía un indio vestido galanamente, y daba una voz, á la cual partían de carrera todos con gran furia, y algunos solían lastimarse pesadamente. Llegados abajo, daban las doncellas de beber primero á los padrinos y después á los ahijados.

Iban también al cerro de *Sabaraura,* y quemaban otros seis corderos y enterraban otros tantos, y allende desto, cada uno ofrecía lo que llevaba. Tornábanlos á azotar como las otras veces, y de allí volvían al Cuzco, y entrando en la plaza, iban haciendo su humillación á las *Guacas* y al Inca, y sentándose las parcialidades de *Hanancuzco* y *Hurincuzco,* cada una aparte, quedándose en pie los caballeros mozos por espacio de un rato, volvían á hacer el dicho baile y cantar *Guari,* y tornaban á azotarlos por la forma dicha. Ya que era hora de recogerse, se iba el Inca á su palacio acompañado de la gente cortesana, y los caballeros mancebos, con el mismo acompañamiento que antes, se par-

tían para el cerro de *Yavirá*, que está en derecho de *Carmenga*, donde ofrecían el sacrificio que en los otros y recebían las *Guaras*, que eran sus zaragüelles ó pañetes, los cuales no se podían poner hasta aquel tiempo y con aquellas ceremonias. Poníanles también ciertas celadas en las cabezas, y de parte del Inca les daban unas orejeras de oro, que se ataban á las orejas, diademas de pluma y patenas de plata y de oro, que se colgaban del cuello; lo cual acabado, hacían otra vez el baile dicho y azotaban á los mancebos; con que daban la vuelta para el Cuzco, y entrando en la plaza, hacían la reverencia acostumbrada á las *Guacas*.

Después de todas las ceremonias dichas, iban estos caballeros á bañarse á una fuente llamada *Calispúquiu*, que está detrás de la fortaleza, casi una milla de la ciudad, y vueltos á la plaza, les ofrecían dones sus parientes, comenzando el tío más principal, que daba á su sobrino una rodela, una honda y una maza con que pelease en la guerra; y tras él le iban ofreciendo los demás parientes; con que siempre venía á quedar remediado y rico el que se armaba caballero. Dábale cada uno de los que ofrecían un azote, y le hacía una breve plática, aconsejándole que fuese valiente y leal al Inca y tuviese gran cuenta con el culto y veneración de las *Guacas*.

Cuando se armaba caballero el Príncipe que había de suceder en el reino, le hacían grandes y ricas ofrendas todos los *Caciques* principales que se hallaban presentes de toda la tierra. Rematábase la solemnidad de este día con cierto sacrificio que hacían á las *Guacas*. Á los últimos días del mes, sacaban á los dichos nuevos caballeros á las *chácaras* y les horadaban las orejas, que era la postrera ceremonia que con ellos hacían en armallos caballeros.

Por fin y remate deste mes y fiesta, se juntaba todo el pueblo en la plaza á un regocijo y baile que llamaban *Aucayo*. Hacían para él gran cantidad de bollos de harina de *Maíz* amasada con sangre de los Carneros que aquel día

sacrificaban en cierta forma y con particular solemnidad, y mandaban entrar en la ciudad á la gente forastera que estaba detenida de todas las provincias del Perú. Puestos, pues, en sus lugares por su orden los ministros destos sacrificios, que eran del *Ayllu* y linaje de *Tarpuntay*, daban á cada uno de los presentes un bocado de aquellos bollos, diciéndoles que comiesen aquel manjar que les daba el Sol para contentallos, y que no dijesen que no tenía cuenta con ellos, como con los demás que habían hecho aquella fiesta.

Sacaban estos bollos en unos platos grandes de plata y oro de la vajilla del Sol, que estaban dedicados para esto, y todos los recebían agradeciéndolo mucho al Sol con palabras y ademanes. En habiéndolos comido, les decían los sacerdotes: «Esto que os han dado es manjar del Sol, y ha de estar en vuestros cuerpos por testigo, si en algún tiempo dijiéredes mal dél ó del Inca, para manifestarlo y que seáis castigados por ello»; y ellos prometían que no lo harían en su vida, y que debajo desta condición recebían aquella comida. Gastaban en estos bailes algunos días, bebiendo siempre sin descansar.

Hacían el són con cuatro atambores grandes del Sol, y cada atambor tocaban cuatro indios principales vestidos de muy particular librea, con camisetas coloradas hasta los pies con rapacejos blancos y colorados; encima se ponían unas pieles de leones desollados enteros y las cabezas vacías, en las cuales les tenían puestas unas patenas, zarcillos en las orejas, y en lugar de sus dientes naturales, otros del mismo tamaño y forma, con aljorcas en las manos, lo cual todo era de oro. Poníanselas de manera que la cabeza y cuello del León les sobrepujaban sobre sus cabezas, y el cuerpo les caía en las espaldas; y éstos, para empezar el baile, sacrificaban dos corderos, entregándolos á cuatro viejos deputados para esto, que los ofrecían con mil ceremonias.

[redacted]



tían para el cerro de *Yavirá,* que está en derecho de *Carmenga,* donde ofrecían el sacrificio que en los otros y recebían las *Guaras,* que eran sus zaragüelles ó pañetes, los cuales no se podían poner hasta aquel tiempo y con aquellas ceremonias. Poníanles también ciertas celadas en las cabezas, y de parte del Inca les daban unas orejeras de oro, que se ataban á las orejas, diademas de pluma y patenas de plata y de oro, que se colgaban del cuello; lo cual acabado, hacían otra vez el baile dicho y azotaban á los mancebos; con que daban la vuelta para el Cuzco, y entrando en la plaza, hacían la reverencia acostumbrada á las *Guacas.*

Después de todas las ceremonias dichas, iban estos caballeros á bañarse á una fuente llamada *Calispúquiu,* que está detrás de la fortaleza, casi una milla de la ciudad, y vueltos á la plaza, les ofrecían dones sus parientes, comenzando el tío más principal, que daba á su sobrino una rodela, una honda y una maza con que pelease en la guerra; y tras él le iban ofreciendo los demás parientes; con que siempre venía á quedar remediado y rico el que se armaba caballero. Dábale cada uno de los que ofrecían un azote, y le hacía una breve plática, aconsejándole que fuese valiente y leal al Inca y tuviese gran cuenta con el culto y veneración de las *Guacas.*

Cuando se armaba caballero el Príncipe que había de suceder en el reino, le hacían grandes y ricas ofrendas todos los *Caciques* principales que se hallaban presentes de toda la tierra. Rematábase la solemnidad de este día con cierto sacrificio que hacían á las *Guacas.* Á los últimos días del mes, sacaban á los dichos nuevos caballeros á las *chácaras* y les horadaban las orejas, que era la postrera ceremonia que con ellos hacían en armallos caballeros.

Por fin y remate deste mes y fiesta, se juntaba todo el pueblo en la plaza á un regocijo y baile que llamaban *Aucayo.* Hacían para él gran cantidad de bollos de harina de *Maíz* amasada con sangre de los Carneros que aquel día

## CAPÍTULO XXVI

*De las fiestas y sacrificios que hacían en el segundo mes, llamado Camay.*

El primer día deste mes salía el Inca á la plaza, y puestas en ella las *Guacas* de la manera sobredicha, se asentaba el Inca junto á la del Sol, y traían otros cien Carneros, salvo que éstos eran pardos de un color claro, y blancos de las rodillas para abajo, con la cabeza blanca, si se hallaban. Traían éstos del ganado del Sol todos cuatro *Suyus,* cada uno su parte, y eran ofrecidos también de parte del Sol, como en el mes pasado, y hacíanse las mismas ceremonias en sacrificarlos. Poníanse los que estaban diputados para esto junto á la estatua del Sol, y los ofrecían en su nombre al *Viracocha,* diciendo: «Estos Carneros te ofrece el Sol, por su conservación y fuerza y porque siempre alumbre con gran acrecentamiento.» Al tiempo que estos Carneros daban la vuelta al rededor, estaban rodeadas las estatuas de todos los *Caciques* y principales, y cada uno dellos sacaba un repelón de lana, y junta toda, la quemaban por sí.

El día que se vía la Luna nueva deste mes, venían á la plaza los que se habían armado caballeros con vestiduras nuevas, camisetas negras, mantas leonadas y plumajes blancos, y con sus hondas en las manos, se dividían en dos bandos, el uno de los de *Hanancuzco,* y el otro de los de *Hurincuzco,* y se tiraban con cierta fruta como Tunas, que llamamos Pitahayas. Venían algunas veces á las manos á probar fuerzas, hasta que el Inca se levantaba y los ponía en paz. Hacían esto, para que fuesen conocidos los más valientes y de más fuerzas. Después se asentaban por sus

parcialidades, y todos juntos ofrecían un cordero á la Luna nueva, el cual sacrificio hacía, como los demás, el *Ayllu* de *Tarpuntay*. Sacrificaban sólo en agradecimiento de que había salido presto; porque es de saber, que desde el primer día que se comenzaba la fiesta de *Cápac-Raymi* hasta que salía esta Luna, ayunaban sin comer sal, ni *Ají*, y había gente señalada que inquiriese si alguno quebrantaba el ayuno. Luego traían á la dicha plaza muchos Carneros viejos, y con gran solemnidad les horadaban las orejas y los repartían por las gentes de todos los cuatro *Suyus*, para que cada uno guardase su parte y acudiese con ella para la fiesta del *Raymi;* porque éstos eran los *Aporucos*, los cuales debían ser hechos con esta solemnidad. Empezaban tras esto con gran regocijo un baile llamado *Yaguayra*, que duraba dos días.

Tornábanse á juntar en el mismo lugar el primer día de la Luna llena, en que sacrificaban al Sol diez Carneros de todos colores, por la salud del Inca; y la noche que se seguía á este día velaban todos hasta la mañana, bailando y cantando por todas las calles de la ciudad el dicho baile *Yaguayra*, y quemaban en la plaza diez vestidos de ropa muy fina, colorada y blanca, que contribuían todas las parcialidades: dos ofrecían al Sol, dos á la Luna, otros dos al Trueno, al *Viracocha* otros dos, y á la Tierra otros dos. Á la mañana ofrecían al Sol en saliendo por el horizonte dos corderos blancos por la salud universal del pueblo; y toda la gente del baile pasado iba á una casa que estaba junto al templo del Sol, y sacaba una soga muy larga que allí se guardaba, hecha de cuatro colores, negro, blanco, bermejo y leonado, que parecía culebra, y tenía por cabeza una bola de lana colorada. Traíanla bailando asidos todos las manos della, los hombres á una parte y las mujeres á otra. Al entrar por la plaza hacían los delanteros reverencia á las *Guacas* y al Inca, y lo propio iban haciendo todos como iban siguiendo. Daban una vuelta al rededor de la plaza, y cuando

## CAPÍTULO XXVI

*De las fiestas y sacrificios que hacían en el segundo mes, llamado Camay.*

El primer día deste mes salía el Inca á la plaza, y puestas en ella las *Guacas* de la manera sobredicha, se asentaba el Inca junto á la del Sol, y traían otros cien Carneros, salvo que éstos eran pardos de un color claro, y blancos de las rodillas para abajo, con la cabeza blanca, si se hallaban. Traían éstos del ganado del Sol todos cuatro *Suyus*, cada uno su parte, y eran ofrecidos también de parte del Sol, como en el mes pasado, y hacíanse las mismas ceremonias en sacrificarlos. Poníanse los que estaban diputados para esto junto á la estatua del Sol, y los ofrecían en su nombre al *Viracocha*, diciendo: «Estos Carneros te ofrece el Sol, por su conservación y fuerza y porque siempre alumbre con gran acrecentamiento.» Al tiempo que estos Carneros daban la vuelta al rededor, estaban rodeadas las estatuas de todos los *Caciques* y principales, y cada uno dellos sacaba un repelón de lana, y junta toda, la quemaban por sí.

El día que se vía la Luna nueva deste mes, venían á la plaza los que se habían armado caballeros con vestiduras nuevas, camisetas negras, mantas leonadas y plumajes blancos, y con sus hondas en las manos, se dividían en dos bandos, el uno de los de *Hanancuzco*, y el otro de los de *Hurincuzco*, y se tiraban con cierta fruta como Tunas, que llamamos Pitahayas. Venían algunas veces á las manos á probar fuerzas, hasta que el Inca se levantaba y los ponía en paz. Hacían esto, para que fuesen conocidos los más valientes y de más fuerzas. Después se asentaban por sus

[redacted]



parcialidades, y todos juntos ofrecían un cordero á la Luna nueva, el cual sacrificio hacía, como los demás, el *Ayllu* de *Tarpuntay*. Sacrificaban sólo en agradecimiento de que había salido presto; porque es de saber, que desde el primer día que se comenzaba la fiesta de *Cápac-Raymi* hasta que salía esta Luna, ayunaban sin comer sal, ni *Ají*, y había gente señalada que inquiriese si alguno quebrantaba el ayuno. Luego traían á la dicha plaza muchos Carneros viejos, y con gran solemnidad les horadaban las orejas y los repartían por las gentes de todos los cuatro *Suyus*, para que cada uno guardase su parte y acudiese con ella para la fiesta del *Raymi;* porque éstos eran los *Aporucos*, los cuales debían ser hechos con esta solemnidad. Empezaban tras esto con gran regocijo un baile llamado *Yaguayra*, que duraba dos días.

Tornábanse á juntar en el mismo lugar el primer día de la Luna llena, en que sacrificaban al Sol diez Carneros de todos colores, por la salud del Inca; y la noche que se seguía á este día velaban todos hasta la mañana, bailando y cantando por todas las calles de la ciudad el dicho baile *Yaguayra*, y quemaban en la plaza diez vestidos de ropa muy fina, colorada y blanca, que contribuían todas las parcialidades: dos ofrecían al Sol, dos á la Luna, otros dos al Trueno, al *Viracocha* otros dos, y á la Tierra otros dos. Á la mañana ofrecían al Sol en saliendo por el horizonte dos corderos blancos por la salud universal del pueblo; y toda la gente del baile pasado iba á una casa que estaba junto al templo del Sol, y sacaba una soga muy larga que allí se guardaba, hecha de cuatro colores, negro, blanco, bermejo y leonado, que parecía culebra, y tenía por cabeza una bola de lana colorada. Traíanla bailando asidos todos las manos della, los hombres á una parte y las mujeres á otra. Al entrar por la plaza hacían los delanteros reverencia á las *Guacas* y al Inca, y lo propio iban haciendo todos como iban siguiendo. Daban una vuelta al rededor de la plaza, y cuando

se iban juntando los que iban asidos de los cabos de la soga, se entremetían y doblaban, prosiguiendo su baile con tal orden, que lo acababan hecho un caracol, y soltando todos á una la soga, quedaba enroscada en el suelo en forma de culebra. Hacían esta fiesta con ciertas ropas dedicadas para ella, que eran unas camisetas negras con el ruedo guarnecido de una franja blanca y con flocaduras blancas por remate, y en las cabezas plumas blancas de unos pájaros llamados *Tocto* (1). Acabado el baile, daban un cordero para que lo sacrificasen por la dicha soga, y lo restante deste día gastaban en beber y holgarse.

Seis días después de la Luna llena, habiendo hecho en el arroyo que pasa por la plaza unas represas á trechos, sacaban la cenizas y carbones que tenían guardados de lo que había sobrado de los huesos de los sacrificios de todo el año, molíanlos con dos cestos de *Coca,* muchas flores de diversos colores, *Ají,* sal y *Maní* quemado, y así junto y hecho polvos, sacada cierta cantidad, que ponían en el depósito, llevaban lo demás á la junta que abajo del barrio de *Pumachupa* hace el dicho arroyo con otro. Acompañaban este sacrificio las estatuas del Sol y demás dioses que solían poner en la plaza las fiestas grandes, el mismo Inca con toda la corte hasta el lugar dicho, y particularmente doscientos hombres con bordones en las manos. En llegando á la dicha junta de los arroyos, los indios que llevaban bordones, dejándolos, tomaba cada uno dos vasos de *Chicha* y ofrecía el uno al agua de aquel riachuelo y el otro se bebían ellos; y habiendo bailado un rato con gran regocijo alrededor de las estatuas, poco antes de anochecer, echaban en el arroyo toda aquella ceniza, lavando mucho las vasijas en que iba, para que no quedase nada della; y tomados sus bordones en las manos y puestos en ambas orillas del río, les mandaba el Inca que fuesen con aquel

(1) Probablemente *Ttucu*, especie de buho.

sacrificio el río abajo hasta el pueblo de *Tambo*, que con las vueltas y rodeos que va haciendo, estará diez leguas de la ciudad, aunque por el camino derecho no dista mas de siete. Soltaban luego la primera presa, y bajaba el agua con tanta priesa, que rompía las otras.

Los doscientos indios dichos iban el río abajo tras el sacrificio hasta llegar á *Tambo*, apartando de las orillas con los bordones lo que se detenía. Había puestos en paradas muchos de los indios de los pueblos por donde pasa el río, alumbrando con hachos de paja, para que aquella noche no se quedase por las orillas algo del sacrificio, y llegados á *Tambo*, le dejaban ir diciendo: «Agua, tú eres parte para llevar estas cenizas hasta la mar al *Viracocha*, á quien las envía nuestra república; y así, rogamos al aire que te ayude, porque nosotros no podemos pasar de aquí.» Y rogábanle que diese parte de aquella ofrenda al *Inca-Yupanqui*, como á inventor de aquella ceremonia, y porque él les dejó dicho cuando murió que por allí se la enviasen, y que los sacrificios que hubiesen de hacer, fuesen en la forma sobredicha; porque él dejaba mandado al Agua que se los llevase á donde estuviese. Los que habían acompañado las dichas cenizas, se quedaban en *Tambo* dos días descansando y bebiendo, después de los cuales se volvían al Cuzco. Y con esto se concluían los sacrificios del segundo mes.

## CAPÍTULO XXVII

### *De las fiestas y sacrificios de los cuatro meses siguientes.*

AL tercero mes llamaban *Hatun-Púcuy*, en que es la fuerza de las aguas. El primer día se hacía el mismo sacrificio de los cien Carneros y por la misma orden en

que en el primero, salvo que éstos eran de color castaño. Juntábanse todo este mes en el campo al tiempo que querían barbechar las *chácaras,* y ofrecían al Sol veinte *Cuies* grandes con veinte cargas de leña; y después de quemado el sacrificio, le rogaban que les ayudase á labrar sus campos, para que diesen buen fruto. Hallábanse presentes las *Mamaconas* del Sol, á las cuales daban cierta comida; y esto hecho, que era con solemnidad, entendían en sus labranzas.

El quinto mes tenía por nombre *Ariguáquiz.* En el primer día dél se hacía el mismo sacrificio de cien Carneros pintados de diversos colores, que los indios llaman *Moromoros.* Sacaban este mes aquel carnero blanco que habían llevado en la fiesta del *Raymi,* y poníanlo en la plaza, y con él dos *Yanaconas* que lo tenían á cargo y estaba allí todo el mes. Dábanle *Chicha* cada día, y el mismo Carnero la derramaba con los pies, y desta suerte la ofrecían en su nombre con quince Carneros que allí quemaban, por que granase el *Maiz;* y llamaban á este sacrificio *Napa.* Junto con el dicho Carnero tenían en la plaza un bulto muy venerado, que se decía *Sundorpauca;* y al cabo se quemaba gran suma de *Cuies, Ají* y otras cosas, con lo cual se daba fin á la fiesta.

El sexto mes, que respondía á Mayo, se llamaba *Hatun-Cuzqui:* quemábanse otros cien Carneros de todos colores, por la misma orden y solemnidad. En este mes cogían y encerraban el *Maiz* con cierta fiesta llamada *Aymoray,* la cual celebraban trayendo desde las *chácaras* y heredades hasta sus casas el *Maiz,* bailando con ciertos cantares, en que rogaban durase mucho tiempo y no se acabase hasta otra cosecha. Venían juntos en este baile hasta las casas que fueron de Diego de los Ríos, con dos muchachos delante con unas figuras de pluma en las manos y un carnero de aquellos blancos de la fiesta del *Raymi,* que se decía *Napa.* Sacrificaban al Sol gran suma de Carneros, de los

cuales algunos se quemaban y otros se repartían entre toda la gente de la Ciudad, y comían su carne cruda con *Maíz* tostado, y no quedaba ninguno, chico ni grande, que no comiese. Un día deste mes se repartían treinta Carneros para todas las *Guacas*, y se quemaba en cada una un poco, como les cabía conforme á su calidad, dando á las grandes mucho y á las chicas poco, lo cual estaba ya tasado y conocido.

Á los quince días deste mes sacaban en procesión con gran solemnidad cinco *Aporucos*, y los mataban y repartían y comían su carne cruda, cada uno una poca. Después desto las mismas estatuas del Sol sacrificaban seis corderos, cada uno con diferentes ceremonias; los cuales en nombre del Sol ofrecía el principal sacerdote por respeto del *Maíz* del año venidero. Los que se habían armado caballeros salían á cierta *chácara* llamada *Sausero*, que está camino de San Sebastián, á traer el *Maíz* que en ella se había cogido. Acarreábanlo en unos costales pequeños con un cantar llamado *Araví*. El primer día lo traían solos los dichos caballeros noveles galanamente vestidos, y los demás días acudía á lo mismo toda la gente del Cuzco. Poco después iban á la misma *chácara* con sus arados todos los Señores y principales y gran suma de gente con ellos, y la araban; lo cual acabado, volvían á la plaza mayor con gran regocijo, vestidos de las camisetas que habían ganado en la guerra. Llegados á ella, soltaban cuatro Carneros enanos, y arremetían tras ellos todos los mancebos; y el que alcanzaba alguno, era tenido en mucho, y aquél lo repartía por gran honra entre los otros, y venían á cortar dél con sus cuchillos, y era de mucha estima á el que le alcanzaba parte; porque éste era el sacrificio que se hacía por las victorias.

Hacíanse también este mes ciertas ceremonias á la *Mamasara*, que era una *Guaca* universal que cada uno tenía en su casa, y hacíanlas en esta forma: que cada uno to-

maba de su *chácara* cierta parte de *Maiz* más señalado en poca cantidad, y con ciertas ceremonias lo ponía en una trox pequeña llamada *Pirua,* envuelto en las más ricas mantas que tenía, y allí lo velaba tres noches; y después que habían tapado la dicha trox, la adoraban y tenían en gran veneración, diciendo ser madre del *Maiz* de su *chácara* y gran parte para que cada año se diese y conservase. Hacíanle cada año por este tiempo un sacrificio particular, en el cual preguntaban los hechiceros á la dicha *Pirua,* si tenía fuerza para el año siguiente; y si á los hechiceros se les antojaba decir que no y que esa era la respuesta que daba la trox, llevaban aquel *Maiz* á quemar á sus *chácaras* con ciertos ritos, y hacían otra *Pirua* con particulares ceremonias, diciendo que la renovaban por que no pereciese la semilla del *Maiz;* y si respondía que tenía fuerza para durar más tiempo, la dejaban hasta otro año. Esta *Guaca* era universal deste modo: que aunque dado caso que la había en todas las casas, cada uno hacía veneración á sola la suya, sin tener cuenta con la del vecino. Llamábanla *Mamazara,* que quiere decir Madre del *Maiz.*

## CAPÍTULO XXVIII

*De las fiestas y sacrificios que hacían en los meses sétimo, octavo y noveno.*

EL sétimo mes respondía á Junio y llamábase *Aucay-Cusqui.* En él se hacía la fiesta principal del Sol, que se decía *Inti-Raymi.* El primer día se ofrecían cien Carneros pardos del ganado del Sol en la forma que arriba se ha hecho relación. Hacían esta fiesta y sacrificio en el cerro de *Manturcalla,* al cual iba el Inca y asistía hasta que se acababa, bebiendo y holgándose. Hacíanla sólo los Incas de sangre

Real, y no entraban en ellas ni sus propias mujeres, sino que se quedaban fuera en un patio. Dábanles de beber las *Mamaconas* mujeres del Sol, y todos los vasos en que comían y bebían eran de oro. Ofrecíanse á las estatuas sobredichas de parte de los Incas treinta Carneros: diez á la del *Viracocha,* otros diez á la del Sol y otros diez á la del Trueno; y treinta piezas de ropa de *Cumbi* muy pintada. Otrosí hacían en aquel mismo cerro gran cantidad de estatuas de leña de *Quishuar,* labrada, y vestidas de ropas ricas; éstas estaban allí desde el principio de la fiesta, al fin de la cual les ponían fuego y las quemaban. Llevábanse al dicho cerro seis *Aporucos,* que se quemaban con lo demás. Después de concluída toda la cantidad de sacrificios, para empezar el baile llamado *Cayo,* que se hacía en esta fiesta cuatro veces al día, se dividían todos los indios, y la mitad quedaban allí bailando y bebiendo; y de la otra mitad parte iban á *Chuquicancha,* y parte á *Paucarcancha;* en los cuales cerros repartían otros seis *Aporucos,* y eran sacrificados con la misma solemnidad.

En esta fiesta enviaba el Sol por sus estatuas con los que tenían cuidado dellas dos corderos pequeños, el uno de plata y el otro de oro, á *Paucarcancha,* y otros dos hechos de conchas á *Pilcocancha,* y otros dos al cerro de *Manturcalla,* y todos se enterraban en estos cerros después de haberlos ofrecido. En acabando de hacer el dicho baile del *Cayo,* enviaban las estatuas del Sol dos carneros grandes hechos de cierta confección, y dos corderos, á este cerro de *Manturcalla;* llevábanlos con grande acompañamiento puestos en unas andas y en hombros de Señores principales ricamente vestidos; iban delante las insignias Reales del *Sunturpaucar,* y un Carnero blanco vestido de una camiseta colorada, y con zarcillos de oro. Llegados al dicho cerro, los ofrecían al Viracocha y quemaban con muchas ceremonias.

Concluído lo sobredicho, se acababa esta fiesta que ha-

cían al Sol cada año por este tiempo, y luego se recogía todo el carbón y huesos quemados de las ofrendas, y los echaban en un llano junto al dicho cerro, donde no podía entrar nadie más que aquellos que los llevaban. Volvía toda la gente á la plaza de la ciudad acompañando al Inca, y derramando por todo el camino mucha *Coca*, flores y plumas de todos colores. Venían todos embijados con cierto betún que hacían de conchas molidas, y los Señores y caballeros con unas patenillas de oro puestas en la barba, y cantando hasta llegar á la dicha plaza, adonde bebían lo que restaba del día, y á la noche se iba el Inca á su casa, y todos se recogían á las suyas, con que se daba fin á esta fiesta del *Inti-Raymi*.

Al octavo mes llamaban *Chahuahuarquiz*. En él se quemaban cien Carneros pardos como los del mes precedente, sin los cuales llevaban el primer día á quemar otros dos á la *Guaca* de *Tocori*, el uno donde empezaba, y el otro donde acababa de regarse el valle, por la conservación de aquella agua. Instituyó este sacrificio *Inca-Roca*, de quien cuentan los indios esta fábula: que saliendo antes muy poca agua por aquel manantial, después de haber este Inca hecho ciertos sacrificios, metió el brazo por él y fué causa que manase tanta como ahora mana; lo cual tenían por tan averiguado, que los de su parcialidad y linaje pretendieron por esta razón regar solos ellos con aquel agua; y en tiempo de los Incas salieron con ello; y después que los españoles señorean la tierra, lo intentaron por la misma razón; pero fueron desengañados, y el agua se repartió por igual. Gastaban este mes en aderezar las acequias.

En el noveno mes, llamado *Yapaquis*, se quemaban cien Carneros castaños sin mancha alguna, con las ceremonias más arriba dichas; y hacían una fiesta llamada *Guayara*, pidiendo en ella bueno y abundante año. Repartían quince Carneros para todas las *Guacas* del contorno del Cuzco, los cuales eran del ganado del Inca y del Sol; y

con este sacrificio se sembraba la *chácara* de *Sausero*, la cual sementera hacían con mucha solemnidad; porque esta *chácara* era del Sol, y lo que se cogía della era para los sacrificios ordinarios que se le hacían allende de los arriba dichos; y en tanto que se sembraba, estaba en medio della un Carnero blanco con sus orejeras de oro, y con él cantidad de indios y *Mamaconas* del Sol, derramando mucha *Chicha* en nombre del dicho Carnero. Ya que se iba acabando la sementera, traían de todas las provincias por cuenta mil *Cuies*, como cabía á cada una, conforme el repartimiento que estaba hecho, y con gran solemnidad los degollaban y quemaban todos en esta *chácara*, excepto cierto número dellos, que en nombre del Sol se repartían por las *Guacas* y adoratorios de la ciudad. Dirigían este sacrificio al Hielo, al Aire, al Agua y al Sol y á todo aquello que les parecía á ellos que tenía poder de criar y ofender los sembrados. Los sacerdotes *Tarpuntaes* ayunaban no comiendo más que *Maíz* cocido y yerba sin sal, y no bebían sino *Chicha* turbia, que llaman *Concho*, hasta que el *Maíz* salía de la tierra un dedo en alto. Y así mismo en este mes toda la gente hacía el *Taqui* ó baile dicho *Guayara*, el cual hacían vestidos de unas camisetas coloradas hasta los pies, en cuerpo, sin manta ó capa; y acabada esta fiesta y sacrificios, se iban á sus labranzas.

## CAPÍTULO XXIX

*De las fiestas y sacrificios que hacían en el décimo mes, llamado Coya-Raymi.*

EN este mes quemaban cien Carneros blancos y lanudos, según que en los otros se ha dicho, y hacían una fiesta muy solemne que llamaban *Situa*. La razón por que

la hacían este mes, era porque comenzaba entonces á llover, y con las primeras aguas solía haber algunas enfermedades; y así en ella pedían al *Viracocha* que tuviese por bien no las hubiese aquel año ni en el Cuzco ni en todo el imperio de los Incas; y celebrábanla en esta forma: primeramente hacían salir de la ciudad á los forasteros y á todos los que tenían las orejas quebradas ó rasgadas y cualquiera lisión ó defecto en sus personas, como corcovados, cojos y contrechos, diciendo que no se habían de hallar en aquesta fiesta, porque padeciendo por sus culpas aquellos males, eran hombres desdichados y podría ser que con su desdicha impidiesen la buena fortuna de los demás. Echaban también fuera del pueblo los perros, porque no ahullasen, y un día después de la conjunción iba el Inca con los nobles y la mayor parte del pueblo á *Coricancha*, y estaban allí en vela esperando á que saliese la Luna nueva; y en viéndola, daban grandes voces con hachos de fuego en las manos, diciendo: «¡Enfermedades, desastres y desdichas, salid fuera desta tierra!»; y repitiendo todos á voces «¡Vaya el mal fuera!», se daban unos á otros jugando con los hachos de paja encendidos.

Luego se extendía por todo el pueblo esta vocería, y salían todos, grandes y pequeños, á las puertas de sus casas dando las mismas voces: «¡Vaya el mal fuera! ¡Qué fiesta ésta tan deseada por nosotros! ¡Oh Hacedor, déjanos llegar á otro año para que veamos otra fiesta como ésta!» Y mientras gritaban desta suerte, sacudían sus mantas y ropas, como que con esto echaban el mal de sus casas.

Estaba también desde antes que pareciese la Luna nueva buen número de indios armados á usanza de guerra, con lanzas en las manos, en la plaza de *Coricancha*, y en la plaza mayor estaban de la misma forma, á punto de guerra, cuatrocientos, divididos en cuatro tropas alrededor de cierta pila que allí había, en que derramaban las bebidas que ofrecían en sacrificio. Eran estas tropas de diferentes

[redacted]



linajes de los naturales del Cuzco, y estaban los de cada uno vueltos los rostros hacia la parte á que habían de correr, que era á las cuatro del Mundo, al Oriente, Poniente, Septentrión y Mediodía, á las cuales caían las cuatro partes del reino peruano; y al punto que salía la Luna, comenzaban las voces primero los que estaban en el templo del Sol, y dél salían los sacerdotes dándolas á la plaza del dicho templo, y la gente armada las recebía déllos; y al momento partían de carrera dando las mismas voces, «¡Vaya el mal fuera!», hasta la plaza mayor; y en oyéndolas allí los sobredichos cuatrocientos armados, daban á correr, cada cuadrilla hacia la parte que le tocaba, repitiendo las mismas voces, y corrían sin parar un buen trecho. Estaban en los caminos muchas cuadrillas en paradas, unas esperando á los primeros, y otras á los segundos, recibiendo unos de otros las mismas voces sucesivamente y llevándolas adelante hasta el lugar donde paraban. Los ciento que desde la plaza corrían al Mediodía para las provincias de *Collasuyu*, no cesaban de correr hasta la Angostura, y allí daban la voz á otros que estaban á punto; y á estos segundos, habiendo corrido el trecho que les estaba señalado, sucedían los terceros; y por este orden iban corriendo y repitiendo las mismas voces, hasta que los postreros llegaban al río de *Quiquijana*, nueve leguas de la ciudad, que era el término donde paraban los que iban por esta parte; y llegados al dicho río, se bañaban en él y lavaban sus armas. Lo mismo y por la propia forma hacían los que corrían por los otros tres caminos, que los postreros se bañaban en los ríos que tenían por término de su carrera. Los que iban á la parte de *Chinchaysuyu*, en el río de *Apurima;* los de *Antisuyu*, en el de *Yucay*, y los de *Cuntisuyu*, en el río de *Cusipampa*. La razón por que se bañaban en estos ríos, era por ser caudalosos é ir á entrar á la Mar, para que llevasen allá las enfermedades, que con estas ceremonias tenían creído las desterraban de la tierra. Y á este mismo

tiempo se hacía lavatorio general en toda la ciudad, yendo los moradores della á las fuentes y ríos á bañarse, cada uno en su *Ceque*, diciendo que desta suerte salían las enferdades dellos.

Acabado esto, bebían largo y después se iban á sus casas, donde tenían para entonces una mazámorra de *Maiz* mal molido, que llamaban *Sanco*, y con ella caliente se untaban los rostros, los umbrales de las puertas y los lugares donde guardaban las comidas y vestidos, diciendo que no entrasen las enfermedades en aquella casa. Llevaban también deste *Sanco* á las fuentes, y echándolo dentro dellas, les decían que no estuviesen enfermas. Tras esto comían y bebían los mejores manjares y más regaladas *Chichas* que podían hacer, con mucho regocijo y contento; porque, para este día, cada cual, por pobre que fuese, tenía buscado de comer y beber lo mejor que podía; porque tenían por opinión, que los que en este día no se holgaban y comían y bebían espléndidamente, habían de estar todo el año en mala ventura y trabajos. No reñían en este tiempo unos con otros, ni se decían palabras de enojo, ni se pedían las deudas, por tener creído, que quien en este día tuviese enojo ó pendencia, tendría lo mismo todo el año.

Item ofrecían á sus ídolos las comidas mejores y más bien aderezadas que alcanzaban, las cuales recebían sus sacerdotes y las quemaban en sacrificio. Asimismo sacaban los cuerpos de los Señores muertos los que de su linaje los tenían á cargo, y los lavaban en los baños que solían ellos usar cuando eran vivos; y vueltos á sus casas, los untaban con el dicho *Sanco* y les ponían delante las comidas que cuando vivían con más gusto solían comer; y las personas que cuidaban de los dichos muertos, las quemaban.

Después desto, sacaban á la plaza mayor las estatuas de sus dioses y cuerpos embalsamados ricamente vestidos; y así el Inca como los sacerdotes, caballeros y gente ordi-

[redacted]



naria salían con las mejores galas que tenían, y sentados por su orden, entendían en sólo comer y beber y holgarse. Hacían un baile particular desta fiesta, y los que entraban en él venían vestidos de unas camisetas coloradas largas hasta los pies, y unas diademas de pluma en las cabezas, tañendo unos cañutos pequeños y grandes puestos á modo de cañones de órgano (1). Daban este día gracias á sus ídolos que los habían dejado llegar á aquella fiesta, y pedíanles les otorgasen llegar á otro año. Brindaba el Inca á los ídolos derramando en su honra mucha *Chicha*, y los sacerdotes se brindaban unos á otros; con que se acababa el día y volvían á sus lugares las estatuas y cuerpos muertos.

Otro día salían como el pasado á la misma plaza; mandaban entrar en la ciudad á los que habían echado della; traían mucho ganado de los cuatro *Suyus* del reino, que fuese sano, limpio, sin mancha ni fealdad alguna y lanudo, que nunca hubiese sido trasquilado, y todo era de las estancias de la religión. Luego el sacerdote del Sol apartaba treinta carneros, y quemábalos juntamente con treinta haces de leña de *Quishuar*, vestidos de ropa rica. Acabado este sacrificio, sacaban las *Mamaconas* del Sol en unos platos grandes de oro gran cantidad de bollos de *Maíz* amasados con sangre de cierto sacrificio de Carneros blancos, y daban un bocado á cada uno de los forasteros, para que también gozasen y tuviesen parte en los sacrificios, como en la fiesta del *Raymi*, y para el mismo efecto, en señal de confederación con el Inca, amonestándoles que no dijesen mal dél ni del Sol, porque, habiendo comido aquel manjar, no podía ser ocultado su pecado. Enviaban también destos bollos á las *Guacas* forasteras de todo el reino: y para llevarlos, estaban en esta sazón en el Cuzco indios de todas partes, que los recebían. Decíanles que aquello les enviaba el Sol en señal de que quería que todos lo venerasen

(1) Llamados *antara*.

y honrasen. Asimismo enviaban su parte á los *Caciques* de las provincias, por especial favor.

Por fin desta fiesta sacrificaban cuatro Carneros, y los sacerdotes les sacaban los bofes, y á soplos los hinchaban, y estando hinchados, vían en ciertas señales que en ellos había (según su imaginación), si en aquel año habían de ser prósperas todas las cosas ó no; y después quemaban los bofes, y la carne de los dichos carneros repartían entre los presentes como cosa sagrada, dando muy poquito á cada uno, que comían crudo; y todo el demás ganado se repartía á toda la gente del Cuzco, para que comiesen. Cuando iba entrando este ganado en la plaza, arrancaban de cada res un poco de lana y la sacrificaban al Sol; acabado esto, bebían y bailaban. Entraban en este baile de todas las naciones que obedecían al Inca, vestidos al uso de sus tierras. Sacaban sus *Guacas* en andas los sacerdotes que á cargo las tenían, y en llegando á donde estaban los ídolos y el Inca, les hacían reverencia y se iban poniendo en sus lugares. Gastaban lo restante deste día en hacer cada nación el baile y canto que usaban antes de ser sujetadas del Inca. Y al cabo deste mes, recogían los carbones de todos los sacrificios hechos en él, y los molían, y con gran solemnidad llevaban estos polvos y cenizas y los derramaban por las dehesas y *punas* para fertilizar los pastos.



## CAPÍTULO XXX

### *De los dos últimos meses, y las fiestas que hacían en ellos.*

LLAMABAN al undécimo mes *Homa-Raymi Puchayquiz,* en el cual se hacía el sacrificio ordinario de los cien Carneros; y si faltaba el agua en este mes, ponían atado

en un llano un Carnero escogido de los del Sol, que fuese todo negro, y derramaban alrededor dél cantidad de *Chicha* con ciertas ceremonias. No le daban de comer cosa alguna hasta que lloviese, diciendo que de lástima de verle padecer haría el Sol que lloviese; y si el agua se tardaba, juntábanse allí todos los indios que entendían en los sacrificios, cada uno con dos vasos de *Chicha* en las manos, y bebiendo el uno, derramaban el otro en sacrificio. Las mujeres que tenían hijos á quienes habían de horadar las orejas y armar caballeros en la fiesta del *Raymi,* que ya se acercaba, entendían en hilar y tejer las ropas que se habían de vestir sus hijos en la dicha fiesta, y juntábanseles algunas de su linaje á ayudarles y á beber aquellos días en sus casas; y los varones entendían cada uno en aquello que lo tenía ocupado el Inca; y así se acababa este mes.

El último se decía *Ayamarca.* El primer día se ofrecían los cien Carneros que en los otros meses y con la misma solemnidad. El segundo iban al cerro de *Guanacauri* los mozos que se habían de armar caballeros el mes siguiente; ofrecían á aquella *Guaca* cierto sacrificio y le pedían licencia para armarse caballeros, como su ídolo principal y hermano que decían ser de *Manco-Cápac,* de quien ellos procedían. Dormían allí aquella noche á imitación de la peregrinación que sus antepasados por allí hicieron, y los sacerdotes de la dicha *Guaca* diputados para esto, daban á cada muchacho una honda, y de un carnero que todos llevaban sacaban la sangre y con ella hacían á cada uno una raya en el rostro, y luego lo sacrificaban. Otro día por la tarde volvían á la ciudad, trayendo cada uno su haz de paja sobre que se asentasen sus padres y parientes en la fiesta del *Raymi;* y este día ayunaban los dichos muchachos, cuyos deudos traían á cada uno una camiseta bien labrada y se la daban.

Luego todos estos mancebos juntos mascaban el *Maíz* con que se había de hacer la *Chicha* para la fiesta que pre-

venían, y sus padres y tías iban por agua para hacella á *Calispúquiu*. Mientras hacían esta levadura para la *Chicha*, quemaban con gran solemnidad un Carnero blanco lanudo, por que saliese buena; y los deudos de los dichos mozos traían los cántaros y leña para hacerla. Gastaban todo este mes con grandes ceremonias en aderezar lo necesario para la dicha fiesta de *Cápac-Raymi*, y hacían los mancebos su alarde y los mayores los imponían y daban con ellos cada día ciertas vueltas alrededor de la plaza, y acabadas, bebían y hacían algunos sacrificios por que fuesen buenos caballeros. No podía ver estos alardes ningún extranjero, sino solos los vecinos del Cuzco; y para que se hiciesen, mandaban salir fuera á todos los que no lo eran. Llamaban á esta fiesta *Ytu-Raymi*, la cual también solían hacer cuando llovía mucho ó poco ó había peste; y siempre que se hacía, salían de la ciudad, como está dicho, todos los forasteros, y había puestas guardas para que no entrasen. Y los de *Hanancuzco* mataban cuatro Carneros y otros tantos los de *Hurincuzco*, dando primero con ellos ciertas vueltas; lo cual hecho, dejaban entrar la gente que estaba detenida; y con esto se concluían las fiestas y sacrificios obligatorios del año, los cuales eran generales y había días señalados y personas diputadas para ellos. Fuera déstos, eran tantos los particulares que cada uno solía hacer con los de su parcialidad y por sus difuntos, si era Señor, y los que cada indio hacía con los de su familia y casa, que si de todos se hubiera de hacer relación, fuera nunca acabar.

## CAPÍTULO XXXI

*De la fiesta del Itu, y las ceremonias con que se celebraba.*

DEMÁS de las fiestas dichas, que eran ordinarias, había otras extraordinarias, que, aunque estaban determinadas las ceremonias y solemnidad con que se habían de hacer, con todo eso, ni había tiempo determinado para ellas, ni á todos era concedido el celebrarlas. La principal déstas era la que llamaban *Itu*, la cual era muy célebre, de grande aparato, devoción y alegría. Hacíanla solamente á tiempos indeterminados, según la necesidad que ocurría, y entonces no era permitido á todos solemnizarla de una misma manera. En la ciudad del Cuzco se celebraba desta suerte: Ayunaban todos dos días antes, en los cuales se apartaban de sus mujeres; no comían cosa con sal ni *Ají* ni bebían *Chicha*, que era lo sustancial de su ayuno; luego se juntaba todo el pueblo con el Inca y las estatuas de sus dioses en la plaza mayor, y echaban fuera de la ciudad todas las mujeres que tenían perros y otros animales, y mandábanles que estuviesen con ellos muy apartadas de donde se hacía la fiesta. Buscaban si había algunos forasteros, y mandábanles también salir fuera, y ponían guardas en los caminos para que no entrase nadie en tanto que se hacía la dicha fiesta, y tenían orden y diligencia para que en este tiempo no entrase ningún animal al lugar donde ellos estaban congregados; porque decían, que era desacato que tratándose del Sol y con el *Viracocha* de cosas tan importantes, se hiciese entre animales.

Hecha esta diligencia, sacrificaban con gran solemnidad y ceremonias dos Carneros de cierto color conforme á lo

que se pretendía alcanzar con la fiesta, y si la necesidad era grave, mataban algunos niños; mas esto era cuando el Inca ordenaba que la fiesta fuese general. Después del sacrificio se vestían de los aderezos y ornamentos dedicados para esta solemnidad los que la habían de celebrar, que eran unas camisetas coloradas de *Cumbi* con rapacejos largos del mismo color; ceñíanse debajo dellas unas criznejas largas que les colgaban hasta los pies; en las cabezas unas diademas grandes de pluma bien labradas, de diversos colores, y unos collares de conchas ensartadas al cuello; en las manos llevaban una bolsa pequeña, que llamaban *Sondorpauca*, y algunos un pájaro verde seco con su pluma, y un atambor blanco pequeño, muy bien hecho. Guardábanse estas vestiduras é instrumentos en una casa que el Inca tenía en el Cuzco diputada para sólo esto; y era grande la cantidad destas cosas que allí había en depósito. Los que se vestían el aderezo dicho, eran sólo mancebos de hasta veinte años, y lo restante del pueblo tenían cubiertas las cabezas con las mantas ó capas; y así los unos como los otros guardaban gran silencio; porque era obligación en tanto grado, que en todo aquel día no hablaban unos con otros.

Empezaban los dichos mozos en procesión muy despacio á dar vuelta alrededor de la plaza, tocando todos á una sus atambores con ciertos visajes, y desta manera iban con gran compás hasta que se concluía una vuelta. Acabada, se asentaban todos juntos callando, y levantábase un principal, que, dando vueltas por el mismo lugar que la procesión había pasado, sembraba el suelo de *Coca*. Desde á un poco de tiempo se tornaban á levantar los ministros y daban otra vuelta de la misma forma que la primera, y asentados, se derramaba otra tanta cantidad de *Coca* como antes. Trazaban y disponían de suerte todo el día, que en él se diesen ocho vueltas á la plaza; en la cual se estaban toda la noche siguiente rogando con gran atención al *Viracocha*

[redacted]



y poniendo al Sol por intercesor por la necesidad que tenían. Venida la mañana, se desnudaban aquellas vestiduras y guardábanlas como cosa sagrada en el lugar dicho; luego comenzaban á beber con gran regocijo cantando y bailando dos días con sus noches, en señal que su oración había sido acepta.

Era esta fiesta propia de los Incas y ellos solos la usaron mucho tiempo; pero después fueron dando licencia por vía de merced para que la pudiesen hacer en sus tierras otros Señores de los que estaban en su obediencia. La cual principalmente se hacía cuando el Inca casaba alguna hija ó sobrina suya con algún Señor extranjero, lo cual hacía muchas veces para diferentes efectos y pretensiones; al cual, después de haberle encarecido la merced que le hacía en tomar su deudo y la obligación en que quedaba por esta razón y héchole saber cómo también emparentaba con el Sol, de quien ellos decendian, en señal desto, por muy singular favor, le daba licencia para hacer en su tierra esta fiesta del *Itu*, mediante la cual tuviese remedio en las necesidades para que había sido instituída; y á estos tales juntamente con la licencia les daban las vestiduras é instrumentos con que la habían de hacer, del depósito que desto tenían en el Cuzco, que era la última merced y de más estimación que se les podía hacer; y luego en la dicha tierra donde se concedía el celebrarla, se diputaba casa en que se guardasen las vestiduras y aparejos para ella.

Hacían esta fiesta así en la ciudad del Cuzco, como en las demás partes, por muy grandes necesidades, como cuando sobrevenía algún extraordinario temblor de tierra; en tiempo de gran pestilencia; cuando tardaban mucho las lluvias y era grande la necesidad déllas; y sobre todo, cuando el Inca determinaba ir en persona á la guerra, porque entonces era general y se mandaba hacer á todos los que tenían facultad para ello; y en la corte se hacía con más aparato y solemnidad que para ninguna otra cosa, porque

en esta ocasión no la hacían los mancebos que en las otras, sino los caballeros y nobles más principales del Cuzco; los cuales se vestían con el aderezo que queda dicho é iban tocando los atambores y sus mujeres detrás dellos con las armas en las manos. También los sacrificios eran en más cantidad y más solemnes, porque ofrecían todo aquello que acostumbraban sacrificar en todas las demás fiestas, y lo repartían por las *Guacas* de toda la ciudad á cada una según la veneración en que era tenida.

Otrosí es de advertir, que puesto caso que esta fiesta con las ceremonias que habemos dicho no tenían todos licencia para hacerla, como queda dicho, con todo eso, por las mismas causas que generalmente la hacían en el Cuzco y en las partes que tenían privilegio para ello, en lugar della hacían en todas las provincias otra llamada *Ayma*, la cual se celebraba casi de la misma manera, salvo que difería en las vestiduras y en algunas otras ceremonias; si bien donde quiera había depósitos de las vestiduras y aderezos con que la celebraban.

## CAPÍTULO XXXII

### *De la solemnidad y sacrificios con que celebraban la coronación del Rey.*

ERA también fiesta extraordinaria y muy solemne la que hacían cuando, muerto el Inca, tomaba el sucesor la borla, que era la insignia del Rey. El intento della era pedir á sus dioses la salud, conservación y prosperidad del Inca que se coronaba; y ciertamente, aunque erraban en estas supersticiones, no se puede negar sino que era de loar el gran cuidado que tenían en todos sus sacrificios de la salud de su Rey. Hacían esta fiesta en la forma siguien-

te: después de averiguado quién había de ser el sucesor, y hechos los llantos y ceremonias con el cuerpo del Rey muerto, y cumplido el que había de ser coronado con los usos y costumbres de sus pasados, que eran muchos, juntos en la corte todos los grandes Señores que según la distancia del camino podían venir á hallarse en este acto, y en nombre de las *Guacas* y adoratorios del imperio un procurador de cada una, que era de ordinario la guarda ó ministro principal á cuyo cargo estaba, iban á una plaza llamada *Hurinaucaypata*, que estaba al salir de la ciudad por el camino del *Collao*, en la cual ponían las estatuas del Sol y demás dioses principales; y de todas las provincias del reino traían lo que se había de ofrecer en los sacrificios, conviene á saber: cantidad de doscientos niños desde cuatro hasta diez años de edad; gran suma de plata y oro labrado en vasos y figuras de Carneros y de otros animales; mucha ropa de *Cumbi* muy bien obrada, grande y pequeña; cantidad de conchas de la Mar de todas maneras; plumas de colores, y hasta mil Carneros de todos colores, que los recogían fuera de la plaza. Junto todo esto y ordenada la fiesta y congregados los que en ella se habían de hallar, se levantaba el sacerdote ó ministro mayor del sacrificio vestido de ciertas vestiduras á propósito de la fiesta, y con muchas ceremonias tomaba en los brazos un niño de aquellos pequeños, y estando los demás todos juntos con el resto de los sacrificios, vuelto al *Viracocha*: «Señor, esto te ofrecemos por que nos tengas en quietud y nos ayudes en nuestras guerras y conserves á nuestro Señor el Inca en grandeza y estado, y que vaya siempre en aumento, y le des mucho saber, para que nos gobierne con acierto.» Lo mismo hacía con cada género de sacrificio, dando ciertas vueltas en torno de las estatuas con la insignia de cada cosa de las que se ofrecían.

Luego se juntaban todos los ministros de las *Guacas* extranjeras y naturales del Cuzco, y mandaba el Inca partir

entre ellos los sacrificios que se habían de ofrecer en las de la ciudad y en las extranjeras por todo su reino. Lo que cabía á las *Guacas* extranjeras se hacía cuatro partes, para cada uno de los cuatro *Suyus* en que estaba dividido el imperio la suya; porque de cada uno dellos tenía el Inca en el Cuzco *Vilcacamayos*, que eran como contadores que sólo entendían en tener cuenta con las *Guacas* de sus distritos y qué sacrificios se habían de ofrecer á cada una. Éstos, pues, llamando ante sí á todos los ministros de las *Guacas* del reino, repartían entre ellos lo que destos sacrificios que se habían juntado en el Cuzco para esta fiesta habían de llevar á las de sus provincias, en lo cual tenían tanta cuenta y razón y salía tan bien repartido del Cuzco lo que en cada parte y lugar se había de sacrificar, que aunque era en excesiva cantidad el dicho sacrificio y los lugares donde se había de ofrecer casi sin número, jamás había yerro de cuenta ni trocaban el un lugar por el otro. Repartíanse de manera que ninguna *Guaca* ni adoratorio, por pequeño que fuese, quedase sin sacrificio; porque ya estaba diputado y acordado lo que se había de ofrecer en cada *Guaca*.

La causa por que todas alcanzaban parte deste sacrificio, era porque tenían por agüero, que si á alguna *Guaca* le faltase ofrenda, se enojaría con el Inca y tomaría venganza dél, castigándole por este descuido. Teníase tanto cuidado y puntualidad en esto, que si á algunos cerros que eran adoratorios no podían llegar á ofrecer el sacrificio, por su mucha aspereza ó por estar cubiertos de nieve, subían los ministros hasta donde se podía llegar, y desde allí, con hondas arrojaban el sacrificio á la cumbre dellos.

Repartido, pues, el sacrificio por el orden dicho y señalado lo que á cada *Guaca* le cabía, comenzaban á ofrecerlo primero en el Cuzco á las estatuas que tenían presentes. El primer sacrificio era el del *Viracocha*, cuyos sacerdotes lo recebían y ofrecían, rogándole tuviese por bien de dar

[redacted]



al Inca salud y larga vida, y que no le llevase en su mocedad; le concediese vitoria de sus enemigos, y hijos que le sucediesen y conservasen el linaje Real, y que mientras éste gobernase, todas las naciones de su imperio estuviesen en paz, se multiplicasen y tuviesen abundancias de mantenimientos. Acabada esta oración, ahogaban á los niños y los enterraban con el oro y plata en un cerro llamado *Chuquicancha,* que está media legua de la ciudad, encima de San Sebastián, y los Carneros, ropa y demás cosas quemaban. Después desto, los sacerdotes del Sol, del Trueno y de los otros grandes dioses, por la misma orden recebían lo que á sus *Guacas* tocaba y lo ofrecían con las mismas ceremonias que los primeros y pidiendo en sus oraciones lo mismo para el Inca y para el bien de su reino; y acabado de hacer el sacrificio á los dichos dioses, los sacerdotes de las demás *Guacas* del Cuzco recebían lo que habían de ofrecerles y partían con ello; y comenzando por *Guanacauri,* como adoratorio principal, iban ofreciendo en los demás lo que se les había repartido.

Concluído con los sacrificios de todas las *Guacas* del Cuzco, mandaba el Inca á los sacerdotes extranjeros llevasen á ofrecer á las de sus tierras lo que se les había señalado en la repartición hecha, y ellos salían al punto á ponello por obra, caminando por este orden: el ganado solo iba por el camino Real, y el golpe de la gente que llevaba los otros sacrificios, por fuera de camino en cuadrillas algo apartadas y puestas en ala con los sacrificios por delante; iban derechos hacia el lugar que caminaban sin torcer á ninguna parte, atravesando montes y quebradas, hasta llegar cada uno á su tierra. Los niños que podían andar, iban por su pie, y á los muy pequeños llevaban á cuestas con el oro y demás cosas. De cuando en cuando alzaban gran vocería, empezando uno que para este efecto estaba señalado, siguiéndole todos al mismo tono. En estas voces pedían al *Viracocha* la salud y prosperidad del Inca. Era te-

nido en tanta veneración este sacrificio que se llevaba del Cuzco, que si cuando iba caminando por los despoblados ó otros lugares, topaban gente, no osaban los que así topaban el dicho sacrificio alzar los ojos á mirallo, sino que se postraban en tierra hasta que pasase; y cuando entraban por los pueblos, no salían los vecinos de sus casas, estando en gran reverencia y humildad en ellas, hasta que los que llevaban este sacrificio pasaban adelante. Entregábanlo en las cabeceras de las provincias á los que cuidaban de la *Guaca* principal de cada una; los cuales también tenían cuenta y razón de los adoratorios que había en su distrito y de los sacrificios que para todas ellas habían de quedar en cada provincia. Mas, porque algunas veces acrecentaban ó acortaban estos sacrificios, conforme á la voluntad del Inca, cada vez sacaban del Cuzco la razón de lo que en cada parte y lugar se había de hacer. Y el orden como en las provincias se ofrecía este sacrificio, era, que primero se celebraba una fiesta al ofrecerlo en la *Guaca* principal de cada partido por los de aquel lugar, á imitación de la del Cuzco, y luego se ofrecía á todas las *Guacas* y adoratorios de la dicha provincia lo que les pertenecía, según como del Cuzco iba repartido.

Otras muchas fiestas generales usaban estos indios, en que hacían sacrificios notables; muchas dellas eran instituídas para sus guerras y para cuando entraban en la corte con los prisioneros que habían cautivado en ellas, y otros efectos; sin las particulares que tenía cada provincia, según sus costumbres; de las cuales no se hace relación, por no ser muy diferentes de las que aquí quedan referidas y porque por éstas se puede sacar cuáles serían las otras.

## CAPÍTULO XXXIII

### *De los sacerdotes y oficios que tenían.*

DEBAJO del nombre de sacerdotes se han de entender todos los hombres que estaban dedicados al culto de sus falsos dioses y entendían en ofrecerles sacrificios y hacer cuantas supersticiones entre ellos se usaban; y como éstas eran muchas, así también lo eran las suertes que había de sacerdotes. Porque, primeramente, unos entendían en la guarda y ministerio de las *Guacas* y en ofrecerles los sacrificios estatuídos por su rito, así ordinarios como extraordinarios, y éstos eran sustentados de las rentas de la Religión. Aunque, no contentándose con su estipendio, tenían trazas como sacar cuanto pudiesen del común, y en orden á esto fingían mil desvaríos, diciendo que las *Guacas* se les quejaban de noche entre sueños del descuido que con ellas se tenía, y que por esa causa les enviaban los trabajos que padecían. Con lo cual, el ignorante pueblo se movía á multiplicar los sacrificios y ofrendas, en que los dichos sacerdotes eran bien interesados. Había entre ellos su orden y grados de ministros mayores y menores; tenían particulares vestiduras, que se ponían para sacrificar; instituíanse unos por elección y nombramiento del Inca ó sus gobernadores, otros por sucesión de ciertos *ayllus* y linajes, para servicio y ministerio de diferentes dioses, y otros por ofrecimiento de sus padres, *Caciques,* ó mayores; y esto, no acaso, sino por varios sucesos y ocasiones.

Los sacerdotes del Sol eran del *ayllu* y familia de *Tarpuntay,* y por eso los llamaban *Tarpuntaes,* y no podían serlo de otro linaje; y el sacerdote supremo déllos, como si dijéramos su obispo, era el que presidía en el templo del

Sol, que estaba en la ciudad del Cuzco, el cual era la dignidad suprema entre ellos y el superior y prelado de los demás sacerdotes, así del Sol como de los otros dioses. Llamábase *Villac-umu*, que significa el «adivino ó el hechicero que dice»; al cual los españoles, corrompiendo el vocablo, nombran *Vilaoma*. Éste residía siempre en el Cuzco en el templo llamado *Coricancha*. Los diputados para este oficio se elegían desta manera: si nacía en el campo algún varón en tiempo de tempestad y truenos, tenían cuenta con él, y después que era ya viejo, le mandaban que entendiese en esto. Llamábanlo desde que nacía «Hijo del Trueno», y tenían creído que el sacrificio hecho por mano déste era más acepto á sus *Guacas* que de otro ninguno. Ítem, los que nacían de mujeres que afirmaban haber concebido y parido del Trueno, y los que nacían dos ó tres juntos de un vientre, y finalmente, aquellos en quienes la Naturaleza ponía más de lo común, diciendo que acaso y sin misterio los señalaba, todos éstos eran consagrados por sacerdotes cuando viejos; porque todos ó los más que tenían este oficio, lo eran y no se admitían á él sino cuando llegaban á edad que no podían ejercitar otros trabajos. Su número era excesivo, porque no había adoratorio grande ó pequeño, ora fuese arroyo, ora fuente, cerro ó cualquiera lugar de veneración, que no tuviese señalados sus ministros y guardas, que allende de ocuparse en los sacrificios que pertenecían á cada *Guaca*, atendían á conservar la memoria déllas, esto es, qué oficio y advocación tenía cada una, el efecto para que se le sacrificaba y las cosas con que se había de hacer el sacrificio, poniendo en esto todo su estudio y cuidado; y criaban consigo á los que habían de quedar en su lugar, instruyéndolos con diligencia en estas cosas.

También había otros muchos que trataban en echar suertes, á los cuales llamamos sortílegos, y todo género de hechiceros, adivinos y agoreros, entre los cuales andaba el oficio de confesores y de curar supersticiosamente. Muchas

veces se confundían estos oficios con el primer linaje de sacerdotes, usándolos todos juntos unas mismas personas, y otras andaban divididos, atendiendo cada uno al suyo; si bien lo más común era lo primero, que los sacerdotes eran juntamente confesores, médicos y hechiceros. Por lo cual, aunque dividimos estos oficios tratando de cada uno en su capítulo, no se ha de entender que los oficiales dellos eran siempre distintos.

## CAPÍTULO XXXIV

### *De los sortílegos.*

CON nombre de hechiceros comprehendemos á toda suerte de gente que usa de supersticiones y artes ilícitos para obrar cosas extrañas y que exceden la facultad humana, las cuales alcanzan por invocación y ayuda del Demonio, en cuyo pacto explícito ó implícito estriba todo su poder y ciencia. Los teólogos suelen dividir esta superstición diabólica en cuatro especies: á la primera llaman arte mágica, y es cuando por ella se pretende algún efecto ó conocimiento de cosa maravillosa; á la segunda adivinación, y es cuando se procura el conocimiento de las cosas por venir ó de las presentes y pasadas que no se pueden alcanzar naturalmente; la tercera es con que los propiamente llamados hechiceros ó maléficos procuran ser instruídos, y ayudados, no para provecho, sino para daño de otros, y ésta se dice maleficio ó hechicería; y la cuarta y última es la llamada vana observancia, de la cual sin daño ni perjuicio de nadie usan los que la profesan, para ser ayudados en cosas de su propia utilidad ó deleite. De todas estas cuatro especies hubo entre estos indios hechiceros muy diestros y ejercitados; puesto caso que muchos usaban de

algunas vanidades déstas sin tener comunicación ni pacto con el Demonio, como eran los más de los sortílegos y médicos, que sólo con medios inútiles y ridículos traían embaucado al pueblo, sin obrar ni conseguir con ellos los fines que publicaban ser efectos de suerte y facultad; si bien algunos dellos se entendían con el Demonio. En este capítulo trataré sólo de los sortílegos que adivinaban por suertes, sin tener pacto ni comunicación con él, y en los dos siguientes de los médicos y hechiceros que usaban de artes diabólicas.

El oficio de sortílegos tuvieron estos indios no sólo por lícito y permitido, mas también por útil y necesario en la república. Ejercitábanlo así hombres como mujeres, aunque más comúnmente hombres, y no había pueblo en que no se hallase cantidad déllos; y en la ciudad del Cuzco tuvieron siempre los Incas oficiales señalados deste oficio, los cuales de ordinario eran de la provincia de *Condesuyo*, después que de allí salió uno llamado *Galina*, que tuvieron por muy eminente en el oficio. Todos cuantos entendían en esto eran gente inútil, pobre y de baja suerte, como los demás hechiceros, á los cuales elegía el *Cacique* de cada pueblo, después que les faltaban las fuerzas para trabajar, precediendo á esta elección diversas ceremonias y ritos, que les mandaban hacer los dichos *Caciques;* y aplicaban á este ministerio esta suerte de gente, porque dado caso que todos estos indios en general se pretendían aprovechar de las suertes y hechicerías, y el uso dellas era común y tan frecuentado que ninguna cosa de importancia ponían por obra que la averiguación del suceso no la remitiesen á los hechiceros y sortílegos, con todo eso, lo tuvieron siempre por oficio bajo y de poca estimación, y así andaba en personas desta condición y necesitadas; de lo cual daban ellos algunas razones que satisfacen poco, pero sólo una me parece que concluye conforme á sus costumbres y género de gobernación, y es, que la pretensión general destos Incas

[redacted]



fué siempre que ninguno de sus vasallos holgase, sino que todos entendiesen en algo en la república; y presupuesto que tuvieron por averiguado ser necesario este oficio de hechiceros, mandaron que le usasen aquellos que segun sus años y necesidad no pudiesen entender en otros.

Asimismo se ha de presuponer que ninguna hechicería, suerte ni otra obra de las que estaban á cargo de los de este oficio, se podía empezar sin algún sacrificio de mucha ó de poca importancia, según la pretensión de la persona y causa por que se hacía; y destos sacrificios, consumida la parte que les parecía que bastaba, comían y se sustentaban los que entendían en ello. Porque decían, que pues les faltaban las fuerzas para trabajar, que era justo que tuviesen oficio con que sin ellas se pudiesen mantener; que era otra de las razones que daban del principio que está presupuestado; y aun añadían otra que parece que trae alguna apariencia, y es, que doliéndose el *Viracocha* de la necesidad y hambre de los viejos y personas necesitadas, tendría por bien que sus suertes saliesen ciertas, para que, mediante esto, todos acudiesen á ellos y con su oficio se remediase su necesidad. El fundamento principal de todas estas razones era, á mi ver, la poca ó ninguna caridad que tenían unos con otros, no tratando ni acordándose de socorrer las necesidades de sus prójimos pobres, viejos é impedidos.

Siendo, pues, como era permitido usar este oficio así hombres como mujeres, y tan aparejado para la sustentación humana, y ninguno el remedio que por otra vía los pobres tenían después que les faltaban las fuerzas para el trabajo, no hay que espantarnos fuesen muchos los que le usaban, que eran tantos, que cuenta el Licenciado Polo Ondegardo en su *Relación* (1), que por la averiguación que por orden suya hicieron los alcaldes indios en la ciudad del Cuzco, fueron traídos á su presencia de sólos los moradores

(1) No es ninguna de las dos que se conocen.

de aquella ciudad cuatrocientos y setenta y cinco hombres y mujeres que no tenían otro oficio, cada uno con los instrumentos que usaba. Aunque á todos era permitido echar suertes por su causa propia, sólos los nombrados por los *Caciques* como oficiales públicos y que vivían desta ocupación, las echaban por causas de otros; y en esto había lo que en todo lo demás, que unos salían más diestros que otros en las pláticas y fingimientos, añadiendo y haciendo más de lo ordinario, con que ganaban más que otros, por acudir á ellos más gente.

Usaban este oficio con diferentes géneros de instrumentos y artificios, y lo más común era con *Maíz,* con Frísoles y con unas pedrezuelas negras y de otros colores diferentes; las cuales los hechiceros y sus sucesores guardaban con gran cuidado, cuando moría el que le usaba; y cuando ellos venían á ser viejos, con ellas mismas lo ejercitaban.

La forma como decían que hubieron estas piedras es largo de contar; porque unos afirmaban que á ellos ó á sus antepasados las dió el Trueno; otros que alguna *Guaca;* otros que de noche entre sueños vino algún difunto y se las trujo; y algunas mujeres hacían entender, que estando en el campo en tiempo tempestuoso, se hicieron preñadas del Trueno, y al cabo de los nueve meses las parieron con grandes dolores, y que en sueños les fué dicho que serían ciertas las suertes que con ellas se hiciesen; y desta manera hacían entender otros mil disparates. Y así, con la necesidad de los unos y con la felicidad de los otros y diligencia del Demonio, se vinieron á introducir cosas tan dañosas y dificultosas de desarraigar, cuanto ha mostrado la experiencia.

Lo segundo, usaban para estas suertes de unas arañas grandes que tenían en ollas muy bien tapadas, y allí les daban cierto género de comida con que las sustentaban; y cuando venía alguno á saber dellos el suceso de lo que

[redacted]



quería hacer, habiendo precedido algún sacrificio, destapaban la olla, y si la araña tenía algún pie encogido, era señal de que el suceso sería malo, y si los tenía todos extendidos y descubiertos, de que sería bueno. Deste género de hechicería usaban más ordinariamente los de las provincias de *Chinchaysuyu,* donde eran muy veneradas las arañas (1). En otras partes tenían para este efecto culebras y en otras otros géneros de animales.

Lo tercero, tenían otra manera de suertes y averiguación de lo porvenir; y era mascando *Coca* y echando su zumo con la saliva en la palma de la mano, extendiendo los dos dedos mayores, y si caía por ambos igualmente, decían sería bueno el suceso, y si por el uno solo, sería malo; y antes de esta prueba hacían sacrificio y adoración al Sol.

Lo cuarto, solían matar aves, Carneros ó corderos, y soplando por cierta vena de los bofes, decían que hallaban en ellos señales por donde adivinaban lo que había de suceder. Otras veces, para este mismo fin, quemaban sebo de Carneros y *Coca;* y en cierto humor que salía y otras señales que se vían al tiempo de quemarse, decían que conocían lo que había de suceder á el que los alquilaba.

Echaban estas suertes por cuantas cosas querían poner por obra, como sembrar, coger, encerrar el pan, ir camino, hacer casa, casarse ó dejar la mujer que tenían, abrir las orejas con la solemnidad que se hacía, ir á la guerra, y en todos los demás negocios; de modo que ninguna cosa empezaban sin dos prevenciones: la primera echar suerte, y la segunda, hacer algún sacrificio, ó al trocado; y el que echaba las suertes también hacía primero acatamiento á las *Guacas* y á alguna particular de su pueblo ó parcialidad ó suya, y ofrecíale algún sacrificio; y no solamente usaban

(1) Llamábanse estos hechiceros *paccharícuc, pacchacátic,* ó *pachácuc,* por el nombre de las arañas, *paccha.*

estas suertes para saber si sería bueno ó malo el suceso de las cosas que querían hacer de cualquier condición que fuesen, pero aun también para saber cuáles sacrificios serían más agradables al *Viracocha* ó al Sol ó á cualquiera otro de sus dioses á quien querían pedir algo, conforme á la calidad de la cosa que se pretendía, presupuesto lo dicho, que ninguna comenzaban sin suertes ni las echaban sin algún sacrificio. Y era cosa de risa ver la facilidad que en estos indios había en el crédito que daban á estas niñerías; pues preguntándoles si dejaban de sembrar alguna vez por que la suerte dijese que no lo hiciesen, responden que siempre la suerte dijo que sembrasen; y con todo eso, nunca las dejaron de echar, muy contentos y satisfechos que les decían la verdad.

## CAPÍTULO XXXV

### *De los hechiceros médicos y las supersticiones que usaban en curar.*

MUCHOS eran los indios, así hombres como mujeres, que curaban enfermedades; y dado caso que algunos sabían algo y tenían conocimiento de yerbas salutíferas, con que á veces sanaban, con todo eso, todos en general curaban con palabras y acciones supersticiosas, y ninguna cura hacían á que no precediese sacrificio y suertes. Llamábanse estos médicos *Camasca* ó *Soncoyoc;* los cuales, preguntados quién les dió ó enseñó el oficio que usaban, los más daban por principal causa y respuesta haberlo soñado, diciendo que estando durmiendo se les apareció alguna persona, que, doliéndose de su necesidad, les dijo que les daba facultad para curar de aquellas enfermedades que curaban; y siempre que empezaban la cura, sacrificaban algo á aquella

persona que afirmaban habérseles aparecido entre sueños y enseñádoles el modo de curar y los instrumentos con que lo habían de hacer. Otros había que curaban quebrados y desconcertados, los cuales tenían gran cuenta y cuidado, en tanto que duraba la cura, de sacrificar en el lugar donde se quebró ó desconcertó el enfermo.

El modo como se dedicaban á este oficio muchos, era éste: que cualquiera que tuvo quebrado brazo ó pierna ó otra parte del cuerpo y sanó en menos tiempo del que parecía era necesario, quedaba por maestro entre ellos de curar semejante mal, y fingían grandes cosas, mediante las cuales habían venido á conseguir la salud, y sueños en que les dieron el poder para curar; y no pocos, fingiendo las tales enfermedades, certificaban haber sanado muy presto, y teniéndolo el pueblo por milagro, acudían á ellos más enfermos.

También había mujeres parteras, de las cuales unas decían que entre sueños se les había dado aquel oficio, y otras se dedicaban á él cuando, siendo pobres, parían dos de un parto; en el cual se hacían muchas ceremonias, ayunos y sacrificios. Éstas entendían en curar las preñadas, sobándoles el vientre para enderezar la criatura; y aun tenían grandes artificios para matalla en el cuerpo de la madre, cuando se lo pagaban.

Muchos destos médicos ó hechiceros eran diestros en hacer confecciones de yerbas y cosas ponzoñosas con que mataban á quienes querían; y tenían yerbas que hacían en este caso diferentes operaciones; porque unas mataban en más y otras en menos tiempo, conforme la mezclaban y confeccionaban; y no hay duda sino que con estos hechizos moría gran número de indios.

Era tanto el miedo que los desventurados tenían á los que conocían que lo sabían hacer, que el último remedio que tenían, aunque fuesen *Caciques* y principales, era contribuilles con dádivas y contentarlos en cuanto podían. Con

estas yerbas y bocados que solían dar éstos, se iban secando los enhechizados hasta morir.

Los instrumentos y materiales que de ordinario tenían para sus hechicerías, eran muelas, dientes, cabellos, uñas, conchas de diferentes maneras y colores, figuras de animales hechas de diferentes cosas, sapos vivos y muertos, cabezas de varios animales, animalejos pequeños secos, arañas vivas de las grandes y peludas, guardadas en ollas tapadas con barro; gran diversidad de raíces, ollas y otras vasijas llenas de confecciones de yerbas y otras cosas de untos; y cuando declaraban y particularizaban el efecto que hacía cada cosa déstas, contaban infinitos disparates y desatinos. Y dado caso que todos estos indios lo creían como ellos lo decían, es cierto que no todas hacían la operación que ellos afirmaban, sino que se daban á tener cosas extraordinarias, para espantar á los que las vían y que mediante este miedo les contribuyesen y diesen cada uno de lo que tenía.

En sintiéndose los indios enfermos, se hacían llevar á estos hechiceros ó los llamaban á sus casas; los cuales, ante todas cosas, ofrecían sacrificios y echaban suertes; y en tanto grado creían que los sacrificios y supersticiones suyas aprovechasen para cobrar salud y que acertaban en todo, que si ellos por sus embustes y suertes concluían que uno había de morir determinadamente, y él se vía apretado del mal, no dudaba de matar su propio hijo, aunque no tuviese otro, con lo cual tenían por opinión que alcanzaban salud; y así le ofrecían con palabras que significaban ésto, diciendo, que pues ya estaba determinada su muerte y no se podía excusar, que en su lugar ofrecían su hijo en sacrificio. Comúnmente creían los más destos indios, en enfermando de cualquier achaque que fuese, que les habían dado hechizos ó bocados, y así iban á los maestros desta arte para que les deshiciesen el daño que sospechaban les habían hecho; y en lo que estos hechiceros les daban para sanar, solían recebir el mismo detrimento que temían, por-

que solían morir muchos desto. Las supersticiones y visajes que hacían para venir á hacer este daño, eran muchas: hacían creer al simple vulgo que á ellos solos se había reservado aquel oficio, y que no lo podía hacer otro ninguno acertadamente, contando las formas y maneras que tuvo el Demonio para enseñársele y los trabajos que les hizo pasar para aprenderlo. Este género de hechicerías, en orden á curar desta manera, era tenido por necesario, aunque el matar con hechizos era tenido por delito gravísimo.

Los otros médicos que no usaban destas confecciones ponzoñosas, tenían varios modos de curar. Primero hacían cierta harina de *Maíz* blanco y negro y de otros colores y de conchas de la Mar de cuantos colores podían haber, y poniéndola en la mano del enfermo, le mandaban que la soplase en sacrificio á las *Guacas*, diciendo ciertas palabras; y asimismo les hacían soplar un poco de *Coca* al Sol, ofreciéndosela y pidiéndole salud y lo mismo á otros dioses; y tomando en la mano un poquito de oro y plata de poco valor, lo ofrecía el mismo enfermo al *Viracocha*, derramándolo. Después desto, mandaba el hechicero al enfermo que diese de comer á sus difuntos, poniendo las comidas sobre sus sepulturas, si estaba en parte donde se podía hacer, y derramándoles la *Chicha*, y sinó, en la parte de su casa que le pareciese, haciéndole entender, que porque padecían hambre sus difuntos, le habían echado maldiciones, por donde había enfermado.

Cuando el enfermo podía ir por su pie á alguna junta de ríos, le hacían ir allá y le lavaban el cuerpo con agua y harina de *Maíz* blanco, diciendo que allí dejaba la enfermedad; y si no estaba para poder andar, se hacía este lavatorio en casa del enfermo. También solían curar sobando y chupando el vientre del enfermo y otras partes de su cuerpo; untándolos con sebo ó con la carne y grosura del *Cuy* ó de Sapo, y haciéndoles semejantes unturas con otras inmundicias ó con yerbas. Hacíanles en creyente á los enfer-

mos, que chupándoles la parte de su cuerpo que les dolía, les sacaban sangre ó gusanos ó pedrezuelas, y mostrábanselas, afirmando que por allí salía la enfermedad; y es que ellos traían estas cosas consigo y se las ponían en la boca al tiempo del chupar, y enseñándoselas después al enfermo y á sus parientes, decían que ya había salido el mal y que sanaría sin duda; con lo cual hacían otros mil embustes.

Para las enfermedades muy graves que con las medicinas y curas comunes no sanaban, hacían los hechiceros meter al enfermo en un aposento secreto, que primero preparaban desta manera: limpiábanlo muy bien, y para purificallo, tomaban en las manos *Maíz* negro y traíanlo refregando con él las paredes y suelo, soplando á todas partes mientras esto hacían, y luego quemaban el *Maíz* en el mismo aposento, y tomando luego *Maíz* blanco, hacían lo mismo, y después asperjaban todo el aposento con agua revuelta con harina de *Maíz*, y de esta suerte lo purificaban. Limpio, pues, y purificado así, echaban al enfermo de espaldas en medio dél, estando presente el Inca, si era su mujer ó hijo el enfermo, y luego, por ilusiones y embustes del Demonio, era el enfermo arrebatado de un pesado sueño y éxtasis, y los hechiceros hacían aparencia de que lo abrían por medio del cuerpo con unas navajas de piedras cristalinas, y que le sacaban del vientre culebras, sapos y otras bascosidades, quemando en el fuego que allí tenían todo lo que le sacaban; y decían que desta suerte limpiaban lo interior del enfermo, haciendo en esto muchas supersticiones. La paga que daban á estos médicos era en comida, ropa, oro, plata y otras cosas.

## CAPÍTULO XXXVI

### *De los adivinos, y cómo invocaban al Demonio.*

TENÍAN estos indios muy grande conocimiento del Demonio, al cual llamaban *Zopay*, y conocían bien ser espíritu malvado y engañador de los hombres; pero había él cobrado tanta autoridad y poder sobre ellos, que lo obedecían y servían con gran respeto; si bien es verdad que más lo reverenciaban por temor de que no les hiciese mal, que porque creyesen que en él hubiese deidad.

Aunque como ciegos y engañados deste cruel tirano, entendían, que no embargante que había un Criador de todas las cosas, también él tenía mano en todo.

Á tiempos estaban mal con él algunos y lo aborrecían, por ver sus enredos y maldades y que nunca trataba y decía verdad. Mas como por sus pecados (permitiéndolo Dios) los tenía tan sujetos á su voluntad, no dejaban de estar ciegos en las prisiones de sus engaños. Tenía donde quiera cantidad de súbditos y ministros, los cuales, para serlo, se le ofrecían y dedicaban de diversas maneras: unas veces dejando crecer el cabello hasta la cintura, otras trasquilándolo de cierto modo, y con otras ceremonias y supersticiones; y en señal del vasallaje que le rendían, solían traer consigo su figura hecha de un hueso hueco y encima un bulto de cera negra. El nombre destos discípulos del Demonio era *Umu*, á los cuales el pueblo tenía por adivinos y acudían á preguntarles por las cosas perdidas y hurtadas, por los sucesos por venir y lo que pasaba en partes remotas y distantes; y ellos consultaban sobre esto al Demonio, con quien hablaban y tenían sus coloquios en lugares obscuros, y él les respondía con voces roncas y temerosas,

que á veces oían los demás sin entenderlas ni ver quién era el que hablaba; y es cierto que sobre las cosas hurtadas y perdidas hacían estos adivinos averiguaciones extraordinarias y con ellas atinaban muchas veces, declarando adónde estaban; y otras decían lo sucedido en lugares muy apartados antes que la nueva viniese ni pudiese venir por curso natural.

Verdad es, que en las respuestas que daban acerca de los sucesos futuros, mentían de ordinario, y no por eso se desacreditaban, alegando que había mudado de parecer el Demonio, al cual solían invocar de muchas maneras: unas veces haciendo ciertas rayas y cercos en el suelo, hablando palabras á propósito; otras se entraban en un aposento, y cerrado por dentro, usaban de ciertas unturas y se emborrachaban hasta perder el sentido, y después, á cabo de un día, decían lo que les preguntaban. Para estas consultas y pláticas con el Demonio hacían mil ceremonias y sacrificios, y la principal era emborracharse, echando en la *Chicha* el zumo de una yerba llamada *Vilca*. En diversas partes del reino había ídolos famosos tenidos por oráculos generales, en quienes el Demonio hablaba y daba respuestas, como eran, la *Guaca* de *Guanacauri* en los términos de la ciudad del Cuzco, la de *Pachacama,* cuatro leguas desta ciudad de *los Reyes*, y otras muchas; por cuyos oráculos inventaron estos indios muchas supersticiones y hechicerías. Otras veces respondía el Demonio á sus ministros desde una piedra ó desde otra cosa tenida por ellos en veneración; y no pocas se les aparecía visiblemente en varias y espantosas figuras, como de serpientes y de otros animales fieros, y hablaba con ellos.

La invocación del Demonio que hacían estos ariolos con más solemnidad, era por el Fuego, á quien reverenciaban y adoraban por muy principal *Guaca,* la cual hacían en esta forma: tomando dos braseros de plata, cobre ó barro, de hechura de alquitara grande sin pico, con muchos

agujeros alrededor y otro mayor en la parte alta, por donde salía la llama del fuego, y puestos uno enfrente de otro, llenos de rajas de leña untadas con sebo, los encendían y soplaban con unos cañones del tamaño y forma que de arcabuz, los cuales, de la mitad para arriba eran de cobre, y la otra mitad de plata. Alrededor destos hornillos ponían muchos vasos de oro, plata, madera y barro, con diversos manjares y bebidas, y luego el ministro principal con los demás, mascando *Coca*, ya cantando, ya llorando, con palabras que para este efecto sabían, comenzaban á invocar las ánimas de aquellas personas de quienes querían saber algo, convidándolas que viniesen al banquete que les hacían en presencia del sagrado Fuego, del Sol y de la Madre Tierra *Pachamama*. Encendido bien el fuego de los braseros, comenzaban á salir sus llamas por los respiraderos, y entonces venía el Demonio, y sin ser visto, les hablaba, diciendo que era el ánima de aquella persona por quien ellos preguntaban, ora estuviese muerta ó viva, ora en lugar cercano ó remoto; y lo primero que hacía, era dar muestras de haber aceptado el banquete, y luego iba respondiendo á cuantas preguntas le hacían.

Finalmente, para confirmación de cuanto había dicho, le forzaban con conjuros y encantos á que se metiese en uno de los dichos hornillos por el agujero que ellos le señalaban de los de la redonda, y mandándole que por la llama que por él salía repitiese y se ratificase en cuanto había dicho; y desta suerte respondía por la llama á todo cuanto se le preguntaba; y si les parecía á los adivinos que había que disputar y conferir en sus respuestas, hacían que otros espíritus ó demonios entrasen en el otro brasero, y por los agujeros dél, que les señalaban, replicasen al primero; y al cabo, para confirmación de que se había tratado verdad, aprobase el fuego lo dicho con responder la llama mayor que salía por el agujero de la parte superior. Usaban deste género de adivinar solamente en negocios muy graves y de

importancia, como cuando había sospecha de que alguna provincia se quería rebelar ó tramaba alguna traición contra el Inca y no se podía averiguar con testigos, tormentos ni por otro camino, y en casos semejantes. No se hacía esta invocación diabólica sin grandes sacrificios de niños, oro, plata, corderos blancos sin mancha alguna y de las otras cosas preciosas que solían sacrificar á sus *Guacas;* los niños enterraban vivos, y lo demás quemaban. Hallábase algunas veces el Inca en estos sacrificios, apariencias é ilusiones del Demonio, habiendo precedido dos ó tres días de ayuno sin gustar *Ají,* sal ni carne. Los adivinos deste género se llamaban *Yacarca,* y eran comúnmente naturales del pueblo de *Guaro,* diócesis del Cuzco. Eran muy temidos así del Inca como de los demás, y donde quiera que el Inca iba los llevaba consigo.

Había otra suerte de hechiceros, permitidos por los Incas en cierta manera; porque, puesto caso que no eran de los que tenían por necesarios en la república, pero no se tenía cuenta con castigallos. Éstos eran de condición de brujos, que tomando la forma que querían (según ellos afirmaban) iban por el aire en breve tiempo mucho camino y vían cuanto allá pasaba; y vueltos al lugar de donde partieron, lo contaban.

También acudían á estos hechiceros por remedio para alcanzar alguna mujer ó aficionarla, y para que no les dejase la manceba; y las mujeres solían acudir á los dichos por lo mismo; y para este efecto les daban alguna parte de su ropa y cabellos ó del cómplice, y á veces de su misma sangre; con las cuales cosas hacían ellos sus hechicerías.

Ítem, solían estos embaidores traer consigo y dar á otros para que los trajesen cierta manera de hechizos ó nóminas del Demonio, que llamaban *Huacanqui,* para efecto de alcanzar mujeres y aficionarlas, ó ellas á los varones, ó ponerlos en la ropa ó cama de la persona que pretendían atraer, ó en otra parte donde les parecía que podría hacer

[redacted]



efecto, y otros hechizos semejantes hechos de yerbas ó de otras cosas. Eran estos *Huacanquis* ciertas figuras obradas de plumas de pájaros ó de otras cosas diferentes; y á este modo eran sin cuento los embustes, hechizos y supersticiones que usaba esta gente engañada del Demonio.

## CAPÍTULO XXXVII

*De los recogimientos ó monasterios de doncellas consagradas al vano culto de sus dioses.*

NO sólo era muy grande el número de hombres dedicados al culto y ministerio de su falsa religión, como habemos visto, sino también el de mujeres, que desde niñas las consagraban á los ídolos y vivían en perfecta clausura y castidad, como entre nosotros las monjas. En cada pueblo principal y cabeza de provincia en que había templo dedicado al Sol, tenían edificado junto á él un monasterio ó casa de recogimiento, que llamaban *Acllagnaci*, que quiere decir «Casa de escogidas», donde vivían cantidad de vírgines llamadas *Mamaconas*, que quiere decir las «Señoras Madres», cuyo número era mayor ó menor, según la grandeza y autoridad del templo á quien servían, y en algunos llegaban á doscientas. Encerrábanse en estos monasterios desde niñas de diez á doce años, no por devoción suya ni de sus padres, sino por la voluntad del Inca y rito de su religión; y éstas eran de las que se recogían de tributo por todo el reino, y se tenía consideración á que destas niñas se aplicasen á esta profesión las más nobles, y hermosas.

Vivían también en compañía destas *Mamaconas* dentro de los dichos recogimientos todas las demás niñas del tributo, hasta que llegaban á edad en que el Inca disponía

dellas. Llamábanse estas niñas seglares *Acllas*, que es lo mismo que escogidas, porque lo eran de todo el imperio de los Incas, como arriba queda dicho, las cuales aprendían aquí así las cosas tocantes á su religión, ritos y ceremonias della, como los ministerios propios de mujeres y necesarios á la vida humana, que lo uno y lo otro les enseñaban las *Mamaconas*.

Tenía cargo de cada monasterio el mismo gobernador ó comisario, nombrado *Apupanaca*, que recogía el tributo de niñas, el cual cuidaba de la guarda, administración y sustento del dicho monasterio. De las niñas que se criaban en estos recogimientos se rehacía y enteraba el número de las *Mamaconas* que morían. Entendían estas vírgenes en el servicio de sus dioses, pero no de todos, sino de los más principales, como eran el *Viracocha*, el Sol, Trueno y algunos otros; y era requisito necesario para ser admitidas á este estado y profesión, que fuesen vírgenes y conservasen la virginidad toda la vida; porque la que se hallaba haber delinquido contra su honestidad, lo pagaba con pena de muerte, la cual le daban enterrándola viva ó de otro modo no menos cruel, y por la misma pena pasaba el cómplice de cualquier estado y condición que fuese, excepto el Inca, del cual afirman que algunas veces excedía en esto y tenía entrada con algunas; pero ellas se quedaban en su clausura y estado, sirviendo á los ídolos á quienes estaban dedicadas, y con la misma guarda que antes, sin sacarlas de su recogimiento. Mas lo que las guardas y porteros en tal caso hacían en prueba de su gran vigilancia, era que entendido que el Inca había entrado alguna noche, otro día, estando él en la plaza del Sol, donde asistía al sacrificio ordinario de cada día, se llegaba á él por las espaldas uno de los guardas, que siempre eran muy viejos, y sentándose junto á él, le trababa de la manta y le decía muy quedo: «Inca, esta noche entraste en la casa del Sol, y tuviste que ver con una de sus mujeres»; y el Inca así quedo respon-

[redacted]



día: «Pequé»; y con esto se volvía la guarda seguro de no haber faltado á su debida custodia y vigilancia.

La forma de consagrar estas doncellas á sus dioses era que las casaban con ellos con particulares ceremonias y solemnidad, y de allí adelante eran llamadas y tenidas por mujeres suyas. Verdad es, que puesto que á todas convenía este nombre, todavía unas eran más principales que otras, y particularmente en cada casa ó monasterio había una que con más propio título era tenida por esposa del Sol ó del ídolo á quien se había consagrado; y ésta era siempre la de más alto linaje, tanto, que en el templo principal del Cuzco era de ordinario mujer del Sol una hermana del mismo Rey. Esta tal tenía el gobierno del monasterio, y las otras la respetaban y obedecían, y ella sola trataba con los mayordomos y gente de servicio que tenían de las puertas afuera, de lo tocante á sus rentas y negocios, y admitía visitas de sus deudos y devotos, no permitiéndose á las demás que fuesen visitadas ni de sus parientes ni de otras personas.

Á todas generalmente tenía el pueblo tan gran respeto como á gente santa y que tenía familiar trato y comunicación con sus dioses, que ni á la ropa les osaba nadie tocar. Su profesión era la misma que la de las Vírgenes Vestales de Roma, y así guardaban casi los mismos estatutos que ellas. Sus ordinarias ocupaciones y ejercicios era esmerarse en el servicio y culto de los templos; hilaban y tejían ropa de lana, de algodón y de Vicuñas, muy fina y delicada, con labores muy primas y de colores varios y muy vivos, para vestir á sus ídolos y ofrecer en los sacrificios, y también para los vestidos del Inca. Hacían cantidad de *Chichas* regaladas para ofrecer á los dioses y para que bebiesen sus sacerdotes, y guisaban cada día los manjares que ofrecían en sacrificio y comían los sacerdotes y ministros de los ídolos. Las que residían en el templo del Cuzco tenían cuidado de encender y atizar el fuego que ardía en él para los

sacrificios, el cual no se alimentaba con cualquiera leña, sino con una particular curiosamente labrada y pintada. Madrugaban todos los días á guisar de comer para el Sol y sus ministros, y asomando por el horizonte y hiriendo con sus rayos en el *Punchao*, que era una figura del Sol hecha de oro que estaba puesta enfrente del Oriente, para que en saliendo el Sol la bañase de su luz, le ofrecían la comida que le habían preparado, quemándola con cierta solemnidad y cantares, diciendo: «Come, Sol, esto que te han guisado tus mujeres»; y hecho este sacrificio, daban de los mismos manjares á los sacerdotes del Sol y demás ministros del templo y gente que estaba en guarda del dicho monasterio, y ellas también comían.

La clausura que guardaban no era tan estrecha que no saliesen fuera muchas veces, porque no sólo salían al templo, sino también á otras partes; si bien esto era solamente para hallarse presentes en los sacrificios que al Sol hacían donde quiera que fuese; y fuera desta ocasión, para ninguna otra les era permitido salir de su recogimiento, y si salían para los tales sacrificios, era porque tenían gran parte en ellos como esposas del Sol á quien los dichos sacrificios se hacían.

Por esta razón tenían cargo de ejercer en ellos algunos ministerios, como era sacar en público el ídolo de la Luna, que solas ellas podían sacarlo, y llevar la *Chicha* que en los sacrificios se gastaba, para los cuales ya ellas la tenían prevenida, y dar de beber á los sacerdotes del Sol, y otras cosas semejantes; de manera que nunca se celebraba fiesta propia del Sol, en que no asistiesen algunas destas *Mamaconas*.

## CAPÍTULO XXXVIII

*De los agüeros y abusiones que estos indios tenían.*

LAS abusiones y agüeros destos indios eran tantos, que no fácilmente se puede hacer memoria de todos; contentarme hé con referir en este capítulo los más ordinarios y generales. Comúnmente, cuando vían Culebras, ó solas ó trabadas, Serpientes, Víboras, Lagartijas, Arañas Sapos, Gusanos grandes, Mariposas, Zorras y otras cosas semejantes, creían que era mal agüero y que había de venir mal por ello á quien los vía, particularmente si topaban algunas destas cosas en su casa; y á las Culebras, después de haberlas muerto y orinado en ellas, las pisaban con el pie izquierdo, para que con esto no viniese el mal agüero; y hacían otras ceremonias por este mismo fin. Cuando oían cantar Lechuzas, Buhos ó otras aves extrañas, ó aullar Perros, lo tenían por mal agüero y presagio de su muerte ó de la de sus hijos ó vecinos, y particularmente de la de aquel en cuya casa ó lugar cantaban ó aullaban; y solían ofrecerles *Coca* y otras cosas, pidiéndoles que dañasen y matasen á sus enemigos y no á ellos.

Ítem, cuando oían cantar al Ruiseñor ó al Sirguero, lo tenían por pronóstico de que habían de reñir con algunos.

De los eclipses del Sol y de la Luna sacaban agüeros, diciendo que pronosticaban infortunios y calamidades. También tenían por mal agüero y que era para morir ó para algún otro daño grave, cuando vían el Arco del cielo, y á veces por buen pronóstico. Reverenciábanlo mucho y no lo osaban mirar, ó ya que lo miraban, no lo osaban apuntar con el dedo, entendiendo que se morirían; y á aquella parte donde les parecía que caía el pie del arco, la tenían

por lugar horrendo y temeroso, entendiendo que había allí alguna *Guaca* ó otra cosa digna de temor y reverencia. Cuando parecía algún cometa, granizaba ó nevaba ó había tempestad grande, daban gritos, esperando que así tendrían remedio; y hacían entonces algunos sacrificios y otras supersticiones.

Otrosí, cuando corría alguna estrella, era grandísima la grita que hacían, y se entristecían como en los eclipses y cometas. Cuando temblaba la Tierra, derramaban agua en ella, diciendo que las *Guacas* tenían sed y querían beber, y hacían otras ceremonias.

Cuando les temblaban los párpados de los ojos ó los labios ó otra parte del cuerpo, zumbaban los oídos ó tropezaban con los pies, decían que habían de haber ó oir algo bueno ó malo: bueno, si fué el ojo, oído ó pie derecho, y malo, si fué el izquierdo.

Los indios de Los Llanos usaban, estando enfermos, poner sus vestidos en los caminos, para que llevasen los caminantes su enfermedad ó los aires purificasen sus ropas; y también había esta costumbre en algunas parte de la Sierra; y comúnmente acostumbraban embadurnarse el cuerpo con *Maíz* ó con otras cosas, ó embadurnar á otros para sanar de sus enfermedades.

Con el *Llimpi,* que es el metal del Azogue, solían hacer diversas supersticiones, untándose con él y con otros colores de tierra en tiempo de sus fiestas, ó para otros fines malos, añadiendo ceremonias y supersticiones. Solían bañarse para ser limpios de sus pecados, y escupir en la yerba llamada *Hicho,* cuando los confesaban á los hechiceros, quemar la ropa con que los cometieron, creyendo que el fuego los consumía y ellos quedarían limpios sin culpas y libres de pena.

Cuando el fuego saltaba y arrojaba centellas, echaban en él *Maíz, Chicha* ó otra cosa para aplacarlo, haciéndole veneración. Para que viniese mal ó muriese el que aborre-

cían, vestían con su ropa y vestidos alguna estatua que hacían en nombre de aquella persona, y la maldecían colgándola de alto y escupiéndola; y asimismo hacían estatuas pequeñas de cera ó de barro ó de masa, y las ponían en el fuego, para que allí se derritiese la cera, ó se endureciese el barro y masa ó hiciese otros efectos que ellos pretendían, creyendo que por este modo quedaban vengados y hacían mal á sus enemigos. Solían las mujeres quebrar sus *Topos* ó alfileres con que prenden las vestiduras, entendiendo que por esto el varón no tendría fuerza para juntarse con ellas, ó la que tenía se le quitaría luego. Tenían por abusión que las mujeres preñadas ó que estaban con el mes pasasen por los sembrados.

Finalmente, observaban mucho los sueños y pedían á los hechiceros y adivinos se los declarasen é interpretasen, dando entero crédito á lo que éstos les decían. Esto es lo principal que tenían estos indios peruanos de idolatrías, dioses, ceremonias, ritos y supersticiones, dejado aparte lo que como gente bestial, inmunda y sujeta al Demonio, tenía de torpezas y cosas obscenas que mezclaban con sus ritos, que no fueron en esta parte de mejor condición que los gentiles del Mundo Viejo, pues tenían por guía y maestro de sus ceguedades é ignorancia al mismo que los otros. Pero no he querido poner en esta relación y tratado de su falsa Religión cosa que pudiese ofender las orejas castas del cristiano lector; y así, de propósito, he dejado las suciedades que tenían por Religión y con que acompañaban muchas de sus idolatrías y supersticiones.







# LIBRO DÉCIMOCUARTO

## De las costumbres de los indios peruanos.

### CAPÍTULO PRIMERO

*De la lengua quíchua, que es la general del Perú.*

DOY principio á este libro de las costumbres de los indios peruanos por su lenguaje, como cosa tan próxima y conjunta al hombre, para de los usos más intrínsecos y cercanos desta gente, ir descendiendo á los más extrínsecos y apartados. Las lenguas que se hablaban en este imperio de los Incas eran muchas; porque cada provincia y nación tenía la suya, y unas se extendían más que otras. La de los indios de *Trujillo* corría muchas leguas por la costa de la mar, y así algunas otras eran comunes á diversas provincias; pero solas dos eran tenidas por generales, que son la *quíchua* y la *aymará;* desta segunda usaban las naciones del *Collao* y corría más de ciento y cincuenta leguas de tierra; y de la *quíchua* todos los vasallos del Inca y los mismos *aymaraes;* por lo cual la llamamos absolutamente general; la cual era propia de los naturales del Cuzco, que la tenían por materna y obligaban los Reyes Incas á recebirla á cuantas gentes conquistaban y metían debajo de su dominio, sin quitarles las propias y naturales que hablaban antes; y por esta razón, tratando

de la lengua deste reino, hablo solamente de la *quichua*, como general y común á todos los naturales y moradores dél; á la cual damos este nombre, tomado de la nación de indios que la tenían propia y de donde se derivó á los demás, que son los *quichuas;* como á la castellana le llamaron así, por ser la materna que hablamos los castellanos.

Es esta lengua *quichua* muy fácil de aprender y de hablar, y de dulce y suave pronunciación, y en que se explican con gran sentimiento los afectos del alma. Algunas voces pronuncian los indios guturalmente, en que no fácilmente entran los que la aprenden con industria y trabajo; mas los que la mamaron, las forman y pronuncian con la facilidad y gracia que los mismos indios. Carecían estos *quichuas* en su pronunciación destas letras: B, D, F, G, X, Z; la R pronunciaban no áspera, sino suavemente, como en este nombre, Caridad: y así, los indios que no son ladinos ni criados entre españoles, cuando usurpan nuestras voces, ponen P en lugar de B y lo que nosotros decimos con D pronuncian ellos con T, y por este tenor acomodan nuestros vocablos á su modo de hablar, supliendo las letras que les faltan con las que más similitud tienen con ellas de las otras; conforme á lo cual dicen *Tios* en lugar de Dios, y por decir Blas, pronuncian *Plas*.

Aunque esta lengua tiene las ocho partes de la oración que la latina, conviene á saber, nombre, pronombre, verbo, con las demás, excepto en eso, no se asimila en lo demás con las de Europa, antes parece diversa. Porque dado caso que algunos vocablos se hallan en ella semejantes á los de aquellas lenguas, es sólo en lo material de la voz, que en la significación, raro ó ninguno. La declinación de los nombres, así sustantivos como adjetivos, es una sola, y éstos se conocen y diciernen sólo por su significación; porque los adjetivos no tienen las diversas terminaciones que en la lengua latina, sino que debajo de una terminación sirven á distintos géneros. Siendo, pues, no más de una la termina-

ción de adjetivos y sustantivos, se hace su declinación, no por variación de casos, como en la latina y griega, sino añadiendo ciertas partículas al nominativo, las cuales siempre se posponen al nombre en la variación y oración; de las cuales carecen el nominativo y vocativo. El plural se forma del singular con adición de cierta partícula, que también se pospone, y esta misma declinación sirve á todos los nombres, pronombres, participios, y, finalmente, á todas las dicciones que se pueden declinar como nombres.

Los verbos desta lengua son de los mismos géneros que los de la latina, salvo que no se conocen por su terminación, sino por la significación; porque todos se terminan de una manera, formando las primeras personas del singular en *ni;* como *cani,* «yo soy»; *cuyani,* «yo amo». Dos suertes hay de conjugaciones, una simple y otra compuesta: la simple es conjugando el verbo por sus modos y tiempos, sin interposición de dicción alguna; y la compuesta, cuando se entremeten ciertas partículas é interposiciones, por las cuales se significa la transición del verbo de una persona á otra; como *cuyayqui,* «yo te amo á tí». Las primeras personas del plural de los verbos y el plural del pronombre *ñoca,* que significa «yo», y los pronombres posesivos, tienen dos terminaciones, una inclusiva y otra exclusiva: la terminación inclusiva comprehende y significa á aquellos con quien se habla; como si hablando con los cristianos dijésemos: «nosotros los cristianos conocemos al verdadero Dios»; la dicción con que esto se dice, incluye á los que lo dicen y á aquellos con quien se habla. La exclusiva significa no más de los que hablan, excluyendo á aquellos con quien se habla; como, si hablando con los gentiles dijésemos la misma oración, la cual hariamos con diferentes palabras que la primera vez, porque allí era inclusiva y aquí exclusiva; lo cual es particular desta lengua; en la cual tienen comúnmente todas las dicciones el acento en la penúltima sílaba.

Investigando su etimología y origen, hallamos haber sido

puestos sus vocablos ó por alguna semejanza tomada de la cosa significada por ellos, y estos son los simples, que de primera imposición se aplicaron á las cosas á que sirven, ó para denotar alguna propiedad de la cosa que significan; y estos de ordinario son compuestos, cuyas partes de por sí son significativas. Del primer orden son los más de los nombres de animales, los cuales se asimilan al sonido de la voz de los dichos animales, canto, gritos ó gemidos, en esta manera. Á los pájaros pequeños llaman *Pisco,* por su delicado y sutil canto; á la Perdíz, remedando su voz, *Yutu;* á la Bandurria, *Caquingora,* por la misma razón; al *Guanaco* lo llaman así por un relincho que tiene, con que parece dice su nombre; y así mismo al *Cuy* y á otros muchos animales. Pero donde más á la clara esto se prueba, es en la *Vizcacha,* por un chillido que da este animalejo tan parecido á su nombre, que parece que él mismo lo pronuncia. Del segundo orden son los más de los nombres de lugares, pueblos, campos, ríos, montes y de otras cosas inanimadas, dándoselos conforme á las propiedades, señales y calidades que tienen; como: «Provincia de piedras», «Pueblo del andén», «Tierra de sal», «Sitio de fortaleza», «Lugar de oro, de plata, de agua», «Río de la sal, Río del *Ají*», «Tierra cenegosa», «Lugar nuevo», «Sitio de quebradas», «Vega de oro, de Hinojos», «Campo de la batalla», «Lugar ahumado»; y así por este orden los demás.

Aunque generalmente es lengua corta, y una misma voz sirve para diversos significados ó invariable ó con alguna mudanza que se hace en el acento y pronunciación, con todo eso, tiene sobra de términos en algunas cosas, como en los nombres de parientes: porque el hermano llama con distinto nombre á su hermano del que le da á la hermana, y la madre al hijo con diferente nombre que el padre; y desta manera pasa en los demas grados de parentesco. La misma copia y abundancia tienen en muchos verbos cuyas acciones significamos nosotros con uno solo. Por-

[redacted]



que con distinto verbo significan traer cosa inanimada del que tienen para cosas animadas; y con ciertas partículas que interponen en los verbos simples, varían su significación, explicando su acción con alguna circunstancia: como, pongo por ejemplo, esta partícula, *chica,* interpuesta al verbo, le hace que signifique actuación; como este verbo, *Micuni,* quiere decir «yo como»; y *Micuchcani,* «yo estoy comiendo»: y esta partícula, *mu,* interpuesta, hace que el verbo signifique movimiento corporal ó espiritual; como, *Micomuni,* «vengo á comer»; y á este modo son muchas las partículas que interponen á los verbos para variar sus significados. Y todavía, con toda esta abundancia de dicciones, hablando absolutamente, es lengua corta y que con dificultad se acomodan á ella nuestras frases, particularmente las de cortesías y cumplimientos, y con mayor dificultad los misterios de nuestra santa Fe; y por el peligro que puede haber en estas traducciones de mezclarse algún error, está prohibido por el Concilio Provincial deste Reino, el hacer explicaciones de la doctrina cristiana y de los misterios della en esta lengua más de lo que se ha hecho en los catecismos que con autoridad del dicho Concilio se han impreso, y por donde al presente son doctrinados y enseñados los indios en las cosas de nuestra santa Fe.

Han tomado de nosotros muchos vocablos, que han acomodado á su lengua, por donde los entendemos menos que los suyos propios. Porque usando deste verbo, «azotar», dicen ellos *Asutini;* y á este modo los demás. Los vocablos más frecuentes de los nuestros que han introducido en su lengua, son todos los significativos de los misterios de nuestra santa Fe, de nuestras ciencias, artes y oficios, y de sus instrumentos y adherentes; de todas las cosas que habemos traído de Europa y ellos no las conocían antes, porque con la misma cosa han recebido el nombre della; y otras voces y dicciones comunes, como son perdón y perdonar, porque lo que ellos tenían para esto significa propiamente olvidar.

Ítem los verbos de vender, comprar y pagar, que el que ellos usaban para vender, significa trocar una cosa por otra; y otros innumerables; con que su lengua se ha enriquecido y aumentado con nuestros vocablos mucho más que la nuestra con lo que nosotros habemos tomado dellos.

## CAPÍTULO II

### *Del traje y vestidos destos indios.*

DEL color y facciones de los indios peruanos no hay que decir cosa en particular más de lo que arriba dijimos en el Libro nono, hablando de los indios en común, pues en eso todos convienen y se asemejan. Del cabello hacen los varones una coleta de mediano grandor, que no poco los agracia. La parte de cabello que cae sobre el rostro cortan por la mitad de la frente, y desde las sienes cuelga lo restante hasta en derecho de la boca, cubriendo las orejas, y de aquel largo lo traen cortado parejo en ruedo de la cabeza; y tienen gran cuidado hombres y mujeres de lavarlo y peinarlo. Después de la venida de los españoles usan de nuestros peines y tijeras, que antes lo cortaban y arredondeaban con agudos pedernales, y los peines que tenían eran bien toscos, hechos de las espinas de que hacían las agujas, ó de otras semejantes, atadas entre dos cañuelas; los cuales servían, no de limpiar la cabeza, porque eran muy ralos y abiertos, sino para desenmarañar el cabello y ponerlo liso. Tienen puesta toda su honra en la cabellera en tanto grado, que la mayor afrenta que se les puede hacer es cortársela, y como tal les suele dar esta pena la Justicia á los que cometen delitos graves é infames.

El tocado de los Incas y naturales del Cuzco (cuyo traje

solamente muy descubierta es la trenza o cinta tejida de lana, llamada *Llautu*, que ya queda dicha arriba, la cual es gruesa medio dedo y tiene de ancho un dedo atravesado; con ella, dando muchas vueltas, vienen a hacer una manera de guirnalda o corona del ancho de una mano, con la cual ceñían el cabello por encima de la frente.

Los caballeros de alto linaje tenían las orejas horadadas de tal grandeza, que por zarcillos ingerían en los horados unos rodetes de materia liviana, muy labrada y pintada, casi del tamaño de la palma de la mano; los cuales no traían colgados de las orejas, sino metidos y encajados en lo blando dellas, de suerte que aunque parezcan estar pendientes, los ceñían en ruedo de carne de la oreja; y ésta fue la causa por que les dimos nombre de Orejones.

Al calzado que usaban llamaban *Usuta*; hacenlo de una suela más corta que lo largo del pie, de suerte que traen los dedos fuera dellos, para agarrar con ellos cuando suben cuesta arriba. No tienen más obra estos zapatos que las dichas suelas, atadas de los talones al empeine del pie con ciertos cordones de lana tan gruesos como el dedo, hechos con gran curiosidad, porque son redondos y blandos, por tener sacado el pelo como rizo ó como pelo de alfombra, de colores muy vivos y hermosas labores, respeto de que toda la gala del calzado la ponen en estas ligaduras, haciendo con ellas sobre el empeine del pie ciertas vueltas y lazos graciosos con que cubren gran parte del pie, y de allí dan la vuelta ciñendo la garganta dél. Son las suelas deste calzado de cuero crudío, sacado del pescuezo de sus Carneros, por ser más grueso el de aquella parte que lo restante de todo el cuerpo; y como no está curtido, se pone como una tripa en mojándose, por lo cual se descalzan cuando llueve ó está el suelo mojado. Deste calzado sin diferencia alguna usaban hombres y mujeres; mas ya éstas, y aun los más de los indios, van entrando en nuestro uso.

Su vestido era sencillo y se encerraba en sólo dos pie-

zas, también sencillas, sin aforro ni pliegues: los hombres traen debajo, en lugar de calzones ó pañetes, una faja poco más ancha que la mano y delgada, ciñida por la horcajadura, para cubrir el lugar de la honestidad, porque siendo como es su vestido corto y suelto, guardaran muy poca cuando trabajaban en el campo si no usaran desta faja, á la cual llaman *Guara,* y no se la ponen hasta los catorce ó quince años de edad. Sobre las *Guaras* visten una ropilla sin mangas ni collar, que ellos llaman *Uncu,* y nosotros camiseta, por tener hechura de nuestras camisas; y cada una es tejida de por sí, que no usan hacer piezas largas como nosotros y de allí ir cortando de vestir. La tela de que hacen esta camiseta es como una pierna de jergueta; tiene de ancho tres palmos y medio, y de largo dos varas. En el mismo telar le dejan abierto el cuello, para que no haya cosa que cortar; y sacada de allí, no tiene más artificio que doblarla y coser los lados con el mismo hilo de que se tejió, como quien cose un costal, dejando en la parte alta de cada lado por coser lo que basta para sacar por allí los brazos. Llégales comúnmente á la rodilla y de ahí para arriba tres ó cuatro dedos, poco más ó menos.

La capa tiene menos obra: hácenla de dos piezas, con una costura enmedio, larga dos varas y cuarta, y ancha vara y tres cuartas; viene á quedar con cuatro picos ó esquinas, como una manta ó sobrecama, y por eso la llamamos nosotros manta, que el nombre que los indios le dan es *Yacolla.* Pónensela sobre los hombros, y cuando bailan, trabajan ó hacen cosa en que les pueda ser de estorbo, se la atan con los dos picos della por encima del hombro izquierdo, quedando fuera el brazo derecho. Debajo de la manta y encima de la camiseta traen colgada del cuello una bolsa ó taleguilla, dicha *Chuspa,* larga un palmo, poco más ó menos, y ancha en proporción; viéneles á caer por la cintura debajo del brazo derecho, y la cinta de que está pendiente pasa por encima del hombro izquierdo. Sírveles

esta bolsa de lo mismo que á nosotros la faltriquera. Este es el vestido común y ordinario de los varones, sin cubrir los brazos ni las piernas; el cual hacen de lana en la sierra y de algodón en las tierras calientes. La ropa de que se vestían los Señores antiguamente era muy prima y de muchos y muy finos colores.

Sobre estas vestiduras ordinarias se ponían sus galas y atavíos cuando iban á la guerra, y en los regocijos y fiestas solemnes. Los más destos arreos eran de plumas de varios y vistosos colores. Encima de la frente se ponían una diadema grande de pluma levantada en alto en forma de corona ó guirnalda, llamada *Pilcocara,* y otra sarta de la misma pluma al cuello á modo de valona; y por el pecho otra como gorguera, que se remataba en los hombros. Traían pendientes del *Llauto* varias flores y otras figuras hechas de pluma con gran curiosidad. También usaban traer al pecho y en la cabeza unas patenas de oro ó plata, llamadas *Canipos,* del tamaño y hechura de nuestros platos. Adornaban los brazos y muñecas con manillas y aljorcas de oro, que llamaban *Chipana,* y los pies con unos mascaroncillos de oro y plata, y también de lana, los cuales ponían sobre la liga ó cordón de la *Ojota,* y también solían ponerse otros sobre los hombros y en las rodillas. Para las fiestas más graves tenían ropas de pluma muy lustrosas, que eran las más ricas y preciadas entre ellos, y en los tales días, especialmente cuando iban á la guerra, en lugar de cadenas y collares de oro, se ponían unas sartas de dientes y muelas de hombres, que eran de los enemigos que ellos y sus mayores habían muerto en la guerra.

El vestido de las mujeres, que les sirve de saya y manto, son dos mantas: la una se ponen como sotana sin mangas, tan ancha de arriba como de abajo, y les cubre desde el cuello hasta los pies; no le hacen cuello por donde sacar la cabeza, y el modo como se la ponen, es que se la revuelven al cuerpo por debajo de los brazos, y tirando de

los cantos por encima de los hombros, los vienen á juntar y prender con sus alfileres. Desde la cintura para abajo se atan y aprietan el vientre con muchas vueltas que se dan con una faja ancha, gruesa y galana, llamada *Chumpi*. Esta saya ó sotana se llama *Anacu;* déjales los brazos de fuera y desnudos, y queda abierta por un lado; y así, aunque dobla un poco un canto sobre otro, cuando andan se desvían y abren las orillas desde el *Chumpi* ó fajadura para abajo, descubriendo parte de la pierna y muslo. Por lo cual, agora que por ser cristianas profesan más honestidad, acostumbran coser y cerrar el lado, para evitar aquella inmodestia. La otra manta se dice *Lliclla;* pónensela por encima de los hombros, y juntando los cantos sobre el pecho, los prenden con un alfiler. Éstos son sus mantos ó mantellinas, las cuales les llegan hasta media pierna, y se las quitan para trabajar y mientras están en casa.

Los alfileres que usan para prender la ropa se llaman *Tupus;* son muy particulares, y grandes desde una tercia abajo, y los menores de medio palmo y gruesos como husos. Al cabo tienen por cabeza una planchuela delgada y redonda del mismo metal, tan grande como un real de á ocho, más ó menos, según el tamaño del *Tupu,* con los cantos tan delgados y agudos, que cortan con ellos muchas cosas. Algunos destos *Tupus* ó *Topos* traen colgados de las cabezas muchos cascabelitos de oro y plata. La mayor parte de su gala tienen puesta en estos alfileres. Hacíanlos antiguamente de oro, plata y cobre; al presente los más son de plata con algunas labores y pinturas en las cabezas, que son labradas con particular curiosidad.

El ornato que se ponen en las cabezas es traer el cabello muy largo, lavado y peinado; unas lo traen suelto y otras trenzado. Cíñenlo con una cinta del anchor de un dedo, poco más ó menos, pintada y curiosa, que llaman *Vincha,* la cual les coge por la frente. Por tocado se ponen una pieza de rico *Cumbi,* llamada *Pampacona*, y no la traen tendida,

[redacted]



sino dados tres ó cuatro dobleces, de suerte que viene á quedar de media tercia de ancho; ponen la una punta encima de la frente, y dando vuelta por medio de la cabeza, dejando descubierto el cabello por los lados, viene á caer la otra punta sobre las espaldas.

Traían por el pecho, desde un hombro á otro, unas sartas de ciertas cuentas llamadas *Chaquira*, las cuales eran hechas de huesos y conchas de la mar de varios colores; no usaban traer zarcillos ni horadarse las orejas. Para obrar estos vestidos y ropas, y aun para remendarlas, no tienen necesidad de más instrumentos que de una aguja, que ellos llaman *Ciracuna*, hecha de una espina larga medio jeme, gruesa como las nuestras colchoneras, horadada al cabo y muy puntiaguda; porque con ella y hilo de lo mismo que son los vestidos, las cosen y remiendan, porque no usan para remendar añadir parte de su paño sobre la rotura, como nosotros, sino que van zurciendo con un hilo de la misma lana lo que de la urdiembre se ha gastado.

## CAPÍTULO III

### *De sus pueblos y casas.*

SACANDO la ciudad del Cuzco y algunos otros lugares grandes, que tenían forma de pueblos, todos los demás no la tenían, sino que las casas estaban amontonadas, sin orden ni correspondencia de unas con otras, cada una aparte, sin trabar ni continuarse entre sí; de modo que ni formaban calles ni plazas. Eran pequeños como aldeas de á cien vecinos para abajo, y raros los que pasaban deste número. No tenían defensa de castillos, murallas ni otros pertrechos para su defensa en tiempo de guerra.

Los sitios en que los asentaban procuraban que fuesen en parte que no ocupasen la tierra de labor; y á esta causa, donde había valles cercados de cerros, estaban estas poblaciones en las faldas dellos, y muchas sobre riscos y lugares fragosos. Las que estaban asentadas en campiñas fértiles, tenían las casas más apartadas, por tener alrededor dellas los indios espacio en que sembrar *Maiz* y otras legumbres. Los *quichuas* llaman al pueblo *Llacta;* y *Marca,* los *aymaraes.*

Las casas son de diferentes formas y fábrica, conforme al temple y capacidad de la región; y como en esto hay muy gran diversidad en tan dilatado reino, también la hay en el modo de edificar, acomodándose donde quiera con la calidad del clima y materiales que la tierra ofrece. Los indios *yuncas* que habitan las provincias de los *Andes,* hacen sus casas de madera, grandes y airosas, por el gran calor de la tierra y abundancia que produce de arboleda. No levantan paredes; desto sirven unos postes ó horcones hincados en tierrra, sobre que arman el techo; el cual cubren de hojas de árboles bien acomodadas para el agua y viento, ó de cogollos de Cañas bravas ó de Palmas, con sus caballetes ó coronas encima bien labradas. Viven en cada una destas casas diez ó doce vecinos, más ó menos, según su grandeza y capacidad; porque es una pieza ó *Galpón* muy largo y descubierto por los lados, sin más cerca que los dichos postes; y lo común es vivir en cada uno todos los de un linaje y familia. En su gentilidad hacían fiesta cuando acababan una casa nueva, velándola con bailes, borracheras y muchos sacrificios y supersticiones.

En *Los Llanos* y costa de la mar hay dos suertes de casas, unas de *Bahareques* y otras de tierra y adobes: aquéllas tienen por paredes y cerca un encañado muy cerrado y tejido á modo de zarzo, el cual hacen hincando en el suelo un orden de Cañas bravas ó de varas muy juntas, y á dos codos del suelo, poco más ó menos, atraviesan una

[redacted]



caña por medio á modo de trama, dejando á cada lado la mitad de las dichas cañas hincadas, las cuales como cairel cruzan por encima de aquella caña atravesada, y á otro tanto trecho atraviesan otra; y desta suerte, con tres ó cuatro que atraviesan, con las cuales van cruzando y entretejiendo las que suben derechas, queda hecha la pared de dos estados de alto, poco más ó menos; y á esta manera de paredes llamamos *Bahareque*, tomado el nombre de la *Isla Española* ó de *Tierra Firme*, que los naturales deste reino no la llaman sino *Quencha*. Unos embarran este *Bahareque* ó cañizo, y otros no. Sobre él arman el techo, que por ser tierra donde nunca llueve, no tiene más artificio que una ramada que defienda del sol, hecha de varas atravesadas, con una estera de carrizos ó juncos encima; y este techo no es corriente, sino llano y á nivel como terrado.

Son estas casas de *Bahareques* de forma cuadrada, muy humildes, pequeñas y bajas; de las cuales son las más de los pueblecillos y rancherías de los indios pescadores que moran en la marina.

El otro género de casas tiene las paredes de tapias, y algunas de adobes. No hacían los indios antiguamente estas tapias como nosotros, de tierra suelta un poco humedecida, sino de barro bien amasado y blando, como hacemos nosotros los adobes. Sacábanlas muy derechas y lisas, porque arrimaban á los lados en lugar de tapiales de madera mantas y cañizos, y luego las enlucían con el mismo barro. Deste linaje de tapias son los muchos paredones antiguos de que está lleno todo este valle de *Lima*, por donde sacamos su forma y hechura. Unas paredes hacían derechas y á plomo, y otras escarpadas, anchas de abajo, y como iban subiendo las iban estrechando y adelgazando; unas altas de tres ó cuatro estados, y otras tan bajas que apenas se levantaban uno. Finalmente, unas eran delgadas de dos ó tres pies de grueso, y otras tan anchas como murallas fuertes, pues vemos hoy por los alrededores desta ciu-

dad de Los Reyes pedazos de paredes antiguas de diez ó doce pies de ancho. Pero había en ellas esta diferencia: que las altas y gruesas hacían de ordinario para cercar los caminos y sus heredades, y no para edificar sus casas, cuyas paredes eran más bajas y delgadas, excepto las paredes de sus *Guacas*, que algunas eran muy gruesas y altas. Los edificios de adobes eran pocos, cuyas paredes eran no menos fuertes que las primeras. Los adobes eran mayores y más gruesos que los que nosotros hacemos, como echamos de ver por las ruinas de sus antiguos pueblos, especialmente del de *Surco el Viejo* y del de *Maranga,* en este valle de Lima. La planta destas casas de tierra era en cuadro, más largas que anchas, y algunas perfectamente cuadradas, más altas que las de *Bahareque* y cubiertas de esteras tejidas de carrizo, con un poco de barro encima. Eran también estos techos llanos y sin corriente.

En la Sierra hacen las casas de piedra y barro y las cubren de paja. La piedra es tosca y puesta sin orden y concierto, más que illa asentando y juntando con pelladas de barro. Son estas paredes delgadas y muy flacas. Las casas son unas redondas y otras á dos aguas; las redondas son más usadas y comunes en tierras frias, como en las provincias del *Collao,* porque así son muy abrigadas. Las ordinarias de la gente plebeya tienen las paredes no más altas que un estado, y algunas mucho menos, sacadas en forma de un perfecto círculo desde catorce hasta veinte pies de diámetro, más ó menos, segun su capacidad y tamaño; y muchas hay tan pequeñas y bajas, que quitado el techo, parece el ruedo de la pared un brocal de pozo. La cubierta destas casas redondas tiene figura de embudo ó de bóveda; porque los maderos con que las cubren son unas veces varas derechas, que estribando por las puntas unas en otras, hacen la primera figura, y otras las tuercen y encorvan para que venga el techo á quedar como bóveda. Verdad es que vemos hoy en partes algunas casas destas redondas,

que eran antiguas moradas de caciques, de extraña grandeza, altas y muy capaces, con un árbol grueso, derecho y liso como de navío, hincado en medio del suelo, en cuya cumbre asienta todo el enmaderamiento. Tal es un gran *Bukio* que está en el pueblo de *Juli*, y algunos otros semejantes que yo he visto en otros pueblos del *Collao*. Es habitación ésta muy acomodada para el modo de vivir, ó, por mejor decir, de beber de los indios; porque, sentados en muela en una casa destas redondas, y arrimados á la pared, suelen estar bebiendo días y noches.

La otra suerte de casas no se diferencian déstas más que en estar puestas en cuadro, con sus moginetes, en que se forman los techos, con bastante corriente á dos aguas. Las más comunes son pequeñas, puesto que también hay algunas grandes. En su enmaderamiento y cubierta no se gasta clavazón, como ni en las de atrás, porque sobre las vigas ó varas atan y tejen con cuerdas y ramales delgados un zarzo de cañas ó de varillas y rama, sobre el cual, en lugar de teja, ponen cantidad de *Hicho:* y cubrianlas antiguamente con tanta cantidad deste *Hicho*, que he visto casas de estas antiguas, cuya cubierta tiene de grueso mas de dos codos. En algunas partes cubrían las casas con terrados hechos de losas delgadas.

No hablo aqui de las fabricas de cantería suntuosas de los Incas, de las cuales diré abajo en este mismo libro lo que de toda suerte de casas contenidas en este capítulo se puede en general decir. Es lo primero, que cada pieza o aposento estaba de por si, sin trabar ni continuarse unos con otros; lo segundo, que no acostumbraban blanquearlas como nosotros, aunque las principales de los Caciques solían tener las paredes pintadas de varios colores y figuras, todas toscas y sin primor; lo tercero, que ni casas de nobles ni de plebeyos tenian puertas fijas y asentadas para abrir y cerrar: sólo usaban de unos cañizos o zarzos con que tapaban la puerta cuando cerraban; y si iban fuera y

no quedaba nadie que guardase la casa, arrimaban al cañizo algunas piedras, y no usaban de más cerraduras, llave ni defensa.

No tuvieron curiosidad en hacer portadas grandes y labradas; todas eran puertas pequeñas y llanas, y las más tan bajas y estrechas, que parecen bocas de hornos. Por donde, cuando vamos á confesar sus enfermos, no podemos entrar sino doblando el cuerpo y aun á gatas.

Finalmente, son tan estrechas y humildes todas sus casas, excepto las de los Caciques, que más se pueden llamar chozas ó cabañas que casas. No tienen sobrados, todas son sencillas; tampoco les hacen ventanas por donde les entre luz, chimeneas, ni aun respiraderos para el humo; carecen de apartamientos, patios y diversidad de piezas y oficinas; solas las de los Caciques tenían grandes patios, donde se juntaba el pueblo á beber en sus fiestas y regocijos, y más habitación de aposentos.

El nombre de la casa en común es *Guaci*, en la lengua *quíchua*, y en la *aymará*, *Uta*.

## CAPÍTULO IV

### *Del ajuar y alhajas que tenían en sus casas.*

Á tres géneros podemos reducir todos los bienes muebles y cosas de provisión que los hombres suelen guardar de sus puertas adentro. El primero sea de las que tocan al adorno y aderezo de la casa; el segundo de las vituallas, y lo á ellas concerniente; y el tercero de las que procuran para abrigo, adorno y regalo de sus personas. En las casas destos indios no se halla cosa de las del primer género, porque no tienen tapicerías, retratos ni otros orna-

mentos de casa. De las del segundo género guardan comúnmente lo necesario para pasar su año de una cosecha á otra. Los mantenimientos que encierran son *Maiz, Chuño* y *Quínua,* que todas estas tres cosas les sirven de pan, aunque no todas siempre á todos. Suélenlas guardar, ó dentro de sus casas en tinajas grandes, ó en algún apartadijo que para esto hacen, ó fuera dellas en unas pequeñas trojes que hacen, bien defendidas del agua; y tienen de sus puertas adentro todos los instrumentos necesarios para moler, preparar y cocer su pan; porque no han menester para esto molinos, hornos, ni los demás adherentes de que nosotros necesitamos. La mayor parte de su menaje y alhajas son tinajas y cántaros de barro; no guardan en casa otro licor, ni aun agua, más que su vino ó *Chicha,* y esa no les dura mucho tiempo, y así la hacen á menudo en cantidad de cuatro ó seis arrobas cada vez; y según lo mucho que beben, no tiene un hombre con eso más que para una semana, poco más ó menos. Para hacer este brebaje, guardarle y beberle, tienen más instrumentos y vasos que para sus comidas. Usan de tinajas de cuatro á seis arrobas las mayores, y otras menores; de gran cantidad de cántaros grandes y pequeños, y de tres ó cuatro suertes de tazas y vasos. En las tierras calientes los hacen de calabazas secas muy pintadas, que llaman *Mati;* los más comunes son de madera, de hechura de nuestros cubiletes de vidrio, más anchos de arriba que de abajo, que hacen un cuartillo de vino. Píntanlos por de fuera con cierto barniz muy reluciente de varios colores, con diferentes labores y pinturas; y á estos vasos de palo llaman *Queros.* La gente de caudal los usan de plata y los llaman *Quilla,* y hácenlos de la misma forma que los de palo. Los Caciques y grandes Señores los tenían antiguamente de oro. Mostróme una vez á mí un Cacique uno destos vasos, antiguo, de oro puro, el cual era de la misma hechura que nuestras escudillas de barro y de tan grueso canto como ellas. La misma diferencia hay en la loza y

vasos en que comen. Las piezas que usan en este menester son no más que de dos ó tres maneras: ollas de barro sin vedriar, en que antiguamente pintaban diversas figuras, como también en los cántaros y demás vasijas; platos de calabazas secas, del tamaño de pequeñas porcelanas, de barro y de madera; los de palo se dicen *Meca,* y los de barro *Pucu;* y cazuelas medianas de barro, que llaman *Chuas.* La vajilla de los nobles y Señores principales era antiguamente de plata y oro.

Para moler su grano y pan tienen en sus casas unas losas llanas y anchas en que echan poca cantidad, y molido aquello, echan otro tanto; muélenlo trayendo encima desta losa una piedra hecha á manera de media luna, larga como dos palmos, ancha uno, no redonda, sino algo prolongada, de tres ó cuatro dedos de canto; en los cornejales della ponen las manos, y bajando y levantando los brazos al contrario, la traen de canto de una parte á otra sobre el *Maíz;* y con este trabajo y dificultad lo muelen y cualquiera otra cosa, si bien los más usan ya de nuestros molinos. Á este instrumento hemos puesto nosotros nombre de batán, por molerse en él al talle de batán; mas los indios lo llaman *Maray,* y á la piedra de abajo *Callacha,* y á la de arriba *Tanay.*

Para moler cosas pocas tienen otra piedra al modo de mortero, algo cóncava, y muelen en ella con otra pequeña y larguilla de la suerte que los pintores muelen los colores. En todas las casas, por pequeñas que sean, hay su fogón detrás de la puerta, el cual es de hechura de un hornillo pequeño de barro, no más alto que un palmo, cerrado por todas partes, con pequeña boca por donde atizan el fuego, y por la parte alta, dos ó tres agujeros redondos, donde asientan las ollas. Con esto gastan poquísima leña, porque nunca ponen más que dos palillos por las puntas, y como se van gastando los van atizando, que es más la leña que se consume en una de nuestras cocinas que en veinte casas de indios.

[redacted]



Entre las cosas que pusimos en el tercero género, tiene el primer lugar la ropa de su vestir y cama. Fuera del vestido que traían puesto, no tenía la gente común más que, cuando mucho, otro que mudarse en sus fiestas; si bien los nobles tenían dobladas vestiduras y galas. Todo esto guardaban en tinajas, que no tuvieron otras arcas, baules ni escaparates. La cama que usan los de la Sierra y tierra fría, es una manta gruesa de lana, llamada *Chusi*, tendida en el suelo; la mitad les sirve de colchón y la otra mitad, que doblan por los pies, de cobertor ó frezada; y suelen dormir metidos en un *Chusi* todos los de una casa, padres y hijos; aunque los que van entrando en policía, por la honestidad, apartan ya camas.

Los Caciques y gente más regalada entre ellos echan debajo del *Chusi* alguna paja ó estera. En Los Llanos y tierras templadas no tienen más cama que la tierra desnuda, y cuando mucho una estera de juncos ó una manta de algodón debajo. En todas partes duermen con el mismo vestido que traen de día, excepto que los varones se quitan la *Yacolla* y las mujeres la *Lliclla;* y al levantarse por la mañana, no tienen más que vestirse que sacudir y componerse el cabello, con el cual amanecen desgreñado.

En las tierras *yuncas,* así deste reino como de otras partes, usan *Hamacas* por cama. Es la *Hamaca* donde quiera de una misma hechura, pero de diferente materia: las más hacen de una manta gruesa de algodón, larga como dos varas y media y ancha otro tanto; de sus extremos salen muchos hilos ó cordones de lo mismo, que se van á recoger y rematar en sendas cuerdas gruesas. El armar y hacer esta cama no es más que atar estas cuerdas, cuando se duerme en casa, á dos postes, ó de la una y otra pared della, con que la cama queda hecha para siempre, sin que sea necesario trabajar en aderezarla cada día, como las nuestras; y cuando se duerme en el campo al cielo descubierto, la atan á dos árboles; y así en casa como en el campo la ponen

siempre levantada del suelo de uno á dos codos. Otras *Hamacas* son hechas de cordones de *Cabuya* ó de otra yerba, de varios colores, y abiertas en forma de redes. Las utilidades que hay en este género de camas son muchas: la primera, que de una vez, como está dicho, queda hecha la cama para todo el año; la segunda, que sin carga ni pesadumbre se la lleva uno consigo donde quiera que va, y si hace camino por tierra de montaña, en un momento la arma entre dos árboles. La tercera, que como las tierras *yuncas,* donde se usan más, de ordinario son muy húmedas y abundantes de sabandijas ponzoñosas, se duerme en ellas con más seguridad del uno y otro daño; y finalmente, son muy frescas, y por eso acomodadas á las tierras calientes. El nombre de *Hamaca* es tomado de la lengua de la *Isla Española,* cuyos moradores no tenían otro género de camas. Los indios deste reino llaman *Puñuna* á cualquiera suerte de cama.

No tenían en sus casas sillas, escaños ni género de asientos, porque todos, hombres y mujeres, se sentaban en el suelo, sacando los Caciques y grandes Señores, que por merced y privilegio del Inca usaban de asiento dentro y fuera de sus casas, al cual llamaban *Duho* (1), y era un banquillo de madera labrado de una pieza, largo dos palmos y alto uno, semejante en la hechura á un animal que tuviese las piernas cortas, la cabeza baja y la cola alta; porque comúnmente le daban figura de animal. Tenía la superficie alta cóncava, para que ajustase con la parte por donde se asienta el hombre.

---

(1) Olvidósele al P. Cobo advertir que *duho* es vocablo isleño y su correspondiente en quíchua *tiyana,* y en aimará *tiaña, tiapu, utcaña,* etc. Su descripción corresponde exactísimamente á los *duhos* ó taburetes antiguos de Puerto-Rico.

[redacted]



## CAPÍTULO V

### *De sus comidas y bebidas, y de los tiempos y usos que tenían en comer.*

POCO hay que decir en este capítulo de lo que reza su título, por quedar dicho arriba casi cuanto hay que saber deste particular. Del pan ordinario que usan dije ya, escribiendo de sus legumbres, ser el *Maíz, Quínua,* y *Chuño* ó *Papas* secas y verdes. Tuestan el *Maíz* en unas cazuelas de barro agujereadas, y sírveles de pan, y es el más usado matalotaje que llevan cuando caminan, particularmente una harina que dél hacen. Tuestan cierta especie de *Maíz* hasta que revienta y se abre, al cual llaman *Pisancalla* y tienen por colación y confitura. Fuera de las tortillas y bollos, que ordinariamente hacen de harina de *Maíz,* á que llaman *Tanta,* suelen por regalo amasar de la dicha harina unos bollicos que echan en la olla, llamados *Huminta.*

Cuáles sean sus vinos y cuán dada sea esta gente á la embriaguez, queda ya dicho. Sus viandas y potajes antiguos eran muy pocos: de *Maíz* entero con algunas yerbas y *Ají* hacían cierto guisado llamado *Motepatasca,* cociendo el *Maíz* hasta que revienta; y de la semilla de la *Quínua,* otro, nombrado *Pisqui.* Corresponden estos dos á los que nosotros solemos hacer de Arroz, Garbanzos y de otras cosas semejantes. Pocas veces comía carne la gente plebeya, y esa solía ser en fiestas y banquetes; más usaban de cecina que de carne fresca, y cecinábanla sin sal desta manera: partían la carne en piezas delgadas y anchas y poníanlas á curar al hielo, y después de secas, las adelgazaban majándolas entre dos piedras. Desta cecina, que ellos llaman *Charqui,* y de la carne fresca, no sabían hacer más

que una suerte de olla ó guisado, llamado *Locro*, con mucho *Ají*, *Chuño*, *Papas* y otras legumbres. El mismo guisado hacían de pescado seco, que también lo usaban mucho. En suma, sus manjares eran tan rústicos y groseros, que no había más que mal cocido y peor asado en las brasas, porque nunca tuvieron uso de asadores.

Comían dos veces al día, á las ocho ó nueve de la mañana, y á la tarde, con una ó dos horas de sol. La mesa era el suelo, sin poner nada debajo, excepto los Caciques y gente de cuenta, que ponían por manteles una manta. No sentaban á sus mujeres á la mesa, aunque comían todos juntos, porque la mujer se sentaba á las espaldas del marido, vuelto el rostro al contrario, de modo que venían á caer espaldas con espaldas; y allí tenía los potajes en sus ollas y los servía al marido, y le daba de beber cuando lo pedía, comiendo ella juntamente; y desta manera se sentaban y comían en sus casas y en los banquetes públicos del pueblo. Porque, las fiestas principales, comía en público todo el pueblo en el patio del Cacique ó en otro lugar patente, y los Caciques se sentaban en cabecera de mesa en sus *Duhos*, y la demás gente en el suelo. Duraban mucho estos banquetes, y se bebía largo en ellos hasta emborracharse. Cada uno comía y bebía á su costa, llevando á la fiesta lo que había de comer; y así no comían todos los de la mesa unos mismos manjares; lo cual era ocasión de que se convidasen unos á otros con los suyos.

Sentábanse á comer á la larga, en ringlera, cada parcialidad de por sí, á una parte la de *Hanansaya* y á otra la de *Hurinsaya*, en frente una de otra, como dos líneas paralelas, y brindaban los de la una á los de la otra por este orden: el que brindaba á otro se levantaba de su lugar é iba para él con dos vasos de *Chicha* en las manos, y dando al otro el uno, se bebía él el otro, bebiendo ambos á la par.

Siempre que se sientan en el suelo, es deste modo: do-

[redacted]



blan las piernas cuanto pueden juntos los pies y las rodillas tan levantadas, que las vienen casi á juntar con la boca, y tirando la camiseta para abajo hasta los pies, vienen á meter en ella todo el cuerpo, sinó es la cabeza; y como las piernas afirman y estriban en la camiseta, queda muy tirante; y ellos así sentados están con tanto descanso, que suelen perseverar un día entero sin levantarse de un lugar.

## CAPÍTULO VI

*De las ceremonias que usaban en la educación de sus hijos desde que nacían hasta llegar á edad de casarse.*

CUANDO estaban de parto las mujeres, solían sus maridos ayunar, y algunas veces también ellas, absteniéndose de particulares comidas; y ellas se confesaban y hacían oración á las *Guacas,* para que el parto saliese á luz. Parían comúnmente sin parteras, y en acabando de parir, sin guardarse del aire, hora ni momento, se iban al arroyo más cercano, y se lavaban á sí y á la criatura, aunque fuese en tierras muy frías. Tenían por mal agüero que una mujer pariese dos juntos, y cuando la criatura nacía con algún defecto natural, como si en una mano sacaba seis dedos ó otro semejante, se entristecían sus padres, ayunaban sin comer *Ají* y hacían otras ceremonias.

Usaban algunas naciones en naciendo la criatura, formarle la cabeza en diferentes figuras con muchas supersticiones y tanto rigor, que algunos niños morían del dolor que padecían, y á no pocos hacían saltar los sesos ó quedar siempre enfermos y lisiados. Desproporcionaban desta suerte la hechura del hombre, y no contentos con las ca-

bezas que Dios les dió, querían enmendar la naturaleza humana y dar á sus cabezas el talle que más les agradaba; y cuanto con mayor desproporción y disformidad quedaban, tanto lo juzgaban por más gala y gentileza.

Unas naciones las hacían anchas de frente, apretándolas, para darles esta forma, con unas tablillas fuertemente liadas. Los *Collas* formaban la cabeza larga y puntiaguda, con tanto extremo, que pone admiración ver los viejos que yo alcancé con aquel uso de su gentilidad; y esto hacían porque usaban ellos de unos bonetes de lana, llamados *Chucos,* á manera de morteros ó de sombreros sin faldas, muy altos y puntiagudos; y porque mejor cayesen y ajustasen, formaban la cabeza al molde del tocado y no el tocado á proporción de la cabeza; y para dar esta figura á las cabezas de los niños, las liaban y apretaban con vendas, y las traían así hasta edad de cuatro ó cinco años, que ya quedaban endurecidas y amoldadas á su tocado, largas, ahusadas y sin colodrillo. Decían ellos que ponían deste talle las cabezas, porque fuesen más sanos y para más trabajo; y hacíanles el primer bonete con muchas ceremonias y supersticiones, así en el hilar la lana como en el tejerla.

Al cuarto día que había nacido la criatura, la ponían sus padres en su cuna, dicha *Quirau,* y llamaban á sus deudos para que la viesen, y venidos á ver al sobrino, bebían aquel día sin hacer otra ceremonia. La hechura destas cunas es un lecho del tamaño de la criatura, hecho de tablas ó varas, como un barco con cuatro pies, los dos delanteros un palmo altos, y los otros dos un poco más cortos. Ponen sobre este lecho alguna manta doblada para que esté blando, sobre que echan la criatura y la lían y atan blandamente con la cuna, para que no se caiga; encima de la cabecera tiene dos arcos cruzados de un palo delgado y correoso, y otro arco menor á los pies; y cubierta la cuna con una manta por encima destos arcos, queda en hueco la criatura. Á la cual, mientras mama, traen siempre las

madres en su cuna á cualquiera parte que vayan, aunque sea á la iglesia. Cárganla sobre las éspaldas, cogida en una manta, que dando vuelta con sus cabos por los hombros, los atan encima del pecho; y cuando paran y se asientan, bajando de allí la cuna, la ponen en el suelo sobre los pies que tiene; y mecerla es menearla un poco á uno y otro lado sin mudarla del lugar en que está asentada. De la misma suerte que cargan la cuna, se echan á cuestas la criatura cuando la llevan sin cuna, que es cuando ya comienza á andar; y así no les estorba ni impide en sus ejercicios, aunque sea ir largo camino; y un pequeño muchacho la suele traer desta manera sin dificultad ni cansarse mucho tiempo; y este es el modo que tienen de traer los niños en brazos, que propiamente no es en brazos, sino á cuestas, pues siempre los traen sobre las espaldas. La curiosidad y limpieza que tenían de pañales y mantillas era muy poca, por haber carecido de lienzo.

Cuando destetaban á los niños, hacían una fiesta muy célebre desta manera: Convidaban á los parientes y amigos, los cuales juntos, bailaban y bebían con gran contento; y acabado el regocijo, el tío del niño más anciano y estimado lo trasquilaba y cortaba el primer cabello y las uñas, las cuales con el cabello guardaban con gran cuidado, y le daba el nombre que había de tener hasta que fuese de edad, lo cual hecho, le ofrecía algún dón, y tras él le iban ofreciendo los demás parientes y amigos de sus padres. Lo que le ofrecían era plata, ropa, lana y otras cosas semejantes. Con esta ceremonia consagraban los niños al Sol, pidiéndole viviesen con prosperidad y sucediesen á sus padres; á los cuales, en pudiendo serles de alguna ayuda (y era bien temprano), los servían así en las necesidades domésticas como en la labor del campo y guarda del ganado, así muchachos como muchachas; y no tenían más educación, en alguna disciplina y cultura de su ingenio, que seguir cada uno la profesión y modo de vivir de sus padres.

Cuando los varones llegaban á edad de catorce años, poco más ó menos, se hacía junta solemne de los deudos, y les ponían las *Guaras* ó pañetes, las cuales habían las madres hilado y tejido con ciertas ceremonias y supersticiones. Hacían en esta solemnidad muchos ritos, bailando á su usanza y bebiendo, que era su mayor fiesta; y ponían al mozo el nombre perpetuo para toda la vida, en que á veces se tenía cuenta con darles el nombre de sus padres ó abuelos; pero los Señores y principales buscaban á su gusto nombres y apellidos honrosos y significativos. Los que comúnmente usaban eran de pueblos, de plantas, de aves, de pescados y de animales: como *Puma,* que es León; *Cúntur,* Buitre; *Asiro,* Culebra; *Guaman,* Gavilán, y otros semejantes; y estos nombres que ellos tenían por propios, después que se han hecho cristianos, les sirven de sobrenombre á los que ya los tenían de antes, y de apellidos á sus descendientes. Esta fiesta que se hacía al poner á los mozos las *Guaras* y nombres perpetuos, se decía *Guarachicuy,* y era muy principal.

No lo era menos la que hacían al poner nombres á las doncellas, que era cuando llegaban á los trece ó catorce años. Hacíanles para esta fiesta ayunar tres días, los dos primeros sin comer cosa alguna, y al tercero les daban un poco de *Maiz* crudo, diciendo que no se muriesen de hambre. Ellas estaban estos días recogidas dentro de sus casas, y al cuarto día sus madres las lavaban y peinaban y trenzábanles el cabello, y vestíanlas de ropas galanas con *Ojotas* de lana blanca.

Venían este día á sus casas los parientes, y ellas salían á ponerles la comida y darles de beber, y duraba esta fiesta dos días. Luego el tío más principal le daba el nombre que había de tener perpetuamente, amonestándola de la manera que había de vivir y obedecer á sus padres, y ofrecíale lo que le parecía conforme á su posibilidad, y todos los deudos y amigos así mismo le iban ofreciendo con

ciertas ceremonias. Llamaban á este acto y solemnidad *Quicuchicuy*.

## CAPÍTULO VII

### *De los ritos y costumbres que tenían en celebrar sus matrimonios.*

NO solamente no se imputó á delito entre los indios el tener muchas mujeres, pero túvose por autoridad, honra y hacienda, y era merced y privilegio especial que se daba por remuneración de servicios hechos al Inca, ó por ser personas de mucha calidad ó de grande ingenio, habilidad y suficiencia para el gobierno de la república; y era éste un favor que se tenía en grande estimación, porque era hacienda y servicio. Y entre esta gente eran tan sujetas las mujeres y tan hechas al servicio de sus maridos y á seguir su voluntad, que aunque fuesen muchas, no había diferencias ni osaban más de lo que se les mandaba; y no sólo servían en los oficios caseros, sino también en el campo, en las labranzas, sementeras y beneficios de sus *chácaras* ó heredades, en edificar sus casas y llevar cargas, cuando sus maridos caminaban, en paz y en guerra; y no pocas veces acontecía, que, yendo cargadas, les venían los dolores del parto en el camino, y para parir no hacían más que desviarse un poco fuera de camino, y en pariendo, llegábanse á donde había agua y lavaban la criatura y á sí mismas, y echándosela encima de la carga que llevaban, tornaban á caminar como antes que pariesen. Finalmente, en nada ponían los maridos las manos, en que no les ayudasen sus mujeres. Por lo cual, quien tenía copia dellas, se tenía por rico y de hecho lo era.

Después que uno tenía la mujer con título de habérsela

entregado el Inca ó sus gobernadores, ó ganada en la guerra, ó por otras causas que entre ellos se tenían por legítimas, no había ningún remedio para salir de la sujeción de su marido, si no era la muerte. Ni ellas tenían atrevimiento para quejarse de ningún agravio que recibiesen, sino á ellos mismos; ni entre ellos se trataba tal materia fuera de su casa; y es de saber, que sola la gente noble tenía esta multiplicidad de mujeres y este dominio sobre ellas, que la plebeya y común solamente tenían cada uno la suya; no porque hubiese precepto y orden puesto en el número, sino porque como los Señores las repartían conforme á lo que está dicho, nunca daban más de una á los pobres y gente humilde, ni ellos la podían tomar ni adquirir por otro título; y no solamente casi todo el común y la gente pobre no tenía cada uno más de una mujer, pero aun muchos estaban sin ellas largo tiempo después que tenían edad para ello, y aun después que enviudaban, lo cual tenían los pobres por extrema pérdida, por la gran necesidad que padecían hasta que les daban otra; y aun acaecía en las confesiones darles los sacerdotes ásperas penitencias, diciendo que por algun gran pecado encubierto se les había muerto la mujer; y si enfermaban ellas, hacían los sacerdotes á los maridos que ayunasen y hiciesen otras penitencias.

Entre las muchas mujeres que uno tenía, era una sola la principal y que tenía nombre de mujer legítima, con la cual se casaba con consentimiento de ambos y con alguna solemnidad; y ésta era obedecida de las otras y tenía grandes preeminencias y nombre diferente que ellas, como mujer propia y legítima, y las demás eran tenidas por concubinas.

Esta solemnidad que se hacía cuando se tomaba la mujer legítima, hecha una vez, aunque después se recibiese otra ó otras muchas, no se tornaba á hacer viviendo la principal y legítima; en conclusión, esta sola se tenía por tal y las demás por mancebas permitidas conforme á sus costumbres.

La solemnidad que para este casamiento se hacía entre los Incas, era común en muchas partes del reino, mas no general en todo él; y hacíala cada uno según su posibilidad, en esta forma: Después de cogidos los panes, juntaba el Inca las doncellas *Acllas* que se habían criado en los recogimientos de las *Mamaconas*, y repartíalas entre los principales por la orden que le parecía; y si las daba á casados, era por mancebas, y si á solteros, por mujeres legítimas; entre los cuales se celebraba luego el casamiento con estas ceremonias: juntábanse los deudos que se hallaban presentes de cada uno de los contrayentes, y los del varón iban con el novio á casa del padre de la novia ó del pariente más propinco que allí se hallaba, y se la entregaban; y él, en testimonio de que la recebía por mujer, le calzaba en el pie derecho una *Ojota* de lana, cuando era doncella, y cuando no lo era, una de *Hicho*, y la tomaba por la mano; y así juntos, los deudos de ambos la llevaban á casa de su esposo. En llegando á ella, sacaba la novia de debajo del *Chumpi* una camiseta de lana fina, un *Llauto* y una patena, y dábaselo á su esposo, el cual se lo vestía luego; y hasta la noche estaban con la novia sus deudas más ancianas, instruyéndola de la obligación que tenía de servir á su marido, y de la manera que lo había de hacer; y los viejos deudos del novio le amonestaban á él cómo había de tratar á su mujer; y los unos y los otros les ofrecían presentes cada uno de lo que tenía, aunque en poca cantidad; y duraba la fiesta y borrachera de las bodas entre las parcialidades y parentelas según la calidad y posible de los novios.

Á este acto y solemnidad llamaban los Incas matrimonio, y con la que contraían desta suerte era la mujer legítima; y si tenía el varón alguna con quien se hubiesen hecho estas ceremonias, aunque el Inca le diese otra más noble y principal que ella, no se hacían con la segunda ni estas ni otras solemnidades, más que enviarla á su casa; pero si era viudo el que la recebía, por haber muerto la legítima,

aunque le quedasen muchas mancebas, se casaba con ella con las solemnidades dichas, á la cual servían las que hallaba en casa.

En las otras provincias fuera de la del Cuzco ó donde se hallaba presente el Inca, en un día señalado del año juntaba el Gobernador en la plaza todos los mozos y mozas de la gente plebeya que estaban para casar (la edad dellos era desde quince hasta veinte años, y la dellas algo menos), y allí les daba á cada uno su mujer, los cuales desde aquel día entraban en la contribución de los pechos y tributos, y ayudaban á la comunidad en los trabajos públicos; se les señalaban *chácaras,* hacían sus casas y vivían por sí. En estos casamientos se hacía también la fiesta y solemnidad sobredicha de la *Ojota,* conforme á su posibilidad. Esta primera mujer que daba el Gobernador del Inca, era la legítima, y pocas veces, como está dicho, se les daba otra, si no era por algunas de las causas referidas. Pero en cualquiera suceso, ésta, mientras vivía, era la principal.

En otras provincias usaban diferentes ceremonias y ritos: en las del *Collao,* entre la gente popular, usaban que, en señalando el Gobernador la mujer, tomaba el novio una taleguilla pequeña de *Coca* y llevábala á su suegra, y en recibiéndola, tenían el matrimonio por concluído.

En otras partes iba el novio á casa del padre de la novia y le decía cómo el Gobernador le había dado á su hija, mas que él le quería servir; y así se juntaban los parientes dél y della, y procuraban ganarse las voluntades; y el mozo iba en casa de sus suegros, y por espacio de cuatro ó cinco días les llevaba paja y leña; y desta manera quedaban concertados y la tomaba por mujer; porque el Gobernador que se la daba decía que se la daba hasta la muerte, y con esta condición la recebía él; y á este modo había diferentes ritos en cada parte, pero en todas se hacía solemnidad con la legítima; la cual hecha, aunque después diesen al marido otra ó otras mujeres, nunca se volvía á hacer.

Entre la mujer legítima y las concubinas había muy gran diferencia en muchas cosas; y una, entre otras, era, que la legítima no se podía repudiar ni echar de casa ni dar á otro, sin gran pena; y si alguna vez la echaba el marido de casa, la tornaban para que hiciese vida con él; y si segunda vez la echaba, lo castigaban públicamente según la calidad de la persona; y todas la demás, sin incurrir en pena alguna, se podían echar, mas no dar á otros, ni por mujeres legítimas ni de otra manera, sin voluntad del que las tenía con título.

Cuando moría la mujer legítima, si el marido era hombre de cuenta, no se casaba en un año, y todo aquel tiempo traía manta negra; y esto de no casarse en un año era costumbre inviolable; no dicen que era mandato, más de que fuera tenido en poco si lo hiciera; pero si era hombre plebeyo, muchas veces se pasaban dos años que no le daban otra, y cuando se la daban, hacía su fiesta y solemnidad; y por esto los pobres tenían la muerte de la mujer por grande adversidad, porque no tenían medio para adquirir otra hasta que se la daban; y en el ínterin padecían notable necesidad.

Cuando fallecía la mujer legítima del que tenía muchas, hacíanse grandes llantos con las ceremonias que ellos tenían; mas si moría alguna de las mancebas, llorábanla sólo sus parientes, y en casa del marido no había el llanto que se hacía por la legítima; la cual muerta, elegía luego el marido cuál de las mancebas había de tener el cargo de la casa y ser obedecida de las otras; y hase de notar una cosa, que puesto caso que entre éstos no hubo prohibición ni ley, con todo eso, nunca se acuerdan haberlo hecho ninguno, y es, que muerta la mujer legítima, se casase ni hiciese la solemnidad con ninguna de las mancebas, sino que tomaba otra, pasado el tiempo del luto, á quien obedecían y servían las otras; de lo cual dan por razón que fuera afrenta casarse con alguna de sus mancebas, y también por quitar

toda ocasión de que se matasen con esperanza que, faltando la legítima mujer, lo había de ser alguna dellas.

De muchas maneras y por varios títulos alcanzaban estos indios la multitud de mujeres que tenían fuera de la legítima, que á veces eran en número excesivo. La primera era fundada en una costumbre harto bárbara y ajena de toda buena razón y policía, y era, que los padres daban á sus hijos cuando eran niños una mujer que los limpiase y sirviese hasta que tenían edad; y antes que los casasen, estas amas les enseñaban vicios y dormían con ellos, holgando dello los padres; y esta tal siempre se les quedaba en casa por manceba después que se casaban. La segunda manera de hacer estas mujeres, tenía también por fundamento otra costumbre, que si bien á primera faz y tomada ella por sí era loable, con todo eso, por lo que en hecho de verdad pasaba, era no menos repreensible que la primera, y es, que entre esta gente se tenía gran cuidado de criar los huérfanos, y uno de los medios que se tenían cuando uno era muy pobre, era entregarle á alguna mujer viuda del pueblo que no tuviese hijos ni se hubiese de tornar á casar. Ésta, en siendo el mozo de edad, aunque fuese ella vieja, se amancebaba con él, hasta que el Gobernador le daba mujer y se casaba; no embargante lo cual se quedaba amancebado con la primera como antes, hasta que le pagaba el trabajo de haberlo criado, la cual paga se solía diferir mucho tiempo, y cuando ellos entre sí no se concertaban, la tasaba el Gobernador.

Otro título de adquirir mancebas era el de la guerra, en la cual los capitanes y hombres de cuenta se aprovechaban de estos despojos y los repartían entre sí. Pero el más general y con el que las más eran habidas, era por merced del Inca, que con este género de premio remuneraba los servicios señalados que los suyos le hacían.

El último título era por vía de herencia; porque era costumbre entre ellos heredarse las mujeres de sus padres y

hermanos, de las cuales usaban los herederos como propias, excepto la legítima con quien el padre difunto había contraído matrimonio con la solemnidad acostumbrada, porque con ésta era prohibido el acceso carnal de los hijos, y lo mismo era de las otras mujeres concubinas, si habían parido del padre, porque no habiendo parido, heredábanlas los hijos y teníanlas por propias y érales permitido usar dellas como tales. Los hermanos así mismo heredaban las mujeres de sus hermanos, así las legítimas como las concubinas; y sobre los que habían de ser preferidos en estas sucesiones, había esta costumbre: que si los hijos eran grandes y tenían casa aparte al tiempo de la muerte del padre, el mayor se apoderaba de las mujeres, y si alguna había parida, ésta entendía en criar sus hijos y estarse por sí aparte; y si era la mujer legítima y no había parido, no la llevaba el hijo del difunto, sino el hermano, porque á sólo el hijo le estaba hecha la prohibición del ayuntamiento carnal con la mujer legítima de su padre, y no al hermano con la de su hermano.

Tenían en estos matrimonios y usos de mancebas sus fueros y grados de consanguinidad prohibidos y señalados diferentes castigos para los delincuentes y transgresores, según la calidad de los delitos que en ello se cometían. Porque, cuanto á lo primero, fueron prohibidos los matrimonios entre ascendientes y descendientes, como con hija y nieta, madre y abuela, en tanto grado, que no solamente nunca se hizo, pero aun fué puesta pena de muerte á quien cometiese delito semejante; como también tener acceso carnal con ninguna mujer en este grado, la cual pena se ejecutaba en ambos cómplices, de cualquier estado y condición que fuesen.

Lo segundo, fué también antiquísima y general prohibición el contraer en primer grado, como con hermana, la cual duró hasta el Rey *Tupac-Inca-Yupanqui*, padre de *Guaynacapac*, que fué el primero que la quebrantó, casándose con su propia hermana de padre y madre; el cual

mandó que así lo hiciesen solos los Reyes, y que la demás gente principal pudiesen tomar por mujeres á sus hermanas de sólo padres; de manera que esta costumbre de casarse con sus hermanas fué muy moderna. Fuera deste primer grado y entre ascendientes y decendientes, como queda dicho, en todos los demás eran permitidos los matrimonios; y no solamente se contraían indistintamente, pero no siendo uno casado, si sus padres ó él pedían al Inca ó á sus Gobernadores á su prima hermana, siempre se la concedían, y era como derecho para que no se la negasen, el proceder ambos de un mismo tronco y abuelo; porque como esta gente hacía adoración á los cuerpos muertos de sus antepasados, con esta distinción, que cada uno adoraba á sus ascendientes por línea recta, sin tener cuenta con el tío ni con el hermano del abuelo, solían alegar en este caso, que pues habían de adorar á un mismo abuelo, era razón que se la diesen por mujer, la cual era bastante para que le concediesen su petición, mas no para que las tomasen por mancebas.

## CAPÍTULO VIII

*Del conocimiento y uso que tenían de la agricultura.*

EL arte de la agricultura consiste en labrar y sembrar la tierra y criar toda suerte de plantas con observancia de tiempos, de lugares y de cosas. Désta alcanzaron estos indios peruanos más que de ninguna otra de las necesarias al hombre; porque las semillas y legumbres que tenían sembraban y beneficiaban con tan buen orden y acierto en buscar tierras acomodadas á la calidad de cada especie dellas y en cultivarlas y darles sus riegos á los tiempos convenientes, que no ha pasado en esto lo que en los otros oficios suyos, y es, que con nuestra comunicación los

han mejorado mucho, aprendiendo de nosotros lo que les faltaba para tener la debida perfección. Porque, en lo esencial de la agricultura, no han tomado ni mudado nada de lo que ellos usaban más de algunos de nuestros instrumentos, con que se les ha disminuído el trabajo que antes tenían: como el uso de arar con bueyes, y hacer ahora con herramientas de hierro mucho de lo que solían hacer con palos y piedras y otros instrumentos de cobre. En suma, ellos eran tan excelentes labradores de sus legumbres y plantas, y con la larga experiencia habían alcanzado tanta inteligencia de la agricultura, que nosotros habemos aprendido dellos todo el modo de sembrar y beneficiar sus semillas, y mucho para el buen beneficio de las nuestras; como es la manera de *guanear* ó estercolar los sembrados en algunas partes, que es muy particular y diferente de como se hace en España, y otros semejantes usos.

Debiólos sin duda de hacer tan diestros y aventajados en esta arte la afición con que la ejercitaban, que es tan extraordinaria, que no hay ninguno que no la prefiera á cualquiera otra ocupación, en tanto grado, que aun á los mismos oficiales de nuestros oficios, como plateros, pintores y los demás, no podemos persuadirles que no los interrumpan por acudir á sus sementeras, sino que en llegando el tiempo de hacerlas, dan de mano á cuanto hay por acudir á sus *chácaras;* y es cosa que admira y con que yo he intentado desengañar á algunos, que por coger un poco de *Maíz* con su propio trabajo, pierdan diez veces más de lo que vale su cosecha en el tiempo que, por acudir á la labranza, interrumpen sus oficios y dejan de ganar con ellos.

Buscando yo la causa de tan notable afición como tienen á la labor del campo, hallo que es el haber sus Reyes los Incas de tal manera dispuesto y asentado este ministerio, que lo vinieron á tener por recreación y holgura; y esta es una de las cosas en que los Incas descubrieron su gran ingenio y prudencia, en saber disponer de tal modo un ofi-

cio de tanto trabajo y afán, que viniese á ser tenido por ejercicio de entretenimiento y regocijo; y en realidad de verdad por tal lo tienen todavía, particularmente en las provincias de la Sierra; pues casi se convidan y convocan los amigos y parcialidades y pueblos enteros á arar sus *chácaras,* y los convidados acuden con tanta voluntad y gusto como si los convidaran á bodas, sin llevar otra paga ni interés más que comer y beber á costa del dueño de la heredad; el cual, para estas juntas se previene de cantidad de *Chicha,* que es el cebo que los lleva tan de grado, y continúan la labor todo el tiempo que dura con el mismo placer y alegría que la comenzaron, regocijándose con cantares á su usanza. Finalmente, la labor de las *chácaras* era una de las mayores recreaciones y fiestas que ellos tenían.

Procuraban siempre, en cuanto la disposición de la tierra daba lugar, que sus sementeras fuesen de regadío, no sólo donde se carecía de agua del cielo, sino también donde había temporal suficiente; y para esto hacían dos cosas de sumo trabajo y no poca industria: la primera, que allanaban las tierras agrias y dobladas que cultivaban, para que estando llanas, se pudiesen regar, arar y cultivar más cómodamente, y también porque desta manera aprovechaban muchas tierras que sin esta traza fueran del todo estériles y sin provecho. Allanábanlas haciendo en las laderas andenes, que ellos llaman *Pata,* levantando á trechos paredes de piedra que tuviesen la tierra, y poníanla igual y pareja á nivel de una pared á otra; y eran estos andenes más y menos anchos, según la cuesta era más ó menos empinada.

En las laderas muy echadas y de poca cuesta, vemos andenes muy capaces de á cincuenta, á ciento á doscientos y más pies de ancho; y en las muy agrias, tan estrechas y angostas, que parecen escalones, pues algunos no tienen más que tres ó cuatro pies de ancho. Estas paredes que hacían de trecho á trecho, eran las más altas de uno á dos estados, y de ahí para abajo, como lo pedía la disposición

[redacted]



del lugar, y todas ellas de piedra seca, en algunas tan bien labradas y con tanto primor y curiosidad, que sin ser las piedras cuadradas, estaban tan ajustadas unas con otras, como las de sus más curiosos edificios; como son muchos de los andenes que todavía permanecen en la comarca del Cuzco. Mediante esta obra y traza, sembraban estos indios todos los cerros hasta los muy altos y empinados, que sin ella no se pudieran cultivar por su aspereza; los cuales vemos hoy que de alto á abajo parecen desde lejos estar llenos de gradas.

Aprovechaban el agua de los ríos, regando con ella todas las tierras á donde alcanzaba, y esta obra de sus acequias era de las más grandiosas y admirables que tenían; porque estaban tan bien sacadas y con tanto orden, que admira el considerar cómo, careciendo de nuestras herramientas, las podían abrir y edificar; porque en las tomas de los ríos hacían muy fuertes reparos contra sus crecientes y avenidas; llevábanlas por muchas leguas sacadas á nivel y algunas muy caudalosas; y no sólo las encaminaban por tierra llana, sino también por laderas y cerros altos y fragosos, y lo que es más, por riscos, y peñascos y lajas muy empinadas y derechas; por los cuales lugares las abrían y sacaban con notable trabajo y artificio, cavando por gran trecho la peña viva, cuando no había otra parte por donde guiarlas; y adonde ni aun para esto había disposición, como cuando era forzoso echarlas por alguna laja ó peña tajada, sacaban desde abajo por muchos estados una pared de piedra seca arrimada á las dichas lajas, ó desviada, cuando era forzoso salvar alguna quebrada, y por encima dellas conducían el agua. Donde era menester hacían estas acequias con las paredes de piedra seca, y donde no, cavadas solamente en la tierra. Llevábanlas por lugares tan fragosos y difíciles, porque no sólo regaban la tierra llana, sino también la doblada, mediante los andenes de las laderas, sin dejar perder palmo de tierra.

Los instrumentos de sus labranzas eran pocos, y esos de palo ó cobre y de ningún artificio. El arado ó azada era un instrumento llamado *Taclla,* de un palo tan grueso como la muñeca y largo poco más de dos codos, á manera de zanco. Por donde lo asían estaba torcido como cayado, y en la punta ataban otro palo de cuatro dedos de ancho y uno de canto de otra madera más recia; y como un palmo antes del remate della tenían asido un gancho del largor de un jeme, donde hacían fuerza con el pie izquierdo. Porque el modo como rompían y araban la tierra con estas *Tacllas,* era levantando la parte alta dellas hasta el hombro derecho y la punta dos ó tres palmos de la tierra, y para que hiciesen en ella el golpe con fuerza y entrase mucho, las impelían y apretaban con toda la fuerza de los brazos y del pie izquierdo, que cargaban sobre el dicho gancho (1).

Fuera desta suerte de arados tenían otro instrumento de un palo corvo, que hacía forma de hazuela de carpintero ó de almocafre (2), con que quebrantaban los terrones, escardaban y mullían la tierra; y estos dos instrumentos eran los principales con que labraban los campos. Para escardar los sembrados y hacer los hoyos en que enterraban el *Maíz* al sembrarlo, usaban de *Lampas,* que los mexicanos llaman *Coas* (3), y es un instrumento como azada, salvo que el hierro era de cobre, y no corvo, sino llano como pala corta de horno; y el día de hoy usan mucho los españoles destas *Lampas* hechas de hierro, en sus labranzas, particularmente para desherbar las huertas y viñas, que en esta tierra llaman *cuspar* (4).

---

(1) En las provincias vascongadas y en Asturias se labra también la tierra del mismo modo. Llaman en las primeras *layar* á esta operación agrícola; y *laya* al instrumento, que es muy parecido á la *taclla,* aunque de hierro, excepto el mango.

(2) *Raurana* en quíchua.

(3) El nombre, sin embargo, es de las Antillas y Tierra Firme.

(4) Del verbo quíchua *kkuipani?* .

[redacted]



Las sogas que les servían en este ministerio eran comúnmente de lana en la Sierra, y donde se carecía de lana, las hacían de *Cabuya*, que es su cáñamo. Hacen sus barbechos al fin de las lluvias, y donde no llueve, algunos meses antes de sembrar; y á su tiempo escardan sus sembrados limpiándolos de la mala yerba; y cuando ya el *Maiz* está á medio crecer, le escarban en el pie y arriman y amontonan tierras. Lo que más trabajo les costaba era el arar, y á esto acudían con más gusto, porque siempre araban en tropas de mucho número de gente, hombres y mujeres juntos, por esta forma: los varones solos araban puestos en hileras, y delante dellos estaban las mujeres en otra hilera contrapuestas á los hombres; y en arrancando ellos con sus *Tacllas* los céspedes de tierra, ellas los trastornaban y con aquellos sus almocafes de palo los quebrantaban y deshacían. Por la mayor parte sembraban en camellones, que hacían con gran concierto y muy grandes algunos. Tienen sus cantares alegres acomodados para cuando aran, los cuales cantan todos á una entonando uno y siguiéndole los demás; y llevan su compás tan puntual, que el golpe que dan en la tierra con las *Tacllas* no discrepa un punto del compás de su canto; y así como en éste van todos á una, lo van también en levantar las *Tacllas* y herir con ellas la tierra; que cierto es de gran gusto verlos arar á su usanza, como yo los he visto hartas veces; porque sus cantares son agradables y suelen oirse á más de media legua de distancia (1).

(1) En algunas comarcas quiteñas usan todavía los indios campesinos de estos cantares agrícolas. Uno de los que entonan en la siega, lleva la siguiente copla:

| | |
|---|---|
| Ñuca urpisi tulli<br>Ilahuay, Hahuay | (Mi tierna tortolita) |
| Maipi charitian<br>Hahuay, Hahuay | (Adónde estará) |
| Mana ricurcani<br>Hahuay, Hahuay | (Pues ya no la veo) |
| Xuinguni huacan<br>Hahuay, Hahuay | (Y mi corazón llora) |

## CAPÍTULO IX

### *Del arte militar, cómo la profesaban estos indios, sus armas y manera de pelear.*

TENÍAN estos indios del Perú el ejercicio de la milicia por el más grave y noble de todos; y así lo trataban con más primor, estudio y curiosidad que otro ninguno. Hacían los Incas tanto caso de la milicia y de los que la profesaban, como medio por donde habían llegado á tan gran potencia y majestad y se conservaban en ella, que era el título único entre sus vasallos para adelantarse en puestos honrosos, y apenas había otro camino que éste por donde viniesen á subir y valer; por la grande estimación que se hacía de los capitanes de valor y experiencia y de todos los que se señalaban en las armas, que era en tanto grado, que á el que había sido valeroso y conseguido buenos efectos, no sólo acrecentaban los Reyes en hacienda y cargos honrosos, sino que creía el pueblo que después desta vida tenía principal lugar en el Cielo. Había siempre en los depósitos de las provincias recogida mucha provisión de vituallas, ropas, toldos, armas y todos pertrechos de guerra, así para sustentar las guarniciones que estaban en los pre-

La letra, como se ve, no alude lo más mínimo á la siega, pero el compás y ritmo del canto con que se acompaña se acomodan de suerte á los movimientos del segador, que resulta una verdadera saloma, cuyo objeto, más que distraer á los trabajadores en su penosa tarea, es el de concertar sus esfuerzos para realizarla con ahorro de tiempo y cansancio.

El capataz ó jefe de cuadrilla lleva la voz, acompañando cada verso con el mismo recitado, de escasa melodía, y los segadores le contestan en coro pronunciando rápida y enérgicamente el estribillo *Hahuay*, y cortando con la hoz al propio tiempo la porción de mies que cada cual ha separado con la mano izquierda.

sidios y fronteras del reino, como para las guerras que ocurrían; y para que en las ocasiones no faltase gente diestra y disciplinada, sustentaban los Incas gran número de capitanes y oficiales de guerra, que, repartidos por las provincias, tenían gran cuidado de instruir y ejercitar en todo género de armas la juventud y alistar los que más bríos mostraban en las reseñas y zuizas; fuera de que las más de sus fiestas y regocijos eran como alardes y ensayos de guerra al modo que son entre nosotros las justas y torneos.

El sueldo y paga de los que profesaban la milicia, era que el Inca, mientras andaban en su servicio ausentes de sus casas, les daba de comer y vestir, armas y municiones, y los pueblos de comunidad les labraban sus heredades y hacían las sementeras. Sin esto eran bien premiados á su modo los capitanes y gente de cuenta y todos los soldados que en las ocasiones se mostraban esforzados.

Las armas defensivas que usaban eran tan flacas, que no hacían ninguna que pudiese resistir á un golpe de espada ni punta de hierro. Eran unas mantas de algodón delgadas, ceñidas con muchas vueltas por el cuerpo; algunos vestían jubones ó sayos embastados así mismo de algodón, con un morrión de lo mismo ó de madera. Otros morriones se ponían hechos de cañas muy tejidas, y eran tan fuertes, que ni un golpe de piedra ni de un palo les podía hacer daño; y todos traían en las espaldas unas rodelas pequeñas tejidas de varas de palma y algodón; y de lo mismo traían otras algo mayores en las manos, no redondas, sino prolongadas como escudos, para amparar la cabeza de los palos y pedradas. Aforrábanlas de cuero de Venado y cubríanlas por la parte de á fuera con un lienzo rico de algodón, lana ó pluma muy labrado de varios colores, y en ellas solían pintar divisas y blasones. Sobre estas armas solían ponerse sus galas y joyas más vistosas y ricas, como eran plumajes y penachos muy finos y de muchos colores en las cabezas, y en los pechos y espaldas grandes pate-

nas de oro y plata, y los soldados pobres de cobre; y generalmente llevaban todos sobre sus cuerpos las piezas y joyas de oro y plata con que solían aderezarse para sus regocijos. Algunos se pintaban de varios colores y figuras, para espantar con ellas á sus enemigos. Para combatir y dar asalto á las fortalezas, usaban de paveses á modo de mantas, tan grandes, que podían ir cien hombres debajo de cada uno.

De las armas ofensivas, unas eran para pelear de lejos y otras para de cerca. De lejos peleaban con hondas hechas de lana ó de *Cabuya*, en que eran grandes certeros. Usábanlas casi todos los deste reino, particularmente los serranos, que eran extremados honderos. Pero la arma más general de todas las Indias, no sólo para guerra, sino también para la caza, era el arco y flecha. Hacían el arco tan largo y más que la estatura humana, y algunos de ocho y diez palmos, de cierta palma negra llamada *Chonta*, cuya madera es muy pesada y recia; la cuerda de nervios de animales, de *Cabuya* ó de otra cosa fuerte; las flechas de materia liviana, como juncos, carrizos ó cañahejas, y de otras varas tan livianas como éstas, con el casquillo y punta de *Chonta*, ó de otro palo recio harponado, hueso ó diente de animal, punta de pedernal ó espina de pescado. Muchos usaban flechas enherboladas, untando sus puntas con fuerte ponzoña; mas, de las naciones deste reino, solos los *Chunchos* usaban esta yerba ponzoñosa en las flechas; la cual no era yerba simple, sino una confección hecha de varias yerbas y sabandijas ponzoñosas; y era tan eficaz y mortífera, que á cualquiera que con estas flechas enherboladas herían y sacaban sangre, aunque no fuese más que la que sacaran picando con un alfiler, morían rabiando y haciendo visajes espantosos.

Hacían esta yerba y confección los dichos indios *Chunchos*, y la hacen todavía las naciones por conquistar que usan della, como son los indios de *Urabá*, fronterizos de

la diócesis de *Cartagena*, y otros muchos, desta manera: cazan muchos lagartos, víboras, ciertas hormigas negras y tan grandes como escarabajos, muy ponzoñosas, arañas grandes, unos gusanos que hay peludos y grandes que se crían en los árboles; mezclan alas de murciélago, la cabeza y cola del pescado llamado *Peje tamborino*, sapos, culebras y otras sabandijas venenosas; ítem unas yerbas mortíferas de muchas diferencias, y en especial la raíz del árbol que lleva la *Manzanilla*, fruta muy ponzoñosa. Junto todo este recaudo, lo echan en una vasija grande, y buscan tres mujeres las más viejas que hallan, las cuales le van dando fuego y revolviéndolo por su turno, una después de otra; y como al principio está floja la ponzoña, dura más tiempo la primera vieja que las otras; mas al cabo de algún espacio, la inficiona de tal manera el vaho que sale, que le quita la vida. Muerta esta primera, le sucede en el oficio de dar fuego al cocimiento la segunda, la cual muere más en breve, por estar ya la ponzoña más subida de punto. Á la segunda sucede la tercera, que muere muy presto por la gran fuerza de la confección ponzoñosa; y muerta ésta con brevedad, entienden que ya el veneno tiene todo su punto y perfección; apártanlo del fuego, y en enfriándose, lo guardan y estiman en mucho, como cosa que tanto les ha costado.

Hacen este cocimiento en el campo descubierto y bien apartado de poblado, porque no haga daño. En algunas partes, al hacerlo no muere más de una persona, y suele ser alguna vieja ó esclava tenida en poco. Pero los sobredichos indios de *Urabá* lo hacen de la forma dicha con muerte siempre de tres personas (1).

Hay indios que tiran una flecha con tanta fuerza, que apenas hay arma que no rompa y pase; y todos en común son muy diestros y certeros; y algunos lo son tanto, que

(1) Creo que el lector me dispensará los comentarios acerca de esta obra de brujas americanas, que ciertamente no presenció el P. Cobo.

echando en alto cualquiera cosa, la flechan en el aire. Indios hay, que para hacer el tiro, no apuntan á lo que tiran, sino á lo alto, mas con tal tino y destreza, que al caer la flecha hacen el golpe en lo que quieren.

Usaban también de azagayas ó dardos con las puntas tostadas ó armadas con espinas de pescados, y tirábanlas con amiento, á las cuales los españoles llaman tiraderas. Á corta distancia, para asir y prender al enemigo, tiraban un instrumento dicho *Ayllu*, que es de dos piedras redondas poco menores que el puño, asidas con una cuerda delgada y larga una braza, poco más ó menos; tirábanlo á los pies, para trabarlos y hacer su efecto cuando la cuerda encuentra con las piernas, porque, con el peso de las piedras de los cabos, da vueltas á ellas hasta revolverse toda y enredarlas.

Las armas para de cerca eran lanzas, picas, *Macanas*, mazas, hachas y otras á este talle. Las lanzas hacían largas, de madera dura, con la punta de lo mismo tostada ó de cobre. La *Macana* es un bastón de *Chonta* de una braza de largo, ancho cuatro dedos, delgado, y con dos filos agudos; por el cabo tiene la empuñadura redonda y un pomo como de espada; juéganla á dos manos como montante, y da tan recio golpe, que alcanzando en la cabeza, rompe los cascos. Tenían unas mazas de madera pesada y redondas, y otras, que eran propia arma de los Incas, con el remate de cobre, llamadas *Champi*, y es *(sic)* una asta como de alabarda, puesto en el cabo un hierro de cobre de hechura de estrella con sus puntas ó rayos al rededor muy puntiagudos. Destos *Champis* unos eran cortos como bastones y otros tan largos como lanzas, y los más de mediano tamaño. Las hachas de arma tenían el hierro ó cuchilla de cobre ó pedernal; unas eran pequeñas, de á una mano, y otras grandes, que se jugaban á dos manos. Las más destas armas de que usaban los capitanes y gente noble, tenían los hierros de oro y plata. No peleaba uno más que con una suerte

[redacted]



de armas, y así estaban repartidos en tropas por los géneros de armas que manejaban de por sí, los flecheros, los honderos y los demás. También tenían sus instrumentos bélicos, que tocaban para animar la gente al tiempo de la batalla: éstos eran atambores pequeños, caracoles grandes de la mar, flautas y trompetillas hechas de huesos y conchas de animales (1).

Las causas de mover guerra los Incas eran ordinariamente la ambición y codicia de dilatar los términos de su Imperio, castigar las provincias cuando se rebelaban, reprimir los enemigos que molestaban las fronteras, y otras semejantes; y nunca la emprendían sin gran consejo, consultando los capitanes viejos y los que en las batallas se habían mostrado valerosos; y con los mismos conferían el modo cómo se había de hacer y guiar. Las más veces salía el Rey en persona, al cual llevaban en andas y en ellas entraba en la batalla, rigiendo y animando los suyos. Cuando volvía de la guerra á su corte, le salía á recebir toda ella con danzas, cantares y otras demostraciones de alegría. Otras veces, quedándose en el Cuzco, enviaba capitanes generales á particulares conquistas, y si eran de mucha importancia, las encargaba á deudos suyos muy cercanos.

Guardábase en la guerra el mismo gobierno que en la paz, dividiendo los soldados por sus decurias y centurias. Todos los capitanes, maeses de campo y oficiales principales del ejército, eran comúnmente del linaje y sangre Real de los Incas, que no se fiaban de otros; y cuando se conducía gente en las provincias, los capitanes que la llevaban al Cuzco, se quedaban con el cargo que antes, salvo que les ponía el Rey á cada uno un capitán y superior de su linaje de Incas; y así, el dejarles los cargos que tenían, era hacerlos tenientes de los que de nuevo ponían; con lo cual era gobernado todo el campo por Incas. Cuando marchaba

(1) Y también de barro cocido.

el ejército en ordenanza de guerra, iban repartidos en diversos escuadrones por sus provincias y naciones, guardando cada una el orden de su antigüedad; de manera que aquellas naciones iban más cercanas al Inca que hacía más tiempo que le estaban sujetas, y más apartadas las que había menos.

Antes de venir á rompimiento con los enemigos, procuraba el Inca reducirlos por bien; y para esto les enviaba embajada, haciéndoles saber como su padre el Sol le enviaba á reducir las gentes á vida conforme á razón y sacarlas de la bárbara y bestial en que vivían; y si le hacían resistencia, intentaba primero apretarlos con cercos y con hambre; mas cuando estos medios no bastaban, venía á rompimiento y les daba la batalla.

El modo de pelear era embestir de tropel con gran vocería y algazara en sus contrarios, para amedrentarlos, sin guardar concierto y orden de escuadrones formados con la traza y distinción de partes que la milicia bien ordenada enseña. Tenían por cierto que era lícito en la guerra tomar toda la hacienda á los vencidos, diciendo, que siendo la voluntad del *Viracocha* darles la victoria, de allí se seguía que también fuesen suyos los bienes de los vencidos.

En las provincias recién conquistadas dejaban buen recaudo de guarnición y presidio que las tuviesen á raya, y personas que instruyesen á los nuevos vasallos en las costumbres, ritos y culto de sus dioses; porque á cuantos metían en su obediencia obligaban á recebir sus dioses y tener sus opiniones en lo tocante á su religión.

[redacted]



## CAPÍTULO X

### *Del conocimiento y uso que tuvieron de la medicina.*

DICHO queda en el libro precedente, cómo en todas las curas que hacían estos indios peruanos intervenían supersticiones y hechicerías; dejando, pues, ahora lo que allí se dijo desta materia de supersticiones, sólo trataré en este capítulo de lo que toca al arte de la Medicina, de sus médicos y modo que tenían en curar; que aunque gente bárbara y de poco saber, todavía, como el amor de la vida es natural á todos los hombres, él despertó á éstos á que buscasen medios como conservalla y defendella de lo que le puede dañar y empecer.

Sus médicos eran comúnmente viejos y experimentados, y con todo eso, alcanzaron muy poco conocimiento de las enfermedades con distinción y nombres particulares; y esta ignorancia es tan general en todos, que no hay indio, si no es muy ladino, que sepa hoy informar al médico de su dolencia y las causas de que puede haber procedido; pues en cualquiera dellas, preguntado el paciente lo que tiene, solamente responde que le duele el cuerpo, ó que le duele y se le aflige el corazón. Por lo cual el médico ha de regirse, como albéitar que cura un animal, por discursos hechos á su albedrío; de donde procedió, que como no supiesen las causas y apenas los efectos de las dolencias, no pudiesen conocer sus contrarios.

Lo más que alcanzaron fué á conocer algunos males de frío, que es el que más los ofende, no embargante que es nación con exceso cálida, como en su lugar dejamos dicho, y muchas yerbas para curarlos. Más conocimiento tuvieron

de heridas y llagas, como cosa patente y manifiesta, y de particulares yerbas para curarlas.

Nunca usaron de medicamentos compuestos; sus curas todas eran con yerbas simples, y entre ellos se hallaban algunos grandes herbolarios, de los cuales habemos nosotros venido á conocer las virtudes de muchas plantas que usamos ya en nuestras curas. También con simples solían hacer fomentaciones y perfumes, que aplicaban á calenturas y á otras dolencias.

Alcanzaron también á conocer ser provechosa la evacuación por sangría y purga; pero no supieron de pulso ni mirar la orina, ni menos tuvieron atención ni respeto en aplicar estas medicinas á las complexiones de los enfermos ni á las causas de que procedían los males; porque no tuvieron noticia de los cuatro humores más que de la sangre, sin investigar su naturaleza y propiedades.

Carecieron del conocimiento de las venas, y con todo eso usaban de sangrías á su modo, que era, en teniendo dolor en alguna parte, sangrarse allí con una punta muy aguda de pedernal. Las venas que más conocieron son las del cuello, llamadas orgánicas, y dellas solas sangraban cuando rompían vena, y no de los brazos ni de otra parte del cuerpo; y aun todavía usan algunos esta manera de sangrar y se han visto destas sangrías sucesos útiles, particularmente en aquella peste general que hubo en este reino el año de mil y quinientos y ochenta y nueve. Cuando se sentían cargados, usaban de yerbas para purgarse indiferentemente, sin conocer el humor que redundaba y era menester evacuar, porque no pretendían más que aliviar el cuerpo.

En lo que comúnmente más acertaban, era en curar heridas, para las cuales conocían yerbas extraordinarias y de muy gran virtud; y para que más claro se vea esto, contaré aquí una cura rara que hizo un indio en la ciudad de *Chuquiabo*, como la refiere un caballero que hubo en aquella

ciudad, llamado D. Diego de Ávalos (1), en ciertos papeles suyos que llegaron á mis manos, y es así: De una gran caída que dió un muchacho indio, hijo de *D. Alonso Quisumayta* (de la generación de los Incas), Cacique de la encomienda y repartimiento del dicho D. Diego, se le quebró una pierna por medio de la espinilla, de manera que el hueso della rompió la carne y se hincó en el suelo, donde se derramó mucha parte de la médula, lo cual prometía graves accidentes y dificultad en la cura: y por ser hijo de Cacique principal y de Real sangre, hizo el dicho caballero llamar los cirujanos que le curasen con todo cuidado; los cuales, viendo el daño que había recebido el paciente en la pierna, se determinaron de cortarla y de aventurar por este camino, porque, de no hacerlo, tenían por cierta su muerte. Mas como de tal remedio rara vez se haya visto buen suceso en este reino, hubo diversos pareceres en los circunstantes, y su padre del muchacho fué del contrario; el cual mandó llamar á un indio viejo, cuyo oficio era curar entre ellos, y le preguntó qué cura se le ofrecía para su hijo. El viejo se apartó un poco del camino (estaban fuera del pueblo) y cogió cierta yerba que luego quebrantó entre dos piedras, á fin de que no pudiese ser conocida, como no lo fué; y llegando donde el enfermo estaba, la exprimió, y con el zumo della mojó hilo de lana y con él le ató el hueso que salía de la carne y á raíz della, prometiendo cierta salud al enfermo; y otro día, estando presente el sobredicho D. Diego de Ávalos con otras personas, volvió el indio á curar al enfermo, y vieron todos los circunstantes, con no poca admiración suya, cómo el hilo de lana con el zumo de la yerba con su fortaleza había cortado el hueso sin dolor alguno, según el enfermo dijo; y aplicándole luego el viejo herbolario la misma yerba mezclada con otras, en

(1) Autor de la *Miscelánea Austral,* libro ya muy raro, impreso en Lima en 1602.

breve fué sano, quedando por señal un pequeño hoyo en la espinilla, por donde el hueso había salido; pero tan sano y ágil el mozo, como si semejante desastre no le hubiera sucedido.

Quedó tan deseoso de conocer aquella yerba el dicho D. Diego, que prometiendo buena paga al indio, con halagos y caricias le pidió se la mostrase; y aunque él prometió hacerlo, nunca lo cumplió, sino que le fué entreteniendo con varias excusas, hasta que el hielo del invierno quemó los prados, lo cual tuvo el indio por bastante causa para no cumplir la promesa.

## CAPÍTULO XI

### *De la ropa y telas que hilaban y tejían.*

MÁS abundancia de ropa tuvieron estos indios del Perú que los de las otras regiones deste Nuevo Mundo; porque allende del algodón, que es general en todas las tierras calientes dél, y de que también abunda este reino, por los muchos valles templados que en él hay fertilísimos desta planta, gozaban los peruanos de gran copia de lana de sus *Llamas* y *Vicuñas,* de que labraban la mayor parte de las telas y paños de que se vestían. Así la ropa de lana como de algodón hacen muy pintada de colores finos y labores curiosas; y tienen para teñirla tan perfectos colores de azul, amarillo, negro, y otros muchos, y sobre todos de carmesí ó grana, que hacen conocida ventaja á los de muchas partes del mundo y pueden competir con los mejores que en él se hallan. La tinte dan á la lana y algodón en pelo, antes de hilarlo, y después de sacada del telar la pieza, no usan darle ninguna.

Son muy pocos y fáciles los instrumentos con que labran estas telas; y comenzando por lo primero en que ponen la mano después de la tintura que lleva la lana ó algodón, las ruecas que usan para hilar no son más que un palillo de una tercia de largo y menos grueso que un dedo, con una argollica en la parte alta de lo mismo como una manilla, no del todo cerrada, en la cual acomodan el copo de lana ó algodón, y teniendo esta rueca en la mano izquierda, con la derecha traen el huso; y lo más común suele ser hilar sin rueca, revolviendo el copo en la muñeca. Hilan las indias no sólo en sus casas, sino también cuando andan fuera dellas, ora estén paradas, ora vayan andando, que como no lleven las manos ocupadas, no les es impedimento el andar para que dejen de ir hilando, como lo van las más que encontramos por las calles. Cuando hilan sentadas, suelen asentar el huso sobre algunos de sus platillos de barro. Si bien son comúnmente ningunas las que ejercen este oficio como propio suyo, con todo eso, en algunas partes lo tienen por no menos propio que los hombres. Después de hilado, doblan y tuercen el hilo, porque nunca lo tejen sencillo, y tuércenlo las mismas mujeres de la misma suerte que lo hilan; y á esto suelen algunas veces ayudar los varones, particularmente los viejos que no están ya para otro trabajo.

Sus telares son pequeños y de tan poca costa y [illegible], que con dos palos gruesos como el brazo, y [illegible] cuatro codos está armado un telar. En el un palo [illegible] la urdiembre y en el otro [illegible] y para que esté fija y tirante, hincan en el suelo [illegible] largas un palmo, dos á un lado y dos á otro [illegible] media las unas de las otras y [illegible] según la pieza que tejen; en las dos [illegible] los dos palos y el otro en las [illegible] queda un palmo levantada [illegible] á las puertas de sus casas [illegible] en sus patios cada vez que se ponen á tejer y en [illegible].

de obra, los levantan, arrollando en el un palo la urdiembre que estaba descogida, y dejan siempre hincadas en tierra las cuatro estacas sobre que lo asientan. Van apretando y tupiendo la tela con un hueso puntiagudo y liso; con el cual, sin otros aparejos é instrumentos, la sacan tan tejida y densa como nuestras sedas; y hacen los tejidos, así los llanos y sencillos como los labrados de colores y figuras, los bastos y los ricos y preciosos, á dos haces, que es obra de gran primor y que con razón nos admira.

Como sale la ropa del telar se la visten, sin que le hagan otro beneficio, ni aun lavarla (que nunca la mojan), por no haberlo menester, supuesto que se beneficia la lana sin aceite ni grasa. Nunca usaron ni supieron sacar el pelo á los paños, y así, todos sus tejidos quedan con el hilo de fuera, como nuestros lienzos y tafetanes; pero tan lejos está esto de ser fealdad en ellos, que antes los agracia y hermosea, particularmente á los sutiles y ricos, respeto de ser el hilo muy delgado y torcido doblado. Verdad es que desta falta de pelo nace que todas sus ropas sean de muy poco ó ningún abrigo, y que más sirvan de cubrir las carnes que de defenderlas del frío.

Tejen ropa de algodón basta y delicada: una blanca, de su color natural, y otra de colores; désta labran algunas piezas de un solo color, y otras de muchos; dellas vareteadas y listadas, de su color distinto cada lista, y dellas con figuras varias de animales, flores y de otras cosas.

No recibe tan bien el tinte el algodón como la lana; porque, puesto caso que cuando nuevo tiene los colores vivos, con el uso se le van amortiguando y perdiendo; lo cual no pasa en la ropa de lana, que siempre conserva los colores que le dan enteros y sin deslustrarse. Solos los indios *yuncas* y los moradores de los llanos y costa de la mar vestían algodón, que los de la Sierra, que es la mayor parte del reino y en que entraba la nobleza antigua de los Incas y Orejones, hacen sus ropas de lana.

Cinco diferencias hacían antiguamente de ropa y tejidos de lana: una basta y grosera, que llaman *Abasca*; otra muy fina y preciosa, llamada *Cumbi*; la tercera era de plumas de colores entretejidas y asentadas sobre *Cumbi*; la cuarta como tela de plata y oro bordada de *Chaquira*; y la quinta una tela muy basta y gruesa que servía de alfombra, tapete y frezada. La ropa de *Abasca* tejían de la lana más basta de las *Llamas* ó *Carneros de la tierra*, y della se vestían la gente plebeya. Labrábanla casi toda de color de la misma lana, si bien tenían algodón; la de *Cumbi*, de la lana más fina y escogida, y los más delicados y preciosos *Cumbis*, de lana de corderos, que es sutilísima. Labraban algunos tan delgados y lustrosos como *gorbarán* (1), y dábanles los mismos colores que al algodón. Destas ropas se vestían los Reyes, grandes Señores y toda la nobleza del reyno, y no la podía usar el común del pueblo. Tenía el Inca en muchas partes oficiales muy primos, llamados *Cumbicamayos*, que no entendían en otra cosa que en tejer y labrar *Cumbis*. Éstos eran de ordinario varones, aunque también las *Mamaconas* solían tejerlos y eran los más finos y delicados los que salían de sus manos. Los muy ricos que labraban para el Inca y grandes Señores, eran de lana de *Vicuñas*, ó todos, ó parte; y también solían mezclar en ellos pelo de *Vizcacha*, que es muy sutil y blando; y también de murciélagos, que es más delicado que todos.

Los telares en que tejían estos *Cumbis*, particularmente las piezas grandes para tapicería, eran diferentes de los comunes; hacíanlos de cuatro palos en forma de bastidores, y poníanlos levantados en alto arrimados á una pared, y allí iban los *Cumbicamayos* con muchos hilos y espacio haciendo sus labores, las cuales salían muy perfectas y acabadas, igualmente á dos haces; y el día de hoy suelen hacer reposteros de lo mismo con los escudos de armas que les

(1) Especie de alepín.

[redacted]



mandan; si bien el *Cumbi* que ahora labran no llega con mucho á la fineza del antiguo.

Las telas de plumería eran de mayor estima y valor, y con mucha razón; porque las que yo he visto, son mucho de estimar donde quiera. Labrábanlas en el mismo *Cumbi*, pero de forma que sale la pluma sobre la lana y la encubre al modo de terciopelo. El aparejo que tenían para este género de telas era muy grande, por la innumerable multitud y variedad de aves que cría esta tierra de tan finos colores, que excede todo encarecimiento.

Aprovechabanse para esto de solas las plumas muy pequeñas y sutiles, las cuales iban cogiendo en la trama con un delgado hilo de lana y echándolas á un lado, haciendo dellas las mismas labores y figuras que llevaban sus más vistosos *Cumbis*. El lustre y resplandor y visos destas telas de pluma eran de tan rara hermosura, que si no es viéndolo, no se puede dar bien a entender. Entre las demás cosas de que los españoles, cuando entraron en esta tierra, hallaron llenos los depósitos del Inca, una de las más principales era gran cantidad de pluma preciosa para estos tejidos; casi toda era de tornasol con admirables visos, que parecían de oro muy fino.

Otra suerte habia de un tornasol verde dorado; y era inmensa la cantidad que había de aquella pluma menudita, que crian en el pecho los pajarillos que llamamos *Tominejos* en una manchita poco mayor que una uña; parte estaba hilada en hilo muy delgado, y parte por hilar, metida en petacas, que eran los baules y arcas destos indios. La ropa que bordaban de *Chaquira* se tenía por la más preciosa de todas. Era esta *Chaquira* unas cuentecitas de oro y de plata muy delicadas, que parecía cosa de espanto ver su hechura; porque estaba toda la pieza cuajada destas cuentecitas, sin que pareciese hilo, á manera de ropa de red muy apretada.

La tela más basta y gruesa que hacían se decía *Chusi;*

no era para vestirse della, sino para frezadas, alfombras y otros usos: algunas tejían tan gruesas como el dedo, porque el hilo de la trama era una cuerda de lana de ese grosor. Comparando esta diversidad de telas con las nuestras, podemos decir que la ropa de *Abasca* corresponde á nuestros paños de lana; la de *Cumbi* á nuestras sedas; la de pluma á nuestras telas de plata; la de *Chaquira* á nuestros brocados; y los *Chuses* al sayal, gergas y frisas; y ultimamente, la ropa de algodón á nuestros lienzos.

## CAPÍTULO XII

### *De los edificios de los Incas y modo de fabricarlos.*

TENÍAN los Reyes Incas gran número de arquitectos y maestros de cantería, que aprendían el oficio con gran perfección y vivían dél; los cuales no hacían otras obras más que las del Rey, que los traía siempre ocupados en las muchas fortalezas, templos y palacios que por todo su reino hacía edificar; y fueron tantos y tan soberbios estos edificios, como vemos hoy por las ruinas y pedazos dellos que han quedado en muchas partes; porque no había provincia en todos sus estados que no estuviese ilustrada con estas fábricas de cantería labradas con primor.

La traza dellas no tenía mucha arte, porque los templos eran ordinariamente de sola una pieza grande.

Las fortalezas estaban cercadas de una muralla no muy alta, gruesa y seguida, sin los reparos y defensas que las nuestras.

Los palacios y casas Reales ceñía y cercaba una gran muralla como alcázar y fortaleza, puesta en cuadro, y dentro della había edificadas muchas piezas y aposentos; por

[redacted]



de obra, los levantan, arrollando en el un palo la urdiembre que estaba descogida, y dejan siempre hincadas en tierra las cuatro estacas sobre que lo asientan. Van apretando y tupiendo la tela con un hueso puntiagudo y liso; con el cual, sin otros aparejos e instrumentos, la sacan tan tejida y densa como nuestras sedas; y hacen los tejidos, así los llanos y sencillos como los labrados de colores y figuras, los bastos y los ricos y preciosos, á dos haces, que es obra de gran primor y que con razon nos admira.

Como sale la ropa del telar se la visten, sin que le hagan otro beneficio, ni aun lavarla (que nunca la mojan), por no haberlo menester, supuesto que se beneficia la lana sin aceite ni grasa. Nunca usaron ni supieron sacar el pelo á los paños, y asi, todos sus tejidos quedan con el hilo de fuera, como nuestros lienzos y tafetanes; pero tan lejos está esto de ser fealdad en ellos, que antes los agracia y hermosea, particularmente a los sutiles y ricos, respeto de ser el hilo muy delgado y torcido doblado. Verdad es que desta falta de pelo nace que todas sus ropas sean de muy poco ó ningun abrigo, y que mas sirvan de cubrir las carnes que de defenderlas del frío.

Tejen ropa de algodón basta y delicada: una blanca, de su color natural, y otra de colores; désta labran algunas piezas de un solo color, y otras de muchos; dellas vareteadas y listadas, de su color distinto cada lista, y dellas con figuras varias de animales, flores y de otras cosas.

No recibe tan bien el tinte el algodón como la lana; porque, puesto caso que cuando nuevo tiene los colores vivos, con el uso se le van amortiguando y perdiendo; lo cual no pasa en la ropa de lana, que siempre conserva los colores que le dan enteros y sin deslustrarse. Solos los indios *yuncas* y los moradores de los llanos y costa de la mar vestían algodón, que los de la Sierra, que es la mayor parte del reino y en que entraba la nobleza antigua de los Incas y Orejones, hacen sus ropas de lana.

labradas de modo, que encajan muy al justo; la cual obra no podía dejar de ser muy pesada y prolija; porque, para encajar unas piedras en otras, era necesario quitallas y ponellas muchas veces para proballas, y siendo tan grandes como vemos, bien se echa de ver la mucha gente y sufrimiento que sería menester. Las más destas piedras eran llanas y derechas, sacadas á plomo, si bien hacían algunas un poco inclinadas para dentro.

Las paredes y murallas de sillería eran más comunes y usadas que de mampostería, y por la mayor parte las levantaban derechas, de piedras iguales desde el suelo hasta arriba, asentadas inmediatamente unas en otras, tan ajustadas, que en algunos edificios no cabe una punta de alfiler por las junturas. Fuera destas paredes llanas, que aunque ordinarias entre ellos eran tan pulidas como las más primas de las nuestras, labraban otras con más arte y curiosidad, cual es un lienzo entero que permanece todavía en la ciudad del Cuzco en el monasterio de Santa Catalina. Labraban estas paredes, no derechas á plomo, sino tanto cuanto inclinadas para dentro. Las piedras son perfectamente cuadradas, pero de tal forma, que vienen á tener la misma hechura y labor que una piedra de anillo que los plateros llaman jaquelado, con dos órdenes de cantos y esquinas; de modo que entre dos piedras (destas ajustadas) queda formada una canal de los cantos menores y relevados de cada una. Y vese otro primor en esta obra, y es, que no son iguales todas las piedras della, más que las de cada hilada entre sí, y como va subiendo la pared, van siendo menores, porque la segunda hilada consta de piedras más pequeñas que las de la primera, y las de la tercera son así mismo menores que las de la segunda; y por este orden van proporcionadamente disminuyéndose cuanto más sube la obra; y así, la pared sobredicha desta fábrica, que hasta hoy está en pie, teniendo los sillares de la primera hilada de un codo y más de diámetro, vienen á ser los postreros del tamaño

de azulejos; y sube esta pared tres ó cuatro estados en alto, la cual es la más artificiosa y de mayor primor de cuantas obras yo he visto de los Incas.

Decimos que los indios no usaban de mezcla en estos edificios, sino que todos eran de piedra seca, lo uno porque no los hacían con cal y arena (que no conocieron este género de mezcla), y lo otro, porque por la haz exterior ajustaban las piedras sin poner cosa entre ellas; mas no porque dejasen de estar por enmedio unidas con alguna mezcla, que sí lo estaban, para henchir los huecos y afijar las piedras; y lo que echaban, era cierta greda colorada y muy pegajosa, que ellos llaman *Llanca*, de que hay abundancia en la comarca del Cuzco; lo cual observé yo viendo derribar un pedazo de aquella pared del dicho monasterio de Santa Catalina, para edificar la iglesia que ahora tiene.

Lo que más nos admira á los que nos ponemos á mirar estos edificios, es el considerar con qué herramientas é ingenios pudieron traer estas piedras de las rocas y canteras, labrarlas y ponerlas adonde están, no teniendo instrumentos de hierro, ni máquinas de ruedas, ni usando de regla, escuadra, ni plomada, ni de otro género de los aparejos é instrumentos que usan nuestros artífices; y verdaderamente es consideración ésta que con razón causa espanto y por donde se saca la multitud de gente que era menester para estas fábricas; porque vemos piedras de tan prodigiosa grandeza, que cien hombres no eran bastantes para labrar en un mes una sola; de donde se hace creible lo que afirman ellos, y es, que cuando se labraba la fortaleza del Cuzco, trabajaban en ella de ordinario treinta mil personas; y no es de maravillar, porque la falta de instrumentos, ingenios y maña forzosamente había de acrecentar el trabajo, y así lo hacían todo á fuerza de brazos.

Los instrumentos que tenían para cortar las piedras y labrarlas, eran guijarros negros y duros de los ríos, con que labraban machacando más que cortando. Traíanlas, hasta

[redacted]



donde era menester, arrastrando; y como carecían de grúas, ruedas é ingenios para subirlas, hacían un terrapleno escarpado arrimado á la obra, y por él rodando las subían; y cuanto iba creciendo el edificio, tanto iban levantando el terrapleno; la cual traza vi usar en la catedral del Cuzco que se va edificando; porque como los peones que trabajan en la obra son indios, los dejan los maestros y arquitectos españoles que se acomoden á su uso, y ellos hacen para subir la piedra los dichos terraplenos, arrimando tierra á la pared hasta emparejar con lo alto della (1).

## CAPÍTULO XIII

### *De las puentes que hacían en los ríos.*

LA necesidad hizo á estos indios inventar cosas extrañas y muy diversas de las que nosotros usamos para el mismo efecto que ellos las inventaron. No supieron hacer puentes de piedra en los ríos, porque no tuvieron noticias de la mezcla de cal y arena; ni alcanzó su arquitectura á fabricar arcos, ni todos los ríos, por su furiosa corriente y tempestuosas crecientes y avenidas, sufrían hincasen postes en ellos ni pasarse con balsas ni otro género de embarcación; y así buscaron y hallaron otras trazas peregrinas, como pasarlos á cada uno de la manera que más comodidad ofrecía, según su grandeza y disposición; de suerte que ni por muy ancho que fuese ni por muy caudaloso y rápido, se les escapó ninguno que no lo sujetasen á su industria. Los ríos mansos, aunque fuesen muy grandes y profun-

(1) Dato tan autorizado como importante á la historia de la antigua arquitectura peruana.

dos, los navegaban y pasaban con sus embarcaciones; en los demás era la dificultad, pero vencíala su ingenio y trabajo en los ríos que tenían la canal estrecha y recogida entre peñas, de suerte que de una banda á otra alcanzasen vigas largas; atravesaban algunas, las cuales, con otros palos delgados y rama que echaban encima, servían de puentes. En los muy anchos, donde no alcanzaban vigas, usaron de dos géneros extraños de pasaje ó puentes, llamadas *Oroya* la una, y á la otra damos nombre nosotros de puente de crizneja, por las cuales se pasan hasta hoy casi todos los ríos en que ellos las tenían antiguamente; y pone gran cuidado el Gobierno en que los mismos indios que solían hacerlo en tiempo de los Incas, acudan ahora á reparallas y conservallas, porque si faltasen, no se podría caminar por la mayor parte deste reino.

La *Oroya* es una maroma ó soga de *Hicko* ó de bejucos tan gruesa como la pierna, la cual amarran muy tirante de ambas orillas del río á dos peñascos, si los hay, y si no, á fuertes pilares ó estribos hechos de piedras; y á veces viene á estar levantada del agua diez y más estados, conforme á la disposición de sus riberas. Desta soga cuelgan un cesto como de vendimiar, con su asa redonda y arqueada, por la cual entra la maroma, y en él meten al hombre y tiran de la orilla con otra soga delgada que está atada á dicho cesto, el cual va corriendo y deslizándose por la maroma hasta llegar al cabo; y no sólo pasan los hombres en estos cestos, sino también fardos de ropas y cuantas cosas quieren.

En otras *Oroyas* no hay cestos, sino que atan al hombre muy bien, de modo que aunque se turbe y desvanezca no pueda caer, y colgado en el aire de la maroma de un palillo como de cincha, que corre sobre ella, lo tiran de una banda á otra. De ambas suertes he pasado yo ríos; de la primera pasé el río de *Apurima*, y de la segunda el de *Jauja*, por el pueblo de *San Jerónimo de la Oroya*, deste ar-

[redacted]



zobispado de Lima; en el cual pueblo sucedió poco después que yo pasé un cuento donoso, y fué así:

Andaba en este reino un volatín que ganaba su vida á voltear en una maroma, el cual, yendo camino, llegó al dicho pueblo, y queriendo pasar por la *Oroya*. no acudieron tan pronto los indios que tienen á cargo el pasaje, por lo cual el volatín se subió en la maroma y pasó por ella tan derecho como si anduviera por tierra. Los indios del pueblo que estaban á la mira, quedaron como pasmados de ver tal cosa, y cobraron tanto miedo al volatín, pensando que era algún espíritu en figura humana, que echaron á huir.

La manera de puente más usada y frecuente es la que llamamos de crizneja, la cual hacen desta manera: de una parte y otra del río labran dos grandes padrones ó estribos de piedra del propio modelo que son las murallas y paredes de que trató el capítulo pasado, salvo que sacan los cimientos muy hondos y fuertes; la pared va más gruesa é inclinada un poco para la tierra; será larga de treinta á cuarenta pies y alta otro tanto ó más según la altura de la barranca del río. De los remates y esquinas de cada estribo salen sendas paredes de lo mismo hacia la parte de tierra, quedando en medio hueco, al talle de un aposento cuadrado que tuviese solas tres paredes y le faltara la de un lado ó testero. Entre aquellas dos paredes de cada estribo atraviesan cuatro ó seis vigas gruesas, puestas por su orden como las del techo de una sala, en que amarran la puente; y cuando en la orilla del río hallan peñas vivas, dellas hacen estos estribos.

Forman la puente de rama delgada y correosa como mimbres, tejiendo unas trenzas ó criznejas delgadas, y de tres déstas otra más gruesa, y desta suerte van haciendo de unas otras, hasta que viene á quedar la maroma ó crizneja última tan gruesa como el cuerpo de un muchacho. De cinco criznejas destas gruesas hacen una puente, y para

pasarlas de la una ribera del río á la otra, las atan cada una con una soga gruesa, y cada una destas sogas con una cuerda delgada, y ésta lleva un indio á nado ó en una balsa, y tiran por ella la soga gruesa y por ésta tira gran multitud de gente la crizneja, que por ser muy pesada, y resistir la corriente del agua, es menester mucha fuerza para levantarla. Habiendo pasado todas cinco criznejas, las echan por encima de los estribos y las amarran en aquellas vigas que dije, haciéndoles dar á cada una de por sí una vuelta por cada viga, para que queden tirantes y no se aflojen; pero por más que las tiren, como su peso es tan grande, la puente hace baga (1) y queda con figura de arco, de modo que, al entrar en ella, se desciende hasta enmedio, y desde allí se sube hasta el cabo; y en soplando viento recio, se está meciendo. Las tres criznejas de las cinco sobredichas ponen por suelo, y las otras dos por pretiles, á cada lado la suya. Sobre las tres del suelo, y atados fuertemente á ellas, ponen palos delgados como el brazo, atravesados y juntos en forma de zarzo, que toman el ancho de la puente, que será de seis á ocho pies, y sobre estos palos suelen echar otros más delgados ó rama menuda. Los lados destas puentes, desde el suelo hasta las criznejas que sirven de pretiles, cubren y entretejen con rama por todo lo largo dellas, quedando hechas dos paredes, que más sirven de quitar el miedo á los que pasan que de arrimo.

Desta manera quedan estas puentes fuertes y seguras para que pasen hombres y bestias cargadas, aunque se mecen y menean al pasar. Verdad es que la gente próvida, por prevenir cualquier desastre, descarga las bestias y hace pasar la carga en hombros de indios; y los caminantes se apean de las cabalgaduras y las pasan á pie.

Las más largas destas puentes de criznejas que yo he visto y pasado, son las del río de *Vilcas,* diócesis de *Gua-*

(1) Lo mismo que comba.

*manga*, y la del de *Apurima*, diócesis del Cuzco; de las cuales la mayor tendrá doscientos pies de largo. Es necesario renovar estas puentes cada año, y acuden á hacerlo los pueblos comarcanos. No trato aquí de la puente del desaguadero de la laguna de *Chucuito*, que es de la forma que la de Sevilla, por ser singular; describirla hé en la descripción de aquella provincia, que irá en la Segunda parte desta Historia (1).

## CAPÍTULO XIV

### *De sus embarcaciones.*

PUESTO caso que las gentes deste Nuevo Mundo carecieron de naves y del arte de navegar en alta mar y con la comodidad y concierto que navegamos nosotros; todavía, constreñidas de la necesidad, inventaron varias suertes de embarcaciones pequeñas, fabricándolas cada nación de los materiales que llevaba su tierra, sin buscarlas para este menester de fuera della; de las cuales se servían si no para sulcar grandes mares y contratar en remotos puertos de regiones apartadas, á lo menos para la pesquería en mar, lagos y ríos, para sus cortos tratos en las riberas de los amigos comarcanos, y robar en las de sus enemigos, para sus guerras y asaltos, y principalmente para pasar ríos, lagunas, brazos de mar, esteros y bahías; y aunque es grande la diversidad destas embarcaciones que los de regiones diferentes usaban, con todo eso, como el gran imperio de los Incas abrazaba tantas provincias y naciones, hallamos dentro de sus límites cuantas maneras de bajeles y embarcaciones hay en esotras partes de Indias.

La embarcación más general y común en toda la Amé-

(1) Perdida hasta hoy desgraciadamente.

rica es la *Canoa,* de la cual usan los indios *yuncas* y los habitadores de tierra de montaña y fértil de árboles gruesos, de que se labra. Ésta es una barca ó naveta de una pieza, hecha de un madero grueso vaciado de manera que viene á tener forma de artesa, salvo que por de dentro es á manera de una acequia cavada en tierra, pareja, honda y angosta, y por de fuera redonda, casi con la misma figura que tenía el tronco de que se hizo. El suelo es un poco llano y sin quilla, y el grueso de todo el canto en redondo de no más de dos ó tres dedos; y como la madera de que se forma es liviana (porque comúnmente es un árbol llamado *Ceyba),* lo queda ella tanto ayudada de su forma y talle, que con poca fuerza de viento ó remos vuela sobre el agua, haciendo conocida ventaja en ligereza á todo género de barcos. Pero en el mismo grado que es ligera, es embarcación peligrosa; y así, no se puede navegar en ella sino en bonanza; porque en levantándose cualquier borrasca ó vaivén de los que van en ella, lo uno, por no llevar lastre, y lo otro por su figura redonda y poco peso, suele volcarse con la facilidad que se vuelca un palo redondo en el agua; por lo cual, todos los que navegan en este género de embarcaciones, conviene sean buenos nadadores; y sonlo tanto los indios, que en volcándose la canoa, saltan al agua, y, nadando, la vuelven y enderezan; que como es tan liviana, nunca se hunde, aunque se llene de agua, la cual vacian con calabazos que llevan para ello; y tornando á entrar en ella, prosiguen su viaje y ejercicio.

Hácenlas del tamaño que sufre el tronco en que se cavan; unas son tan grandes, que tienen de cincuenta á sesenta pies de largo, y tan anchas, que cabe atravesada una pipa de vino; otras, tan pequeñas, que no son capaces de más carga que dos personas. Navegan á vela y remo é impelidas con palancas; no sufren más que una pequeña vela, la cual ordinariamente es de algodón; lo más usado es con remos, y como la embarcación es de particular traza, lo

son también los remos, á los cuales llamamos canaletes, y son de un solo palo, mayores ó menores en proporción de la canoa; su hechura es de pala de horno del anchor de dos manos, con un lomillo enmedio como de espada; los cantos más delgados y puntiagudos.

Los canaletes mayores serán de un estado; la mitad es la pala, y la otra mitad un palo redondo que nace de la misma pala, del grosor y hechura de una muleta de cojo, porque el remate es ni más ni menos que la cabeza de una muleta. Los remeros van en pie á los lados de la canoa en hilera, y el movimiento de los brazos al bogar es como de quien cava con un azadón.

Cuesta gran trabajo á los indios labrar estas canoas, porque las cavan golpeando los maderos con hachas de piedra enhastadas y dándoles fuego por la parte que los desbastan; de modo, que á poder de golpes y fuego los vacian; pero, después de acabadas, nunca hacen más costa, por no ser menester calafetearlas ni hacerles otro beneficio. En muchas partes usan destas embarcaciones los españoles, y yo he navegado en ellas hartas veces.

El nombre de *Canoa* es tomado de los indios de la *Isla Española*, si bien en otras tierras y lenguas tiene distintos nombres. Los indios de *Tierra Firme* la nombran *Piragua*, y de solos estos dos usamos nosotros, aunque con esta distinción: que solamente damos nombre de *Piraguas* á cierta suerte de canoas grandes, que aunque lo que dellas entra en el agua es de una pieza, le añaden á los bordos unas tablas ó zarzos de cañas betunados, con que vienen á quedar más altas y anchas que las canoas comunes.

Los indios de la parte Austral del *Reino de Chile* hacen las canoas de tres tablas, la una debajo y las dos por los lados; la de abajo hacen un poco corva, con las puntas algo levantadas, á la cual ajustan las otras dos torciéndolas con fuego hasta que los cantos quedan iguales. Así juntas, las cosen con un hilo grueso hecho de ciertas Cañas bravas

majadas, agujereando por donde ha de entrar el hilo con un diente de animal; mas ahora que tienen nuestros instrumentos de hierro, horadan las tablas con una barrena. Hacen estopa de hojas de árboles majadas, con que tapan las junturas y barrenos; y como quedan no bien calafeteadas estas embarcaciones, hacen tanta agua, que es menester que vaya siempre un muchacho echándola fuera con un calabazo mientras navegan; y en llegando á tierra, las varan en la playa, porque no se aneguen. Solas estas tres maneras de embarcaciones hallamos entre los indios con bordo y concavidad ó hueco dentro; todas las demás que usan son balsas rasas, de que hay muchas diferencias.

Donde se carece de madera buena para balsas, las hacen los indios de otros materiales, al parecer bien desproporcionados para semejantes efectos. Las más comunes deste Reino son hechas de Enea seca ó de otro linaje de juncos, y fórmanlas desta manera: lían con cuerdas dos haces de Enea del grandor que ha de ser la balsa, los cuales quedan bien apretados y redondos, con la punta de la proa delgada, de modo que por enmedio sean más gruesas y vayan desde allí adelgazando hacia los cabos, no igualmente, porque el que ha de servir de popa queda más grueso, si no es que ambos remates hayan de tener forma de proa, como la tienen muchas balsas, que en tal caso adelgazan por igual las puntas de los dichos haces; los cuales juntan luego enparejándolos á lo largo, punta con punta y cabeza con cabeza, y átanlos fuertemente, y sin más costa ni artificio queda en toda su perfección la balsa, con el suelo que asienta en el agua llano, ó en forma de canal, para que no se vuelque ligeramente, y de la misma figura la parte de arriba, donde se pone la carga. La punta ó proa queda levantada hácia arriba un poco más que lo restante de toda la balsa; y cuando ella tiene dos proas, dan á entrambas la misma forma. Las más pequeñas destas balsas tienen poco más que cuatro codos de largo, y de ruedo, por la parte

más gruesa, cuanto la puede abrazar un hombre. Las mayores son largas de quince á veinte pies y gruesas diez ó doce. Las primeras no sufren más porte que una ó dos personas, y de las segundas hay algunas que caben doce; y de dos grandes unidas y atadas, se hace una capaz de llevar bestias y ganados.

Unas y otras andan en la mar, ríos y lagos; si bien es verdad que las grandes no suelen servir más que de pasar ríos y lagunas, y las pequeñas de pescar en la mar. Ni las unas ni las otras sufren velas, que por su gran ligereza se trastornaran con muy poco viento, y así las mueven con remos y palancas. Los indios pescadores destas cóstas del Perú entran cuatro y seis leguas la mar adentro en balsillas tan pequeñas, que, saliendo de sus casas, lleva cada uno la suya á cuesta á la mar, y echándolas al agua, suben en ellas; y sentados en medio, van con extraña ligereza veinte, cuarenta y más indios juntos, cada uno en la suya, que, miradas de lejos, más parecen peces grandes que embarcaciones. Bogan con una raja de caña de las gruesas, del anchor de la mano y larga una braza, la cual asen por enmedio con ambas manos, y atravesándola sobre la balsa, con la una punta por un lado y con la otra por el otro, alternadamente afirmando en el agua, impelen tan velozmente las balsillas, que van sobre el agua como unos pájaros; mas con poca mareja que se levante, se mojan bien los pescadores y cuanto llevan, porque no sobrepuja un palmo la superficie de la balsa á la del agua.

Vueltos los indios á la ribera, varan sus balsas, y cargando cada uno la suya, se tornan con ella á su casa, donde las deshacen y tienden al sol la Enea, para que esté enjuta para el siguiente día; de modo que es embarcación ésta de tan poco ruido (dejada aparte su seguridad, que no es muy grande), que por la mañana se fabrica y forma, y después de haber andado en el agua gran parte del día, á la tarde se desbarata y deshace.

No muy desemejantes á éstas en la forma, si bien en la materia diferentes, son otras balsas que usan los indios de la provincia de *Arica.* Hácenlas de dos cueros de Lobos Marinos llenos de aire, los cuales atan uno con otro al modo de los dos haces de que se hacen las de Enea. En cada una va solo un indio, y entra á pescar en la mar tanto trecho como en las otras. Mas porque estas balsas suelen aflojarse en el agua y descrecer, para que no se hundan, lleva cada indio un cañuto, y enmedio de la mar se pone de cuando en cuando á desatarlas y rehenchirlas á soplos, como si fueran pelotas de viento. Son tan livianas y ligeras en el agua, como la materia de que son compuestas, que es aire; nunca se les ponen velas, como ni á las de Enea, y sólo se navega en ellas á remo, como en las primeras.

Aún de menos artificio y traza es otro género de balsas, que no sirven sino para pasar ríos. Fórmanlas de muchas calabazas secas y enteras, con no más disposición y orden que meter buena cantidad dellas en una red, y cada redada es una balsa, encima de la cual se pone la gente que ha de pasar, y los balseros ó bogadores van á nado, uno ó dos delante, tirando della con unas cuerdas asidas de la frente á manera de caballos de carroza, y otros detrás, también nadando, que, puestas las manos en la popa de la balsa, la van echando adelante, haciendo fuerza con los pies en el agua. Con este género de balsas se suele pasar el río de *Santa,* que es de los más caudalosos y rápidos que por esta costa entran en la *Mar del Sur.*

Para sólo este mismo efecto de pasar ríos hacen en otras partes balsas de cañas, las cuales son de forma de zarzos de uno ó dos palmos de grueso, atados muchos haces pequeños de caña á unos palos atravesados, sobre que se funda la balsa. Es embarcación tan segura como las de arriba, mas no para salir enjutos della; porque si la cargan mucho, se hunde con el peso hasta emparejar con la superficie del agua, y aun llega á esconderse en ella si la carga es dema-

[redacted]



siada. Llegando yo al río de *Apurima* el año de mil y seiscientos y diez y seis, en ocasión que se había quebrado la puente, lo pasaban en unas destas balsas y por *Oroya*, y aunque me descontentaron ambos pasajes, escogí antes que me metiesen en un cesto y pasarlo en el aire por la *Oroya*, que fiarme de la balsa de cañas, por el riesgo de mojarme con que ví pasar á otros.

Las mayores balsas que usan los indios peruanos que habitan cerca de montañas, como los de los puertos de *Payta*, *Manta* y *Guayaquil*, son compuestas de siete, nueve ó más maderos de Palo de balsa, por este orden: que los atan á lo largo unos con otros con *Bejucos* ó cuerdas sobre otros atravesados; el de enmedio es por la proa más largo que los otros; los cuales van siendo más cortos unos que otros cuanto más se apartan á los lados; de suerte que vienen á quedar en la proa con la figura y proporción que guardan los dedos de la mano extendida, puesto que por la popa son iguales; encima hacen tablados, para que no se moje la gente y ropa que va en ellas con el agua que les entra por las junturas de los leños. Navegan por la mar á vela y remo, y son algunas tan grandes, que caben holgadamente cincuenta hombres. El peligro que tiene esta embarcación, es ser muy aparejada para si los indios quieren urdir alguna traición, porque la pueden ejecutar de improviso, desatando sutilmente los palos y deshaciendo el compuesto; y ellos, como son grandes nadadores y no les impide la poca ó ninguna ropa que llevan encima, escapan nadando, y los que no saben nadar perecen ahogados. Así lo hicieron los isleños de la *Puná* con los soldados del Inca que los pretendió conquistar.

---

## CAPÍTULO XV

*De los artífices plateros que tenían los Incas, y de los demás oficios que los indios aprendían y usaban.*

HALLAMOS entre estos indios cosas de plata y oro hechas antiguamente por ellos con tanto primor, que nos admiran, atento las pocas herramientas y falta de instrumentos que tenían para obrarlas. Porque carecían de fragua, y no hacían más que echar el carbón en el suelo, y en lugar de fuelles, soplaban con unos cañones de cobre largos tres ó cuatro palmos. Carecían así mismo de tenazas, martillos, limas, cinceles, buriles y de los otros instrumentos de nuestros plateros, y con solas tres ó cuatro suertes de herramientas de piedra y cobre labraban todas sus obras. Por ayunques usaban de piedras llanas muy duras; el martillo era un pedazo de cobre cuadrado tan grueso como el puño, de hechura de un dado con las esquinas muertas, y no le ponían cabo de palo, sino que golpeaban con él la plata al modo que cuando con una piedra partimos ó majamos alguna cosa. Destos martillos tenían tres ó cuatro diferencias; los mayores eran del tamaño dicho, y los otros medianos y pequeños.

No conocieron el uso del torno, y con todo eso no parece que les hacía falta. Finalmente, con tan pocos instrumentos y aderezos sacaban piezas de plata y oro muy curiosas. No alcanzaron muchas de nuestras obras y labores; lo más que hacían era cincelado, figurando y esculpiendo en sus obras animales, flores y otras cosas de imperfecta forma y dibujo.

Tampoco supieron dorar las hechuras de plata, ni hacer

en ellas relevados y sobrepuestos (1). No trabajaban en pie, sino sentados en el suelo.

Tenían los Reyes Incas gran número de plateros en todas las provincias de su dominio, en las cuales aún duran todavía muchos de los que han ido sucediendo á los que había cuando los españoles vinieron, y trabajan hasta hoy con los mismos instrumentos y casi del mismo modo que antiguamente, pero con más primor, porque con lo que de nuestros plateros han aprendido y tomado de instrumentos y artificio, se han perfeccionado mucho (2).

Hase de advertir aquí, que estos artífices y maestros que con estudio aprendían y ejercitaban estos oficios, no eran oficiales públicos y comunes que trabajaban para cualesquiera del pueblo que se lo pagase, como se usa entre nosotros, sino que sólo se ocupaban en servicio del Inca y de los grandes Señores y *caciques,* para quien solamente hacían sus obras; y así, fuera destos tres ó cuatro oficios, conviene á saber, *Cumbicamayos* ó tejedores de *Cumbis;* canteros y plateros, que los aprendían y profesaban personas que por toda la vida se dedicaban á ellos y los usaban, como queda dicho, en servicio de los Señores, los demás indios del común, fuera de los principales y nobles, todos sabían hacer cuanto habían menester para pasar la vida, desdel zapato que calzaban hasta el tocado que se ponían en las cabezas, la casa en que vivían y el sustento que comían, sin que hubiese ninguno que no lo hiciese por sus manos, desde trasquilar la lana de la Oveja, hasta vestírsela; con que no tenían necesidad que nadie les ayudase ó les hiciese algunas déstas. Por lo cual faltó en estas gentes una sentencia de Plutarco que dice «no haber quien no tenga

(1) Esto no es exacto. En nuestro Museo Arqueológico y en otros de Europa hay vasos de plata con labores relevadas (reempujadas, que decía Arfe y Villafañe) y piezas con sobrepuestos, y algunas doradas.

(2) Pero abandonando casi en absoluto el estilo indígena antiguo, ó bastardeándolo con imitaciones de nuestras obras.

necesidad de ajena ciencia», pues cualquiera destos indios sabía hacer sus sementeras y los instrumentos y aparejos necesarios para ellas; aderezar su comida; tejer sus telas, hacer su calzado, su cama, su bebida y todo á esto concerniente; finalmente, no había cosa en las alhajas de sus casas, y en todo aquello de que tenían necesidad para vivir, que no hiciesen por su mano; y esto, no tanto porque fuese gente muy industriosa, cuanto porque se contentaba con poco; que su entendimiento corto y poco inventivo fué causa de que tuviesen todos estos ministerios tan poco artificio, que cualquiera que á hacerlos se ponía, los sabía luego usar como el que los inventó; porque las casas ordinarias no tenían más traza que chozas ó cabañas de pastores, y á este talle era su vestido, su calzado y lo demás.

Como no tenían conocimiento del hierro, los instrumentos que usaban para labrar cuanto hacían en sus oficios, eran de cobre, de palo y de piedras muy duras.

De peso ni medida supieron poquísimo, porque ni peso ni medida de cosas líquidas tuvieron; el *Maíz* y todo género de semillas medían como por almudes con una medida llamada *Collo*, que comúnmente hacían de una calabaza seca, aunque también las tenían de plata y de madera. Lo que medían con más concierto eran las tierras de labor: medíanlas por *Topos*, como nosotros por hanegadas, y era cada topo cincuenta brazas en largo y veinte y cinco en ancho (1).

(1) También conocieron las balanzas y la romana.

## CAPÍTULO XVI

*De la caza y pesca destas gentes.*

NO ejercitaban estos indios la caza y pesca por sólo pasatiempo y recreación,si no por necesidad é interés; y no eran estos ejercicios entre ellos tan frecuentes y ordinarios como entre las naciones de Europa. Á causa de la falta que tenían de arte, industria é instrucción, les costaba mucho trabajo, porque no se ayudaban de animales impuestos para cazar con ellos. Para prender aves, usaban de redes y liga, que sacaban de cierta especie de árboles, y más las cazaban por la pluma que por sus carnes.

Las fieras mataban con flechas y otras armas arrojadizas, y también los animales monteses que cogían para comer y aprovecharse de sus pieles y lanas; y así mismo les armaban lazos y trampas. Pero el modo más usado de los peruanos era el que en su lengua llaman *Chaco,* el cual nunca se hacía sino de comunidad y con licencia del Inca ó de sus gobernadores.

Cuando el mismo Inca quería hacer algun *Chaco* ó caza Real, mandaba juntar diez ó veinte mil indios ó los que le parecía, conforme el espacio de tierra que habían de cercar; los cuales puestos, rodeaban en torno gran parte del campo, que á veces eran diez, veinte y más leguas de circuíto. Poníanse al principio algo apartados unos de otros, y desde allí, poco á poco y con buen orden, se venían acercando y recogiendo la caza á ojeo hasta juntarse tanto que se asían de las manos; y como se iban apretando y cerrando ellos y estrechando el ganado y animales que habían cercado, se ponían en varias hileras, unos detrás de otros, para mejor atajar y cercar la caza, no se les fuese; la cual recogida y

acorralada desta suerte con una gruesa muralla de hombres, entraban en el cercado otro número de indios, y con palos y otras armas mataban y tomaban la cantidad que al Inca parecía, que solía ser de diez ó quince mil cabezas, y lo demás soltaban y dejaban ir libres.

Desta misma forma salían á sus tiempos á caza las provincias y pueblos enteros por orden de sus gobernadores y *Caciques*. Los animales que tomaban en estos *Chacos* eran *Vicuñas, Guanacos* y Venados; si bien, á vueltas destos, se recogían algunas fieras y animales nocivos, los cuales mataban; y trasquilando las *Vicuñas* para la lana, las soltaban, y de las que se habían muerto en el rodeo hacían cecina.

También acostumbraban el ganado que recogían de la manera dicha encerrarlo en corrales que hacían entre cerros y lugares estrechos; y á esta suerte de caza llamaban *Caycu*.

Vuelto del Cuzco para el *Valle de Jauja* el Marqués D. Francisco Pizarro, cuando andaba pacificando este reino, se hizo un solemne *Chaco* en su presencia por mandado de *Manco-Inca,* en que se mataron once mil y tantas cabezas de ganado montés, *Vicuñas,* Venados, Zorras y algunas aves, que, con las voces que los indios daban, las aturdían y mataban. Halláronse en este *Chaco* diez mil indios, y cercaron muchas leguas de tierra.

Para sus pesquerías tenían varios modos é instrumentos; generalmente pescaban, así en la mar como en los ríos y lagos, con anzuelos, nasas y redes. Hacían los anzuelos de cobre y las redes de hilo de algodón; éstas eran pequeñas cuanto las pudiesen tirar dos personas; y así entraban en la mar acompañados ó muchos juntos ó de dos en dos, cada uno en su balsilla; y tendida la red, la recogen dos por los cabos y se van acercando el uno al otro como la van recogiendo, hasta juntarse las balsas; por manera que no se puede de ordinario pescar con estas redes

menos que con dos balsas y no prenden en ellas pescados grandes.

En las costas del mar, bocas de ríos y esteros, donde mengua y crece mucho el agua, hacen corrales de piedra seca y de estacadas muy juntas y cerradas, con las paredes bajas, de manera que las sobrepuje buen trecho la creciente, por encima de las cuales entra el pescado en plena mar, y al menguar el agua, se queda encerrado en mucha cantidad, que cogen á mano y sin trabajo, por haber quedado en seco. En los ríos es muy usado el pescar con *Barbasco*, que es cierta yerba como bejuco, que, majada, echan en el agua y adormece y emborracha los peces, de suerte que quedan sobreaguados como muertos. En los ríos de Los Llanos y costa de la mar, principalmente para pescar Camarones, suelen secar un brazo de río ó todo él, sacando el agua de su madre y echándola por otra parte, y con esto queda la pesca en seco; y lo mismo suelen hacer en algunas partes de la Sierra para pescar Armadillos, Sábalos, y Dorados.

Indios hay que en los ríos mansos y hondos se echan á nado con una fisga en la mano derecha, nadando solo con la izquierda con gran ligereza, y zabullendo tras el pescado, lo siguen hasta alcanzarlo, y clavándolo con la fisga, lo sacan atravesado á la orilla. Estos son los modos más comunes de pescar en todo este reino; puesto caso que en distintas regiones y provincias tengan sus habitadores otros diversos y propios suyos.

## CAPÍTULO XVII

*De los juegos que tenían para entretenerse; sus instrumentos músicos y bailes.*

AUNQUE bárbaros, inventaron estos indios algunos juegos ingeniosos, que corresponden á el de los dados y á otros de los nuestros; pero usábanlos más por entretenimiento que por codicia de la ganancia; si bien á veces iba en ellos algún precio, como eran mantas, ganados y otras cosas; mas esto era en poca cantidad y sin picarse mucho al juego.

*Piscoynu* era cierto juego que corresponde al trompo ó peonza; el llamado *Pichca* era como de dados: jugábanlo con un solo dado de cinco puntos, que no tenía mayor suerte. *Chuncara* era otro juego de cinco hoyos pequeños cavados en alguna piedra llana ó en tabla: jugábanlo con frísoles de varios colores, echando el dado, y como caía la suerte, los mudaban por sus casas hasta llegar al término: la primera casa valía diez, y las otras iban creciendo un denario hasta la quinta, que valía cincuenta. Otra suerte de juego se decía *Tacanaco,* y era con el mismo dado y frísoles de varios colores, como el juego de las tablas. Fuera déstos tenían otros juegos menos principales, como eran el llamado *Apaytalla, Puma* y otros.

Eran tan dados á sus *Taquis,* que así llaman á sus bailes y cantares, que con ellos y con beber de su vino ó chicha celebraban así los sucesos alegres como los tristes y lúgubres. Tenían para ello muchos instrumentos músicos, los cuales nunca tocaban sino en los bailes y borracheras, y todos hacían el són poco suave, y menos artificioso, pues cualquiera que se pone á tocarlos, á la primera lición queda

maestro. El instrumento más general es el atambor, que ellos llaman *Huáncar:* hacíanlos, grandes y pequeños, de un palo hueco tapado por ambos cabos con cuero de *Llama,* como pergamino delgado y seco. Los mayores son como nuestras cajas de guerra, pero más largos y no tan bien hechos; los menores como una cajeta pequeña de conserva, y los medianos como nuestros tamborinos.

Tócanlo con un solo palo, el cual á veces por gala está cubierto de hilo de lana de diferentes colores; y también suelen pintar y engalanar los atambores. Tócanlo así hombres como mujeres; y hay bailes al són de uno solo y otros en que cada uno lleva su atambor pequeño, bailando y tocando juntamente. También usan cierta suerte de adufes, nombrados *Huancartinya;* pífano, llamado *Pincollo. Antara* es otro género de flauta corta y ancha. *Quenaquena* es una caña sola como flauta, para cantar endechas. *Quepa* es una suerte de trompetilla que hacen de un calabazo largo. Usan también en sus bailes tocar un instrumento compuesto de siete flautillas, poco más ó menos, puestas como cañones de órganos, juntas y desiguales, que la mayor será larga un palmo y las demás van descreciendo por su orden: llaman á este instrumento *Ayarichic,* y tócanlo puesto sobre el labio bajo y soplando en las dichas flautillas, con que hacen un sordo y poco dulce sonido. Tocan asimismo caracoles y otros instrumentos de menos cuenta.

Fuera de las galas y arreos que sacan en sus bailes, se ponen en la garganta del pie sartas de sus cascabeles, que son de dos ó tres maneras. Los Incas los usaban antiguamente de ciertas cáscaras de frísoles grandes y de colores que hay en las provincias de los *Andes,* y llamábanse estos cascabeles *Zacapa. Chanrara* son otros que hacían de cobre y plata como campanillas. Los más comunes eran los que se llaman *Churu,* los cuales eran de caracoles de la mar larguillos y de varios colores. Casi todas estas diferencias de cascabeles han dejado ya por los nuestros, que

les suenan mejor y son notablemente aficionados á ellos.

Casi no tenían baile que no lo hiciesen cantando, y así el nombre de *Taqui*, que quiere decir baile, lo significa todo junto, baile y cantar; y cuantas eran las diferencias de cantares, tantas eran las de los bailes. Tenían los indios del Cuzco para todas sus obras y faenas sus cantares y bailes propios, y cada provincia de las de todo el Imperio de los Incas tenía su manera de bailar, los cuales bailes nunca trocaban; aunque ahora cualquiera nación, en las fiestas de la Iglesia, imita y contrahace los bailes de las otras provincias; y así es muy de ver las muchas y diversas danzas que sacan en la procesión del Santísimo Sacramento y en otras fiestas grandes. Hallándome yo una vez en un pueblo de la provincia del *Collao* á la procesión del Corpus Christi, conté en ella cuarenta danzas déstas, diferentes unas de otras, que imitaban en el traje, cantar y modo de bailar, las naciones de indios cuyas eran propias.

De los bailes más generales y usados que hacían, es uno el que llaman de *Guacones:* es danza de solos hombres enmascarados dando saltos, y traen en la mano alguna piel de fiera ó algún animalejo silvestre muerto y seco.

Otro baile se dice *Guayayturilla;* báilanlo hombres y mujeres embijados los rostros y atravesados con una cinta de oro ó plata de oreja á oreja por encima de la nariz (1); el són hacen con una cabeza de Venado seca, con sus cuernos, que les sirve de flauta, y comienza el baile uno, y síguenle los otros con gran compás.

La danza de los labradores se dice *Haylli;* es de hombres y mujeres con los instrumentos de su labranza: los hombres con sus *Tacllas,* que son sus arados, y las mujeres con sus *Atunas,* que son unos instrumentos de palo á manera de azuela de carpintero, con que quebrantan los terrones y allanan la tierra.

---

(1) Adorno muy repetido en las esculturas de Palenque.

Otros bailes tienen en representación de sus guerras, y hácenlos los varones con sus armas en las manos. El baile llamado *Cáchua* es muy principal, y no lo hacían antiguamente sino en fiestas muy grandes; es una rueda ó corro de hombres y mujeres asidos de las manos, los cuales bailan andando al rededor.

El baile propio de los Incas se dice *Guayyaya;* no entraban en él en tiempo de su gentilidad sino solos los del linaje de los Incas de sangre Real, y llevaban delante el estandarte ó guión del Rey, con el *Champi,* que eran las insignias Reales. Bailábanlo al són de un atambor grande, que llevaba sobre las espaldas un indio plebeyo ó villano, y lo tocaba una mujer. El són y baile es grave y honesto, sin dar brincos ni saltos; hácenlo hombres y mujeres asidos de las manos y puestos en hilera, y á veces son doscientas ó trescientas personas, más ó menos, conforme la solemnidad del baile. Unas veces bailan mezclados hombres y mujeres, y otras divididos en dos hileras, una de hombres y otra de mujeres. Comenzaban este baile apartados del Inca ó del *Cacique* en cuya presencia lo hacían, y salían todos juntos y daban tres pasos á compás, el primero hacía atrás y los otros dos hacia delante; y desta manera, yendo y viniendo, iban siempre ganando tierra para adelante hasta llegar adonde el Inca estaba. Algunas veces, en fiestas muy graves, entraba el mismo Inca en estos bailes (1).

Otro también propio de los Incas era muy de ver, y en mi opinión el de más artificio y entretenimiento de cuantos yo he visto en esta gente. Hácenlo solamente tres personas, un Inca enmedio con dos *Pallas,* que son dos Señoras nobles, á los lados; báilanlo asidos de las manos, dando innumerables vueltas y lazos con los brazos, sin jamás desasirse, y apartándose y acercándose á un mismo lugar con

(1) Algunos de ellos con ligeras modificaciones se usan todavía en *Los Quijos* y otras provincias al Oriente de *Quito*.

buen compás. Para todos estos bailes tenían cantares bien ordenados y á compás dellos. Los que eran de regocijo y alegría se decían *Arabis;* en ellos referían sus hazañas y cosas pasadas, y decían loores al Inca; entonaba uno solo y respondían los otros. Eran todos estos bailes muy fáciles y con tan poco artificio, que la primera vez que uno entraba en ellos los sabía como los más diestros; y finalmente, apagaban el cansancio de sus bailes y huelgas con beber hasta salir de tino.

## CAPÍTULO XVIII

### *De las diferentes maneras que tenían de sepulturas.*

COSTUMBRE fué universal en todas las naciones de indios, tener más cuenta con la morada que habían de tener después de muertos que en vida; pues contentándose para su habitación con tan pequeñas y humildes casas como consta de lo que en este libro queda dicho, sin dárseles nada por tenerlas grandes y lustrosas, ponían tanto cuidado en labrar y adornar los sepulcros en que se habían de enterrar, como si en eso solo estuviera toda su felicidad. Lo mismo guardaban estos indios peruanos, y con más cuidado, gusto y curiosidad que ninguna otra gente deste Nuevo Mundo, poniendo la presunción y honra en que sus enterramientos y sepulturas fuesen con la mayor suntuosidad, grandeza y fausto posible, conforme á la calidad de sus dueños. Edificábanlas por la mayor parte en los campos, unos en sus heredades, otros en los desiertos y dehesas donde apacentaban sus ganados, y en algunas provincias dentro de sus mismas casas.

La forma que les daban no era una sola en todo el

reino, que como las provincias y naciones eran diversas, así también tenían diferentes maneras de sepulturas. Mas podemos reducirlas todas á dos géneros: el primero, de las que cavaban debajo de tierra, y el segundo de las que levantaban encima della. De las primeras, unas eran muy hondas, á las cuales se bajaba por muchos escalones, y otras en un parejo con el suelo; las unas y las otras eran huecas como bóvedas, y tenían más ó menos de labor y grandeza, según el estado de los que las hacían. Las más déstas tenían forma cuadrada, y algunas eran tan capaces y hondas como un ordinario aposento, con sus paredes de piedra tan bien labradas como los más primos edificios de los Incas. Dejábanles la puerta estrecha y cubierta con una losa, y algunas tenían debajo de la primera otra losa, y áun otras dos, muy juntas.

Más generales y usadas eran las sepulturas altas edificadas sobre la tierra; en las cuales también hallamos muy grande variedad, porque cada nación buscaba nueva traza para hacerlas. En esto se diferenciaban mucho los indios de Los Llanos y costa de la mar de los de la Sierra, en que los sepulcros que hacían los marítimos eran de extraña grandeza, porque vemos muchos que parecen medianos cerros, cuales son los más que todavía permanecen en este valle de Lima; como los que vemos en el asiento antiguo del pueblo de *Surco* y en las ruinas del de *Maranga* entre esta ciudad de Los Reyes y el puerto del *Callao*.

Labraban estos sepulcros de paredes de tierra muy gruesas y altas, de la misma traza y forma que las casas principales de sus caciques, puestas en cuadro y con muchas divisiones y apartamientos; algunas tenían las paredes muy juntas en forma de angostos callejones; porque dentro de un cuadro de las dichas paredes hacían otro de la misma forma é igual espacio por todas partes, que parece debían de hacer estos callejones para poderlos fácilmente cubrir con losas atravesadas de una pared á otra.

Estas grandes *Guacas* y sepulturas de Los Llanos, aunque eran huecas, están hoy cegadas y llenas de tierra, y aun cubiertas algunas de grandes montones de piedra menuda, que como iban enterrando en ellas sus difuntos, las iban terraplenando, según vemos en muchas que han desbaratado y deshecho los vecinos desta ciudad, para aprovecharse de la tierra, haciendo della adobes para sus fábricas, y aun para buscar tesoros.

Son tantas las sepulturas déstas que hay por todos estos valles de Los Llanos, que no menos nos admira su multitud que su grandeza; y más que todo espanta la infinidad de cuerpos muertos de que están llenas; pues con haber ya más de ciento y veinte años que los españoles entraron en esta tierra, y casi otro tanto que sus naturales se convirtieron á nuestra Santa Fe y dejaron de enterrarse al rito gentílico, en cualquiera destas sepulturas que uno cave ó escarbe un poco con la mano, á menos de un codo de tierra da con calaveras y cuerpos muertos; y muchos están patentes y descubiertos, porque como aquí nunca llueve y muchas sepulturas están cegadas con arena, llévanla los vientos y desentierran los difuntos con sus vestidos y mortajas con que fueron sepultados; y por la misma razón de la sequedad de la arena, hallamos muchos cuerpos enteros y secos pegados el cuero á los huesos, con su cabello entero, vestidos é instrumentos de sus oficios.

Y á esta causa, en un coloquio del Juicio que hicimos en este Colegio de San Pablo de Nuestra Compañía al Virey Don Luis de Velasco, el año de mil y quinientos y noventa y nueve, para representar más al propio la resurrección de los muertos, hicimos sacar destas sepulturas antiguas muchos esqueletos y cuerpos de indios enteros y secos, que sirvieron para este paso, y causó notable espanto á cuantos nos hallamos presentes. Y á mí me sucedió una vez, escarbando con un palillo en una destas sepulturas, á menos de un palmo que quité de tierra, topar un cuerpo

de un niño con su *Quipe* en las espaldas, que es como si dijésemos su alforja ó mochila, en que tenía unos pequeños calabacillos y otros juguetes y dijes con que lo habían enterrado. Y otra vez, en una de las sepulturas del pueblo viejo de *Surco*, entre las vasijas y trastes que tenía consigo un cuerpo muerto, hallé una mazorca de *Maíz* con sus granos tan enteros y sanos, que causó admiración á las personas que la mostré; porque, por la cuenta que echamos, debía de haber más de setenta años que estaba enterrada.

No hacían los serranos tan grandes sepulturas como los de Los Llanos, pero con todo eso, no se dejaban vencer dellos ni en la cantidad, ni en el primor y curiosidad con que las labraban. Hacíanlas por las vegas, dehesas y despoblados, unas cerca y otras lejos de sus pueblos. Todas eran en forma de torrecillas, las menores de un estado de alto, poco más ó menos, al talle de las torrecillas de nuestras chimeneas, algo más capaces, y las mayores de cuatro á seis estados de alto. Todas tienen las puertas al Oriente, y tan bajas y estrechas como bocas de horno, que no se puede entrar en ellas sino pecho por tierra. Destas sepulturas grandes como torres usaban los *Collas*, y hay tantas por todas las provincias del *Collao*, que admira. Solíanlas hacer en sus heredades puestas en ringlera de seis en seis, diez en diez y más y menos; algunas tan juntas que apenas por entre ellas cabe una persona. Donde mayor número hallamos dellas, yendo por el camino Real de *Potosí*, es en la provincia de *Caracollo*, entre los pueblos de *Calamarca* y *Hayohayo;* y también junto á la villa de *Oruro* en el *Tambo de las Sepulturas*, al cual se le dió este nombre por las muchas que hay en aquel paraje; y por el camino de *Omasuyo* hay tantas junto al pueblo de *Achacache*, que de lejos parecen una gran población. Las más son hechas de sola tierra, de forma cuadrada, con sus cuatro esquinas y lienzos iguales, del altor ya dicho, y an-

chas desde seis hasta doce pies por acera de una esquina á otra, muy derechas, parejas y bien labradas. Por de dentro están huecas poco más de un estado, á manera de bóveda, la cual cierran unas piedras anchas y delgadas. De allí para arriba están macizas, con la cumbre cubierta de pizarras ó losas delgadas, con su manera de cornija de las mismas losas, al talle de ala de tejado, que las agracia.

Muchas destas sepulturas están todavía tan enteras, que parecen nuevas y recién acabadas, las cuales prometen durar harto tiempo; y no dudo yo sino que los rastros dellas no se acabarán en muchas edades. Desta misma forma y grandeza labraban otras en las mismas provincias del *Collao,* de sola piedra, unas de sillería y otras de mampostería, y las unas y las otras tienen muy ajustadas las piedras. También algunas déstas de piedra hacían redondas, aunque las más son cuadradas, como queda dicho (1).

## CAPÍTULO XIX

### *De los ritos y ceremonias que usaban en sus enterramientos.*

EN falleciendo el indio, hacían sus deudos grandes llantos y ceremonias antes que lo enterrasen; y si era Señor y *Cacique,* todos sus vasallos. Duraban estos llan-

(1) Llámanse generalmente *chulpas* estas torres mortuorias, en mi concepto con impropiedad; porque *chullpa* es voz aimará que significa la envoltura tejida de *ichu* ó de *totora* á modo de cesto, en que enfundaban los cadáveres, como se hace con algunas vasijas, ajustándola al cuerpo y cabeza y dejando la cara solamente al descubierto.

El nombre que corresponde exactamente á aquellos edificios es el de *amaya-uta:* casa *(uta)* de muerto *(amaya).*

tos y obsequias más ó menos tiempo, según el estado y calidad del difunto.

En la muerte de grandes Señores duraban ocho días, en los cuales hacían mucha *Chicha* para beber; porque cuanto más honrado era el muerto, tanto mas largo se bebía.

Celebraban estos llantos bailando al son de sus atambores y cantando endechas tristes y lamentosas, y mientras duraban no se encendía fuego en casa del difunto. Daban de comer y beber á cuantos acudían a estos mortuorios los parientes y amigos del muerto; los cuales se vestían de luto en acabando de espirar el deudo; y era el luto ponerse mantas negras por algún tiempo; y la gente noble lo traía un año entero. Los días que duraban los lloros hasta el del entierro, los que asistían á ellos se cubrían las cabezas con sus mantas; y muchas de las mujeres de los Señores, en la muerte dellos, para mayor demostración de tristeza, se cortaban el cabello. Salía todos los días el acompañamiento bailando con atambores y flautas y cantando con sones tristes, y daba vuelta por todas aquellas partes por donde el difunto solía en vida festejarse más á menudo, diciendo en sus cantares todas las cosas que le sucedieron siendo vivo, remontando sus proezas y hazañas, si fué valiente, y cuanto hizo digno de memoria y fama, para mover a llanto a los circunstantes.

Después de llorado el muerto desta suerte, hacían sus sacrificios y supersticiones, en los cuales quemaban parte del mueble que había dejado, y si era Señor calificado, mataban algunas de sus mujeres y criados, y otros metían vivos en la sepultura con el muerto, para que le fuesen a servir y acompañar en la otra vida; y vestido y adornado de las ropas y joyas más ricas que tenía, lo sepultaban, poniendo junto á él otras vestiduras nuevas dobladas, mucha comida y bebida, y enterraban juntamente sus armas e instrumentos de su arte y oficio, todas sus riquezas y cosas preciosas. Solían ponerles plata y oro en la boca, en las

manos y en el seno, ó en otras partes. Celebraban sus aniversarios acudiendo á ciertos tiempos á las sepulturas, y abriéndolas, renovaban la ropa y comida que en ellas habían puesto, y ofrecían algunos sacrificios.

La codicia de haber los tesoros que consigo enterraban los indios, despertó á los españoles desde luego que entraron en esta tierra, para darse á buscar y abrir sus sepulturas, de que á veces han sacado mucha riqueza de plata y oro.

El modo como ponían el cuerpo en las sepulturas no era uno mismo en todas pates: en el Valle de *Jauja* lo metían en un pellejo fresco de *Llama* y lo cosían, formándole por de fuera el rostro con sus narices, boca y lo demás. En *Chincha* los enterraban echados en barbacoas ó camas hechas de cañas (1). Pero lo más del reino seguía el uso de los Incas y naturales del Cuzco, los cuales enterraban sus muertos sentados en el suelo, la cabeza sobre las rodillas, y si eran Señores, los asentaban en sus *Duhos* ó banquillos. Cumplido que era con el entierro, las mujeres y sirvientes del difunto que no se enterraban con él se trasquilaban y vestían las ropas más comunes y viles que tenían, sin dárseles mucho por curar sus personas.

Las obsequias y enterramientos del Rey se celebraban de la misma suerte, pero con grande concurso y aparato. En muriendo, le tomaba á cargo su parcialidad, y ante todas cosas le sacaban las entrañas y las ponían en cobro con gran solemnidad y llantos públicos, que duraban muchos días, en los cuales hacían grandes borracheras con bailes y cantares lúgubres. Visitaban los lugares donde solía ir á sus recreaciones, llevando sus deudos en las manos los vestidos y armas del difunto, diciendo en las endechas y cantos tristes las hazañas que con ellas había hecho, y

(1) También los enterraban echados en algunos lugares costeños del antiguo reino del *Chimu*.

las vitorias y trofeos que había alcanzado, refiriendo sus loables costumbres, sus virtudes y liberalidad para con todos.

Mataban de sus mujeres á las que él había tenido particular afición, y la gente de servicio de que parecía tenía necesidad acá en el mundo, y de cada ministerio diferentes oficiales y sirvientes; y ellos, por el entrañable amor que á sus Reyes tenían, se ofrecían de su voluntad á la muerte, teniéndose por dichosos y bienaventurados de ir en su compañía; y si alguno se excusaba y rehusaba el ir acompañando á su Rey, era tenido por traidor é infame, y las mujeres por adúlteras.

Para esto hacían un baile muy solemne, en el cual entraban muy galanos y vestidos de las mejores ropas y aderezos que tenían todos aquellos que habían de morir, y bailaban y bebían desaforadamente; y cuando estaban bien borrachos, les daban garrote, y con cantares hechos á propósito, les mandaban que como en esta vida sirvieron á su Señor el Inca, le fuesen á servir en la otra. La ocasión que tuvieron para introducir tan cruel costumbre, dicen que fué porque no era razón que las ánimas de los Reyes fuesen solas y sin quien las acompañase y sirviese; y el Demonio, como tan amigo de derramar sangre humana, para más establecerla, solía aparecerse algunas veces por los campos en figura de los Señores y Reyes muertos acompañados de sus mujeres y criados.

Embalsamaban el cuerpo muerto con gran artificio, gastando mucho tiempo en curallo; lo cual hacían tan delicadamente y con tanto primor, que al cabo de doscientos años que eran muertos algunos de los que se hallaron en el Cuzco, estaban tan enteros y con el cabello tan bien aderezado y curado, que parecía no haber un mes que habían muerto. Teníanlos siempre tapado el rostro, envueltos en gran cantidad de algodón y vestidos ricamente. Á los principios no los guardaban con tanto adorno, porque algunos muy antiguos fueron hallados metidos en unas barretas de

cobre y tejidos por de fuera con *Cabuya*, de manera que no se les parecía más del rostro (1).

Entregaban á sus criados toda la vajilla de oro y plata y cuanta ropa había recogido en vida, con la cual tenían siempre bien aderezado su cuerpo y se vestían ellos, sin dar desto cosa alguna á sus herederos. Parte deste tesoro guardaban con el cuerpo, y parte enterraban en los lugares donde solía tomar placer, diciendo que no era razón que habiéndose hecho para servicio del Inca estando vivo, después de muerto se sirviese dello otra persona, sino que se estuviese siempre en nombre y servicio de su dueño.

(1) Este procedimiento de enfundar en *chullpas de cabuya* ó pita los cadáveres de los primeros soberanos del Cuzco, es buen indicio de su origen *colla* ó de otra raza madre de *aimaraes* y *quíchuas*, cuyos idiomas son evidentemente hermanos.

FIN DE ESTE LIBRO



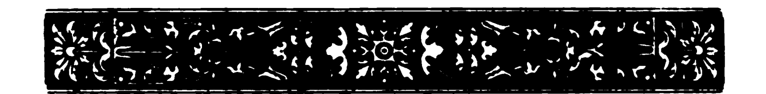
# ADVERTENCIA

Á pesar de todo su buen deseo, la Junta de Gobierno de la Sociedad de Bibliófilos Andaluces publica el tomo IV y último de la *Historia del Nuevo Mundo* sin el *Ensayo crítico* y las demás ilustraciones á que se refiere la *advertencia* que encabeza el tomo I. La escasa salud de nuestro ilustre consocio el Sr. Jiménez de la Espada no le ha permitido ultimar esos trabajos, que habrían de ser excelentes, como debidos á su excepcional erudición en la materia sobre que versa la obra.

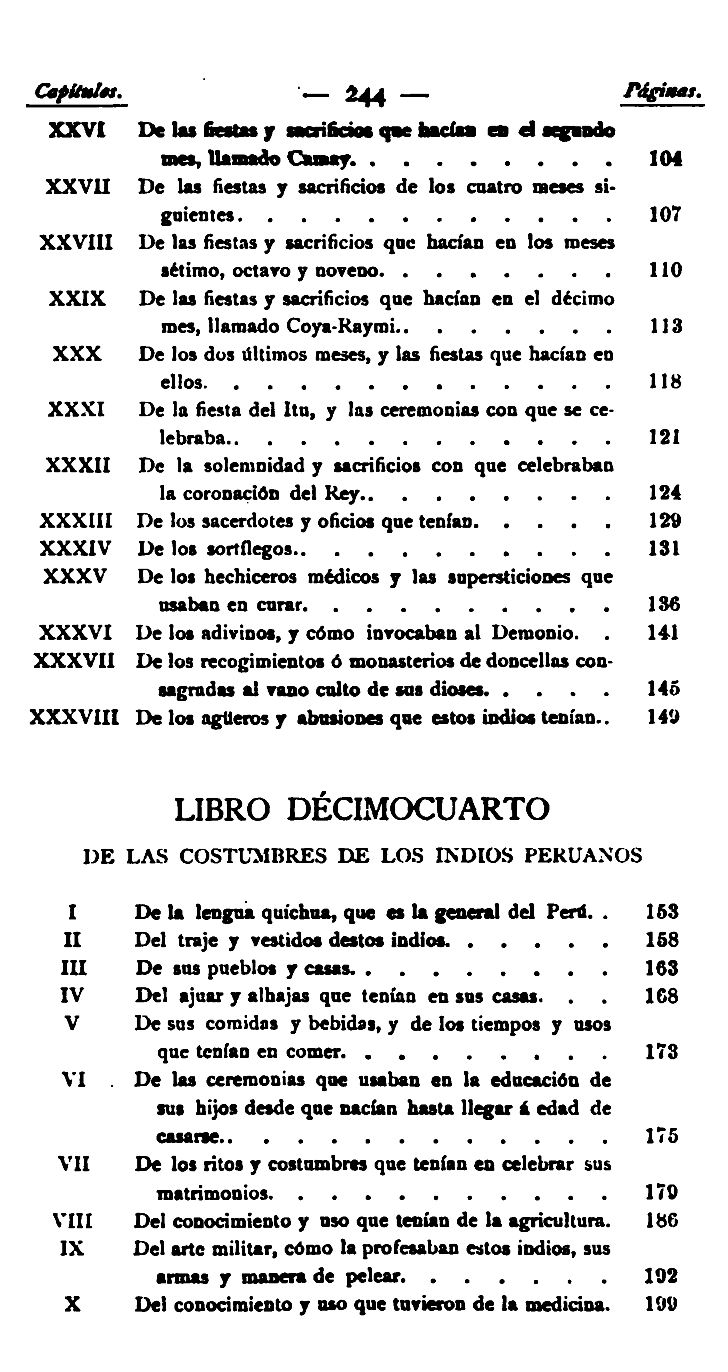
Consuélanos en parte la convicción de que ésta, aun sin aquéllos, es interesantísima y de que las notas que acompañan al texto, debidas al mencionado señor consocio, bastan para facilitar la inteligencia de todos los pasajes que sin ellas resultarían oscuros.

De todos modos, era ya, más que conveniente, necesario terminar esta publicación, comenzada en 1890, máxime cuando la Sociedad ha de ocuparse ahora en dar á la estampa una monumental edición crítica de las *Obras de D. Francisco de Quevedo y Villegas*, preparada é ilustrada por D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, con notas de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.





# ÍNDICE





## LIBRO DÉCIMOCUARTO

DE LAS COSTUMBRES DE LOS INDIOS PERUANOS







SE IMPRIMIÓ POR PRIMERA VEZ ESTA OBRA
*en la Oficina tipográfica de Enrique Rasco,*
*en Sevilla, calle de Bustos Tavera,*
*número uno.*
*Acabóse el día* XX *de Octubre del año*
*del Nacimiento de Nuestro Señor*
*Jesucristo de* MDCCCXCV.



# SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

PARA LA PUBLICACIÓN
DE OBRAS INÉDITAS Y REPETICIÓN DE EDICIONES AGOTADAS,
ESPECIALMENTE
DE LOS INGENIOS DE LAS PROVINCIAS ANDALUZAS.

---

## LISTA DE LOS SEÑORES SOCIOS

Biblioteca particular de S. M. el Rey.
Excmo. Sr. D. Pascual de Gayangos.
» » José M.ª Asensio.
» Sr. Obispo de Salamanca.
» Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa.
Sr. D. Joaquín García Delgado.
Archivo General de Indias.
Sr. D. Agustín Guajardo-Fajardo y Torres.
Excmo. Sr. Marqués de la Paniega.
» Sr. D. José Lamarque de Novoa.
» » José de Hoyos y Hurtado.
Sr. D. José Buiza y Mensaque.
» Manuel P. de Guzmán y Lasarte.
» Manuel de Andérica.
Excmo. Sr. D. Mariano Zabálburu.
» Ayuntamiento Constitucional de Sevilla.
Sr. D. Leocadio López.
El mismo.
Sr. D. Saturnino Fernández.
» Tomás Sanz.
» Luis Vidart.
Ilmo. Sr. D. Francisco Collantes de Terán.
Excma. Diputación Provincial de Sevilla.
Sr. D. Luis Montoto.
» José M.ª de Valdenebro y Cisneros.
Excmo. Sr. Marqués de la Fuensanta del Valle.
Biblioteca Provincial de Sevilla.
Excmo. Sr. D. Alejandro Groizard.
Sr. D. Federico Rubio.
Excmo. Sr. D. Antonio M.ª Fabié.
» » Francisco González Álvarez.



Sr. D. Nicolás Gómez.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
» Sr. Marqués de Valmar.
Real Academia Sevillana de Buenas Letras.
Excmo. Sr. Marqués de Casa-Loring.
Sr. D. Manuel Gómez Ímaz.
» Salvador González Montero.
Excmo. Sr. Duque de Veraguas.
Sr. D. Francisco Caballero Infante.
» José Vives y Ciscar.
» Cayetano Fernández, Pro.
» José Palacios Vitery.
» Juan N. de Acha.
Casino Sevillano.
Escuela de Medicina de Sevilla.
Sr. D. José Parejo.
Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes.
» » Gaspar Núñez de Arce.
Sr. D. Gregorio de la Maza.
» Jacobo López Cepero
Sres. Hijos de Fe.
Los mismos.
Sr. D. Antonio Mejías.
Biblioteca de la Real Academia de la Lengua.
Excmo. Sr. Conde de Casa-Galindo.
Sr. D. Miguel de la Vega y González
Sres. Gerolt y C.ª
» A. Asher y C.ª
Sr. D. Fernando Fe.
El mismo.
Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.
» » Marqués de Jerez de los Caballeros.
Sr. D. José León y Carrillo.
» Emilio Serrano.
» Ramón Sicar.
» José Llordachs.
» Juan Llordachs.
Sra. Viuda é Hijos de Cuesta.
Los mismos.
Sr. D. Federico de Amores.

Escuela Normal.
Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
» Sr. D. Juan Valera.
Sr. D. Ramón Mata.
» Enrique Barón.
Círculo de Labradores.
Srta. D.ª M.ª Antonia de Massa y Candau.
Ilmo. Sr. D. Francisco Bermúdez de Cañas, Pro.
Excmo. Sr. Duque de Alburquerque.
» » Marqués de la Torrecilla.
Sr. D. Manuel Ojeda y Gómez.
» Fernando Holm.
Mr. Gustave Adolphe.
Sres. Reinwald y C.ª
Sr. D. M. Alordá.
Excmo. Sr. D. José Núñez de Prado.
Ateneo Científico y Literario de Madrid.
Sr. D. Alonso Mesía de la Cerda.
Excmo. Sr. D. Enrique de Leguina.
Círculo de la Amistad de Córdoba.
Ayuntamiento de Montilla.
Sr. D. José M.ª Sbarbi, Pro.
» Francisco de Borja Pavón.
Biblioteca de Strasburgo.
Sr. D. José Enrique Serrano.
El mismo.
Sr. D. Mariano Murillo.
Excmo. Sr. Marqués de Pickman.
Ayuntamiento de Montoro.
Excmo. Sr. Conde de Torres-Cabrera.
Sr. D. José Gascón y Moroder.
Ayuntamiento de Lucena.
Instituto Provincial de Sevilla.
Fréderic William Cousens.—Esq.
Excmo. Sr. Conde de Toreno.
Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
Ayuntamiento de Córdoba.
Biblioteca de la Universidad de Bonn.
» del Ministerio de Marina.
Lucena. Sra. D.ª M.ª del Rosario de Massa de [illegible].



Sr. D. Luis Carmena.
Real Biblioteca de Munich.
Sr. D. Joaquín Hazañas.
» Juan Poderón.
» Francisco Rodríguez Marín.
» Manuel Pizarro y Jiménez.
Comisión de Monumentos de Sevilla.
Ilmo. Sr. D. Antonio Ariza.
Sr. D. Rodrigo de Quirós.
» José Morgado, Pro.
» Silvestre Pérez Godoy.
Biblioteca del Seminario Conciliar.
Sr. Director de la Biblioteca Nacional.
Sr. D. José M.ª Ruiz, Pro.
» Manuel Sales y Ferré.
Excmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
Biblioteca del Instituto Provincial de Huelva.
Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.
Sr. D. José Morón y Cansino.
Ilmo. Sr. D. Servando Arbolí, Pro.
Sr. D. Rafael Guajardo.
Sra. D.ª Regla Manjón.
Sr. D. Simón de la Rosa.
Ilmo. Sr. D. Adolfo R. Palacios.
Sr. D. Luis Pérez de Guzmán y Lasarte.
» Luis Villanueva.
Excma. Diputación Provincial de Madrid.
Sr. D. Plácido Carro y Pascual.
Excma. Diputación Provincial de Cádiz.
Excmo. Sr. D. Enrique Bariec y Cabrós.
Sr. D. José Calvo.
» Fernando Barón.
» Joaquín Abaurre.
» Miguel Álava.
» Ricardo Franco.
» Pascual Alba.
» José Velázquez Gaztelu.
» Jorge Arnedo y Asensi.
» Donato Guío.
» José Romero y Romera.

Sr. D. Juan Grimarest.
» José Laguna y Carrillo.
Sres. Ramos y H.no
Sr. D. Felipe Méndez.
» José M.a Arroyo.
Excmo. Sr. Conde de Torreseca.
Escuela Superior Diplomática.
Sr. D. Andrés Villalón.
» Adolfo Herrera.
» Lamberto Mata.
» Carlos Jiménez Placer.
» Francisco Pacheco y N. de Prado.
» Eduardo Gutiérrez de la Rasilla.
» Julio Laffitte.
» Juan Facundo Riaño.
» Luís Caro y Rodríguez de Salamanca.
» Fernando Sevilla.
Excmo. Sr. Conde de Aguiar.
» Ayuntamiento de Sevilla.
Casino Militar de Sevilla.
Sr. D. Enrique Claudio Girbal.
Sr. Habilitado del Museo.
Sr. D. Carlos Serra.
» Gaspar Atienza y Tello.
» Rafael Fernández Bobadilla.
» Alfredó Heraso.
» Julián de San Pelayo.
» Antonio López Azme.
Excmo. Sr. Conde de Bagaes.
» Sr. D. Eduardo Ibarra.
Sr. D. Pedro Alcántara y Cabezas.
» M. Gomes.
El mismo.
Excmo. Sr. D. Venancio Deslandes.





## SEÑORES QUE COMPONEN LA SOCIEDAD

# DE BIBLIÓFILOS ANDALUCES

### Y DEL ARCHIVO HISPALENSE

### HONORARIOS

† Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Fr. Zeferino González.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Gutiérrez de la Vega.
Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada.

### FUNDADORES

Excmo. Sr. Duque de T'Serclaes.
† Ilmo. Sr. D. Francisco Collantes de Terán.
Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
Sr. D. Manuel Gómez Ímaz.
Excmo. Sr. D. José M.ª de Hoyos y Hurtado.
† Excmo. Sr. Marqués de San Marcial.
† Sr. D. José Vázquez y Ruiz.
Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rúa.
Sr. D. Agustín Guajardo-Fajardo y Torres.

Durante la publicación de esta obra han fallecido, con gran sentimiento de la Sociedad, el Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal Fr. Zeferino González, el Ilmo. Sr. D. Francisco Collantes de Terán, el Excmo. Sr. Marqués de San Marcial y el Sr. D. José Vázquez y Ruiz.



# OBRAS PUBLICADAS POR LA SOCIEDAD

## ARCHIVO HISPALENSE

4 volúmenes de documentos y curiosidades relacionados con la historia de Sevilla.—40 pesetas.

1. *Descripción de Utrera.*—6'25 pesetas.

1. *Poesías inéditas del P. Pedro de Quirós*, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—6'25 pesetas.

2. *Hijos señalados de Sevilla en Santidad, Ciencias, Artes y Dignidad.*—Obra inédita de D. Justino Matute y Gaviria, cuyo manuscrito se conserva en la Biblioteca del Excmo. Cabildo.—20 pesetas.

1. Primer volumen del *Catálogo de los libros de D. Fernando Colón.*—10 pesetas.

Estos nueve volúmenes en 4.° forman 50 cuadernos de ocho pliegos.

*Historia de Sevilla*, por Alonso Morgado, reimpresa con todo esmero.—15 pesetas.

## BIBLIÓFILOS ANDALUCES

Segundo volumen del *Catálogo de los libros de D. Fernando Colón.*—10 pesetas.

*Homenaje del Archivo Hispalense al cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.*—6 pesetas.

*Historia del Nuevo Mundo*, por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, publicada por primera vez.—40 pesetas.

Esta obra consta de cuatro tomos.

Los pedidos de estas obras, impresas todas en excelente papel de hilo de fabricación especial, se harán al socio Depositario D. Agustín Guajardo-Fajardo y Torres, calle Santa Ana, núm. 37, Sevilla.





